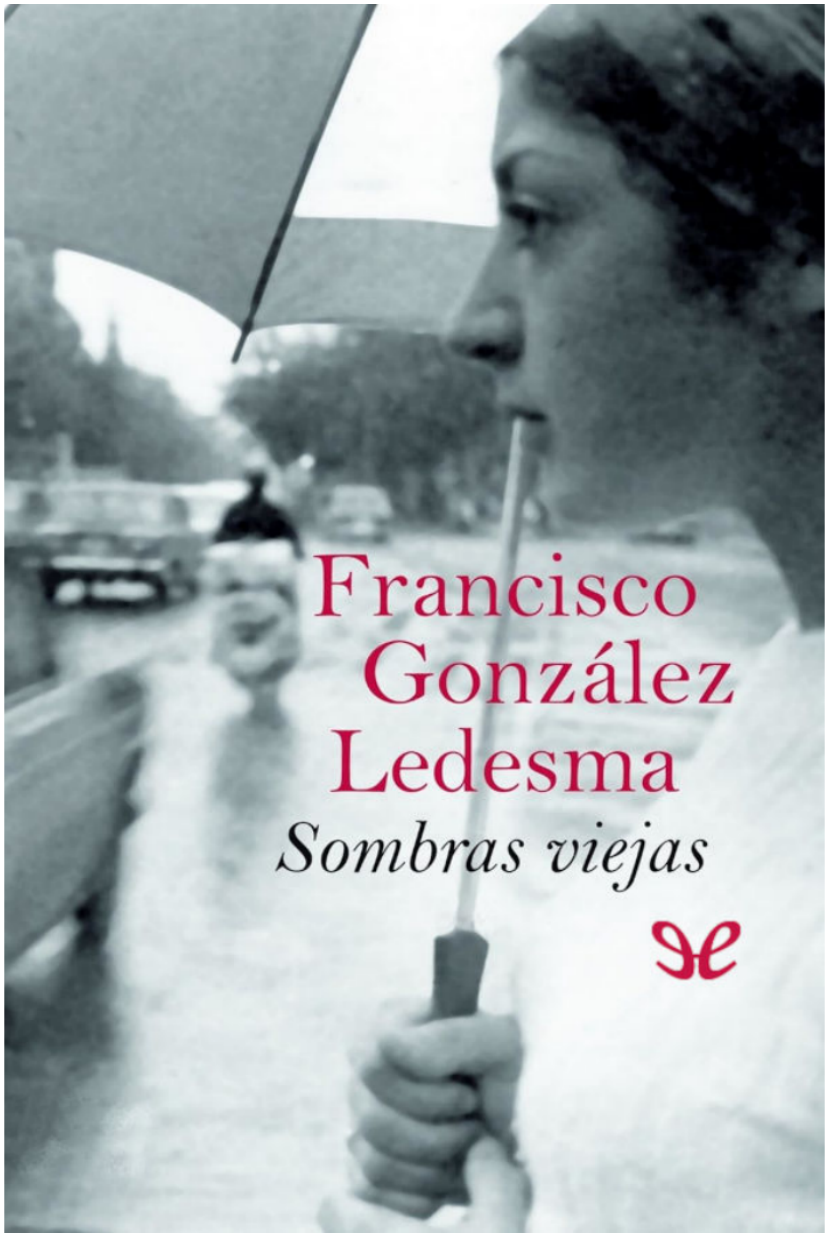

Francisco González Ledesma

Sombras viejas

En la Barcelona de los años treinta, Paulina, una joven de radiante belleza y de familia pobre, entra en casa del burgués Ismael Leonardo como señorita de compañía de su díscola hija Nora. Otro joven humilde y soñador, Enrique Moriel, trabaja como preceptor de Nora a cambio de que los Leonardo costeen sus estudios universitarios. La atracción naciente entre Paulina y Enrique se concretará en paseos y confidencias, y desembocará en una relación tierna y apasionada. Pero frente al amor incondicional de la muchacha, la personalidad compleja de Moriel y la llamada del ideal colectivo en los tiempos convulsos que se avecinan se convertirán en un desafío para sus sentimientos.

Francisco González Ledesma

Sombras viejas

ePub r1.0
Titivillus 07.01.2024

Título original: *Sombras viejas*
Francisco González Ledesma, 2007
Ilustración de cubierta: fragmento de una fotografía de Francesc Català-Roca
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
1102

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

I

Eran ya las cuatro de la tarde cuando Paulina Ayerber se decidió a comenzar la carta en la que había venido pensando todo el día. Escribió la fecha —noviembre de 1933— y estuvo luego unos momentos inmóvil, aguardando no sabía exactamente qué. Por fin, trazó sobre el papel las primeras palabras y luego continuó escribiendo, ya con mucha rapidez.

Señorita Marta Escrivá, queridísima maestra:

Hoy quiero yo también declararle mi gratitud.

Cuando usted reciba esta carta, será ya feliz y, posiblemente, su dicha no le dejará recordarme. Toda su vida monótona de siempre —de la que yo he sido una pequeña sombra— irá desdibujándose. Yo también con ella. Con el recuerdo del sonido de nuestros pasos, que marchaban siempre al compás por unas mismas calles. Yo ahora pienso en su mano, que apretaba la mía. Pero usted leerá esto y tendrá deseos de sonreír; su vida ha cambiado mucho.

¿Dejará su pequeña aula de la Escuela Municipal? Tiene usted treinta y ocho años; yo creo que, pese a su matrimonio, no debe abandonar la actividad con la que tanto bien hizo. Buena parte de mi mentalidad está, gracias a Dios, formada por la suya. Y aún puede andar mucho por nuestras viejas calles, señorita Escrivá. No se encierre en su nueva vivienda de la calle de Mallorca, tras las cortinas burguesas. Sería lamentable que ya, de ahora en adelante, sólo una persona en el mundo pudiera recoger el fruto de su bondad.

Quizá al leer esto piense: es una tonta, no debería escribir de este modo. Y es verdad. Yo sentía el anhelo de escribir bien y nunca he podido verlo satisfecho. Pero tal vez algún día, algún día… En fin, es inútil; hace dos años que no sirvo para nada.

Estoy sola, y al recordar nuestra vieja amistad, si debo llamarla así, me siento un poco entristecida, lo confieso. Es

muy extraño lo que me ocurre esta tarde; el sol de noviembre recorta un poco mi silueta sobre la pared blanca. Y me parece insólito el verlo: ver una sola silueta recortarse en una conocida pared. Saber que esta silueta ha venido recortándose hace mucho tiempo, mucho tiempo. Diecisiete años de ver agrandarse mi silueta sobre la misma pared. Hoy recuerdo con toda precisión el día, ya muy lejano, en que me presentaron a usted en el aula. Tenía ocho años; cuando me sentaron ante un pupitre y me dejaron sola, me eché a llorar. Usted me dijo que no debía hacerlo; me acompañó a casa. Luego, durante cuatro años, estuvimos haciendo ese camino juntas. Calle del Carmen abajo, a perdernos en el laberinto; las casas viejas. Las miraba sin comprender que no hay en ellas un estilo formulado, que son un montón de sueños rotos. Después, mi padre. Iba a buscarnos a veces, y siempre se portó muy cortésmente con usted; ahora ha cambiado mucho. Subíamos hasta el piso, tan pequeño y tan oscuro, y allí me dejaba usted recomendándome que fuese buena. Recuerdo que una vez encontramos a mi madre en la cama, diciendo que se moría. Usted la atendió, le dio una inyección de alcanforado y consiguió reanimarla. Pero ella sí que no ha cambiado; su corazón va de mal en peor. No puede vivir mucho.

Todo ha ido evolucionando según un ritmo constante. Únicamente yo continúo observando mi sombra como antes, percibiendo los nimios detalles de su contextura y la lentitud de su desfiguración.

Le parecerá muy raro esto, pero yo, antes tan pacífica, tan quieta, observo ahora esa sombra casi con una rabia física hacia ella. Me parece el símbolo del estatismo absurdo al que me he venido condenando. Quiero andar, quiero gritar en la calle todos mis anhelos de vida. Y encontrar significados a las cosas, fuera de esta simple habitación. El otro día, el sábado por la noche, acudí con mi padre a un mitin organizado por el Partido Socialista. La verdad es que no sé por qué le cuento esto, pero yo opino que es porque todo contribuye a alterar mis nervios. Era en un local cerrado, en una pista de baile que no funcionaba entonces. Mezclada con hombres sudorosos, con mujeres que se apretujaban cambiándose el aliento, estuve mucho rato enterándome de que todos tenemos un sagrado derecho a la rebelión, a la perfección. Identificaban rebelión con perfección. La familia, entendida en sentido católico, era una institución que debía morir. (Y yo recordaba

a mis padres, brutalmente desgraciados y brutalmente unidos). La mujer debía ser libre, debía amar —la mujer debía ser libre para amar y crear—. Hundida entre aquella masa, escuchando las voces roncas, pensaba sólo en mí misma, en la esclavitud cotidiana de mi espera. Y me imaginaba yo sola en aquella pista de baile, con todas las luces encendidas, quieta, respirando fuertemente el aire ancho. Sin moverme, sin danzar bajo las lámparas. Sólo quieta, muy quieta, y respirando con fuerza.

¡Qué extraña era la sensación de saber que aquellas voces me penetraban, que los movimientos de aquella masa influían en mi vida! Que tal vez mi vida era sólo un trozo de algo expuesto al análisis de aquel conjunto de cerebros monocordes. Un hombre entregó a mi padre el periódico de la noche, donde se hablaba de serias determinaciones que iba a tomar el equipo ministerial de las derechas recién triunfantes. Aquel hombre blasfemó varias veces. Mi padre estrujó el periódico y dijo que él no entendería nunca de esas cosas.

La casa me pareció más pequeña, más sórdida; mi madre, más vieja. Como si, efectivamente, hubiese comprendido ahora que la pared donde mi sombra se recorta es un pedazo de ruina. Y poco a poco pensaba en los años, en el sucederse de muchas noches iguales a ésta, de muchas horas enervantes y quietas. Si hubiera de contarle por qué, no sabría decírselo.

A la mañana siguiente lucía un sol espléndido, y mi padre me dijo que saliera con él porque visitaríamos una exposición de pinturas. Mi padre casi nunca se atreve a decirme que salga con él. Fuimos a una sala que estaba abierta toda la mañana, donde exponía un pintor muy joven; no puedo recordar ahora su nombre. Sus obras eran pequeños retratos vulgares, pero había un gran lienzo que me impresionó. Comprendí en seguida que mi padre había visto ya antes aquel lienzo, que me había llevado allí exclusivamente para observar si mis sensaciones ante la pintura eran iguales a las suyas. (Usted ya sabe que mi padre es escultor o, mejor dicho, usted ya sabe que mi padre no es nada ni nunca lo ha sido). Pero me observa hace ya un par de años, como si quisiera convencerse de que me parezco a él, de que le comprendo íntimamente. La verdad, lo que me causa es una infinita compasión. En el lienzo estaba pintado un mar negro, un mar aprisionado en una inmensa gruta. Abajo, en el fondo, se veía un horizonte rojo. Flotando en él, como contorsionándose, había rastros de dolor, de odio, facciones rotas de hombres

enterrados para siempre allí. Y, poco a poco, a golpe de remo, una barcaza con más condenados iba aproximándose al horizonte rojo. Todo ello me pareció una obra maestra, se lo juro. La plasmación de una cósmica inquietud que se había presentado en colores y en formas. Volvimos a casa despacio, sin hablar, sin que mi padre dejara de mirarme. Yo casi me avergonzaba un poco de mis vestidos modestos y de su traje ajado; nosotros no deberíamos salir del barrio pobre. Y, en efecto, la verdad es que salimos muy poco.

Deje que le hable de mi padre. En este momento, mis impresiones giran todas en torno a él. Usted ya sabe que, aunque le llamo así, él no es en rigor mi padre, sino mi padrastro. Pero hace ya diez años que mi madre se casó por segunda vez. Entonces la casa tenía otro aspecto muy distinto; era como ahora un desván, una buhardilla, pero coquetona y risueña. Hoy recuerdo que mi padre me parecía entonces un hombre interesante y simpático. Jugaba conmigo y siempre estaba besándome y haciéndome cosquillas en la cintura. Yo reía y era feliz; ver tantas estatuas en la casa se me antojaba lo más singular del mundo. Lo cierto es que mi padre trabajaba entonces mucho, y vendía sus obras relativamente bien. Era muy amigo de un corredor de arte, quien le proporcionaba buenos negocios. Mi madre seguía sirviendo de cocinera en un restaurante, pero tenía muchos ratos libres y me enseñaba a bordar. Esa existencia que le estoy describiendo, vista a la mortecina luz actual, me parece la de unos pobres burgueses con sus anhelos ya esqueletizados, pero felices y contentos. Yo dormía, como ahora, en un ángulo de la habitación, separada de ellos por una cortina, y nunca mis sueños se vieron turbados. Tenía el cerebro tranquilo de los que viven en paz.

Realmente, ahora comprendo cómo mi tranquilidad era algo en absoluto dependiente de la de otros. Hasta hace unos seis años, mis padres continuaron con su vida un poco bohemia y siempre más o menos feliz. Pero luego, cuando mi madre comenzó a sentirse casi siempre enferma, todo cambió. No podía ir a trabajar; mi padre pasaba larguísimas temporadas sin vender nada, y sufríamos hambre. Aunque, en realidad, lo soportábamos sin grandes quejas. Pero todo empezó cuando una vez mi madre, durante un arrebato, dijo que no le gustaban aquellas malditas estatuas, y rompió dos de ellas. Aquella noche hubo en casa un disgusto formidable. Recuerdo que mi padre, como si estuviera epiléptico, quería

golpear su cabeza contra una pared. Mi madre se tumbó en la cama, llorando, diciendo que era mejor estar muerta. Yo, se lo juro, en aquella ocasión no supe qué hacer. Estuve muy callada, en un rincón, oyendo cómo discutían y sin atreverme a iniciar un movimiento.

Al acostarnos, parecía que todo estaba ya calmado; pero no era así. Hacia las dos de la madrugada, me desperté con un sobresalto, y vi que mi padre me aprisionaba las manos, sujetándolas fuertemente. En su rostro podía leerse una gran ansiedad, como si de mí dependiera algo muy importante. Me besó en una mejilla y, al mismo tiempo, susurró:

—Anda, Paulina, vístete. Nos vamos.

—¿Dónde? —pregunté, sin lograr comprenderle.

—No lo sé. Vámonos de esta casa. Tú no te preocupes, pequeñita mía. Vendrás conmigo y no tendrás que sufrir más.

Ahora comprendo la ansiedad con que esas palabras estaban dichas, y lo que siento es una invencible lástima. Mi padre me miraba como absorbiéndome, como si yo fuese lo más importante de este mundo. Dijo que él quería irse, pero que de ningún modo me dejaría sola. Que me quería mucho más que mi madre, que yo sabía comprenderle y que si me marchaba con él sería otro. La verdad es que estaba un poco asustada, y no me di cuenta apenas de lo que me ocurría. Sin pensarlo, me levanté, fui hasta el centro del desván y recogí mi abrigo, que estaba sobre una silla. Mi madre permanecía vestida aún y, reclinada en el lecho, me miraba fijamente. Observé que sus ojos estaban brillantes de lágrimas. Cuando ya tenía el abrigo en la mano, me llamó, con voz muy ronca:

—¡Paulina!

Yo fui, y me besó en la frente. Sus lágrimas corrieron por mis mejillas, una a una. Luego miró a mi padre, que estaba observándonos de pie, en el centro de la estancia, y le dijo, con voz de súplica:

—Basta, Teodoro, basta, por favor. No os marcháis ni tú ni ella. Que no vuelva a oíros hablar de estas cosas.

Mi padre bajó la cabeza, como avergonzado, y dejó caer al suelo el maletín que tenía en las manos. Entonces él mismo vino y me quitó el abrigo. Mi madre le sonrió un poco; luego me llevó a la cama, tapándome con cuidado ella misma. Antes de dormirme, estuvo mucho rato con su cara junto a la mía, llorando silenciosamente. Cuando iba a dejarme, susurró:

—Si te habla de marcharte no debes hacerle nunca caso. ¿Sabes, Paulina? No debes hacerle nunca caso… Nunca,

nunca…

Y todavía lloraba al apartar de mí su rostro.

Yo creo que esa noche había comprendido intuitivamente a mi padre, que se hizo claro para ella el abismo de su vida. Quizá supo atisbar a qué distancia infinita estaban uno del otro. Y sintió miedo también por mí, por las muchas noches que seguirían más tarde. Yo lo cierto es que no supe comprenderla.

Cambiaron muchas cosas a partir de entonces. Inconscientemente, sin apenas notarlo, yo fui observando con más atención a mis padres. Dejaron de aparecérseme como dos seres que, sencillamente, vivían conmigo; a partir de entonces les vi como un hombre y una mujer que se enfrentaban. Pude comprender que mi padre iba asfixiándose en aquel desván, que le repugnaba esa vida triste de las cuatro paredes enfermas. Mi padre puede tener un alma grande, pero no tiene un alma sufrida, señorita Escrivá. Yo, si ahora quisiera, le contaría muchas cosas de nuestra vida pequeña, minimizada, de este permanecer absorto en lo intrascendente de uno mismo. Le hablaría de esta tarde simple, de la luz simple de todos los días. Quizás de cosas tan pequeñas que sonreiría al leerlas, que le harían ver un aspecto incluso cómico de mi sensibilidad. Y esas cosas tan pequeñas, sin embargo, tienen uñas que rasgan y dientes que muerden. Siempre que creo comprender a mi padre hallo la evidencia de una lenta corrosión.

No quedó todo aquí; quiso marcharse otra vez. Una tarde que estábamos solos, intentó convencerme de que ambos debíamos cambiar. Si nos marchábamos —dijo— trabajaría como antes, como había trabajado siempre. ¿No comprendía yo que esto era insoportable? ¿Se podía trabajar allí, aplastado por el techo en pendiente, bajo las miradas turbias de una mujer enferma?

Cuando hablaba así, mi padre me parecía horriblemente egoísta, me parecía un hombre nacido para vivir cubileteando entre deseos feroces. ¿Por qué, ahora que comenzábamos a sufrir, quería ya abandonarlo todo? Creo que él se daba cuenta de mi opinión y sentía vergüenza. Pero nunca dejó de insistir; ya apenas trabajaba. El corredor de arte vino un día a verle y le preguntó qué ocurría, pero mi padrastro no le supo contestar.

Entonces usted ya se consideraba algo así como mi segunda madre, señorita Escrivá. Luego abandoné su escuela

y en esta casa comenzamos a aceptar la vida como un perpetuo desastre. Mi madre estaba cada vez peor de salud y apenas podía trabajar; yo, poco a poco, iba acostumbrándome a suplirla. Así han sido mis últimos años.

Hace poco tuve una caída muy mala en la calle, y estuve a punto de romperme una pierna. Le explico esto porque puede tener una cierta importancia para mí. Llovía a torrentes y nos falló la luz eléctrica; yo tuve que bajar a la calle para comprarle un tónico a mi madre, que desfallecía, y una vela a mi padre. Las aceras estaban mojadas y resbalé; estuve a punto de perder el sentido. Por nuestra vieja calle no pasaba nadie en aquellos momentos, y yo comprendí que no podría levantarme sola. Pero, de improviso, entre las capas de lluvia, alguien apareció para ayudarme. Era un joven vestido de gris, a quien no conocía. Me recogió por los brazos y me introdujo en el portal; pude ver que iba empapado de agua, aunque esto no parecía preocuparle. Luego entró también un hombre en el portal, un hombre ya maduro, que usaba sombrero verde. Dirigiéndose al joven, le preguntó:

—¿Qué has hecho, Enrique? ¿Quién es esta chica?

El otro no hizo caso y comenzó a limpiarme la frente con un pañuelo. Entonces me fijé bien en él: no hablaba nada, como si estuviera absorto. El hombre maduro se acercó a mí y noté que le sacudía un estremecimiento. Pero su rostro denotaba una total indiferencia. Después de observarme fijamente, me preguntó:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Paulina.

Hizo un ademán y me apartó un mechón de cabellos que caía sobre mi frente.

—¡Ah! Bien, bien.

El joven me preguntó qué necesitaba, y fue a comprarme el tónico y la bujía. Cuando volvió, yo me encontraba ya mejor y subí al piso.

Algo muy confuso, subconsciente, algún recuerdo lejano de mucho tiempo atrás parecía ascender conmigo las viejas escaleras.

Esto ocurrió hace aproximadamente semana y media. Ayer vino mi padre, muy jovial, y me explicó que había hablado con ese hombre. Resulta que le compró algunas esculturas tiempo atrás, y se conocían. Es un hombre rico, muy honorable, que tiene una hija soltera, de veinticuatro años.

Me ofrece un empleo muy personal: que yo viva

habitualmente con su hija, que le acompañe, que intente infundirle mi carácter. No sé si es una joven enferma: lo cierto es que necesita compañía.

Mi padre me ha hablado de ello con gran entusiasmo. Cree que, si yo salgo del desván, estará dado el primer paso: que entonces él, cualquier día, al volver la cabeza, sentirá que nada le obliga a permanecer aquí. Y podrá ir a enterrarse a cualquier sitio, con sus cuatro estatuas. Para otra vez, en ese sitio, ir dejando poco a poco, junto a la mesa donde coma y el lecho donde duerma, el poso negro de su vida.

Éstos son mis días actuales, señorita Escrivá. Y esta carta quiere ser una petición de consejo. Ya sé que aquí dentro no tendré jamás un porvenir; fuera, tal vez. Si continúo aquí, tengo la impresión de que muchas veces, al contemplar la calle, sentiré el deseo obsesionante de perderme en ella. De ir a cualquier parte y detenerme allí, estar quieta, muy quieta, esperando ver ocurrir algo que vibre en mi intimidad. Pero si salgo, si mi vida se aleja de aquí, temo lo que pueda ocurrir en la ya vacilante existencia de mi madre.

Sé que no es ésta ocasión para pedirle consejos. Su vida ha cambiado. Pero ahora, cuando comprendo lo que antes era indiferente, quiero testimoniarle mi gratitud por lo de hace tanto tiempo, tantísimo tiempo.

Y quiero rogarle que me guíe una vez más.

La felicito por su boda. Mi felicitación no vale nada, pero es sincera. Créame, pienso mucho en los días anteriores a hoy. Deme su consejo.

Paulina firmó la carta, la colocó en un sobre y estuvo mucho tiempo pensando antes de cerrarlo.

II

Eran las diez de la noche cuando un joven de figura agradable, vestido con un traje azul oscuro, penetraba con paso rápido en una lujosa casa del Ensanche y se dirigía al primer piso. Padecía un resfriado por no haberse protegido lo bastante de la lluvia unos días atrás, pero aun así no se abrigaba apenas. Acudió a abrirle una doncella de mediana edad, a quien ya conocía.

—Buenas noches, Carmen —dijo.

Entró en una sala de espera lujosamente amueblada, donde permanecía de pie un religioso carmelita. También, sin duda, debían de conocerse, pues el joven le saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, padre Agustín. Me alegra encontrarle aquí. ¿Qué tal sigue?

—Soportando los pesares que me envía el Señor. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, Moriel.

—En efecto, padre. Casi un año.

Resultaba curioso que el carmelitano no hubiese dado a besar su hábito al joven recién llegado. Éste se mantenía también de pie, mirándole fijamente mientras aleteaba en sus labios un esbozo de sonrisa.

—¿Y qué has hecho durante todo ese tiempo?

—Seguir igual.

—¿Así quedamos en que no cambias, Moriel?

—Sí, en cierto modo. Aunque espero no me juzgue con demasiada severidad.

—¡Oh, no! Al contrario, ya me he acostumbrado a esas cosas…

Dijo esto último con tono de indulgencia. Ambos se habían conocido en aquella misma casa alrededor de dieciocho meses atrás. Al principio intimaron bastante, pues se veían con frecuencia. Luego, sin embargo, el padre Agustín fue trasladado a otra diócesis.

No se habían escrito nunca. Y ahora volvían a encontrarse en aquella habitación, donde habían hablado ya tantas veces. El joven insinuó:

—¿Espera a don Ismael?

—Sí. He de hablarle de unos cuantos asuntos.

En aquel momento entró el dueño de la casa, que vestía un traje pardo con delgadísimas rayas blancas. Era de mediana estatura, más bien grueso, y lucía su mejor sonrisa. Primeramente, saludó con deferencia al religioso.

—Muy buenas noches, padre Agustín, encantado de su visita. Casi no nos conocemos a fuerza de tenerle usted horror a esta casa. ¿Por qué no viene con más frecuencia?

—Tengo mucho trabajo, amigo Ismael. Yo bien quisiera. Ante todo: ¿cómo se encuentra?

—Algo mejor que antes.

—Vaya, me alegro. ¿Y su hija?

—¿Nora? Igual, igual…

En aquellas palabras, pronunciadas de modo indiferente, no dejaba de advertirse una cierta resignación dolorosa. Moriel lo notó, aunque no hizo el menor gesto. También había conocido a Nora en aquella casa, mucho tiempo atrás.

—¿Y cómo van los negocios?

—Ahora todo va mal para los propietarios. Mis dos casas rinden menos, aunque, de todos modos, las acciones siempre compensan. En general, si considero que otros están peor, no puedo quejarme.

—Pues yo había venido, amigo Ismael, a hacerle una importante súplica. La comunidad tiene algunas pequeñas deudas. No mucho en conjunto: cinco mil quinientas pesetas. Vencen pasado mañana dos pagarés a los que hay que hacer honor; no podemos demorarlo. Y si los pagamos en las condiciones actuales, no nos será posible atender a necesidades importantes. Claro que tendremos ese dinero dentro de poco, pero desde la llegada de la República estamos algo trastornados económicamente. El reverendo Padre Prior había pensado que si usted, que ya nos ha ayudado tantas veces, fuera tan bondadoso…; en fin, se trata de solicitar de usted un préstamo de mil cien pesetas por veinticinco días como máximo. Transcurrido ese tiempo, ya estaremos en situación de responder. Se trata únicamente de salir del momentáneo apuro. Y como a usted, por

fortuna, no creo que le sea muy indispensable ahora esa cantidad…

El dueño de la casa hizo con la derecha un amplio ademán, queriendo indicar que no eran necesarias más explicaciones.

—Yo les facilitaré ese dinero. Ya lo hice otras veces, y ustedes siempre se portaron con absoluta corrección. ¿Quiere acompañarme a mi despacho y hablaremos de los detalles?

El padre Agustín hizo un ademán de asentimiento y antes de salir miró a Moriel.

—Oye, ven a verme un día de éstos. Te lo pido como un hombre cualquiera. ¿Cuánto tiempo hace que no te acercas a una iglesia?

—No mucho. El mes pasado tuve que ir a un bautizo.

Su voz carecía de ironía, pero el padre Agustín no debió de entenderlo así y le miró con una sombra de desesperanza en sus ojos. Moriel, en ocasiones, le interesaba verdaderamente. Hizo un ademán de despedida, mientras Ismael se acercaba al joven.

—Tengo que salir después de esto. Nora no está en casa; no sé dónde se habrá metido. ¿Te importará venir mañana y hablaremos con calma?

—Naturalmente, vendré. Lo que usted disponga.

Saludó y salió. Ismael Leonardo le siguió con la mirada hasta la puerta. Desde allí el padre Agustín, que iba hacia el despacho, le hizo una cómica reverencia.

—Buenas noches, señor Enrique Moriel. Ya sabe que tenemos una importante cita.

El joven asintió, sonriendo. Verdaderamente nada interesante podría hablar con aquel carmelita, pero pensaba acudir a la cita cuando dispusiera de tiempo.

Salió a la avenida, cuyo asfalto brillaba a causa de la humedad. Iba poco abrigado, y sintió frío. Sin embargo, todas las noches debía visitar aquel lujoso edificio donde residía Ismael Leonardo para darle rigurosa cuenta de lo hecho durante el día. Nunca había intentado engañarle, porque su vida transcurría monótona en lo exterior, y era para casi todos ni más ni menos que un aburrido impenitente.

Luego solían hablar durante algunos minutos de cualquier cosa, por iniciativa de aquel hombre de cuarenta y cuatro años a quien llamaba su protector. Generalmente le dejaba explicarse, aunque a veces, como aquella noche, no tenía tiempo para eso.

Entre los dos existía un contrato verdaderamente extraño. Ismael Leonardo detestaba toda explicación de los actos de la vida cotidiana, no obstante lo cual le pedía noche tras noche que le hablase de ella, sabiendo que si no era así no tenían de qué hablar. Ismael detestaba también las conversaciones triviales sobre los temas corrientes. Y Enrique Moriel se había preguntado a veces: «¿Por qué me escucha?».

No quiso creer en la posibilidad de un ferviente deseo de instruirse por parte de aquel hombre. Él no era tan instruido como para ser su mentor y, por otra parte, las conversaciones giraban alrededor de temas casi vulgares. ¿Era Ismael un maniático en la búsqueda de sus relaciones? Tampoco esto parecía posible. «Me escucha porque es mi protector», creyó en una ocasión Moriel, pero la regla general no es que los protectores escuchen, sino que se hagan escuchar. Y, al fin, pensó una vez que le hacía hablar porque tenía intención de conocer todos sus sentimientos y todas sus ideas.

Y aquí residía lo verdaderamente extraño de su contrato. ¿Por qué quería conocerle tan profundamente, tan analíticamente? Perdida entre los mil vericuetos de la capital, dedicada a una vida que era muy propia, y que a nadie quería explicar, existía una mujer a la que Enrique Moriel conocía como Nora Leonardo. Era opinión general que, hija única, gastaba su dinero en toda clase de diversiones extrañas. Durante un tiempo pareció aficionarse a las reuniones de sociedad y no fue más que una esquiva. Un pobre loco se suicidó públicamente durante una orgía, y dijeron que había sido por despecho. Nora rió; estuvo riendo mucho tiempo frente a Enrique Moriel. Fue a verle la misma noche de la tragedia. Tenía junto a sí una ventana desde la que podía ver la oscuridad, y los ecos argentinos de su voz parecieron fundirse en ella. Luego respiró fatigosamente, angustiada, y entornó los párpados, como para alejar todos sus recuerdos. Tenía así, en el reposo, una expresión dulce que parecía hecha de bondad y de fe. Él la estuvo contemplando largamente, junto a aquella ventana que recordaba las tinieblas; y las más extrañas sensaciones le asaltaron mientras tanto. Tuvo miedo de su hermosura y de sentir el calor de su aliento. Luego, ella abrió los ojos y se volvió a oír su risa. Pero había en ella tanta amargura que Moriel quedó consternado. Vivía solo en unas pequeñas habitaciones del barrio de la catedral, y se había

mantenido, hasta la llegada de Ismael Leonardo a su vida, dando clases y traduciendo libros. Ismael le pidió cierta vez que Nora fuese su alumna exclusiva y única. A cambio, él satisfaría los gastos del joven, que eran muy moderados, hasta que concluyese la carrera.

—Nora —le dijo—, te visitaré todos los días con objeto de recibir de ti una lección.

Y fue, a los veinte años, maestro y tutor de una mujer de veinticuatro. Desde sus habitaciones, en aquella calle estrecha del Barrio Gótico, veía descender la noche y elevarse el alba como un sueño ininterrumpido e igual. Nora le dijo cierta vez que tenía un rostro hermoso, pero que vivía una existencia estúpida.

Ella pasaba de avenidas muy grandes a callejuelas sombrías. Conocía aquellas callejuelas como un topo su guarida; casi por instinto. Eran su ambiente peculiar y favorito. Gran número de noches —no todas— penetraba en la habitación de Moriel, en aquel edificio viejo junto a otros muchos parecidos. Allí reinaba una penumbra casi eterna, rasgada por muchas lucecillas tenues. Nora creía que una luz representa una vida, y una vida un sinnúmero de actos. Pero la vida y sus actos son simples si a través de ellos puede verse siempre la luz directora.

Nora Leonardo tal vez vagaba entre las tinieblas. Estaba frecuentemente melancólica, como si no acertase a ver más en la ruta de su destino. A veces se aferraba a un rayo de esperanza y se dejaba llevar por él, pero retornaba fatalmente al mismo sitio.

III

Enrique Moriel penetró silenciosamente en el portal de la casa donde vivía. Existía en las calles una luz gris y mortecina, que iba ascendiendo en volutas desde mil lugares distintos y parecía reflejarse en todos los contornos. Al entrar en su habitación vio que, sobre los objetos, aquella luz formaba juguetes caprichosos, de vaga apariencia tétrica, dibujos que poseían la forma de la ventana y la esencia de todo lo que tras ella existía. La calleja, el farol mortecino, la música lejana que en la penumbra se advierte y hasta el pensamiento que en la oscuridad se concentra. Todo el pequeño mundo que era familiar a Enrique Moriel aparecía unos instantes durante las noches, como burlándose de él por su inutilidad para captarlo. Hubiera sido preciso fundirse en la sombra y ser una sombra más, vivir con ellas. Las sombras poseen una música peculiar y un significado propio.

Moriel se adelantó entre todos los objetos familiares, distribuidos en la pequeñez de la pieza. El frío reinaba allí, penetrando por los cristales, los delgados muros y las techumbres. Los objetos, a excepción de los más útiles, estaban cubiertos de una casi crónica capa de polvo.

Sin encender ninguna luz, se apoyó pensativamente sobre la ventana, marcando su extraña sombra en la pared frontera. Apoyó su mano en la sencilla mesa de trabajo, buscando el interruptor de la lámpara. Luego, la apoyó sobre unas cuartillas que había estado escribiendo aquella tarde. En seguida pasó a acariciar insensiblemente un dedo largo y bien formado; una mano que no se movió, deliciosa y ardiente. Por fin, sus dedos resbalaron de un modo brusco sobre una mejilla y el nacimiento de una cabellera suave y larga. El ademán había sido violento, y la mano oprimió con fuerza convulsa un mechón de los cabellos. Fue sólo un segundo. Pero entonces oyó una voz que protestaba airadamente, y

hasta con cierta brutalidad.

—¡Déjame! ¡Apártate de mí!

Sin embargo, aquella voz era tenue, melosa y se desmentía a sí misma. Moriel encendió la pantalla para contemplar el rostro conocido de Nora, inmutable, la diestra aún sobre la mesa y un mechón de cabello desordenado.

—¿Por qué —preguntó con humildad Enrique Moriel— te has enfadado tanto?

Ella no supo qué decir; en realidad, no estaba enfadada. Aquélla debía de haber sido una exclamación inconsciente, de la que, en cierto modo, no era responsable.

—Lo ignoro —musitó por fin—. Sólo sé que me gusta la oscuridad y la has turbado con un mal pensamiento.

—¿Es posible?

—Aunque te resulte difícil creerlo… Pero dime ¿te gusta que te admiren?

Moriel hizo un gesto algo despectivo, como si pensase: «No es posible que me admire nadie».

Contemplaba la mirada curiosa de Nora, mirada que parecía devorar, captarlo todo, arrancar la belleza para contemplarla a solas. Era aquélla una mirada indefinible, que Moriel no sabía traducir. Mientras acariciaba la madera de la mesa con los nudillos, muy suavemente, no dejó de tener sus ojos clavados en los de Nora Leonardo.

—Todo esto es peligroso —susurró ella—. Hoy, quizá por primera vez, me ha asaltado un pensamiento malo al oírte entrar. Cuando me has rozado con tu mano, he sentido algo muy extraño, algo que es nuevo para mí.

—Debe de ser verdad, Nora. Tú siempre hablas con sinceridad.

—Sólo contigo.

Había intentado reír.

Moriel se sentó frente a ella, mirándola. Nora hubiera poseído una belleza joven y deslumbrante, una belleza quizá excesiva, de no mostrarse tan natural. Vestía con elegancia telas finas que delataban las bellas formas de su cuerpo. En este momento, sentada con una pierna sobre otra, lucía sus medias oscuras y finas, que realzaban peligrosamente su atractivo hasta para un joven tan respetuoso como Moriel. Sus manos jugueteaban nerviosas, pero había en todos

sus movimientos y ademanes una involuntaria, una lenta voluptuosidad. Moriel la contemplaba como si se diese cuenta ahora por primera vez de que una joven tan bella existía y estaba sentada precisamente frente a él, a solas, hablándole de que había sentido una sensación muy extraña. Cerró un momento los ojos, como para reprimir así un oscuro deseo causado por la visión de Nora en aquellas circunstancias. Inmediatamente, preguntó:

—¿Por qué te ha ocurrido eso hoy?

—Ni yo misma sé explicármelo. Quizá por haberte oído caminar entre la oscuridad.

Pese a ser moduladas con una voz que parecía significativa, no había la más mínima insinuación en aquellas palabras. Nora era así: una mujer que parecía dibujar sus sentimientos a medias tintas. Sus deseos no podían conocerse simplemente por el tono de una frase. Moriel advertía en ella una poderosa fuerza interior por encima de todas las apariencias vulgares. Nora no estaba sujeta a las dimensiones corrientes. Era inteligente y todos sus actos poseían un significado, aun cuando no obedeciesen a un cálculo previo. ¿Qué quería, realmente, al hablar de algo por sí tan escabroso?

—Quiero conocerte mejor —dijo Nora, como si adivinase tales pensamientos—. ¿Yo a ti te gusto?

—Sí, sin duda.

—Entonces, ¿por qué no me haces nunca caso?

Moriel miró al suelo, como apesadumbrado. Desde bastante tiempo atrás, Nora quería convencerle de algo; lo sabía. Intentaba atraerle por medio de insinuaciones confusas, sin manifestarse claramente. Tal vez ahora había pensado recurrir, hasta cierto punto, a sus encantos físicos. Pero ¿de qué quería convencerle? Lo presentía sólo confusamente. Nora, al mismo tiempo, tenía una clara conciencia de lo que podía conseguir con su belleza, y Moriel, a veces, sufría la sensación de que estaba jugando con él.

—Siempre he procurado hacerte caso, Nora.

Ella rió un poco escépticamente, mientras paseaba su mirada por la estancia. Tal vez no sabía cómo expresar sus pensamientos. Al fin, clavó en Moriel sus ojos, donde se leía una extraña profundidad.

—Quizá te preguntes por qué vengo tan frecuentemente aquí. No vengo sólo porque me lo manda mi padre. Me gusta hablar contigo, penetrar en tu ambiente. Hay algo en tu vida que me

obsesiona.

Era precisamente esto sobre lo que Nora deseaba hablar. Sobre la vida y los pensamientos de Moriel; y él lo sabía. Dejó caer su cabeza sobre el puño crispado, aunque sin hacer por eso un gesto violento.

—¿Por qué hablamos de esas tonterías, Nora? —musitó.

—¿Te disgusta?

—Oh, no. Es que no hay en mí mismo nada interesante que explicar.

Se levantó, comenzando a pasear nervioso entre la semioscuridad; luego volvió a sentarse y repitió el ademán intranquilo. Oprimió una tecla de su piano. Una nota de la escala surgió seca, con brusquedad, arrastrando débiles reminiscencias sonoras.

—¿Por qué trajiste este piano? —preguntó.

—No sé. Ahora recuerdo que es mío. Pero —sonrió despectivamente— no tenía sitio donde colocarlo y pensé que podría ser útil a tus manías. Lo mismo pude haber traído un violín.

Él intentó sonreír, pero la sonrisa se ahogaba en sus labios. Nora seguía mirándole; luego jugueteó con un papel entre sus manos y hasta entonces no bajó los ojos.

Oyeron el tamborilear de las gotas de agua sobre los delgados vidrios. Llovía con frecuencia aquellas semanas. Plena noche: el marco era más triste que nunca. Todo el horizonte aparecía cuajado de una oscuridad pardusca y la lluvia, el monótono y constante tintinear de las gotas, estaba asegurada para muchas horas.

—Lo siento —musitó Nora—, tendrás que buscarme un taxi.

Enrique Moriel se encogió de hombros, logrando sonreír.

—Voy en seguida, pero no quisiera que te marchases tan pronto.

Nora pareció examinar aquel deseo.

—Tal vez tengas razón. En verdad, no es demasiado tarde, y a mí me duele un poco la cabeza. ¿Te importaría que usara tu cama por unos momentos?

—Claro; no me molesta de ningún modo.

Vio desaparecer a Nora tras la puertecilla que daba acceso a un cuarto muy pequeño, sin ninguna luz exterior. Tenía forma rectangular y era muy húmedo. ¿Por qué lo prefería ella a las comodidades de su vivienda? Sería inútil buscar una explicación; si

hubiera una sola, ésta sería absurda.

Luego le llamó:

—Tráeme, por favor, un vaso de agua. Tengo mucha sed.

La habitación estaba nuevamente sumida en la oscuridad, y Moriel dejó recortar su silueta junto a la puerta. El viento silbaba en todas las hendiduras, haciéndole sentir un estremecimiento de frío.

—¿Tienes miedo, Enrique? ¿Por qué no te acercas?

Él intentó adelantar un paso, pero permaneció materialmente clavado sobre la misma baldosa del suelo. Al alcance de su diestra tenía el piano y oprimió una tecla, que extendió cierto sonido muy triste.

—Nora: ¿has caído alguna vez en plena calle? —susurró, jugueteando nerviosamente con sus dedos.

—No. ¿Por qué me preguntas eso?

Él guardó silencio.

—Dame el agua, por favor. Tengo tanta sed como si estuviese enferma.

Moriel se acercó al lecho y tomó una de las manos de la mujer, mientras ella bebía. Un calor suave irradiaba de esas manos, que durante largos minutos estuvieron comprimidas entre las suyas.

—¿Cómo te sientes ahora? —musitó.

—Bien. En seguida me iré. Esto no tiene importancia.

Al decir estas palabras se inclinó. Sin esfuerzo desasió una de sus manos, para acariciar con ella la frente y los cabellos del hombre; éste la besó en la mejilla, suavemente, como si temiera el contacto.

—Enrique Moriel —preguntó ella—. ¿No es cierto que tú todavía no me has llegado a comprender?…

IV

Comenzó un triste diciembre, con su hálito de frío. Vinieron unas jornadas opacas: el cielo gris aprisionaba las casonas, con sus fachadas ahora más ruinosas, más sucias. Luego, el viento. Silbaba entre los patios, y sus espirales iban barriendo las estrechas galerías. Por fin, un cielo muy azul, muy limpio. Y muchas tardes breves, casi inexistentes, con la saliva de su humedad en los vidrios de las ventanas y en los quicios de las puertas. En este largo diciembre las sensaciones se hicieron más íntimas, más punzantes; las cosas diminutas adquirieron otra significación al vivir apretado junto a ellas, en el esquema insinuado de sus sombras.

Alguna ley probablemente estúpida, insulsa pero cruel, estaba latiendo allí, con ellos, con el pálpito de sus propios corazones. No tardó mucho Paulina en imaginarse que esa ley existía efectivamente, que estaba impresa en el fondo de sus caracteres. Renunció a intervenir cuando sus padres, por cualquier motivo, disputaban. Nada se conseguía; ahora sus mentalidades estaban ya irremediablemente situadas en campos antagónicos. Y se observaban una a la otra, buscando fútiles motivos para disociarse aún más. Las miradas trazaban un círculo alrededor de la habitación, sobre las estatuas amontonadas, sobre los rincones; escrutaban a través de los cristales, entre el frío de la noche. En el joven cerebro de Paulina se dibujaron con toda fidelidad los rasgos de aquellas miradas expresivas.

El tiempo no corría; pareció estancarse como un lago muerto. En la calle reinaba la oscuridad, imperaba con todo su cortejo misterioso de ideas vivas y subconsciencias muertas. Un silencio pesado horriblemente molesto acababa por depositarse sobre todos los objetos y en todas las cosas. Las baldosas repetían la vibración del paso sobre ellas del pequeño pie, y la recogían aumentada los tabiques y temblaban las partículas de luz que irradiaba la pantalla,

creando una vorágine de sombras. Entonces Paulina se sobresaltaba, como si sufriera una hipersensibilidad nerviosa. De un tiempo a esta parte, cualquier acto sencillo, cualquier minucia cotidiana, la sumía en pensamientos prolongados y tercos.

Por entonces, su padre llegó a inspirarles más compasión que nunca. Una compasión auténtica, humana, como hecha de su carne misma. Aunque a veces, al verle tan empequeñecido, no podía resistir ni su mera presencia.

En cierta ocasión, Paulina le sorprendió quedándose cincuenta pesetas, producto de una venta pequeña que había hecho. Como su madre se encontraba cada vez peor, aquel gesto egoísta le repugnó, pero no dijo nada. Por la noche hubo discusión, después de la cena.

—¿Negarás que eras un mendigo antes de que te encontrase? —chilló la madre—. ¿Qué eras, pues? ¿Negarás que yo evité un día que fueses a la cárcel? No ganabas nada, ni cinco. Ni sabías esculpir. Eras un fresco, como ahora. ¡Niega que a los seis meses de casados ya me robabas el dinero! ¡Anda, niega!

—¡Yo no me rebajo a chillar como tú!

—Claro que no. No hay nada en tu vida que puedas decir en voz alta. ¡Mendigo!

Estas discusiones, en que todo salía a luz, iban modelando con trazos fijos, en el cerebro de Paulina, la anterior figura de su padrastro. Sin duda, había pasado por épocas muy difíciles. Y quizá ésta había sido la causa de unirse en matrimonio a aquella viuda de escasa salud, a quien seguramente no amaba. Paulina se dijo que todas las incompatibilidades, tarde o temprano, llegan a levantarse en oposición. Y aquellas disputas le molestaban horriblemente. No se podía vivir así, entre perpetuos disgustos. Pero, desde luego, no se le ocurrió qué cosa podía hacer para evitarlo.

A mediados de mes, su padre, como obedeciendo a una necesidad sentida bruscamente, se puso a trabajar en una escultura. De este modo, consiguió aislarse y no hubo más discusiones. El año, para él, terminó insensiblemente entre golpe y golpe dados al bloque de piedra. Cuando la estatua comenzó a tener una forma definida, trabajaba sólo por las noches, a fin de que no le molestasen. La estatua era de regular tamaño y simbolizaba al hombre que se precipita en el abismo. Era una alegoría complicada, pero a Paulina la impresionó: la figura robusta de un hombre cuyo

medio cuerpo —antebrazo, cadera derecha y pierna— estaba ya sumergida en tierra pantanosa, que se alzaba en forma de llamas confusas, eréctiles y ávidas. La mano izquierda sostenía el corazón, de aspecto sangriento, arrancado con fuerza que se adivinaba sobrehumana. Una figurilla vaporosa, difusa en su solidez pétrea, parecía la postrer sombra del mundo que los ojos del agonizante estaban viendo, y rechazaba, con ademán entre triste y despectivo, aquel corazón. Paulina examinó ávidamente todos los detalles de la escultura.

Sin proponérselo, descubrió que, tanto en el cuadro de la barquichuela solitaria como en la escultura simbólica, se escondía una realidad siempre espantosa, inmutablemente cierta, la realidad de algo que comprendía a medias, pero que estaba clavado como a martillazos en el fondo de su cráneo.

La obra quedó pendiente de venta. El corredor de arte dijo que encontraría, sin duda, un buen comprador.

Una tarde de aquéllas, Paulina, al mirar por la ventana, pudo advertir que cruzaba la calle el joven que la recogiera bajo la lluvia. Él miró hacia arriba unos instantes, pero no pareció haberla visto.

Al día siguiente recibió una carta, insistiendo en lo del empleo que se le había ofrecido. Era perfectamente honorable, y le reportaría ventajas. ¿Por qué no aceptaba? Tendría libres cuantos días juzgase necesarios para ver a sus padres. Desde luego, no se trataba de aislarla.

Le indicaban que el 22 de enero, por la tarde, si así lo juzgaba conveniente, podía visitar la casa y formarse un criterio ella misma.

El 22 de enero era dos días más tarde. La carta fue sometida a examen de sus padres, que la acogieron con cierta indiferencia. En realidad, Paulina comprendió que no les importaba ella esa noche. Estaban como el perro y el gato, mirándose furtivamente.

Durante varias horas, con el rostro pegado a los cristales, estuvo contemplando el horizonte de casonas tristes. El barrio viejo donde vivía entraba esta noche por sus ojos con un latido sonoro y peculiar. Su imaginación corría por las calles enlazadas entre sí como un ramal gigantesco, sin salida alguna. Plazoletas, viejas casas de formas confusas, casi irreales, cuajadas de espectros fugitivos en sus ventanucas muertas. La capital había entrado en ellas a viva fuerza, con la maravillosa simetría de sus rectas, encerrando en

ínfimos ángulos una acumulación inverosímil de monumentos y de recuerdos. En todos ellos habían conservado los años un arco deforme o una centenaria ojiva.

Las imágenes, poco a poco, como jirones de algo, iban penetrando en el cerebro de Paulina. Y su ambiente, que ya conocía. Al imaginar esas calles no podía desligarlas de su triste ambiente único. Siempre, entre las cuatro paredes, el desarrollo constante de lo mismo: el rostro del padre cansado, la madre aviejada y triste, perdiendo la vista ante una máquina de coser hasta altas horas de la noche; la vivienda conocida, descuidada, estrecha, la intimidad forzada, los rostros siempre iguales. Y después el desarrollo de cosas elementales y nimias a las que estaba sometido todo el barrio: el trabajo de siempre, la ambición sencilla, la cultura rutinaria, el hijo, el baile de los sábados, las riñas, los dolores. Toda la vida pequeña, pero llena de sentido, de esas calles, vida donde ella misma era testigo y era actriz, desfilaba ahora ante la mirada de Paulina. E iba acompañada de muchas voces, de muchas palabras oídas allí mismo, pero sin significado preciso. Poco a poco, algo como un sentimiento angustioso se fue apoderando de ella. ¿Realmente iba a continuar todo así? Otra vez, como tiempo antes, pensó en muchas noches iguales a esta misma. En muchos pensamientos como los de hoy, danzando frenéticos al son de una música interna. Su infancia, sin saber por qué, apareció ahora también ante sus ojos. Y era como una visión estúpida, gris, velada, pero uniforme y rápida. Una vez había estado enferma y en la calle conoció a un hombre que fue muy bueno con ella; le dijo palabras amables, le compró dulces y un «Kempis». Ya no recordaba las facciones de ese hombre, aunque algo le decía que era el mismo que le recogió con un joven cuando resbaló en una noche de lluvia. No recordaba, de cómo era antes la casa, más que la ventana, muy grande, papeles abandonados en el suelo y muebles sucios. Siempre muebles sucios. Luego, su madre, que le acariciaba frecuentemente y decía adorarla. Casi nada más. Todo como en una película gris, carcomida, fantástica.

Y vendrían, efectivamente, muchas noches iguales a ésta. Quieta, desde el umbral de la puerta, vio a sus padres, que dormían con las cabezas casi juntas en la almohada pequeña. Se acercó y les puso un abrigo sobre el cobertor, sin hacer ruido, para no turbar su

sueño. Quieta, en el centro de la habitación, Paulina estuvo mucho rato contemplando el lecho. Fuera, desde alguna casa próxima, llegaban las notas de una música voluptuosa y triste. Paulina, en este momento, creyó que de su estatismo brotaba también ahora alguna música interior. Que hay en los humanos alguna íntima vibración, algún acorde que incluso a veces es posible captar. Esta noche, detenida en la contemplación de un lecho humilde, pensó que tal vez había en sus actos diminutos alguna recóndita musicalidad. Pensó que, sin embargo, el mundo está cuajado de sonidos que despiertan sensaciones apagadas, y nadie los oye.

Aquella extraña noche, Paulina deseó por unos minutos que alguien comprendiese sus sentimientos a través de la presión de sus dedos, del efluvio de sus palabras y del tono de su voz. Alguien que comprendiera aquella música interna y participara de su espíritu. Luego dibujó en sus labios una sonrisa turbia.

Volvió a su cuarto. Allí, desde el umbral, veía el maletín de su padre, cerrado y preparado. Hacía al menos semana y media que estaba así, semioculto en un rincón. Cualquier día, tal vez a esta misma hora, el maletín y su dueño desaparecerían quién sabe si para jamás volver. Pensó que aquella tentación continua no podía estar siempre así, ante los ojos de su padre. Acercándose de puntillas, colocó el maletín sobre el armario, de modo que no se viese. Luego apagó las luces.

Todo el día siguiente, su madre lo pasó muy enferma. Vino el médico y dijo que le inyectasen aceite alcanforado casi sin interrupción, hasta que la viesen más animada. Paulina estaba nerviosa y rompió la jeringuilla. Tuvo que pedir dinero prestado a fin de comprar otra. No probó alimento en todo el día, cuidando a su madre; hacia la noche, ésta tenía el pulso casi normal y logró conciliar un sueño tranquilo. Entonces Paulina se preparó una taza de caldo e intentó también dormir, pero no pudo.

A las ocho de la mañana arrancó una hoja al calendario: era el 22 de enero. Paulina, sentada junto al lecho de su madre, pensó durante muchas horas que algo se debía hacer. Esto, después de todo, no tenía una gran importancia; era una de tantas crisis en la salud de la mujer que estaba acostada. Cierto que en una de esas crisis expiraría, si todo continuaba igual, pero hasta que tal cosa sucediese transcurrirían, sin duda, varios años. Paulina, aquella

mañana, meditaba todo esto con una desacostumbrada serenidad. Pensó que lo peor de todo era el clima infeliz de la casa. Tal vez, con suerte… Fue hasta su mesilla y releyó la carta recibida dos días atrás. Luego, más pensativa, volvió a sentarse junto al lecho de su madre.

Cayó una tarde oscura, fría, con el cielo muy nuboso. Hacia las siete, Paulina se peinó cuidadosamente, se puso su mejor vestido y cepilló el abrigo. Su madre, desde el lecho, le hizo una pregunta.

—¿Vas por lo de la carta?

—Sí. ¿Te disgusta?

—No, no, todo lo contrario. Quiero que te desengañes tú misma. Como en casa no estarás en ninguna parte, aunque ahora te parezca mentira. ¿Volverás esta misma noche?

—No sé. Quizá deseen que me quede ya.

Su madre lanzó un suspiro tenue.

—Conocimiento, Paulina, conocimiento. Ciertas cosas ya no se te tienen que decir.

—Lo tendré, descuida. ¿Te encuentras ya bien?

—Psss… Yo creo que sí. ¿Qué quieres que te diga?

—De todos modos, aunque me quedase, volvería mañana. No os intranquilicéis por eso.

Dio un beso a su madre y luego otro a su padrastro. Éste parecía muy excitado, como si aquella oportunidad tuviera una gran trascendencia. Paulina se cercioró de que el maletín estaba aún sobre el armario, invisible. Él le advirtió que iba a ir a una casa muy respetable, que no sintiese inquietud. Si se quedaba, desde luego, por poco observadora que fuese, aprendería muchas cosas. Ella, con una débil sonrisa, afirmó repetidamente.

Entró en la habitación de su madre, que tenía los ojos muy abiertos, y la arropó con las mantas.

Luego abrió la puerta con cuidado, salió a las escaleras y comenzó a descender. La calle estaba ya oscura, quizá más oscura que nunca, y resbalaba sobre ella un viento glacial.

Repentinamente, algo la detuvo en el mismo portal. ¿No era ésta una mala ocasión para dar un paso quizá decisivo? ¿No era esto una huida, una claudicación? Lentamente, como empujada por una fuerza ajena, subió otra vez al desván y entreabrió en silencio la puerta. Desde allí vio a su madre, que había cerrado los ojos. Su

cara no tenía buen aspecto; por el contrario, había en ella la insinuación de algo indescriptible, que causaba temor. Paulina estuvo a punto de entrar y sentarse nuevamente en la silla, junto al lecho. Pero se esforzó en pensar que era una tontería. Su padre paseaba de un lado a otro de la estancia, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. El maletín estaba en el suelo, en el centro geométrico de la pequeña habitación.

Paulina sintió un presagio helado, como una mano muy fría comprimiéndose en su nuca.

La fuerza ajena la impulsó ahora a descender. Otra vez, poco a poco, en silencio, bajó las gastadas escaleras. Se puso a andar. En la calle hacía más frío cada vez. Paulina, oyendo el sonido uniforme de sus pasos, tuvo la extraña convicción de que iba hacia algún sitio muy lejano, hacia otro mundo, y de que entre aquellos portales tétricos y aquellas luces moribundas iba quedando enterrada para siempre toda su vida de antes.

V

Las notas surgían en la oscuridad, cadenciosas y solemnes, arrancando acentos pausados que parecían infinitamente tristes. Es cierto que cada vibración engendró una sombra, y todas ellas danzaron a los compases de un tenue movimiento indeciso. Luego surgió una voz que fue ascendiendo lentamente, como en concéntricas espirales, arcos maravillosos de arquitectura ideal que sólo la vista no pudo percibir, aunque las pupilas se dilataron de admiración y de asombro. Entonces la voz moduló palabras y su conjunto fue una armonía dulce que muy pocos hubiesen podido comprender. Arrastraba residuos de pasiones que siguen latiendo y nunca desaparecerán, el timbre de voces que como un sueño se oyeron y desde entonces un cincel de fuego las recuerda, palabras sin significado alguno, estratos de la misteriosa región del olvido.

Nora acabó la triste canción.

Su voz cesó lentamente en un arrullo postrero, susurro indefinible que pugnaba por no morir. Susurros como ése vibran unos instantes y en seguida nadie puede oírlos, pero dejan para siempre una extraña y cálida caricia de sensualidad amarga.

Moriel, no supo exactamente por qué, pensó en la muerte, en el día en que todas aquellas modulaciones armónicas de una misma voz dejarían de vibrar, y sintió una pena que no sabía explicarse, como la pena ante el absoluto y terrible vacío. Algo que le extrañaba por lo insólito le sobrecogió unos momentos: ¿esas armonías de tan profundo significado tenían que perderse? ¡Ah, Señor, danos otra vida donde las armonías sean eternas, donde las voces amadas vibren siempre, siempre, con una dulce sensualidad!

Inmediatamente, sin embargo, tuvo una sonrisa escéptica. Significaba más esa sonrisa que todos los pensamientos anteriores.

Aquélla era una de las noches que Moriel consideraba privilegiadas, porque Nora sentía deseos de oír su propia voz, pero

a los pocos segundos cesaba, como comprendiendo que iba sumiéndose en un mundo de quimera, y entonces el encanto se rompía, para denotar más fuertemente el contraste entre la armonía y el silencio. Las manos dejaron el teclado y la nota chillona de la escala fue repitiéndose tenazmente, como un eco postrero que se negase a morir.

—¿Por qué me miras así? —musitó ella.

Tenían a su alrededor las mismas sombras movedizas de siempre, disipadas en una parte del tabique por la luz concentrada de la lámpara. Se trataba de un ambiente conocido y vulgar, íntimo por ello mismo. El arco rojizo, parecido a una deformidad monstruosa, disipando en parte un amontonamiento de sombras, parecía expresar algo como enfermedad y silencio.

—Aquí languidecerás —musitó Nora.

Moriel hizo un gesto que nada expresaba, como si estuviese absorto.

—Anoche tuve miedo —susurró Nora en voz baja—. Desperté, creyendo que en mi cama había algo desconocido, pero era extrañamente suave, de tal modo que creí estar acariciando algo así como una ilusión. Luego me convencí a mí misma de que soñaba, y quise olvidarlo. Sin embargo, siguió al sueño una agitación inexplicable.

—¿Por qué? —susurró Moriel.

—Ésa fue la misma pregunta que me hice entonces, pero no supe responderla. Junto a mí me parecía que otra persona estaba respirando, que alguien, de pie junto a mi lecho, me contemplaba con atención. Fue entonces cuando, casi sin despertarme, encendí mi lámpara que proyectaba una luz tan tristona como ésta. ¿Qué es lo que crees que vi?

—Nada.

—Eso pensé, creyendo que todo era un estado de agitación, pero esta vez me equivocaba. Inclinado sobre mí, mirándome fijamente, se hallaba el rostro más delicado que he visto hasta ahora, aunque su frente estaba ligeramente sudorosa, tenía unos cabellos semirrubios que caían casi sobre mis labios, y (perdóname este detalle que sólo yo misma sé explicarme) los acaricié con los dedos. Entonces ella quiso sonreír, y adiviné que no podía.

—Pero ¿quién era? —preguntó Enrique Moriel, ocultando por

unos segundos el rostro entre sus manos, con una actitud que era en él característica.

—No lo sé bien todavía, pero lo cierto es que no me asombré lo más mínimo. Incluso creí haber estado mucho tiempo esperando aquello. «¿Cómo te llamas?», le pregunté con la voz más cariñosa que pude. «Paulina Ayerber», respondió, y comprendí, al oírla hablar, que estaba sorprendida. Le estreché la mano.

»—¿Quién te ha traído aquí?

»—Ismael Leonardo.

»En ese momento entró él. Me dio un beso en la mejilla y dijo que acababan de sonar las once de la noche. Yo quedé algo sorprendida; no podía creer que fuese tan temprano. Luego me presentó a esa muchacha.

»—Es la señorita Paulina Ayerber. Vivirá algún tiempo con nosotros. Tiene un empleo aquí —dijo, con todo su cinismo.

Nora hizo con los labios un extraño gesto de despecho, casi masculino, como si escupiese.

—Te digo la verdad, ¡qué cinismo!

Crispó involuntariamente las manos al decir esto, mientras Enrique Moriel volvía su rostro para mirarla; lo hizo con extraordinaria fijeza. Por unos instantes, ella clavó sus ojos en la silueta colocada tras el piano, vagamente dibujada en la penumbra, y la crispación, más involuntariamente aún, se hizo convulsa.

—¿Por qué me miras así? —musitó.

Enrique Moriel volvió a taparse los ojos instantáneamente. Cuando sus manos blancas ocultaron la expresión, preguntó sencillamente:

—¿Yo?

—Sí, tienes a veces una mirada que sobresalta, te lo juro.

Hizo un ademán nervioso, aspirando con fuerza.

—¡Qué bien he estado sola últimamente! Venía aquí y hablábamos. Tú no mermas en nada mi necesaria libertad. ¿Para qué crees que mi padre ha traído a esa joven? No hay empleo ni nada de eso. Es una barrera más para que no pueda hacer mi voluntad. Sé lo que mi padre quiere: que ella me acompañe, que, sin darme cuenta, me impida ser yo misma. Créeme, estas vigilancias de mi padre empiezan a repugnarme. Sobre todo ahora, endosándome una muchacha que no me comprenderá ni se dará

cuenta de que me estorba. Posiblemente es un ángel. Pero toda compañía me molesta, te lo aseguro; me molesta.

Moriel dibujó en sus labios una estrecha sonrisa.

—Despístala. Dale esquinazo.

—Tal vez lo haga. Pero me intriga. Esa muchacha es más joven que yo; ahora tiene diecisiete años. Imagina que este mediodía han llamado a la puerta y he abierto yo, porque estaba en el vestíbulo. Un hombre aviejado, mal vestido, con un maletín negro en la mano, me miraba desde el umbral. «Dígale, por favor, a la señorita Paulina…», ha empezado. Pero ¡qué extraño era ese hombre! En sus ojos había una luz demente, elemental. Cuando quería hacerle pasar, ha exclamado: «¡No le diga nada! ¡No diga nunca nada! ¡Que no sepa que he estado aquí!». Parecía suplicármelo; no te puedes imaginar con qué angustia exigía mi silencio. En fin, casi no he tenido tiempo de verle.

Hizo otra vez con los labios el mismo gesto despectivo, casi masculino. Luego, su sonrisa se dulcificó.

—¿Crees que tú también me estorbas, Enrique? No, no. ¡Qué tonto eres si piensas así! Tú has ido siendo, poco a poco, uno de los factores determinantes de mi vida.

—¿Yo? ¿Por qué?

Ella movió la cabeza.

—¡Qué bien lo sabes, en el fondo!

Se llevó una mano a los ojos, como concentrándose.

—Nuestra amistad ha llegado ya muy lejos, Enrique. Demasiado lejos para mí. Una de las razones por las que quiero que mi padre no me conozca bien es porque te juzgaría innecesario, y entonces acabaría esta situación.

Se levantó, acercándose a Moriel. Éste le tendió la mano y estuvieron un rato mirándose. Era muy difícil comprender lo que sus expresiones significaban. Luego Nora sonrió y fue hacia la puerta.

Nora se despedía siempre de ese modo. Entonces Moriel quedó solo con las sombras no supo cuánto tiempo. Una vibración rítmica, repetida, martirizaba sus oídos.

Tapó sus ojos con las palmas de las manos. Después, alguien hizo ruido al entrar en la habitación.

—¡Padre! —musitó, alzando el rostro.

—¿Se ha ido Nora?

—Sí, sí…

—¿Puedo sentarme?

—¿Por qué no?

Estaba apoyado en la pared, junto a la entrada de su dormitorio, a un paso de la oscura puertecilla.

—¿Conseguirás algo?

—¡Oh, sí, sí, padre!

VI

Enrique Moriel no conoció a Paulina hasta dos días más tarde, cuando fue a casa de Ismael Leonardo para conversar con él.

Una cierta solemnidad parecía envolverlo todo aquella noche, cuando él llegó. Los criados hablaban con sigilo, y el mismo Ismael parecía inquieto a causa de algo muy importante. Le hizo pasar a su despacho y comenzó a decirle, con voz muy cansada, que acababa de recibir la visita de monseñor Delille, un profesor agregado de la Facultad de Filosofía, para lamentarse de que Moriel ejercía entre sus compañeros una dañina influencia moral, pues sus ideas sobre la religión y la política eran del todo erróneas. Pero se adivinaba fácilmente que a Ismael esto no le importaba y que mientras se lo decía estaba pensando en algo de mucha mayor trascendencia para él. El joven se preguntó qué había ocurrido en la casa.

No le extrañaba la visita de monseñor Delille. Era un viejo sacerdote que explicaba Filosofía tomista y que sentía por él, al mismo tiempo, temor y admiración. Le hubiera profesado cariño, incluso, caso de tener Moriel otras ideas. Contempló, durante los brevísimos segundos en que estuvo pensando esto, a Ismael Leonardo y vio en su frente una línea de preocupación.

En aquel momento entró Nora.

—Ven —dijo a Moriel—. Quiero que conozcas a Paulina.

Él la siguió y caminaron por un corredor muy amplio, con las paredes llenas de cuadros y de vitrinas que contenía pequeñas esculturas. Todos se sentían trasportados, al llegar allí, a la nave severa de un museo. Se detuvieron, y Nora rogó que esperase unos instantes. Con ojos analíticos, Moriel se dedicó a contemplar las pinturas. Transcurridos breves minutos, una mano, al rozar su espalda, le hizo volverse.

Paulina le miraba con los ojos muy abiertos. Todo en ella parecía más grande, más dilatado que la última vez, como si el

dolor escapase abriendo brutalmente los poros de su piel. Había algo en su mirada que denotaba incomprensión y extravío.

Quiso retirar la mano que había estrechado Moriel, y sus dedos se crisparon entre los del joven, al mismo tiempo que sufría un estremecimiento. Sus ojos buscaron los de Nora, luego retornaron a los de Moriel, cada vez más brillantes, más dilatados. Entonces, y de improviso, empezó a llorar desesperadamente.

Moriel miraba, como no sabiendo qué sería más prudente.

En aquel momento se acercó Ismael Leonardo, quien, acariciando los cabellos de Paulina, pronunció algunas frases para consolarla. La trataba como a una niña incomprendida, a la que hay que atender solícitamente de vez en cuando para dominar sus arrebatos, sin conocer verdaderamente sus causas. Intentaba buscar palabras suaves o ironías inocentes para disuadirla de aquel llanto. A las claras podía apreciarse que había en su corazón un auténtico y bondadoso deseo de ayudar a la joven. Nora Leonardo también intentaba consolarla, sonriendo suavemente. Acarició sus mejillas y le secó las lágrimas con un pañuelo de seda.

—¡Tontina! ¿Qué es lo que te ocurre para que llores así?

Paulina no quería mirar a ninguna parte, como deseando ocultar su expresión.

—¿Qué necesitas? Di lo que quieres y se te hará, pero no estés triste.

—Nada, no necesito nada. Sólo quiero que me dejen llorar.

Ismael hizo a Moriel una seña para que le siguiera hasta el comedor contiguo.

—Me parece que está demasiado tiempo sola; no conviene que piense en lo que le ha ocurrido. Luego ya te contaré lo que sé de su historia, pero por el momento conviene distraerla. Si ve caras nuevas tal vez se consuele; quédate esta noche a cenar.

Moriel hizo un ademán de asentimiento.

—Gracias.

Paulina dejó de llorar transcurridos unos momentos, y se sentaron a la mesa. Fue una cena en una atmósfera tensa. El comedor de los Leonardo, lujoso y de gusto moderno, pareció aquella noche extrañamente hosco; apenas hablaron. Paulina comía sin gana, mirando siempre al mismo dibujo del mantel, un juego de cuadritos que pensó en aquellos momentos no se le borraría jamás

de la memoria en ninguno de sus complicados detalles, por mucho que viviera. Moriel la examinaba detenidamente, con rostro inexpresivo. Acabaron y después de un instante, Ismael insinuó que podía quedarse a dormir en la casa.

—Bien. Muchas gracias.

Cuando Ismael insinuaba una cosa era porque Ismael quería esa cosa, de tal modo que hubiera sido una tontería oponer objeciones o cumplidos. Moriel, además, estaba extrañamente pensativo, sin ganas de pronunciar una palabra.

—Haré que te preparen una habitación —dijo Nora.

Antes de retirarse, Ismael le condujo a su despacho, y allí le enseñó un periódico de dos días atrás, poniendo el dedo sobre una modesta esquela mortuoria.

—Creo que a la chica la ha desesperado esto. Lee.

Moriel se fijó sólo en el nombre de la difunta y en las primeras líneas: «*María Teresa Font. De cuarenta y nueve años. Falleció ayer. Sus desconsolados: esposo Teodoro e hija Paulina*»…

—La muchacha se llama Paulina Ayerber Font —apuntó Ismael.

—Entonces…

—Debe de tratarse de su madre. Ayer noté que había leído esta esquela porque estaba deshecha. No conseguía hablar. Al parecer atribuye la muerte de su madre al hecho de haberse marchado ella de casa, y está conmovida porque han puesto su nombre junto al de su padrastro. Todo lo diplomáticamente que pude, me enteré de algunos detalles; era ya tarde para acudir al entierro, pero, con todo, no quería de ningún modo volver a su casa. Dijo que su padrastro habría huido ya mil veces y que sería imposible encontrarle. Como esto me pareció lógico, fui a la dirección que indica la esquela. Es un desván inhabitable; no había nadie. Conseguí abrir después de muchos esfuerzos, y lo vi todo revuelto. No puedes figurarte el aspecto de desolación que tenían las pequeñas habitaciones. Por los vecinos me enteré del nicho donde enterraron a esa mujer. Es en el cementerio del Sudoeste en la parte más alta. Claro que a ella no le diremos nada: ya se le irá pasando poco a poco. Te cuento esto para que obres con mucha discreción.

—Sí, ya lo tendré en cuenta.

Moriel se pasó la mano por los ojos, como si pensara con gran intensidad o estuviese muy fatigado.

—¡Qué doloroso es todo esto!

—Imagínate… No he llegado a tiempo de hacer nada. Pero será mejor que ahora descanses. Tienes la habitación de siempre.

Unos instantes después, se retiraron. Ismael y su hija se acostaron rápidamente. Moriel, vestido, sentado en un borde de la cama, permaneció meditando largo rato.

No hubiera podido decir qué pensaba. Era como si mil recuerdos confusos, desordenados e ilógicos de años anteriores vinieran bruscamente, en confuso montón, a llamar a su cerebro.

Estaba triste por haber hablado el día anterior, lanzando, profiriendo por decirlo así, parte de sus ideas en las aulas de la Universidad. Sus ideas eran por el momento algo muy propio; no deseaba que las conociesen gran parte de sus compañeros, y menos todavía monseñor Delille, que daba a todas las cosas una interpretación católica. Había observado mucho, y sus observaciones estaban incompletas; no quería hablar aún. Por otra parte, ciertas ideas eran como el fondo recóndito de su personalidad, imposible de captar ni aun mirando con atención al abismo frío de sus ojos.

Pensaba en Paulina, la joven que había estado junto a él un momento atrás. Casi no le había mirado, pero preguntas tales como «¿qué hago yo aquí?, ¿dónde me habéis traído?, ¿qué es lo que deseáis al contemplarme de ese modo?», podían leerse en la inquietud de su rostro y los movimientos nerviosos de sus dedos. Moriel recordaba a una Paulina muy distinta a la que veía ahora entre la neblina gris de las cosas pasadas. Era algo muy extraño, como si un punto fundamental de su existencia saliese del ayer para colocarse, inmóvil y significativo, ante sus ojos de mirada profunda. Lentamente, vio desfilar días y momentos ya transcurridos: todos terminaban en la actual mueca de incertidumbre angustiosa que había visto en el rostro de Paulina. Sin duda, ahora le era también a ella imposible dormir, y estaba contemplando, desde alguna ventana cerrada, la oscuridad hermética del cielo. ¡Qué difícil era imaginar lo que podía estar pensando! Moriel creyó oír ruidos tenues de pisadas, que se acercaban a él cautelosamente, furtivamente, buscando aproximar una mano de mujer al pomo de su puerta. Imaginó a Paulina abriendo, mirándole con una sonrisa de comprensión, y dejándose caer junto a él, en aquel acogedor y

blando lecho. Su cabellera rubia enmarcándole el rostro, con ojos de brillo profundo y labios entreabiertos, insinuantes. Sus brazos torneados extendidos en busca de un frenético abrazo. Imaginaba todos esos actos de Paulina como realizados con un impúdico abandono y una irresistible voluptuosidad.

¿Cuál era el carácter de Paulina? ¿Podía siquiera imaginar en ella unos actos así? O en otro aspecto: ¿cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia esa joven?, ¿qué deseos sentía realmente al verla y admirarla?

Moriel, meditabundo, no hubiera sabido contestar a esas preguntas.

Y, sin embargo, era cierto que Paulina, frente a una ventana cerrada, examinaba atentamente, con el ánimo sobrecogido, la hermética oscuridad del cielo.

Durante largos minutos tuvo Paulina sus manos enlazadas, pero un temblor convulso se las hizo desunir una y otra vez. Tamborileaba con los dedos sobre una pequeña mesilla, pero aquel monótono sonido iba aumentando su nerviosismo y su impaciencia. Sentía entonces deseos de turbar con sus gritos la calma de la noche, y la misma soledad impresionante que la rodeaba concluía por ahogar ese deseo. Sólo le quedaban fuerzas para unir de nuevo sus manos, oprimirlas, tapar con ellas su rostro.

—¡Madre! —susurró una voz.

Y comenzó a reír incomprensiblemente, desatentadamente, advirtiendo que no era dueña de sí misma, pero gozándose en los propios atisbos de su demencia. Luego aquella risa fue tenue, imperceptible, y se apagó para convertirse en una mueca que oscilaba entre deliciosa y grotesca.

Se apoyó en el ventanal y vio a unos metros las sombras de la calle. Una silueta estaba detenida en ella, contemplando el rectángulo de luz dibujado sobre su cabeza.

Esa silueta desapareció, y entonces fue cuando ella comenzó a sentir más que nunca el silencio y la soledad que le estaban rodeando. Tenía ante sí los muebles cómodos de una reducida sala, y la sucesión de otras, que iban a terminar en el pasillo donde las figurillas estaban colocadas. Dos grandes ventanales, con cortinillas de gasa, dejaban entrever, ante todo y sobre todo, una espantosa oscuridad en el cielo de aquella noche, sin ni la pálida luz de una

estrella.

Nuevamente tuvo más miedo. Recordó todos y cada uno de los objetos de su desván, como si los tuviese muy cerca, como si la hubiesen seguido en silencio hasta aquí. La voz de su padrastro.

—¡Huiremos! —resonó en sus oídos—. ¡Huiremos!

Aún no sabía bien por qué estaba allí; por qué la habían colocado en un lecho muy lujoso, cerca de otra joven muy bella; por qué en estos instantes se encontraba sola, cuando todos los demás reposaban.

Entonces, como a causa de una pesadilla recientemente iniciada, creyó ver en la penumbra de la sala contigua una figura que le parecía conocer. Mas se dibujaba tan vagamente y ella estaba tan ensimismada que no le prestó atención.

—Pero recapacitemos —susurró—. ¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué me ocurre en esta casa? ¿Qué es lo que voy a hacer ahora?

Volvió sus ojos hacia el lugar donde se recortaba la figura y la vio más próxima, aunque no pudo reconocerla. Entonces, como asaltada por un presentimiento, avanzó unos pasos y se encontró en la semioscuridad frente a frente con Enrique Moriel, que había salido de su habitación porque estaba seguro de encontrarla allí.

—¡Usted! —exclamó.

Retrocedió, hasta hallar a sus espaldas el ventanal. Más sombras difusas en la calle; Paulina sentía un miedo indecible e instintivo ante todos y ante todo.

—¿Por qué está aquí? —musitó—. ¿Qué ha venido a hacer?

—Ismael Leonardo dijo que me quedase. Estaba solo y sentí deseos de moverme. ¿No duerme usted?

—Sí, pero luego. ¡Váyase!

Enrique Moriel volvió las espaldas y se dirigió lentamente al largo corredor. Aquella obediencia tan pronta tuvo la virtud de confundir y de irritar a Paulina, quien pensó por unos instantes que estaban aplicando un verdadero martirio nervioso sobre ella.

—¡Venga!

Se hallaba apoyada en el cristal, adivinando que su rostro estaba pálido, y mordiéndose los labios inconscientemente, como para aliviar su excitación.

—¿Qué quería usted decirme? —exigió, mirando al otro lado de

la pieza.

—Nada. Quiero pedirle que descanse.

—¿Por qué? ¿Qué interés tiene? ¿Qué interés tienen todos?

Moriel se encogió de hombros.

—Paulina —dijo.

—¿Qué?

—¿Cuántos años tienes?

—Pronto cumpliré dieciocho. Tráteme de usted.

—Comprendo, perdóneme. Ahora váyase a descansar.

—Iré, pero cuando sepa qué es lo que me ocurre. No puedo dormir.

—¿Qué teme?

—¡Oh, no sé! Creo que me he vuelto loca.

Adivinaba a través del ventanal la informe acumulación de viejas casas, hacia el sur, con todas sus pasiones ocultas tras la piedra, las mismas que minuto tras minuto se deforman y mueren después de mucho tiempo. Pero de las cenizas de una pasión muerta surge siempre otra, gesticulante y viva. Paulina sintió una sensación indescriptible, que le oprimía la garganta, mientras estuvo mirando por aquel ventanal; algo como si toda su vida pasada estuviese ahora allí, en forma de neblina, mirándola desde el horizonte. Y como si de las ventanucas viejas, que ella tanto conocía, surgiesen apagados gritos.

—No sé qué me va a pasar —susurró sin voz.

—Cree que nadie puede comprenderla, ¿verdad?

—Le repito que no sé nada. Ni siquiera por qué me tienen aquí.

Moriel se acercó a ella unos pasos, con las manos en los bolsillos mirándola fijamente.

—No temas, Paulina. Yo tampoco sé por qué vengo casi cada día aquí. Hay mucho de extraño en mi vida de ahora. Mañana me contarás lo ocurrido y hablaremos con calma. Ahora sería inútil hablar; estás abrumada. Ve a tu dormitorio e intenta olvidarte de todo lo que está pasando.

Paulina hizo un ademán como de negativa, pero él la condujo suavemente por un brazo. No opuso gran resistencia cuando llegaron al pasillo; ambos sentían unos deseos vehementes de hablar, de romper la tensión que se advertía en sus gestos y respiraba en el ambiente de la casa. Pero guardaron silencio, al

igual que si tuvieran un mismo miedo.

Paulina entró en su habitación sin una palabra y sin mirar a Moriel para despedirse de él. El joven estuvo aguardando tras de la puerta hasta oír, mucho rato después, el chasquido del interruptor al apagarse la luz. Luego, con movimientos calmosos, fue hasta su cuarto, se sentó otra vez en el borde del lecho y continuó pensando.

VII

Cuando al día siguiente volvió a ver a Paulina, ésta se encontraba ya mucho más tranquila. Sin duda había hablado con Ismael y lograron calmarla las explicaciones de éste. Moriel llegó a una hora en que el dueño de la casa fingía gestionar en la Jefatura de Policía que se interesasen sus amistades por el actual paradero del padrastro de la joven. En realidad, por lo que sabía de la historia, no tenía el menor deseo de averiguar tal detalle, y mucho menos facilitar que Paulina volviese a su antigua existencia. Cierto sentimiento muy profundo y algo paternal le dictaba conservar a la joven junto a sí. Lo cierto es que Moriel la encontró mucho más apacible y comunicativa.

—¿Ya no tiene usted miedo? —preguntó después de saludarla, tomando asiento en un gran butacón tapizado de verde, en la misma habitación donde la viera la noche anterior.

—No, ya no.

Paulina rió fugazmente, pero en seguida apareció otra vez en su expresión la indefectible huella de la amargura y el cansancio. Llevaba un vestido muy oscuro, con cuello blanco de forma caprichosa, vestido que había pertenecido a la hija de Ismael Leonardo y que sentaba mejor a la actual palidez de su rostro que a la faz de Nora, donde era difícil distinguir cuándo terminaba la virgen y comenzaba la sensual. Sin duda aquella mujer era una mezcla de las dos cosas, y, aunque hubiese sido tan sólo pura, la virginidad es una forma de la sensualidad.

—¿Cuántos años tiene usted? —interrogó Paulina, después de observarle unos instantes.

—Veinte, los cumplí… hace tiempo. Pronto cumpliré los veintiuno.

—Recuerda que nos habíamos visto antes, ¿no es cierto?

—Recuerdo exactamente todos los detalles de aquella tarde. ¿En

qué quedó después?

—Es largo, si hubiera de contarlo todo.

Inclinó su cuerpo, apoyando la mano izquierda en el brazo de la butaca donde estaba sentado Moriel. Con la breve conversación había aparecido en las mejillas de Paulina una coloración muy vaga, y ahora sonreía incluso, pero muy débilmente, sin entreabrir los labios. Moriel adoptó una expresión atenta, mirándola con fijeza.

—Creo que es usted muy sumiso.

—Lo parezco solamente. Cuénteme, por favor.

—Se reduce todo a que mi padrastro estaba obsesionado. Pero ¿para qué voy a explicarlo? Yo también lo estoy. Ocurrió algo espantoso, y desde entonces parezco haber perdido la noción de las cosas.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Exactamente apenas lo sé. Murió mi madre.

—Lo sabía. Sé de usted muchas más cosas de las que imagina.

Aunque Moriel se mordió los labios, arrepintiéndose en seguida de tales palabras, la muchacha adivinó que aquel joven sentía por ella y por su pasado un interés que ahora no sabía explicarse, aunque esto hizo que le considerase, a partir de aquel momento, como la persona de su nuevo mundo que más le convenía observar.

—Yo he leído mucho —susurró otra vez—. Desde que tuve uso de razón no he hecho otra cosa que leer y pensar.

Estaba de nuevo a solas, con Moriel, en el mismo lugar. Era de noche. La luz ponía en el rostro de Paulina una belleza impalpable y sutil.

—Sin duda le extrañará que le hable así, ¿verdad? Creerá que trato de darme importancia. Sin embargo, no es eso; yo siempre he hablado del mismo modo. Con cierta franqueza poco delicada. Le diré que he tratado constantemente de torturar mi cerebro, de pensar por mí misma, buscando ideas que me arrancasen de aquel ambiente. Dieciocho años son muchos, son muchos años de pequeñez… Usted no lo sabe, pero el ambiente en que he vivido me asfixiaba.

Moriel hizo un signo de comprensión.

—Ahora que ya está más tranquila, ¿qué ha acordado con Ismael Leonardo?

—Dice que, si no tengo inconveniente, me quede aquí, al menos de momento. Para tranquilizar mi conciencia me ha dicho también que necesita alguien que le ayude. Pero no lo creo.

—En efecto, Ismael la necesita. Si acompaña a Nora, hará bastante a sus ojos. En mi opinión, debe ser razonable y no moverse de esta casa. Hasta que conozca bien a Nora andará un poco desorientada, pero terminará cobrándole un gran afecto.

Calló, volviendo la cabeza para no turbarla con su mirada. La luz, muy próxima, dibujaba en el rostro de Enrique Moriel una sombra larga, fantasmagórica, que lo partía en dos. La pupila visible brillaba, pero Paulina tenía los ojos fijos en el suelo y no lo advirtió.

Toda la faz del joven quedó en seguida en la penumbra. Su rostro, en estos momentos, tenía algo de impresionante, como esas figuras de los antiguos monasterios que imponen porque dejan dibujar tan sólo vagamente su aspecto. Toda luz mataría su expresión.

—Los conozco muy bien a todos —dijo al fin—. Si algo de lo que veas te inquieta, te ruego que me pidas consejo.

Ahora estaban junto a la puerta de la casa, y Paulina parecía consternada por algo que venía de sus mismos pensamientos.

—No sé lo que me ocurre —confesó—. Estoy como obsesionada; durante las noches no consigo cerrar los ojos. Pienso verdaderas locuras. Cuando me contemplo a mí misma, siento pena y miedo.

—¿Y eres tú sola? —preguntó Moriel—. ¿Acaso sabes si a mí me ocurre lo mismo?

—¿A ti?

—Sí. Lo comprenderás cuando conozcas mi ambiente. Vivo en unas pequeñas habitaciones donde el sol penetra muy poco, pero en cambio las noches llenan todas las paredes de sombras. Una luz colocada en mi mesa de trabajo no hace más que concentrarlas en los rincones. Desde allí me miran. Entre ellas pienso muchas cosas.

—¿Qué cosas?

Moriel desvió su mirada.

—A veces pienso en ti, Paulina. Sé que has sufrido mucho y que podría hablar contigo de cosas que los demás no comprenden.

La muchacha clavó sus ojos en él, intensamente.

—¡Paulina!

Casi se estremeció. ¡Qué extraño era sentirse llamada con ese

tono de voz!

Moriel, intentando sonreír con naturalidad, le tendió la mano.

—Al mencionar todo esto, Paulina, he querido decir que te ofrezco mi amistad. Es mi única virtud; creo que soy un buen amigo de mis amigos. Te ofrezco mi muy sincera amistad.

Tomó su mano, estrechándola. Paulina creyó adivinar, cuando aquellos dedos acariciaron su muñeca, que en este ofrecimiento no había sólo amistad. Intuyó que era algo mucho más profundo, aunque él no desease manifestarlo ahora. Hizo un gesto de aprobación y levantó más el brazo, mirando a otro lado. Sintió cómo depositaban un peso en la palma abierta de su mano.

—Agradezco tu amistad.

No hablaron más aquella noche. Un segundo más tarde ya no tenían las manos unidas. Pero después de separarse, aún vivían ambos la sensación de que se estaban mirando fijamente, lentamente, con cierta fruición misteriosa y profunda.

VIII

A partir de aquella noche se vieron con frecuencia; incluso tuvieron algunas citas en la calle. Pero casi siempre hablaban en aquella pequeña habitación del domicilio de Ismael Leonardo, donde nadie venía a molestarles. Las sombras de la noche iban cayendo lentamente, y ellos las contemplaban con una expresión serena y tranquila.

Parecía que sus entrevistas les calmaran mutuamente. Moriel no dio en mucho tiempo motivos de preocupación a monseñor Delille, pues dejó de discutirle aún los puntos más escabrosos de la religión.

Paulina llegó a sonreír algunas veces, con expresión feliz, y sólo en un detalle continuaron manifestándose sus preocupaciones pasadas: jamás, al salir a la calle, consintió acercarse al lugar donde había vivido. Ni siquiera pasó una vez por sus cercanías, como si aún —después de todo concluido— temiera el encuentro con algo fatídico.

Ismael le dijo que la policía buscaba atentamente a su padrastro, y ella lo creyó. Pero, en el fondo de su corazón, estaba convencida de que todo era inútil, de que aquel hombre había desaparecido para siempre jamás, perdiéndose en algún lugar donde fuera imposible encontrarle. Y en su intimidad, Paulina, al olvidarse poco a poco de los sucesos ocurridos, pensó que era mejor así.

Transcurrieron dos meses; pasó ya febrero de 1934. Nora, aquel invierno, casi no paró en su casa; incluso a veces comía fuera. Todo ello contribuyó —pues el frío le perjudicaba— a que Ismael estuviera más taciturno que nunca.

Sin embargo, no dejaba de ser amable con Paulina ni de prodigarle toda clase de atenciones. Aunque le costaba andar, pues desde la última guerra en Marruecos tenía metralla en la pierna y en la cadera izquierda, no puso dificultades a salir de paseo con la joven, buscando siempre distraerla. Causaba cierta lástima ver que

un hombre todavía joven, como Ismael, andaba dificultosamente, aunque por su parte conseguía disimular mucho. Compró a Paulina todas las mil pequeñas cosas necesarias a una mujer bonita, e hizo que se vistiera con tanta elegancia como Nora. En general, todas las atenciones que no podía dispensar a ésta, por su alejamiento progresivo, las dispensaba a Paulina. Moriel le dijo varias veces que Nora distaba mucho de ser una viciosa, pero no le creyó; en realidad, el propio joven no había llegado a conocer el carácter de aquella mujer enigmática. Sólo sabía que no era mala. Ella jamás consentía que la acompañase, y seguirla era un acto tan denigrante para su sensibilidad que no quiso intentarlo una sola vez.

Con Paulina hablaba de muchas cosas, pero sobre todo de los pensamientos que habían formado su vida. Ella, igualmente, se lo contaba todo con una sinceridad casi impúdica; parecía querer ser comprendida rápidamente, y con cuanta más claridad mejor. En sus ojos brillaba, al hablar, la luz mortecina de un pasado que se le aparecía remoto. Indudablemente, iba dejando de estar apenada: prefería vivir así, conociendo el mundo de su alrededor y pudiendo al menos concebir esperanzas. Moriel le resultaba cada vez más indispensable, pues se sentía identificada con él. Nunca, sin embargo, hablaron de amarse.

Poco a poco, Paulina volvió a tomar confianza en sí misma. Desde que vivía de este otro modo, se notaba invadida por una cierta sensualidad. Sus largas horas de quietud eran propicias a toda clase de pensamientos desacostumbrados antes. Lo cierto es que en la gran biblioteca de Ismael no todo eran libros recomendables. Algo como un anhelo casi brutal de vivir intensamente llegó a formularse con claridad en su cerebro. Nora lo advirtió, pero no quiso darle ningún consejo. Moriel sólo le indicó que su carácter se estaba formando ahora, que debía vigilar todas sus ideas. Ella no respondió nada, pero quiso convencerse de que ya tenía el carácter formado; que incluso lo había tenido desde mucho tiempo atrás.

Una noche, iba a despedirse de Moriel. Estaban a oscuras en el gran vestíbulo silencioso. Apoyó tiernamente su cabeza en el hombro del joven, que acarició sus cabellos. En seguida, Paulina, alzando el rostro, entreabrió los labios y cerró los ojos, demandando sin palabras.

Se besaron tímidamente al principio; luego con auténtica pasión.

Paulina se abandonó por completo en los brazos de él, buscando saciar en aquel beso todos sus deseos.

En las entrevistas que siguieron a ésta se besaron otras veces, cada vez más largamente, más confiadamente. Paulina, cuando estaba entre sus brazos, se sentía dueña de toda su plenitud y dudaba de que su vida pudiera ofrecerle un momento más dichoso. Pero su voluntad no existía en esos momentos, y se sabía a merced del joven, al que se insinuaba cada noche con más confianza. Moriel, sin embargo, jamás se sobrepasó, como si en algún punto de su cerebro latieran otras ideas profundas y ocultas, unas alas que no quisiera inmovilizar entre los brazos de una mujer, que se le aferraban tenazmente con un instinto primario y vital.

Existen sentimientos que necesitan de la chispa de un contacto físico para arraigarse. Paulina ya no volvió a considerar a Moriel como un amigo o como un varón simplemente apreciado y deseado: a partir de aquellos besos lo amó terriblemente.

Andando una vez por entre la acumulación compacta de casonas viejas que forman un laberinto, protegiendo la catedral y el palacio del Obispado, topó Paulina con un joven que tenía cierto parecido con Enrique Moriel y, aproximadamente, la misma edad que él. Vestía un traje gris muy agradable; su expresión reflejaba, en aquellos momentos, cierta tristeza. Algo impresionada, continuó su camino hasta que creyó hallarse sin salida, y entonces desanduvo lo andado, mirando con curiosidad a su alrededor. Aunque recordaba haber cruzado varias veces por aquellos lugares.

Unas horas después, andando también por las espaciosas salas de la mansión de Ismael Leonardo, entró en una pequeña pieza que poseía una gran ventana casi siempre cerrada y tres pantallas muy próximas, anejas a la pared, que al encenderse produjeron una luz muy concentrada y molesta.

Era aquello un pequeño museo donde el dueño de la casa había colocado sus pinturas más cotizadas. Parecían casi todas alegóricas, y algunas de inspiración bastante tétrica, aunque a ella no pudieron impresionarla. Sin embargo, se fijó en una, la más alejada de su vista, que representaba un mar enterrado en una caverna oscura y espaciosísima, por la cual avanzaba una barquichuela en dirección a una difusa y monstruosa mancha rojiza.

Paulina tembló involuntariamente. ¡Le recordaba aquel cuadro

tantas cosas de la época de su padrastro!

No lo había visto jamás allí. Sin duda acababan de traerlo.

—¿Quién será su autor? —preguntó en voz audible, sin darse cuenta de que estaba sola.

Pero una voz a su espalda respondió:

—Yo, señorita.

Se volvió para encontrarse frente a frente con el joven que pocas horas antes había visto. Iba vestido del mismo modo, y sonreía discretamente. Paulina enrojeció súbitamente, no supo por qué.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Esteban Ortiz. Como pintor soy un principiante.

—¿Y a qué ha venido aquí?

—Buscaba a Enrique Moriel. ¿Le ha visto usted?

—¡Ah, le conoce! —dijo Paulina, con acento de alegría inconsciente.

—Somos más que conocidos y más que amigos —explicó aquel joven—. Hemos estudiado juntos desde los catorce años. Y siempre nos hemos sentido unidos.

Paulina sonrió. Tenía una sonrisa muy particular, que era encantadora porque era tímida. Además, con el repentino rubor, destacaban con toda su belleza los labios sensualmente formados y los cabellos de un hermoso y tenue color rubio.

—Cuénteme —suplicó—. ¿Va usted a la Universidad con él?

—Sí, pero me adelanta en un curso, y estudiamos carreras distintas. Yo, Derecho; él Filosofía y Letras. Se aplica mucho. Cuando cumpla los veintidós años, podrá doctorarse, y, desde luego, tiene verdadero talento…

—¿Usted cree?

—Todos creen lo mismo. ¿Es usted pariente suyo?

Habían salido ya de la habitación, y caminaban por el corredor de las estatuillas. Paulina lanzó un tenue suspiro, que sólo ella advirtió.

—No. Somos conocidos simplemente, pero vivo en esta casa.

—¿Cuál es su nombre?

—Paulina Ayerber.

Quiso decirle que unas horas antes le había impresionado justamente porque su expresión tenía cierta semejanza con la de Moriel. Pero ¿no hubiera equivalido a confesar la intimidad de un

sentimiento?

—Si me permite que se lo diga —susurró él—, tiene usted una belleza casi imposible.

Paulina, al oír esto, murmuró tan sólo:

—No diga tonterías.

Y sonrió amigablemente, con una de esas sonrisas que desarman.

Luego hablaron de algo sin importancia, que no recordó, hasta que la dejaron sola con sus precocidades y sus apasionadas ideas. Se acercó a un ventanal, desde donde se divisaba el horizonte, y allí permaneció hasta que casi todos los objetos se hicieron invisibles.

Entonces crispó los dedos, apoyó su frente en el vidrio, contemplando un detalle trivial, se acarició levemente los cabellos y luego sonrió, esperando una felicidad que sólo vagamente atisbaba.

Sí, se sentía otra y comenzaba a vivir.

¡Cómo y qué rápidamente habían cambiado las cosas! Antes se había admirado a sí misma, quizá por no tener a quien admirar; ahora la amaban. Otros labios se posaban en los suyos, y las palabras que modulaba no se perdían en la noche. Había pasión, vida y esperanza en cada uno de sus actos, del mismo modo que había alegría en su expresión. Ya no sentía necesidad de enlazar sus manos febrilmente, de mirar al vacío y morder sus labios con la rabia de la desdicha. Paulina, meditando en todo esto, observando los cambios en su aspecto físico y en su vida mental, se sentía aquella noche inauditamente feliz.

Pensaba frecuentemente que más valía así. Es inútil martirizarse con el recuerdo de sucesos y de cosas muertas.

Los recuerdos y las cosas muertas, sin embargo, forman una segunda naturaleza que, aún enterrada, saca a veces sus manos, gesticula y palmotea. La joven tuvo miedo por unos instantes de que aquella felicidad momentánea se perdiera, volviendo ella a sus antiguas y monótonas visiones. Llegó Nora, y le preguntó sonriendo en qué pensaba.

—¡Oh, en nada! Miraba la calle.

Nora denotaba cansancio. Paulina la hizo sentar en una butaca y sonrió a su vez.

—¿Has tenido frío?

—Un poco. Hasta últimos de marzo no empezará a mejorar el tiempo.

Continuaron hablando de cosas triviales, y aunque se profesaban un gran cariño y se interesaban mutuamente una por otra, era fácil adivinar que aquella noche pensaba cada una en sus propios temores.

Ismael Leonardo, meditabundo y preocupado, se acercó a ver cómo estaba su hija. Dedicó a ambas una sonrisa fría y se fue a otra habitación para no molestarlas.

IX

Esteban Ortiz, que vivía con su familia en una casa amplia, situada en un barrio humilde de Barcelona, recibió a los pocos días una visita de la cual, a buen seguro, no se olvidó nunca.

Era ya algo tarde y estaba ocupándose de una miniatura, cuando entró en su reducido taller cierto amigo suyo a quien desde mucho tiempo atrás no había tenido ocasión de ver. Ese amigo, que fue en otro tiempo uno de sus condiscípulos, había seguido la carrera militar y pasaba en Barcelona temporadas muy breves; por eso, apenas mantenía contacto con nadie. Era muy rico; no necesitaba para nada su sueldo de teniente de Artillería. Esteban Ortiz, a pesar de la prolongada separación, le recibió todo lo afablemente que un buen camarada puede recibir a otro buen camarada, y dejó su trabajo para atenderle. Se sentaron y trató de disculparse.

—No te fijes en mi camisa. He tenido la desgracia de que resbalara la paleta sobre ella. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—He venido a verte. Eres, quizá, la persona de quien conservo mejor recuerdo. ¿A qué te dedicas ahora?

—Sólo a estudiar y a esto. Ya estoy acostumbrado a que en casa salgamos de una temporada mala para entrar en otra.

—¡Ah! ¿Seguís, por desgracia, igual que antes?

—Peor. Mi tío se arruinó y vive con nosotros, sufriendo ataques cardíacos. En cuanto a la vida de mi padre, pende de un hilo y muchas veces tengo que ayudarle a vestirse. Hace años, ya sabes, que está medio paralítico. El curso pasado, entre las preocupaciones y mis excesos como pintor, estuve a punto de perder todas las asignaturas. Repito el Derecho Administrativo. Y aún tuve suerte, porque el mejor de mis cuadros lo vendí muy bien, a un precio superior al calculado…

—¿Y tu salud? —sonrió el oficial.

Esteban Ortiz hizo una mueca de indiferencia.

—Hasta ahora no he tenido preocupaciones por eso. El que trabaja también mucho es Moriel. Le recuerdas, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Cómo no iba a recordarle? ¡Si en sexto curso fue él quien me salvó, precisamente! ¡Y aquel mismo año me libró de ahogarme! ¡Por Dios, cuántas veces le he recordado! Me gustaría verle, ¿qué es de él?

—Ya sabes que vive solo. Da una clase y hace traducciones. Pero hablemos de ti: veo que has terminado la carrera. ¿Tienes destino en Barcelona?

—Sí, hasta que ascienda.

—¿Vas a casarte?

—Mi familia lo desea para que me formalice. Si conoces a alguna muchacha que me acepte como marido, le concederé mi blanca mano.

—¿Qué quieres decir?

—Que he tenido ya muchos disgustos y demasiadas discusiones familiares. Me casaré con cualquiera, sólo por satisfacer a mis padres. ¿A mí que más me da?

Esteban se sorprendió. Miguel de Latorre, tres años mayor que él, había sido siempre un individuo de extrañas reacciones. Frecuentemente, años atrás, le pedía consejo, a pesar de que estudiaba en cursos superiores. No pudo adivinar qué se proponía ahora con esta conversación; seguramente hacer a alguien partícipe de sus problemas. Deseando mostrarse atento, sugirió:

—Tus mismos padres podrán decir lo que les gustaría.

—No. Existen importantes motivos por los que no puedo aceptar la mujer que me designen. Tú conocerás a alguien, ¿verdad?

—A mi hermana, pero te decepcionaría.

Miguel de Latorre rió.

Esteban dijo a continuación:

—Nora Leonardo, que es alumna de Moriel.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—¡Ah!

—Y a Paulina Ayerber, que vive con ella.

—Me gusta ese nombre.

Miguel había hablado con una entonación que hizo crispar los nervios a Esteban. Fue, como si, de repente, acabase de descubrir

algo muy importante para él: le molestaba aquella entonación, le molestaba que otro hombre hablase de Paulina. Cerró un momento los ojos, concentrándose, como si deseara que aquellos pensamientos fuesen un secreto incluso para él mismo.

X

Todos tenemos periodos de crisis en que las convicciones vacilan. Así no es de extrañar que Enrique Moriel, inclinado a la duda por naturaleza, sintiera el temor de que Paulina le olvidase.

Una noche, ella no encontró palabras para decirle que le amaba. Fue precisamente esa noche cuando, después de unos minutos de felicidad, y mientras regresaba a sus habitaciones, cuando se detuvo bruscamente en la calle y miró a su alrededor, con ojos extraviados. Se le había ocurrido pensar que él nunca creyó antes de ahora en la felicidad y el amor.

¿Qué había ocurrido, pues, para hacerle cambiar? ¿A qué se debía el que, por unos momentos, hubiera sentido una intensa plenitud de dicha?

Tal vez estaba embriagado por los besos de Paulina y por el brillo de su mirada. Ahora, sin embargo, de improviso, parecía haber chocado con algo. Como si allí, en la calle, le hubiera detenido la mano glacial de un espectro conocido y ya olvidado, obligándole a retroceder.

Hay un cierto morboso deleite en la enumeración de todas las causas por las que una mujer puede ser infiel. Moriel volvió a andar, cabizbajo y triste, bruscamente obsesionado por la idea de que todo se perdería. Incluso sintió el extraño deseo de reírse de sí mismo por haber creído en la felicidad, en el amor, y en la duración de los sentimientos.

Al llegar a su cuarto, aún sostenía entre dientes una risa irónica que pugnaba por surgir. Era una ironía dirigida a sus propias ideas. Retornaban todos los pensamientos, una procesión nefasta, del momento en que la recogió bajo la lluvia. «¿Si será presagio?». «Más exactamente podía ser una maldición». «¿Por qué —se preguntó—, por qué he de sufrir más y terminar viviendo sin objeto?». Si de algo estuvo entonces seguro era de que Paulina le había de abandonar, o

bien de que sus sentimientos retrocederían al comprobar —lo haría tarde o temprano— que Moriel no se interesaba verdaderamente por lo que no fuesen sus propios pensamientos.

Otra noche Paulina le dijo que había ido a verle, pero que desde la escalera, antes de llegar al piso, pudo oír la voz de Nora, que cantaba deliciosamente algo sin duda muy triste. Cantaba en un idioma extraño. Luego, al subir unos tramos de escalera más, había visto junto a la puerta, escuchando ávidamente, a un hombre desconocido.

—¿Un hombre? —preguntó extrañado Moriel.

—Me asustó. ¿Quién era?

—No lo sé, como no se tratase de Esteban Ortiz.

—No, te aseguro que no podía ser él. Era una figura encogida, deforme.

—Entonces… Sí, te lo diré: debía de ser mi padre.

Ella le miró con sorpresa. Jamás le habían hablado de que Moriel tuviera familia. Pero le extrañaba, sobre todo, el silencio del joven acerca de un punto tan esencial.

—Dime —suplicó—, ¿qué ocurre con él?

Moriel sintió la íntima necesidad de contestar a esa pregunta con todo detalle. Deseaba, desde que se viera atormentado por la duda, identificarse más con Paulina y narrarle hechos que hasta entonces había reservado en una árida intimidad.

Sin embargo, vaciló unos momentos. ¿Por qué sacar a la luz recuerdos ya enterrados en el fondo de su conciencia? Aunque, considerándolo bien, Paulina se lo había contado todo, absolutamente todo, y no había razón para obrar con ella de manera distinta.

—Yo nací en esta misma ciudad —susurró imperceptiblemente él—. Eso ya te lo he dicho otras veces. Mis primeros años fueron una sinfonía estúpida de ideas sin finalidad, ideas que me han acompañado hasta ahora y que espero no me abandonen ya nunca. Tú, Paulina, fuiste desdichada durante tu infancia, ¿verdad?

—Sí —dijo ella—. Claro que sí.

—Un sentimiento de desdicha es cuanto recuerdo de aquellos años. Al nacer, me vi sumergido en una casa muy grande, por la que pronto comencé a vagar a todas horas, buscando esconderme en los lugares más absurdos. Allí transcurrían las tardes, meditando tanto

que mi cerebro todavía infantil empezó a agotarse, y se desarrolló mucho antes que el cuerpo, convirtiéndome en un anormal. Recordando ahora todas las cosas que pensaba entonces no puedo menos que asombrarme de ellas, y siento terror o risa ante las precocidades que fabricaba. Era entonces muy delgado, muy pálido; vagaba como una sombra, siendo en realidad otro de aquellos espectros del frío, del miedo y del hambre que desde mi nacimiento me acompañaron a todas partes. Jugueteaba con las cosas, pero sin ingenuidad, entre el silencio indiferente de mi padre y los gemidos histéricos, gemidos de dolor crónico, de la que me habían enseñado a llamar «madre».

—¡Dolor! ¡Dolor! ¿Acaso no hemos sufrido lo mismo, no somos dos seres con un destino común?

Paulina tembló; intentando sonreír, movió sus manos sin atreverse a tocar los objetos, contempló a Moriel a través de la pantalla vidriosa de unas lágrimas nacientes que significaban amor casi compasivo. Había sufrido lo mismo, y esa compasión fue lo primero que sintió ahora.

—Sentí la necesidad de trabajar —continuó él— cuando aún no tenía fuerzas para nada, viendo en el trabajo la ocasión para evadirme de aquel histerismo que amenazaba tomar forma también en mí. Siempre he creído que la maternidad es el instinto más raro, Paulina: un instinto que, mal conducido, engendra monstruosidades. El amor que me profesaba mi madre, mezclado con la incultura, la miseria, el hambre y el frío, formó ese gemido desgarrador, continuado, que me dominó durante mi infancia y cuyo recuerdo me domina todavía hoy Como una sombra, veía a mi madre derribada en un sucio camastro la mayor parte del día, diciendo que sólo trabajaba ella, que estaba muy enferma y que nosotros no sabíamos quererla. Confieso que a veces era cierto, y me conmovía, pero yo no podía justificar la amargura continua de su rostro, ni la tristeza con que nos envolvía. Mi padre, sin pensar y sin hablar, esperaba nadie sabía qué cosas. En cuanto a mí, las privaciones y el trabajo agotador y estúpido de mi cerebro me habían convertido en una sombra que parecía no tener vida externa.

»Tenía apenas once años, estoy seguro de que no los había cumplido aún, cuando escribí malos versos y anoté en hojas sueltas todas mis sensaciones interiores, que entonces me parecían

significativas y profundas. El tiempo me había enseñado a conocer el drama que representaba la vida de mi madre, pero también había aprendido el drama que representaba mi propia vida. Un día encontró mi madre todos aquellos papeles y, al suponer lo que eran, comenzó a llamarme mal hijo, perdido, a decir que le robaba la existencia. Y destrozando los papeles reía, reía loca e histéricamente.

»Yo siempre había escuchado aquellos gritos con una resignación estoica, pero entonces, sin lograr contenerme, me levanté y le dije: "*¡Dámelos! ¡Eso es lo único que tengo, lo único mío, lo único que es realmente mío!*". Siempre nos han dicho, Paulina, que nosotros despreciamos a nuestros padres para que nuestros hijos nos desprecien a nosotros, y cada generación sea un trágico eslabón más en la cadena que debe cerrarse con el último de los hombres. Yo, verdaderamente, no sé lo que es ni en qué consiste, pero desde aquella tarde odié a mi madre con un odio salvaje y profundo. Como si hubieran roto para siempre mi vida, desarrollé esa capacidad congénita para odiar que todos tenemos, y me hice sombrío y realmente malo.

»La perversidad se prolongó en mí durante más de un año. Todos aquellos papeles se perdieron y de mi vida no queda más que un recuerdo, o mejor, un sueño que no he sabido describir. Un día, en el mismo camastro tristísimo donde yo había nacido, falleció mi madre. Su muerte me desesperó, a pesar de todo. Entonces comenzó otra vida, más apagada que la anterior, pero el hambre, como una maldición, desapareció con la mujer que me había arrojado al mundo, y entonces empezó todo a rejuvenecerse, demostrando que el entendimiento hacía lo que el corazón no era capaz de intentar. Sin embargo, el segundo capítulo fundamental de mi existencia se desarrolló en otro lugar y aquel mismo año también, cuando me enviaron interno a un colegio y comenzaron a asaltarme todas las dudas que aún poseo. Era un edificio sombrío, compacto, cuajado de imágenes y llenos sus muros de cuadros simbólicos. Desde los sótanos a las buhardillas todo era una confusa asociación de salas, aulas, oratorios y sobre todo pasillos, muchos pasillos: estrechos, oscuros, prolongados, en cuyo final se hallaban dormitorios individuales pequeñísimos, ventanucas enrejadas y patios sombríos, donde hasta las hojas estaban siempre húmedas y poseían un verde

tristemente oscuro.

»Allí, en uno de aquellos cuchitriles donde los internos poseíamos un lecho, un crucifijo y un armario ridículamente pequeño, conocí a Esteban Ortiz, en circunstancias que me parecieron extrañas. Entre los dormitorios, bajo los lechos, existían boquetes, verdaderos agujeros de ratas, que nosotros habíamos abierto para comunicarnos durante las noches. Una de éstas, desperté de repente, sobresaltado. Le vi a él, que me examinaba atentamente, mientras en un lienzo colocado sobre un caballete muy pequeño dibujaba algo. La luz irritante de una linterna se derramaba completamente sobre mi cara. Entonces él, sin decir una palabra, me mostró su lienzo. Había estado pintando durante varias noches una imagen tan perfecta del dolor que no me conocí a mí mismo.

»—¿Es posible —pregunté— que tú puedas hacer todas estas cosas?

»Me respondió sencillamente:

»—Quien quiera ser artista debe saber interpretar el dolor.

»Desde aquella noche, o mejor dicho desde aquel instante, Esteban Ortiz y yo fuimos dos verdaderos amigos inseparables. Él me comprendía perfectamente a mí, y yo le comprendía a él. Por eso nos queríamos, tal vez a base de sentirnos compasión.

»Entonces comencé a sentir una felicidad suprema, a la que no sabía dar nombre. Todos los egoísmos que mi madre me había enseñado, porque decía eran necesarios, y que formaban un nudo rencoroso en mi corazón, desaparecieron con el volar de los minutos, y tuve la sensación de convertirme en otro, de ir liberándome de impresiones que me ahogaban. A cambio de esto me convertí en un observador paciente y hasta tal vez un poco profundo, en un espíritu analítico insaciable que aspiraba a conocer la esencia de este mundo y de los otros. Y esto hizo que subconsciencias dormidas, pensamientos más terribles, volviesen a nacer. No sabría explicarte ahora en qué consistían y cuál era su significado.

»Por fin, un día, hace ya varios años, me vi obligado a partir de aquel colegio lleno de tristeza, que tan profunda huella ha dejado en mí. Vagué una vez más, la última, por los prolongados corredores, los inextricables vericuetos de los pisos superiores, visité

las buhardillas llenas de polvo donde se almacenaban los objetos inservibles, recorrí los sótanos, saturados de ruidos furtivos, donde el eco de mis pisadas era un gemido que sólo yo podía percibir.

»Entonces comprendí lo que significaban los muros entre los cuales se ha despertado un alma, los diminutos objetos que mostraron la existencia de una desconocida sensibilidad, todas las cosas, en fin, que se ligaron a la existencia para siempre y que luego, por una ley fatal, hubo necesariamente que abandonar.

—¡Para siempre también!

—Sí, Paulina, ¡pero tú no me abandonarás!

—No… No…

Sus manos estaban juntas e inmóviles, como esculpidas en piedra. Esa misma inmovilidad parecía haberse apoderado de todo.

—Luego transcurrieron los días, y la existencia miserable, junto a mi padre, volvió a reanudarse. Pero era peor, mucho peor que antes. Una fatalidad absurda le arrancó de su trabajo, y cuando volví a verle estaba empleado en el cementerio de Casa Antúnez. Vivía taciturno, como loco.

»Un día, decidido a terminar con aquello, me hice el propósito de trabajar por las noches, cuando llegaba su turno de vigilancia. En efecto, escribí recibos, manipulé sobres, hice copias e incluso llegué a barnizar muebles. Durante el día acudía a mis estudios y quedaba dormido en las clases, venciéndome el sueño con tanta frecuencia que me amenazaron con una inmediata expulsión. Enterado mi padre, me pidió explicaciones, y yo le respondí entregándole la relativamente gran cantidad de dinero que en dos meses había ganado. Entonces, con gran sorpresa mía, me dijo que podía destinarlo a mis gastos.

»—Pero ¿no es necesario trabajar? —le pregunté.

»—Para ti, no —me dijo—. Tal vez no sabes que pareces estar más muerto que vivo. Además… en fin, ya tienes edad para gastar.

»En realidad, comprendí más tarde que su actitud generosa era relativa. Él tenía otros planes.

»En aquel tiempo había yo conocido a Nora Leonardo, y me vio con ella por la calle. Le expliqué que era una joven muy rica. Entonces yo no había tratado aún con su padre.

»Lo cierto es que desde hace todo ese tiempo alimenta la idea de que debo casarme con ella, como recurso infalible para acabar con

las dificultades. “Tú siempre debes decir —me advertía sin embargo— que estás solo en el mundo”.

»No supe qué contestar para no ofenderle. (Cuando habla, prometo todo lo que quiere. Digo que seguiré sus indicaciones). Desde entonces, aunque hallé de nuevo a Esteban Ortiz, a quien no había cambiado la fortuna, y, aunque fue mi compañero otra vez y juntos volvimos a meditar, me preocupó ya algo que no sé explicarte. Yo creo que fue precisamente por haber encontrado de nuevo a Esteban Ortiz. Desde aquella afirmación, digo, fue ya imposible conciliarme conmigo mismo, poseer un solo instante de paz o que dos pensamientos produjesen una sola idea reconfortante.

»Jamás me he visto como ahora en situaciones tan confusas e irritantes. Mi padre, a veces, escucha junto a la puerta, espera, sueña, en lo que cree infalible. Sin embargo, Nora es algo más que una mujer. Resulta muy difícil conocerla; sé, a pesar de todo, que carece de pasiones vulgares y baratas. Con voz insinuante me habla de muchas cosas que, al parecer, sólo ella sabe expresar. ¿Y por qué he de decirle yo que estoy solo en el mundo? Desde que te amo, Paulina, me siento intranquilo y como en lucha conmigo mismo. Vivo una informe cantidad de dudas: algún día las conocerás. Pero ahora sólo quiero tener una seguridad: a pesar de las cosas desagradables que constantemente irás descubriendo en mí, ¿llegarás a abandonarme?

—¡Jamás!

Sus manos se desunieron, al verse sacudida Paulina por un estremecimiento repentino.

—Y tú, ¿podrás olvidarme alguna vez?

—No, Paulina. Yo te suplico que lo creas. No podré olvidarte nunca porque he hablado contigo de lo que con nadie he querido hablar. Pienso ahora que nada podrá separarnos.

Y ella, con voz de falsete histérico, sin saber cómo demostrarlo, reprimía sus lágrimas, repitiendo, mientras las volutas de todas sus ideas apasionadas y profundas tornaban a ascender:

—Nunca… Nunca…

XI

«Nunca».

He aquí una palabra en la que Moriel no creyó.

No podía comprender por qué, pero cuanto más amaba a Paulina con tanto más escepticismo juzgaba sus promesas.

Aunque tales pensamientos no fuesen agradables, siguió viéndola todas las noches, temiendo en cada una cosas imprevistas. Acudía con rigurosa puntualidad a su cita cotidiana; allí procuraba quedarse a solas con Paulina, y Paulina quedarse a solas con él. Ismael Leonardo comenzó inexplicablemente a dificultar en lo posible estas entrevistas.

¿Por qué? Había que buscar la causa en sus inquietudes continuas.

Siempre preguntaba a Moriel:

—¿Qué hay de Nora?

Esta pregunta, que era fatal, no tenía en realidad respuesta. El joven ignoraba lo que podía decir, porque nunca había ocurrido nada extraordinario. Después, su padre repetía igualmente: «*¿Qué hay de Nora?*».

Y este nombre llegaba a abrumarle. Era como una sucesión ininterrumpida de conocidos ecos que aturden.

Todas las noches explicaba a la joven una lección que ella misma elegía: casi siempre historia de las ideas sociales. Ella, desde que vivía con Paulina, se mostraba más reservada y grave, y ya no practicaba con Moriel las pequeñas coqueterías que antes tanto parecían gustarle. Además, daba la sensación de que sus propios problemas la tenían sinceramente inquieta.

Cierta noche Moriel, después de hablar con Paulina, caminaba a pasos rápidos, según era su costumbre, hundiéndose gradualmente en la acumulación de callejas, cuando la mole inmensa de una

iglesia vino a recordarle que se había extraviado, como en un sueño mágico, donde las más familiares cosas perdiesen su significación. Estaba en un pasaje estrecho, rodeado por los altos muros de la iglesia. Débilmente, llegaba a aquel lugar el resplandor de unos faroles lejanos.

Entonces miró a su izquierda y vio escrita en la piedra la palabra sobre la que había meditado tantas veces:

N U N C A

Su primera reacción fue como de hilaridad, pero en seguida examinó con gran atención los muros de aquel templo. Los conocía. Era la iglesia preferida por la familia Leonardo; siempre oían misa allí. Además, tenía la particularidad de ser la única iglesia a la que Paulina había acudido en los últimos tiempos.

Bruscamente, se imaginó algo muy raro. Imaginó a esa Paulina tan exaltada acercándose allí por la noche, a fin de grabar aquella palabra en la que él no podía creer. Vio que exactamente las cinco letras no estaban sobre piedra; las habían esculpido en una pequeña superficie cubierta con cemento, y valiéndose de un sencillo cortaplumas. Denotaban, eso sí, un singular cuidado y una paciente atención al trazarlas. Pero ¡qué raros eran esos pensamientos! ¿Por qué imaginarse a Paulina acudiendo a aquel lugar y trazando unas letras que dijesen: «Mi promesa estará aquí siempre y no la podré olvidar»? Y, sin embargo, deseó locamente que eso fuera cierto. Tal deseo inconcluso y extraño le mantuvo inmóvil mucho rato, palpando el muro que tenía a su izquierda. Volvió a observar la palabra:

N U N C A

Sí, tenía que ser cierto; Paulina no podría olvidarle jamás. Se necesitaban.

Y, sin embargo, latía en el fondo de su subconsciencia un grito ancestral, atávico, de deseo de una soledad anormal y terrible. ¡No, me basto yo solo; me basta con ver y pensar! Había en su naturaleza una tendencia a considerar que un hombre solamente alcanza su plenitud cuando observa a sus semejantes desde un lugar solitario.

Y él deseaba la plenitud, una plenitud inconfesable. Deseaba que algún día sus semejantes dijeran: «Ése es el único que ha sabido observarnos bien».

Su pueblo estaba confuso y se desconocía a sí mismo. Había mucho que hacer, muchísimo que reformar. Y siempre en el fondo de su subconsciencia un mandato perenne: «*¡Debes actuar! ¡Debes actuar! ¡Debes actuar! Aunque la vida pierda sus atractivos normales, tú no debes sumirte en la vulgaridad*».

Pero ¿por qué sentía todo esto otra vez y precisamente ahora? ¿Por qué lo íntimo de su personalidad quería en este momento salir al exterior, colocarse frente a la luz de aquellos faroles lejanos? ¡Qué ideas tan extrañas se le estaban ocurriendo! Primero dudaba instintivamente de Paulina y luego la veía capaz de escribir aquella promesa. Debía de haber en el amor alguna tremenda anormalidad, algún raro poder para enfrentar ideas. Por lo menos, debía de haber en su amor elementos desconocidos, que operaban sólo en la subconsciencia.

Bruscamente, quiso reírse de sí mismo. Todo era más sencillo, infinitamente más sencillo. Besar los labios de Paulina, tenerla en los brazos, acariciar sus cabellos, mirarse a sus ojos. Sí; después de todo, el amor era eso. Y el amor eterno era poder gozar eternamente de aquellos besos, de aquel contacto, de aquellas caricias y de aquella mirada. Algo sencillo, sencillísimo; pero maravilloso y obsesionante.

Sin darse cuenta comenzó a andar. Era a últimos de abril. Al día siguiente lució una tarde espléndida: Paulina y él la pasaron en el Parque de la Ciudadela, mirándose y hablando. Repentinamente, ella le besó con rapidez en una mejilla. Le dijo que no le abandonaría jamás, que sería siempre fiel, que le seguiría a todas partes. Luego le pidió a su vez un beso.

Parecía como si algo insólito hubiera hecho que se comprendiesen aún más, que fueran más directas a la intimidad sus menores palabras. Ambos tuvieron la sensación de que nunca podrían olvidar aquella tarde serena, aquel magnífico cielo azul y aquellas tiernas hojas de los árboles que susurraban acompasadamente. Jamás se habían adorado con tanta intensidad y tanta sencillez como en esos momentos.

XII

Pero no todo eran tardes de abril, rientes y suaves. Moriel sabía que estaba debatiéndose en una angustiosa noche.

Esteban Ortiz, por lo visto, también se sentía intranquilo. A mediados de mayo fue a verle y le presentó un lienzo de regular tamaño. Era el retrato de una joven que ambos conocían: Paulina Ayerber. Estaba bellísima.

—¿Cuándo lo terminaste? —preguntó Moriel.

—Ayer.

—Magnífico.

—Tiene cierto mérito, modestia aparte. Paulina no ha posado ni una sola vez. Y nada más la he visto en tres ocasiones desde aquel día. ¡Pero recuerdo tan bien su cara y su expresión!…

Moriel contempló a su amigo con cierta curiosidad.

—Te has fijado muy bien en ella.

—¿Cómo no? Me parece una preciosidad.

Moriel sonrió de un modo algo apagado, mientras se acercaba a la ventana de aquella habitación. Era de noche, pero comenzaba a hacer un calor intenso.

—Hasta me salió un comprador —añadió Esteban Ortiz.

—¿Sí? ¿Quién?

—Nuestro famoso teniente: Miguel de Latorre.

—¡Ah! ¿Y para qué quiere él un retrato de Paulina?

—Porque la vio una vez y está perdidamente enamorado.

Moriel volvió a sonreír, pero más apagadamente que la vez anterior, y dejó de contemplar la calle a través de la ventana. Él, Miguel de Latorre y Esteban Ortiz. No le agradaba la perspectiva. Esteban Ortiz estaba más perdidamente enamorado que el teniente. No tenía ni la franqueza de decírselo. Y eso le dolía en cierto modo. Pero era igual. Ya se conocían, y les bastaba con mirar la expresión de sus ojos.

—¿Se lo vendiste? —preguntó, por decir algo.

—Claro que no. Pinté este retrato para mí particularmente.

—Entonces gracias por habérmelo enseñado. Ya sé que eres muy celoso en tus pequeños secretos.

Esteban Ortiz hizo una cómica reverencia.

—Su Señoría merece estas pequeñas consideraciones.

—Gracias. ¿Lo verá ella?

—No sé qué hacer.

—Yo, de ti, se lo enseñaría. Puede ahorrarte palabras en el futuro.

E hizo a su vez otra cómica reverencia. Esteban Ortiz tardó unos momentos en comprenderle.

—Francamente, me gusta Paulina; no tengo por qué negarlo. Me gusta desde hace mucho tiempo.

Moriel sonrió, tomando asiento frente a su amigo.

Ninguno de los dos, ciertamente, tenía ganas de seguir con aquel tema. Hablaron, pues, de cosas indiferentes a él. Sobre todo de los exámenes, que estaban encima. A Esteban Ortiz le preocupaban mucho, pues, obsesionado por múltiples asuntos, había estudiado menos de lo necesario.

Era ya tarde cuando se despidieron. Moriel continuó pensando.

No esperaba a su padre, pero éste, hacia las diez, llegó. Desde el primer momento, y después de unas preguntas triviales, comenzó, según tenía por costumbre, a repetir el nombre de Nora como una salmodia incesante. Moriel no tenía humor para discutir. Dijo a todo que sí, prometió cuanto quiso pedirle y no se entretuvo en hacerle objeciones. Al verle marchar, sin embargo, miró, con cierta expresión de ironía y maldad, hacia el lugar por donde había salido su padre.

—Supongo —dijo en voz alta— que no habrás sido tan simple como para creerme.

En seguida, no obstante, dejó de contemplar la puerta, se dulcificó su expresión y no tardó en quedar tan abatido como unos minutos antes.

XIII

Paulina, dos días más tarde, cuando se vieron otra vez, le contó una cosa muy extraña. Tenía con él una sinceridad extrema, y jamás le había ocultado el más mínimo detalle de su vida, tanto pasada como actual. Le dijo que una tarde en que ella le estaba aguardando, vio desde la ventana como pasaba por la calle Esteban Ortiz. Minutos después escuchó un ruido junto a la puerta, pero no prestó atención. Aquel ruido se reprodujo. Fue a abrir, encontrándose cara a cara con un teniente de aspecto agradable, alto y joven, que la miró muy asombrado.

—¿Está Enrique Moriel?, me preguntó, después de contemplarme unos instantes. Sin duda, debía de ser amigo tuyo.

—Sí, me parece que ya sé a quién te refieres. ¿Y qué hizo más?

Paulina sonrió, con una graciosa y coqueta expresión.

—No debiera usted dejarme tan abandonada, caballero. Creo que debí de gustarle, a juzgar por el modo como me miraba. Ya sé que no te enfadarás si te lo cuento todo con detalle; además, no tiene ninguna importancia. Aquel teniente parecía sorprendidísimo de encontrarme allí, pero se presentó con mil palabras atentas. Dijo llamarse Miguel de Latorre. Luego se sentó frente a mí, y empezó a hablarme sin más de su familia, del modo como le estaban estropeando la existencia, de cómo le exigían que se casase en el plazo de cuatro meses… Según él, era desgraciadísimo, y me hizo saber toda una serie de problemas que no me interesaban. Yo, claro está, fui con él lo más atenta que pude. Luego, repentinamente, dijo que al contemplarme se sentía otro, que yo le gustaba más que ninguna otra mujer, y que le parecía divina. Desde luego, hablaba bien y lo decía muy en serio, pero tuve ganas de reír. Le dije que había mil muchachas más guapas que yo, y que no se preocupara por eso. Entonces, levantándose rápidamente, quiso besarme. Sí; no sé lo que ocurrió, pero parecía decidido a no irse de allí sin

haberme besado. Pensé que estaba bebido. No consiguió nada porque tengo bastante fuerza, y porque él tampoco quiso ser brutal. Al desasirme por fin, me enfadé y le dije que se fuera. Insinué que no se había portado como un hombre, sino como un animal en época de celo. Esta opinión pareció avergonzarle, y se fue, presentándome mil excusas. Pero antes volvió a repetirme que yo le gustaba extraordinariamente.

Paulina contempló a Moriel con dulce expresión durante unos instantes.

—Y eso es todo. Nada importante, si se mira bien. Porque a mí sólo me gustas tú, y no nos separaremos nunca.

Aquella noche se besaron largamente al despedirse, como si Paulina quisiera demostrarle con hechos que guardaba exclusivamente para él toda su pasión, su vida y sus recuerdos.

Moriel, sin embargo, salió preocupado a la calle. Todo se le había venido complicando desde tiempo atrás. Comprendía vagamente que un nuevo mal había empezado a cernirse sobre él, que Paulina era hermosa y el mundo consiste en pasiones. Aunque, pensándolo bien: ¿no era él un apasionado que luchaba por el amor, como todos los demás? No, él era distinto. Siempre creemos que nuestro amor es distinto a todos los otros amores posibles. Esto, inevitablemente, le hizo pensar en la evolución de sus sentimientos y en los capítulos fundamentales de su vida pasada.

Recordó mil detalles ínfimos, inconexos, pero dotados de sentido, como si tuviera necesidad de ofrecerse un análisis de sí mismo. Y siempre llegaba a la conclusión de que él no apreciaba la belleza de Paulina. En el fondo (le inquietaba la sensación de que todos los fondos se manifiestan algún día), la olvidaba hasta un extremo casi ofensivo para ella, y sólo cuanto significaba el reflejo de su propia vida le interesaba en la joven, sólo él, sólo él, se repetía, podía amarla así, amarla de este modo. Sus pensamientos giraban en torno a aquella idea única. Como dormido avanzaba por las calles, daba a sus pasos extrañas direcciones, y nada veía; las luces, las casas, los hombres eran algo que sencillamente se movía en la nube de sus pensamientos. Caminó al fin hacia el barrio próximo a los muelles, hacia las callejuelas que se cortaban, que se arrinconaban a sí mismas. Cerca, estaban las puertas luminosas, tras las que vivían los pequeños cubiles del vicio. Viéndolas miraba al

suelo, como avergonzado, caminando siempre en dirección al mar. Más de una tarde a pesar de todo, la había perdido estúpidamente ante aquellas luces.

Al fin, en la más tortuosa de esas calles, divisó otra silueta que avanzaba bamboleándose, y en ella pudo reconocer, beodo como un rufián, a su amigo Miguel de Latorre. No iba de uniforme, claro. Aquel encuentro le causó tanta impresión que intentó evadirse, pero el otro, al reconocerle, empezó a llamarle con una voz gangosa que pretendía ser normal:

—¡Eh, Enrique Moriel!

Luego, dando salida al espíritu de confraternidad que anida en un beodo cuando supone ver a otro beodo, se inclinó ante él ridículamente.

—Compañero… ¡soy tu amigo!

—Bien. ¿Necesitas que te acompañe?

—¿A mí? Ahora no las llevo, pero tengo dos estrellas. Significan que no necesito la ayuda de nadie. Y menos la de mi familia. ¿Qué sabes de Paulina?

—¿Paulina?

—Sí, esa chica que tiene tanta fuerza.

Moriel se mordió imperceptiblemente los labios.

—Creo que no te conviene su amistad.

—¿Por qué no? Es más inteligente que tú. Hablaré con ella todas las veces que pueda. Ahora, si quieres, ven a celebrarlo, porque creo que no nos habíamos visto en treinta o treinta y cinco años.

Hablaba con esa grave testarudez que caracteriza a los beodos. De repente, cerró los ojos y quiso apoyarse en su amigo, pero estuvo a punto de caer en uno de los charcos de la calzada. Cerró mucho más los ojos e hizo un comentario intranscribible, que únicamente él oyó.

Moriel se había ya alejado. Estaba furioso, sentía un odio como nunca creyó poder llegar a sentir. Algo desagradable e indigno, pero que no conseguía evitar… Y advirtió cómo anidaba en su corazón la rabia ahogada del lobo humano solitario, que es mucho peor que la rabia del lobo animal.

XIV

Y, sin embargo, ese joven que despertaba ahora en él tan desagradables sentimientos, había sido gran amigo suyo pocos años atrás. Un amigo poco correcto, pero sincero y dócil. Miguel de Latorre, en el fondo de su corazón, fue siempre bueno, y ahora continuaba siéndolo; Moriel, que le conocía bien, no dudaba de esto. El teniente, mientras permaneció en el colegio donde se conocieron, sintió ante él incluso una especie de temeroso respeto. Moriel le impresionaba a veces; siempre aceptó sus consejos, pese a superarle en edad. Muchas veces tenía la sensación de estar dominado por su presencia, como si irradiase de los ojos de su amigo alguna misteriosa fuerza directora.

Jamás —lo pensó mucho durante aquellos años— se hubiera entrometido en su camino ni opuesto dificultad para nada.

Sin embargo, al salir de aquel lugar, Miguel de Latorre cambió. Surgieron algunos puntos oscuros en su vida. Derrochó dinero y se dedicó prácticamente a transcurrir el tiempo del modo más divertido posible. Hasta que un día, a los veinte años, sintió por primera vez lo que es el amor irresistible.

Conoció a una mujer muy joven, casi una niña, que también se enamoró perdidamente de él. Esta joven vivía en un callejón oscuro y paupérrimo; le habló un día por casualidad, al verla salir de la iglesia de Santa María del Mar. En el corazón de Miguel de Latorre, pese a toda su aparente superficialidad, latía un anhelo insospechado de comprensión y ternura. Hay seres que se miran a los ojos y quedan identificados. Aquella muchacha y él se encontraron otro día y ya comprendieron que, a partir de entonces, no podrían vivir separados jamás. La voz primitiva de la Naturaleza les habló a través de aquel encuentro.

Miguel de Latorre conoció por su mediación a mucha gente humilde; entró en habitaciones oscuras y en cocinillas estrechas.

Conoció a esos hombres que sólo poseen sus manos, que están cargados de hijos y viven sometidos al patrono. Pudo ver sus rostros cansados, sus gestos monótonos y sus miradas perdidas. Él amó terriblemente y se asomó muchas veces con aquella joven al balcón, mirando la calle sombría. Las luces de esa calle quedaron para siempre grabadas en su alma; se identificaron con el rumor de sus besos, pues permanecían abrazados largos minutos, apoyados en la barandilla de hierro, cara a la noche.

Muchas veces les interrumpía el resplandor de una luz al encenderse bruscamente. Se desunían y entraban en el piso pequeño, cargado de muebles viejos. A cada momento sus miradas tropezaban, significativas. Al quedar solos volvían a besarse otra vez, terca, apasionadamente.

La muchacha tenía padres, y Miguel de Latorre habló mucho con ellos. Eran anarquistas y ateos, todo lo contrario que su hija. Él, que siempre había sido bastante incrédulo, llegó a considerar muy pronto la religión como una necedad, cosa que aún seguía piadosamente creyendo. A pesar de ello, nunca, en lo que recordaba de su vida, había sido tan virtuoso como entonces. El amor despertó todo lo bueno y lo hermoso que había en su corazón. Fue un amor dulce, tranquilo, un amor ya de paz y de hogar, cosa que no se encuentra en todos los rincones. Pero fue terriblemente breve.

Miguel de Latorre tuvo que partir, pues había ingresado en la Academia Militar. Se despidieron con un frenético y asfixiante abrazo. Al día siguiente todo cambió; él tuvo que amoldarse a una nueva vida, a depender de la voluntad ajena y a someterse a mandatos continuos. Tuvo que reglamentarse hasta los minutos y cambiar multitud de ideas. Ni un solo día dejó de pensar, sin embargo, en la muchacha a la que amaba. Tenía su nombre grabado en todas las células del cerebro, donde nacen y se transforman los pensamientos. Era algo superior a él, algo que no sabía explicar y a lo que vivía gustosamente sometido.

Un día recibió un choque brutal. Le escribió Moriel; aquella muchacha había muerto. Una semana atrás, con una muerte dulce. El modo como Moriel logró enterarse de esto fue algo que no pudo averiguar jamás. Pero a partir de aquel momento quedó como anonadado y sin fuerzas. Ya no supo qué hacer; todos sus actos adquirieron la significación de una horrible pesadilla.

Se sentía incapaz de sobrevivirla. Durante las noches permanecía con los ojos muy abiertos, mirando la oscuridad como un loco. Creía ver el balcón con barandilla de hierro, desde el que se divisaban los interiores de la casa frontera, impúdicos en su tristeza; creía ver el pequeño comedor, con la mesa cubierta por un tapete gris ceniza, donde siempre había alguna prenda para coser y algún periódico olvidado; los dos dormitorios de la casa, estrechos y húmedos; la escalera, llena de sombras; la calle con muchos chiquillos desharrapados que corrían de un lado a otro; el pequeño trozo de cielo azul que se veía por encima de los edificios apretados. Creía oír palabras dulces y gustar el sabor de los besos. Mientras que en realidad estaba ahora en un dormitorio muy grande, lleno de respiraciones sonoras, con los nervios en tensión, esperando el eterno toque de diana que le pondría en movimiento. Pero ¿era posible que todo hubiese terminado ya, que todo hubiese sido un brevísimo sueño? No podía creer en la absurda fatalidad que parecía haber dirigido los sucesos. En todo caso, esta vida era inaguantable; quiso dejar la carrera o ser expulsado. Le importaba poco el modo de acabar. Sólo la mano de hierro de su padre, que ignoraba las causas de todo aquello, logró contenerle.

Un domingo, antes de salir, se sentó en su cama, en el dormitorio colectivo, y hundió el rostro entre sus manos. Estaba solo, pero aun así no oyó cómo se acercaba uno de los capitanes instructores. Hasta que de pronto recibió una orden, vomitada con voz agresiva, a bocajarro.

—¡Firmes!

Se cuadró al instante, mostrando sus ojos, que brillaban de un modo muy extraño. El capitán, a quien la deficiente conducta del cadete alteraba los nervios desde días atrás, le miró como quien ve visiones.

—Pero ¿qué le pasa, hombre?

—Nada, mi capitán.

El oficial bajó la cabeza, con un suspiro de resignación.

—Deseo hacerle una pregunta que me ayudará a conocerle mejor. Le pido que me conteste con sinceridad. ¿Tiene usted algún problema familiar o algún problema económico? ¿Puede, de cualquier modo, justificarme su actitud?

Miguel de Latorre vaciló, abriendo levemente los brazos, pero en

seguida volvió a quedar firmes.

—Creo que no, mi capitán.

—Bien. Entonces todo esto es inexplicable. ¿Qué pensaría de un soldado que se comportase como usted?

Sin dejarle responder, alzó el dedo índice de su mano derecha y le golpeó el hombro con él.

—Porque sepa que es usted, ante todo, un soldado, que lleva un uniforme glorioso y que probablemente deberá muy pronto defender a su patria. ¡Todo lo demás no tiene por qué importarle!

Miguel de Latorre asintió, sin darse cuenta. Miró su uniforme con un sentimiento de vergüenza. Sí, en efecto, el capitán tenía razón. No se comportaba como un hombre digno de vestirlo; no era un soldado. Ponerse a recordar allí un balcón y una calle le pareció, de repente, lo más estúpido que había hecho en su vida. Por el contrario, todo, ahora, tenía que ser distinto. Tenía que endurecerse, mirar al frente y responder con dignidad a las circunstancias, no con tristeza y con lágrimas reprimidas. Lo que había estado haciendo era vergonzoso y hasta inconfesable.

A partir de aquella tarde se adueñó de él un sutil instinto de superioridad, al sentirse llamado a misiones grandes, a una vida donde los sinsabores no tendrían importancia y donde sería preciso realizar una labor fecunda. La hermandad del Ejército, que hasta entonces no había sentido, entró en su pecho mediante aquellas palabras, y ya nunca más se apartó de él. Después de todo, pensaba, la sociedad civil era ruin, egoísta y sensiblera. La sociedad del hombre pequeño, del átomo humano, dedicado siempre a la triste labor de engañar y ser engañado, de explotar y ser explotado. Vivir, sin más, ser el suelo de la historia sin participar en ella, agarrarse a la patria sin sentirla y sin quererla, como si no fuese algo que late. Miguel de Latorre comprendió, al pensar esto, que su corazón, que iba quedándose seco, podía llenarse con las sensaciones de una vida nueva.

Además, estaba en condiciones de ser el militar ideal; había perdido todos sus pequeños vicios. Era casto como un seminarista. Nunca fumó dos cigarrillos seguidos ni bebió dos copas.

Pero en su vida, insensiblemente, fue comenzando a tomar importancia el latido de la calle. La República estaba allí, sobre él, sobre sus compañeros, empujada delante de las masas. Cada uno de

sus cursos en la Academia fue unido a algún recuerdo tumultuoso. En 1931, en julio, pedradas contra un centro socialista. En 1932, ya en diciembre, refriega a pistoletazos durante un mitin. Arresto por indisciplinado y por participar en las luchas políticas. Proceso contra él, en marzo de 1933, por quemar públicamente, con otros compañeros y armando un gran alboroto, propaganda anarquista. En mayo, nuevo proceso por incitar al tumulto a los cadetes noveles. Sobre su cabeza rondó la expulsión, que ahora le hubiese dolido más que la pena de muerte. Miguel de Latorre, en verdad, sintió esa época como un viento decisivo, como un lapso de guerra entre dos paces: la pasada y la que ellos habían de imponer. Al fin, julio; la Academia vacía y, al parecer, tranquilidad en los que habían habitado en ella. Pero el deseo de lucha le acompañaba a todas partes. Fue a veranear a un pueblecito de la costa, con la intención de dedicarse a leer, a escribir cartas y a practicar la natación, pero a mediados de mes hubo huelga general, y en el ayuntamiento un numeroso grupo hizo arriar la bandera española y sustituirla por un lienzo rojo. Miguel de Latorre, loco de furia al ver aquello, no quiso pensar que estaba solo. Descamisado, sin armas, como un revolucionario más, se abrió paso a golpes hasta el balcón del ayuntamiento. Allí, de una patada, hizo caer el mástil con la bandera roja. Un grito de furor, de rabia desbordada, hizo estremecer los ángulos de aquella plaza blanca.

Alguien quiso golpearle con un pañuelo donde había colocado varias piedras. Miguel de Latorre, de un cabezazo al mentón le obligó a rodar por el suelo. Hizo un gesto despectivo y escupió abajo, hacia la plaza. En unas décimas de segundo vio cómo la muchedumbre se agolpaba ante la puerta del ayuntamiento, para subir a buscarle. De improviso, una mano armada surgió entre las cabezas y se oyeron cinco detonaciones de pistola. Miguel de Latorre recibió tres proyectiles en el bajo vientre, los tres apretados en un triángulo diminuto. Girando sobre sus talones, fue a desplomarse sobre la barandilla y cayó a la plazuela, con las manos apretadas en la terrible herida. Una mujer se arrojó sobre él, pisándole la cara. Le apretó sobre el cuello sus alpargatas llenas de tierra, como si quisiera estrangularle. Entonces un hombre salió de entre la muchedumbre y apartó a la mujer de un codazo. Era el médico local, un joven que había terminado la carrera aquel mismo

año. Hizo un enérgico ademán con la cabeza y aquella masa se apartó. Hubo en la plaza un silencio cruel, un morboso silencio trágico. El médico, a pasos lentos, se apartó con el herido entre sus brazos.

Aquel verano de 1933 fue terrible para el alférez Miguel de Latorre. En tres semanas dos operaciones quirúrgicas gravísimas. Los proyectiles estaban juntos, lesionando sus partes masculinas. Le sobrevino una orquitis y una importantísima infección local. En el techo blanco de la habitación todos los días, absolutamente todos, se dibujaron para él los demonios del suicidio. Agosto y septiembre transcurrieron entre un gemido que rompía la pobre barrera de sus dientes. Y luego octubre, un otoño dorado que fijaba en su ventana las miradas rubias de un sol agonizante. Noviembre: ya pudo levantarse y dar paseos por su jardín desierto.

Notó que le ocurría algo muy extraño. Que una fuerza elemental en su vida parecía haberse disuelto entre sus sueños de cadáver. Le aseguraron que era lógico: tenía sus nervios masculinos especialmente lesionados. Claro está que si, en algunos años, hacía vida sana y reposada, todo se arreglaría. La perfecta masculinidad se alcanza muy tarde, de modo que esos nervios lograrían nueva fuerza. No quiso someterse y hubo otra nueva intervención quirúrgica. Su vientre joven abierto otra vez, como el de un pobre animal dócil a quien definitivamente, una vez u otra, hubiesen de acabar despanzurrando bajo los focos. Pero nada.

Otra vez el jardín solitario, otra vez la sensación de que faltaba una fuerza elemental. Las Navidades tristes, en una apartada habitación, sufriendo un régimen especial para iniciar su cura. Y después esperanzas, siempre esperanzas. Era ésta una cuestión de tiempo, donde no le quedaba otro recurso que —efectivamente— esperar.

En enero ya retornó a la Academia, a hacer prácticas; se le dispensó de parte de ellas. En su expediente tenía la apreciada anotación: «valor personal temerario», y ahora, después de tantos expedientes y arrestos, todo fueron consideraciones. En marzo, tras un examen especial, las dos estrellas de teniente. Y luego otra vez la vida, ahogando su impotencia en una mal fingida superficialidad.

Pero todo era simple cuestión de habituarse. Sus padres no supieron jamás una palabra de este último asunto. Les engañó como

pudo, por un puntillo de honor. Terminó la carrera sin haber conocido, desde la muerte de la joven que tan decisiva importancia había tenido para él, una sola mujer sincera y pura.

Pero las cosas no podían seguir así; su retorno a la casa consistió en una serie de bacanales alcohólicas. Y sus padres clamaban por una descendencia nutrida. Suponían que la causa de su desafecto al matrimonio era su afecto al concubinato, y esto no querían consentirlo. Llegaron a amenazarle con gastárselo todo antes de morir, para no dejarle ni la legítima, si no contraía relaciones formales y ordenaba moralmente su vida.

Le dieron un año, pero él quiso arreglarlo en menos tiempo. Cuanto antes mejor. Estaba resignado. Ése era un asunto que le importaba muy poco. No sería difícil encontrar una cualquiera que, a cambio de buena vida, nombre y riqueza, se resignase a convivir con un esposo desapegado, completamente al margen de toda relación física. Miguel de Latorre odiaba a las mujeres cordialmente, y lo mismo le daba una que otra, con tal de que fuese honorable, discreta y de sangre poco ardorosa. Había llegado, en el plazo breve de unos pocos meses, a un total alejamiento de las preocupaciones corrientes a su edad.

Hasta que un día vio el retrato de Paulina Ayerber. Sintió algo muy extraño. Como si bruscamente se diese cuenta otra vez de que un hombre no puede vivir siempre en función de un uniforme, sin asomarse jamás a un balcón, mirar una calle conocida y besar en la oscuridad a una joven amada.

Hay anhelos subconscientes y vitales que surgen repentinamente y con una fuerza invencible. Él no supo lo que le ocurría; era algo más fuerte que sus ideas y su voluntad. Otra vez, durante las noches, volvió a permanecer con los ojos muy abiertos, mirando a la oscuridad como un loco, y otra vez volvió a tener la sensación de que su vida actual era inaguantable, y de que era preciso encontrar algo mejor.

XV

Un día después, la madre de Miguel de Latorre fue a hablar con Paulina para conocerla… y catalogarla, según la impresión que le causase. Se presentó como una dama amiga de Ismael, a quien expuso previamente el caso con todo detalle. Y desde luego, Paulina le agradó. Salió de aquella casa convencida de haber encontrado la esposa ideal para su hijo, y dispuesta a hacer todo lo necesario para que el proyecto de matrimonio se llevase a la práctica. Aunque no dejó de extrañarle un poco que Paulina y Miguel apenas se conociesen.

Era una mujer de ascendencia aristocrática, orgullosa y bastante acostumbrada a que todos se sometiesen a su voluntad. Sin embargo, en este caso dio pruebas de una paciencia y una delicadeza exquisitas. Visitó muchas veces a Paulina, comunicándole sus intenciones poco a poco, en pequeñas dosis; pues no había escapado a su penetración que aquella joven no amaba a su hijo. Para ello era necesario, ante todo, que le conociese. Le habló detalladamente de sus cualidades, su porvenir, su fortuna, su robusta salud y su cariño. Todo lo que pudiese hacerle agradable y atractivo a los ojos de Paulina lo usó aquella mujer con paciencia y acierto. Casi sin decirle nada se lo decía todo, buscando así que la joven accediese al matrimonio por propia convicción, al valorar insensiblemente, día tras día, las cualidades de Miguel de Latorre. De este modo transcurrió todo el verano de 1934, sin que apenas advirtiesen el raudo volar de los días. Paulina se había acostumbrado a la visita semanal de aquella mujer, a la que acabó tomando cierto afecto, pues parecían comprenderse. Naturalmente, advirtió cuál era su objeto, pero no le dio importancia; sabía que era libre y que la decisión no incumbía más que a ella misma. Por tanto, inquietarse prematuramente habría sido absurdo. Si las cosas llegaran a ponerse demasiado serias, las

atajaría lo más correctamente que fuera posible, sin enfadarse con nadie. Seguía enamorada de Moriel, y estaba decidida a que ningún suceso turbara en lo más mínimo ese amor.

El verano, en este aspecto, fue delicioso. Moriel, sin la preocupación de acudir a las clases, dedicó más horas a sus entrevistas. Pasaron tardes enteras contemplando el cielo azul del estío, abrazados como un solo cuerpo, mirándose y adorándose en silencio. Visitaron todos los alrededores de la capital, en deliciosas excursiones solitarias. Paulina, sentada sobre la hierba, contemplaba el horizonte con los ojos entornados. Moriel, a veces, se inclinaba para besarla. En ocasiones la abrazaba con fuerza. Sin embargo, no pasaron de ahí ni llegaron a contactos más íntimos —a pesar de que hubo sobradas ocasiones—, como si tácitamente hubieran acordado respetarse siempre. Moriel, la parte activa en este aspecto, ya es sabido que no pecaba por abuso o falta de consideración en tales momentos. Por otra parte, su amor estaba dotado de una elevación poco común, y de un sentido superior de las circunstancias y la vida.

Pero su día más feliz fue, sin duda, uno de mediados de agosto, en que tuvieron ocasión de ir solos a la entonces solitaria playa de Santa Cristina. Llegaron muy temprano, y en la arena no se veía a nadie. Las olas, muy débiles, morían cerca con un rumor suavísimo. Paulina se dejó caer cara al cielo, sintiendo en su rostro la brisa refrescante y baja, y en todo su cuerpo un enervante ardor. Moriel se sentó junto a ella y la estuvo mirando largamente, pero con disimulo. Pensaba, tal vez, algo que no quería confesarse a sí mismo, y temía que Paulina lo adivinase en sus ojos. Al fin se inclinó, buscando sus labios para besarla. Hubo en su gesto, en la fuerza con que presionó sus brazos, una vehemencia y un ímpetu que hicieron estremecer a Paulina. Pero el joven la soltó enseguida, como si temiera llegar a un extremo al que ambos, a través de aquel beso, se daban inconscientemente. Paulina, durante unos instantes, quedó sorprendida, pero luego agradeció aquel gesto con una expresiva sonrisa. Adivinó que a Moriel le había sido necesario un gran esfuerzo para soltarla, y tuvo la sensación de que, durante mucho tiempo, ambos recordarían aquel momento como uno de los que pudieron tener más profunda trascendencia en su vida.

Luego ascendió el sol; empezó a quemar la arena y se hizo

intenso el brillo de las olas. Paulina no sabía nadar, y cuando Moriel ofreció llevarla algo lejos de la orilla, sintió un poco de miedo. Pasaron casi todo el día sentados en la arena, hablando de los pequeños detalles de sus vidas actuales. Moriel le preguntó qué pretendía la madre de Miguel de Latorre con sus visitas tan frecuentes.

—Que me case —sonrió Paulina.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Pues un consejo: no lo hagas hasta estar convencida de que el menú del banquete vale la pena.

Rieron, Paulina le habló de sus proyectos y de su seguridad en que nadie ni nada lograría desunirles. Moriel le juró que nunca se separaría de ella. Se sentían ambos infinitamente felices, sentían en sus corazones un fuego vivificador e inmenso. Caminaron cara al viento, con los ojos altos, como poseídos de una extraña fuerza y de una irrompible certeza en la comunidad de sus destinos.

Fueron otra vez juntos a la playa, a mediados de septiembre, pero esta vez les acompañaba Nora. Nora apareció ante sus ojos como una mujer espléndida, robusta, llena de juventud y de vida, a la que todos los hombres dirigían miradas ávidas. Ella incluso llegó a sentirse a disgusto, por lo que marcharon pronto. El verano acabó sin que se dieran cuenta, pasó veloz con sus mil impresiones fugitivas, a las que iba unido un aliento vital.

De repente Paulina empezó a tener pequeños motivos de disgusto. Moriel, con su inseparable Esteban Ortiz, acudió a reuniones políticas, y sus entrevistas se hicieron menos frecuentes. Una sorda intranquilidad se respiraba en el ambiente, como si muy pronto hubiera de ocurrir, con toda fatalidad, algo tremendo. Barcelona entera sentía latir su pulso a una velocidad anormal y desusada. Había llegado el momento de las resoluciones concretas, de dar fin a problemas inconclusos. Paulina, en aquellas tensas fechas, tuvo que volver a su dolorosa y antigua costumbre de contemplar la calle a través de los cristales, pensar y esperar. No sabía casi nunca dónde estaba Moriel, como si éste se alejase de ella arrastrado por la misma tirantez del ambiente, en pos de algo que no le había explicado jamás. Esteban Ortiz vino a verla, por contraste, cuatro o cinco veces en pocos días, siempre como si

quisiera decirle algo muy importante y decisivo. Paulina adivinó de qué se trataba; aquel joven la quería, la había querido siempre. Fijaba sus ojos en ella como obsesionado y absorto. Miraba sus facciones largo rato y le era imposible ocultar su nerviosismo; Esteban Ortiz sentía también lo decisivo del momento, lo crucial de la oportunidad. Quería hablar a Paulina, expresarle sus sentimientos de algún modo, decir que sólo vivía para ella desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, no lo hizo, como si temiera enfrentarse con algo superior a él.

El 5 de octubre Paulina tuvo que escuchar, ya en concreto, el asunto de su boda. La madre de Miguel habló casi oficialmente; había esperado mucho y era momento de que tomasen decisiones. Al fin y al cabo, ofrecía un partido ventajosísimo, que cualquier muchacha se habría vuelto loca de alegría al aceptar. ¿Por qué dudaba? Miguel de Latorre, además de joven, era rico, bueno y bien educado. Probaba su discreción no entrometiéndose directamente hasta que ella estuviese conforme. Era capaz de proporcionarle una vida feliz y tranquila. En fin, ¿quería Paulina entablar relaciones formales, al objeto de un próximo matrimonio? Ella, con todo el tacto posible, respondió que era muy joven, que le parecía prematuro hablar de tales cosas y que, pese a resultarle Miguel muy simpático, no se atrevía aún a tomar responsabilidades de esa especie. Convinieron en que lo pensaría detenidamente una semana o dos, plazo que consideraba necesario para ordenar sus ideas.

Ismael Leonardo también le habló esa misma noche. Había pasado un verano muy malo, sometido al tratamiento de un especialista que aseguraba era posible extraerle la metralla. Al mismo tiempo Nora se portaba peor que nunca; casi no podía estar dos horas seguidas en su casa, y además nadie lograba saber en qué empleaba su tiempo. Ni Moriel siquiera. Ismael, a causa de todo ello, se sentía envejecido y débil.

—¿No te ha gustado esa proposición de matrimonio? —preguntó.

—No, si le he de decir la verdad. No quiero casarme todavía.

—¿Por qué? Tienes dieciocho años…

—Creo que soy demasiado joven. Piense que he de tomar las decisiones por mí misma, y en un asunto como éste todo es poco antes de dar un paso en firme.

Ismael conocía, aunque algo confusamente, las relaciones entre Moriel y Paulina, a las cuales había dado siempre poca importancia. Ahora, sin embargo, advertía que esas relaciones eran algo muy profundo para los dos jóvenes, y tal circunstancia le enojaba. Especialmente contra Moriel, que no cumplía bien, como si estuviera ofuscado por aquel amor. Y el progresivo alejamiento de Nora se había hecho más notable, cosa que no podía en modo alguno permitir. Moriel estaba para controlarla.

Nora era el punto negro en la vida de Ismael Leonardo. Éste, desde muchos años atrás, se veía incapaz de conocerla y comprenderla. Jamás hablaban íntimamente, como si estuviesen separados por un abismo de mentalidad y de carácter. Bien es cierto que de esto tenía la culpa él mismo, por no haberla sabido tratar cuando era tiempo. Nora, algunos años atrás, había sido devotísima alumna de cierto colegio religioso, del que huyó inexplicablemente. Cuando una joven que incluso ha tenido intenciones de ser novicia huye así es porque una revolución muy grave ha ocurrido en sus pensamientos. Él no supo comprenderlo, y la trató con bastante acritud. Por tanto, Nora se vio obligada a no confiarle una sola de sus ideas, segura de que no las compartiría. Evolucionó sola, según su visión personal de las cosas. Y ahora resultaba ya muy tarde para comprenderla.

¿Era viciosa? Nora tenía una risa de viciosa, sí. Pero nada más. Todo resultaba intangible y hasta absurdo en su carácter, al menos para Ismael, que se desesperaba viéndola alejarse. Había confiado en Moriel, que tenía ideas perfectas sobre el mundo y la vida. Era el único apto para encaminarla poco a poco a la normalidad de una existencia tranquila. Poco a poco, eso sí; cambiando una por una las ideas de Nora, encauzándola y dirigiéndola. Él se sentía incapaz de eso. Moriel, por otra parte, respetaría siempre a su hija; le conocía bien en este aspecto. Por ello no daba importancia a libertades que a primera vista resultaban inexplicables.

Ismael era egoísta en lo referente a Nora. Ningún suceso debía impedir que Moriel la transformase. Ninguno, ni el amor. Moriel no podía amar: tenía que dedicarse a Nora. Completamente, íntegramente. Y el hecho de que ahora, a causa de Paulina, descuidase sus obligaciones le enojaba y hasta enfurecía.

—Creo que es una gran oportunidad para casarte —continuó

diciendo.

—Ya tendré otras a su tiempo, si pierdo ésta.

—No tan buenas, te lo advierto.

—Es que… En fin, ya he dicho que lo pensaría.

Ismael dirigió a la joven una penetrante mirada.

—¿Qué tienes con Moriel?

—¿Yo? Nada… somos amigos…

—¿Por qué te dedica tanto tiempo?

—No lo sé. Pero tampoco ha hecho nunca nada especial… Sencillamente, hablamos. ¿Qué encuentra usted de raro en que nos guste hablar?

—El que casi siempre lo hagáis a solas.

Paulina bajó los ojos, un tanto sorprendida.

—Mira, pequeña, no seas tonta. Ya sabes que mi intención es ayudarte. De Moriel no conseguirás nada: es un tipo muy raro. Tú ve a lo seguro y organiza tu vida. Procura tener tu casa, tu marido y tu propia personalidad. Después te sentirás feliz y me darás las gracias. Yo ya tengo bastantes años y sé por qué te digo esto.

Le dio unas palmaditas cariñosas en la mejilla izquierda y la dejó sola, para que pudiese meditar. Paulina, aquella noche, apenas consiguió cerrar los ojos. Moriel no venía a verla ni daba señales de existir. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Sería cierto que tenía cosas raras y que a veces era muy difícil comprenderle? En todo caso, ¿por qué la dejaba sola en estos instantes, entre angustiosas dudas y confusos pensamientos?

Algo muy amargo, la sensación de una horrible soledad, estuvo torturándola durante aquella noche. Sus leves horas de sueño estuvieron turbadas por constantes pesadillas. A la mañana siguiente, muy temprano, salió para dirigirse a la casa de Moriel, pero no pudo encontrarle. Las calles hervían en una extraña e inexplicable agitación. Y ella, perdida entre millares de personas que iban de un lado a otro, sin rumbo fijo, empujándola y arrastrándola, se sintió como nunca abandonada y débil.

Aquella tarde fue muy breve; era el 6 de octubre. Moriel tampoco apareció. En todas partes se veían banderas catalanas con estrellas solitarias. Y apenas caída la noche, comenzaron a oírse aquí y allá disparos sueltos, que en seguida encontraron eco y se diseminaron frenéticos por los rincones de la urbe.

XVI

La intranquilidad venía palpándose desde unos meses antes. Estaba en la calle y miraba a los transeúntes con ojos muy abiertos. Gravitaba sobre los edificios. Entraba en las casas y se sentaba a la mesa. Hacía acto de presencia allí donde un grupo de hombres hablaba; en seguida, ese grupo gesticulaba. Sus manos iban señalando a una dirección y a otra. Visitaba a los obreros al salir de las fábricas y a los patronos al entrar en sus despachos. Dormía en las callejas, gimiendo como si sintiera el dolor circundante. Gritaba nombres conocidos en los huecos de las escaleras estrechas y oscuras. Flotaba en el aire, respiraba el polvo de la urbe y extendía sus brazos.

La intranquilidad, etérea al principio, llegó a hacerse sólida y compacta. Insinuó en el fondo de las conciencias, luego martilleó en los cerebros. Salió escupida por las bocas. Gritos y frases cortadas expresaron ideas tremendas.

Una sorda inquietud trazó sus espirales en el aire durante días y días. En el fondo de las callejas, había ido acumulándose el peso del rencor y del odio. En las aulas de la Universidad se veían puños crispados y miradas de desprecio.

Esteban Ortiz, que conocía la historia de Cataluña tan bien como su propia vida, y que fundaba en este conocimiento su derecho a gesticular, estaba poseído de una extraña fiebre, y llegó a pelearse varias veces, incluso dentro de esas aulas. Eran muchos los que participaban de sus ideas: unos por considerar que Cataluña, dado su poderío económico, debía emanciparse de toda traba; otros, por respeto a la vieja historia del país, en la que veían el reflejo de una personalidad independiente. Esteban era adepto incondicional a este grupo. Hablaba con sus compañeros y movía los brazos enérgicamente, buscando transmitirles su entusiasmo.

En cuanto a Moriel, justo es reconocer que debía de haber en su

corazón algo de extraño y hasta inhumano. Cuando captó la intranquilidad de su alrededor, ya no pensó casi nada en Paulina. Como si esa joven a la que había tenido entre los brazos, que le pertenecía íntegramente y le amaba con pasión apenas significase nada. Y lo más importante pasó a ser, para él, el asistir a reuniones políticas. Si no fue a visitar a Paulina una sola vez en aquellos días, acudió, en cambio, con frecuencia a la casa de un tal Pons, estudiante de Derecho, donde se reunían todos los izquierdistas de la Universidad. Esteve, Albert, Gimeno, Puig Rodríguez, Cadafalch y Estruch eran los más asiduos. Naturalmente, también iba su inseparable Esteban Ortiz. Y un viejo ex profesor llamado Andreu, que era fanático de la Esquerra Republicana. Entre todos discutían —a veces a gritos— los problemas del momento, adoptando siempre soluciones radicales. Todos los problemas sociales y políticos eran examinados allí, desde la demografía de la región hasta los más apartados rincones de su idioma o de su historia. El más silencioso de todos era Moriel que parecía ir allí para enterarse de las ideas ajenas más que para exponer las propias.

Durante aquellos días estuvo pensativo y sintió deseos que nunca pudo satisfacer al encontrarse solo. Sus pensamientos, no obstante, se apartaban de los de sus amigos. Pues no le importaban las industrias de la región ni la historia de sus templos. Para él existía solamente un hombre sumido en la calle, sentado a veces en un rincón y con la mirada clavada en el suelo. Un hombre que, castellano o catalán, vivía en un piso oscuro, tenía una mujer siempre triste y llevaba la vulgaridad de su existencia anquilosada en el alma.

Moriel percibió en su corazón sentimientos extraños durante aquellos días. Como si hubiera despertado en él una especial sensibilidad para lo pequeño y lo diminuto de otras vidas. No pareció estar acorde con las ideas gesticulantes de unos ni de otros; permaneció callado, extrañamente pensativo. Sus situaciones propias y actuales se desdibujaron hasta quedar imprecisas. Recordó constantemente los días miserables de su infancia, cuando su madre trabajaba en una fábrica lejana y su padre riñó con el patrono y tuvo que ir a ganarse el pan en el Cementerio Nuevo. Vio claramente las monedas que quedaban encima de la mesa, para pasar la semana, y que su madre contaba todos los días con gesto

preocupado, sin que él supiera entonces a qué se debía esto. Recordó cómo esa misma madre iba corriendo los sábados al mediodía, para poner la comida a los dos, con el dinero recién cobrado. Cómo iban los domingos a la montaña, con un gran pan y una enorme tortilla de patatas, y se sentaban sobre la tierra, arrojando papeles y restos, masticando y tumbándose groseramente para dormir la siesta allí mismo. Rememoró pequeños sucesos, como, por ejemplo, el día que se fue muy lejos por aquella montaña y peleó con unos pilletes, que le abrieron la cabeza de una pedrada. O el día que fue al colegio del ayuntamiento y perdió los lápices de colores que le habían comprado para Reyes. La paliza que le dieron en su casa, llamándole tonto. Vinieron a su memoria esos acaeceres diminutos ahora, intrascendentes al parecer, y que, sin embargo, eran el fondo de muchas vidas y la raíz generadora de muchos pensamientos. Sintió como si todo esto ahora hubiese de acabar, como si el momento actual fuera decisivo en el siglo y como si un devenir más tranquilo y más feliz hubiese de suceder a las negras inquietudes de siempre.

Pensó más, no se detuvo sólo en las memorias de su infancia, y recordó todo lo que su padre le había contado de la vida anterior, de cuando era niño y entró a trabajar en el Forn del Vidre, una fábrica horrible donde estaban empleados muchos pequeños de diez y doce años, que se cortaban los dedos al manejar inexpertamente los cascotes de vidrio, y que llevaban siempre las manos vendadas a causa de recientes quemaduras. Cuando se enamoró de una niña que trabajaba allí, pero que se puso enferma, entró en el Hospital de la Santa Cruz y ya no la volvió a ver más. De cuando luego su padre se hizo aprendiz de lampista, y tuvo que recorrer les calles con la pesada caja de hierro, llena de herramientas y trastos, siguiendo al *fadrí*, ya hombre hecho y derecho, que llevaba sólo un pedazo de tubería en las manos. Cómo después se hizo un jovenzuelo sinvergüenza, que perseguía a las mujeres y bailaba en los lugares de peor fama, acompañado del «Trinxa», el «Rasca» y otros por el estilo, que eran sus únicos amigos. Cómo iba los domingos al Paralelo, a meterse en las casetas de atracciones y pararse en los puestos de churros, introduciéndose en los barullos y acercándose a las mujeres cuanto le era posible. Cómo, al salir del trabajo, en los días de ejecución, se aproximaba al patio de Cordeleros, en la cárcel

vieja de la calle de Amelia, y estaba un rato mirando al patíbulo, donde un cadáver permanecía sujeto a aquella máquina horrible, el garrote. Cómo asistió a reuniones anarquistas y todos los domingos, al pasear entre las casetas de feria, depositaba algunas monedas en las manos de una mujer envejecida, vestida de luto, que arrodillada en un rincón exhibía un papel con estas palabras: «*Soy la madre de Paulino Pallás*». Y Moriel, recordándolo, sentía como si hubiera vivido todo esto, como si él también hubiera andado por las calles con la caja de hierro a la espalda, siguiendo al *fadrí*, como si también hubiera estado en las casetas bulliciosas, acercándose a las mujeres, contemplando el garrote al salir del trabajo, asistiendo a reuniones demagógicas y depositando unas monedas en la mano fría de la madre del anarquista ejecutado. Sintió todo esto vívidamente, casi brutalmente. Al igual que si esos mil recuerdos, saliendo del corazón, martilleasen su cerebro y trastornasen sus ideas.

Caminó por las calles lentamente, mirando a su alrededor y clavando sus ojos profundos en los balcones de las casas. A veces, durante la noche, se sentaba en el lecho y antes de acostarse pensaba que estaba haciendo mal, que convenía ver más a Paulina y no dejarla tan triste y tan sola. Pero en seguida surgían pensamientos que se enfrentaban dialécticamente unos a otros, que le hacían comprimir los puños y apretar los dientes. Era algo que no sabía definir, que le enlazaba a las inquietudes de la masa y le hacía caminar con ella.

Todo, fatalmente, iba a cambiar y a ser revolucionado. Los domingos por la tarde se detenía en una esquina, como si algo muy importante tuviera que hacer allí, y miraba pasar a esos viejos tristes, que habían visto la antigua época, que tal vez habían sufrido con ella y a los que apenas les sería posible disfrutar de la nueva. Seres que viven ya en el silencio, alargando hasta la agonía el problema del otro mundo. Vestidos de negro, esperando el olvido del ataúd, vagan por las callejas estrechas esos domingos otoñales y tristes, sumergiéndose con pasos menudos en las pendientes que son las calles históricas, y en los pasajes rodeados de muros altos y pétreos, entre las sillerías grises, las ventanucas enrejadas, los portalones como bocas de lobo, pintados de negro.

Luego cae la noche, saturada de humedad, y retornan a las

casonas frías. La piedra es ya negra y tiene formas monstruosas; las bocas de lobo se han cerrado. Todos los antiguos emplomados de vidrio irradian un soplo glacial, tenaz y molesto. Doblan y cepillan cuidadosamente la ropa, mirando con tristeza el perenne color de luto. Entonces toman su pulso, sienten el escalofrío inevitable a la estación y se apretujan, cierran recelosamente los ojos, temiendo quizá que el día siguiente no los puedan ya abrir.

Moriel anduvo sólo por esas mismas calles y respiró su aire. Sintió, con nítida intensidad, los caracteres y los problemas de las vidas que alentaban en su derredor. Y cada vez, cada vez más, se fueron desdibujando, como entre una neblina interior, los problemas y los caracteres de su vida propia.

XVII

Era el 6 de octubre, e iban a dar las siete de la tarde. En la plaza de San Jaime, frente a la Generalitat de Cataluña, se había congregado una ingente multitud. Miles de cabezas y de brazos se movían al unísono, entre un rumor impresionante. Los *escamots*, armados con pistolas, ocupaban sitios estratégicos. La Alianza Obrera había reunido allí a sus adeptos, que gritaban delirantes de entusiasmo. Un cartel con letras rojas reclamaba al Gobierno de la Generalitat la petición de aquella enorme masa: «¡Exigimos la República Catalana!».

Parecía como si algo definitivo hubiese de ocurrir inmediatamente, y el gentío rumoroso concentrado allí esperara nada más, para lanzarse a la acción, una sola palabra de sus jefes.

De pronto, el Gobierno de la Generalitat en pleno salió al balcón y contempló satisfecho a sus partidarios. Lluís Companys, el presidente, hizo un ademán imponiendo silencio. Iba a hablar. Cabalmente lo que todos deseaban. Parecía nervioso, como preocupado ante la trascendencia del momento. Todas las voces hicieron un alto repentino, absoluto; en la plaza habría podido oírse un suspiro. Lentas y solemnes, resonaron en todos los oídos las siete campanadas de una torre próxima.

Entonces, Lluís Companys comenzó su proclama:

—*Catalans! Catalans!*

La llamada quedó unos momentos en el aire. Aquella multitud parecía captarla y retenerla físicamente, con la expresión uniforme de sus ojos.

—*Catalans! Catalans!*

El presidente siguió hablando. Los fascistas habían logrado hacerse con el poder en Madrid, y la autonomía de Cataluña estaba en peligro. Era éste un momento decisivo, un momento de ser o no

ser. Las palabras fluctuaban en el aire y hallaban eco en todos aquellos cerebros convencidos. Miles de rostros parecían seguir con la mirada las modulaciones invisibles de aquella voz amiga. La masa, como un solo hombre, recogía las consignas del momento único y crucial.

—¡Catalanes! La hora es grave y gloriosa. El espíritu del presidente Macià, restaurador de la Generalitat, nos acompaña. ¡Cada uno a su lugar, y Cataluña y la República en el corazón de todos! *¡Viva la República y viva la Libertad!*

Una ovación impresionante acogió el final de su proclama. El lago humano rugió de entusiasmo, alzó los brazos y gesticuló con sus puños. Una ovación cerrada, ensordecedora y delirante fue la que se elevó de la plaza y estremeció el gentío de las calles adyacentes. Los acordes de *La Santa Espina*, *Els Segadors* y *La Internacional* se mezclaron en un solo confuso himno de lucha y de muerte. La canción de guerra contra los castellanos iba unida, paradójicamente, a la de fraternidad universal entre todos los proletarios. Las gargantas enronquecían. Y allí, en aquel momento, todo pareció decidido, como si nadie hubiera de oponerse a los términos de la proclama.

La índole de las canciones ya dejaba adivinar que la masa reunida en la plaza de San Jaime era muy confusa también desde el punto de vista ideológico. No todos los que gritaban eran catalanistas, como Esteban Ortiz, que había venido a colocarse muy cerca del balcón principal de la Generalitat. Figuraban allí también castellanos residentes en Barcelona, pertenecientes a los sectores de izquierda, y a quienes el gobierno Companys agradaba y convencía. Asimismo gritaban muchos catalanes no separatistas, antes bien, partidarios de una España entera y unida, pero que consideraban al Gobierno de la Generalitat como un baluarte izquierdista, único capaz de defender por mucho tiempo, si triunfaba, las aspiraciones de la masa obrera. Y, por otra parte, nadie creía en una absoluta separación, sino en una autonomía algo más fuerte que la actual. Estaban allí, por fin, también algunos burgueses —en el sentido que a la palabra se le daba entonces— partidarios o no de la Lliga, pero afectos a las derechas y que consideraron una locura lo que acababan de oír.

Esteban Ortiz y Enrique Moriel habían logrado colocarse muy

cerca del balcón y aplaudían. Moriel no era catalanista, pero era izquierdista, y eso bastaba para que la proclama le pareciese llena de sentido. Sin embargo, estaba convencido en su intimidad, no sabía por qué, de que aquel griterío y aquel barullo no podían llevar a ninguna parte. El presidente Companys, abrazado y besado por sus partidarios, iba de un lado a otro del balcón, sin mostrar la alegría general del momento. Más bien tenía un aspecto preocupado, como si supiese que acababa de dar un paso en falso. Esteban Ortiz notó en seguida esa particularidad.

—¿Qué diablos le pasará a Companys? —dijo, mirando a su amigo.

Moriel observó al presidente durante unos segundos.

—Me parece que es el único con inteligencia bastante para ver que esto no ha de dar ningún resultado.

—¡Pesimista! —rió Esteban, dándole un golpe en la espalda.

Terminadas las palabras debía comenzar la acción. Se ignoraba la postura que adoptaría el general Batet y el elemento militar sometido a él. Asimismo, cómo reaccionaría Madrid ante el hecho consumado. Azaña, desde el hotel Colón, había hecho continuos esfuerzos para que personalidades tan significativas como Miguel Maura, Sánchez Román y Martínez Barrio se dirigiesen a Barcelona para formar parte del Gobierno provisional, que habría de constituirse apenas triunfase el movimiento. Tales esfuerzos resultaron nulos. En espera de una cosa u otra, los catalanistas se prepararon para la lucha callejera. En el Centro de Dependientes, novecientos hombres se comprometieron a cerrar por allí la entrada de las Ramblas. Todos los tejados de la plaza de San Jaime se ocuparon por si sobrevenía un ataque a la Generalitat o al Ayuntamiento. Y estos dos edificios, erigidos en cuartel general de la insurrección, fueron aprestados para la defensa.

Esteban Ortiz intentó procurarse inmediatamente algún arma y municiones. Se sentía conmovido por la importancia del momento, y daba muestras de un entusiasmo sin límites. Gritó y vitoreó hasta quedar ronco, con los ojos llorosos por la emoción. Encarnaba en él un raro fenómeno social del momento: el de esos jóvenes de familia castellana que, sin causa aparente, se entregaron a defender con toda su alma el catalanismo de izquierdas. Esteban Ortiz, hijo de leoneses, sentía su catalanidad integral como si se llamara

Cadafalch, Tristany o Jaumandreu y tuviera en el Vallès o en el Urgell la vieja lar de su familia. Algo en cierto modo inexplicable, pero que apareció con la lógica de las cosas que efectivamente se dan. Moriel incluso se sintió algo asombrado ante la euforia de su amigo. Éste logró acercarse a un mozo de escuadra al que conocía, y pidió armas. Logró que le acompañaran al Ayuntamiento, donde un hombre le entregó un fusil.

—Toma, hermano, un fusil y dos peines. Úsalos bien si hace falta.

—¡Viva Cataluña! —respondió.

A Moriel le entregaron una pistola que le sobraba a cierto individuo grueso, con cara de matar a quinientos enemigos, y la tomó haciendo un gesto escéptico.

—Gracias.

Subieron a un terrado de la plaza, desde donde se podía batir casi toda ella. Por el momento no había grandes síntomas de intranquilidad. El general Batet, sin duda, entraría en razón. Hablaron un rato con varios separatistas, que llevaban cosido en la manga el triángulo con la estrella solitaria. Se mostraban eufóricos y convencidos del triunfo, que seguramente llegaría por vías pacíficas. Moriel opinó, sin embargo, que el general Batet sacaría las tropas a la calle o que, en todo caso, las tropas saldrían, aun echando por la borda al general Batet.

Esta opinión era acertada, porque los oficiales del Ejército no estaban dispuestos a permitir que en Barcelona se arriase la bandera española, y así lo manifestaron enérgicamente a su jefe. Varios militares incluso decidieron que, si la situación no mejoraba, lucharían solos y donde fuera. Entre ellos Miguel de Latorre, que quiso actuar inmediatamente.

Esteban Ortiz fue enviado a establecer enlace con un grupo que patrullaba por los alrededores. En la calle de Fernando tropezó con el viejo ex profesor Andreu, que corría gritando, lleno de entusiasmo.

—*La Revolució es nostra, xic! Visca Catalunya!* —dijo, dándole un abrazo.

Unas calles más lejos, Esteban Ortiz tuvo otro encuentro, pero sorprendente. En una calle estrecha y oscura, poco concurrida, tropezó de manos a boca con Miguel de Latorre, al que seguía su

asistente. Iba armado y de uniforme, sin temor ninguno, llevando un brazalete con los colores rojo, amarillo y morado, como para que nadie le tomara por un subordinado del catalanista Pérez Farrás. Esteban, boquiabierto, le preguntó adónde iba.

—A defender a España donde haga falta. Déjame pasar.

—¿Cómo es eso de defender España?

—Espera que me den un cañón y tres hombres y te lo demostraré.

—Pues de aquí no pasas.

—¿Que no paso? ¡No te pongas idiota, porque ahora no conozco amigos!

—Ni yo. ¡Viva Cataluña!

—¡Viva España!

Esteban Ortiz hizo un ademán furioso.

—¡Tú eres catalán, como yo, y deberías quitarte ese uniforme!

—Yo soy español antes que hijo de mi padre. ¡Canalla!

Le arremetió con ambos puños, haciéndole caer inmediatamente. Esteban, al verse derribado, sintió un furor incontenible y, levantando ágilmente la pierna derecha, clavó su zapato en el estómago del oficial, que, lanzando un gruñido, quedó sentado en la calzada, haciendo gestos de dolor. Entonces el asistente consideró que había llegado el momento de intervenir y, sin más preámbulos, puso la bayoneta a dos milímetros de Esteban Ortiz. Éste alzó los brazos poco a poco.

—¿Qué hago con él, mi teniente?

Miguel de Latorre se incorporó, colocándose bien la gorra con un ademán habitual.

—Déjale. Está loco.

—¡Que te crees tú eso! ¡No vas a defender a España, sino al gobierno derechista de Madrid! ¿Qué esperas, que Gil Robles te haga capitán?

—¡Imbécil! ¡Cállate de una vez!

Dándole un empujón, pasó. El asistente, antes de volver la espalda, estuvo amenazando con su fusil al paisano, haciendo ademanes recelosos. Esteban Ortiz arrojó su arma al suelo y escupió, indignado porque pensasen de él que era tan cobarde como para atacar a traición. Al perderlos de vista, recogió el fusil, y se dispuso a cumplir la misión que le habían encomendado. Estaba

furioso, pues le enojaba haber tenido que romper con un compañero tan antiguo. Pero al mismo tiempo carecía de la virtud de saber perdonar las ofensas, y su sangre hervía tumultuosa. Tenía el rostro sofocado, completamente rojo. Por los alrededores comenzaron a sonar descargas pero apenas se dio cuenta, como si nada ya le importase. Localizado el grupo y cumplida su misión, retornó a la plaza de San Jaime, apretándose contra las paredes, oyendo cada vez más cerca el silbido trágico de las balas.

Lentamente, iba serenándose. Oyó decir en un portal que estaba proclamado el estado de guerra, y que las tropas habían salido a la calle. El tiroteo, pues, tenía su explicación lógica. Los combates eran inevitables. Y en este momento, ante la lucha concreta, sintió una invencible repugnancia por la necesidad de derramar sangre hermana.

Cuando llegó al terrado donde le esperaba Moriel, la plaza de San Jaime estaba silenciosa y hosca. Todos sabían que las cosas se habían complicado y que iba a ocurrir algo. No sabían cuándo; pero, sin duda allí, entre los dos edificios. Por gran parte de la ciudad sonaban ya descargas ininterrumpidas: las siluetas se pegaban a las fachadas de las casas, fugitivas y leves. En los portales oscuros, rostros de hombres y mujeres escuchaban en silencio, tras las puertas entornadas.

Moriel advirtió que entre los labios de su amigo corría un hilillo de sangre, y en voz baja le preguntó qué había sucedido.

—Nada.

Había tan desconocida acritud en la voz de Esteban que no quiso preguntar más.

Continuaron esperando. Las descargas cerradas y los disparos sueltos se sucedían cada vez más cerca. Por un balcón entreabierto se filtraba la voz de Dencás que, dueño de la radio, proporcionaba noticias y daba ánimos. A intervalos oían toda clase de música catalana, que aquel aparato chillón iba derramando sobre la plaza.

Repentinamente, desembocaron en ésta varios soldados con cañones. Como si fuera la cosa más natural del mundo, los situaron en medio del ancho espacio libre, en posición de combate. Desde los terrados, al ver aquello, partieron leves murmullos de asombro. ¿Qué pretendían? ¿Qué forma era ésta de iniciar un ataque, poniéndose entre cuatro fuegos? ¿O acaso iban a obedecer las

órdenes de la Generalitat de Cataluña? Pronto saldrían de dudas. Unos parlamentarios se habían puesto en contacto con los artilleros. Cambiaron palabras. Luego se retiraron, con ademanes hostiles que no daban lugar a indecisiones.

Brusca y compacta resonó la primera descarga. Las balas resbalaron silbantes por los adoquines de la plaza. Un grupo de soldados cayó al suelo, mientras los demás se cubrían de la mejor manera posible. Los mulos, asustados, rebrincaron nerviosos. Y otras descargas se desplomaron, cerradas, sobre el grupo intruso, que en los primeros instantes pareció iba a ser aniquilado.

Desde luego, era absurdo lo que acababan de hacer. ¿Por qué colocarse en un lugar tan visible, como si fueran a servir para tiro al blanco? Esteban Ortiz, nuevamente excitado, se mordió los labios. Por esta vez, la eterna improvisación española había salido muy mal. Los artilleros estaban en una situación más que crítica. Otro par de descargas y correrían como conejos. Entonces, tranquilamente, saldría al descubierto un grupo y se apoderaría de los cañones.

En efecto, los artilleros se vieron obligados a correr, guareciéndose en los portales que tenían más cerca. De la Generalitat, del Ayuntamiento y de los terrados partían fogonazos ininterrumpidos y bruscos. Los cañones, por unos momentos, estuvieron a merced de cualquier grupo que lograse arrastrarlos. Pero ese grupo, inexplicablemente, no salió.

Quizá la forma del ataque produjo asombro, o faltó la decisión ante aquel acontecimiento inesperado. Lo cierto es que los artilleros tuvieron tiempo de reponerse. De las esquinas brotaron lenguas de fuego, pequeñas y mortíferas. Durante unos instantes se oyó una verdadera traca de disparos de todas clases. Luego un brusco, un repentino, un insólito silencio. Desde todos los rincones de la plaza oscura escrutaron mil ojos. Un tiro solitario, después el ruido de vidrios al quebrarse. E inmediatamente otra vez la traca furibunda de disparos secos y de impactos sordos.

Desde el terrado, Esteban Ortiz lanzó una maldición observando los cañones.

—Pero ¿qué diablos les pasa? ¿Por qué no salen?

—¡Calla! ¡Y no te levantes!

Ahora, desde luego ya hubiera sido una locura intentar una

salida. Las balas arañaban el aire en todas direcciones, estrellándose en los muros y en los interiores de las casas. Moriel, sin haber usado su pistola, hizo un ademán negativo.

—Esto está acabado.

—¿Qué dices?

—Emplearán los cañones cuando les parezca, aunque sufran unas cuantas bajas. Y a esa distancia hacen polvo todo lo que tengan por delante.

—Pero vendrán refuerzos de toda Cataluña. Dencás llama por la radio.

—Y Batet también debe de estar llamando, descuida. Si mañana esto sigue así, tendrás barcos de guerra delante de Atarazanas.

—No seas derrotista.

Esteban Ortiz, furioso por el modo como evolucionaba la situación, apretó el gatillo de su arma. Creía haber visto unos cuantos soldados en un portal, pero no era cierto. Transcurrieron varios minutos. Entonces sí que estuvo seguro de que se le presentaba un buen blanco. Abajo, tres furtivas siluetas vestidas de caqui se deslizaban junto a las fachadas. Disparó, pero ésa era la primera vez que manejaba un fusil, y además entre sus cualidades innatas no debía de figurar una buena puntería. Las tres siluetas continuaron deslizándose como si nada hubiera ocurrido.

—Soy fatal —dijo, tocándose la frente.

Moriel le contempló durante unos segundos.

—Me alegro de que no hayas acertado. Después de todo, son unos pobres que están ahí porque los mandan.

—Creí que eran oficiales.

—Lo mismo da. Oye, Esteban, esto me parece absurdo. Me repugna andar a tiros con gentes a las que no odio. Y a todos ésos les pasa igual. Si sintieran una verdadera hostilidad, habrían actuado con más furia y los cañones no estarían ahí abajo. Creí que todo se arreglaría pacíficamente, sin sangre. He subido a este terrado porque soy de izquierdas y por nada más. Y me falta valor para disparar contra seres que a lo mejor piensan igual que yo, pero que casualmente llevan uniforme y tienen que cumplir órdenes. Créeme, no me siento capaz de seguir aquí, y más sabiéndolo todo perdido. Bruscamente, he visto que una matanza no tiene razón de ser. Acompáñame y saldremos de este sitio.

—Pero ¿qué dices?

—Que vengas conmigo, Esteban. No seas obcecado.

—Yo me quedo aquí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando ya no haga falta.

Moriel lanzó un suspiro de desaliento, tomando a su amigo por el brazo.

—Ven. Estás hecho una fiera porque tuviste que pelearte, ¿no? Pero yo, ahora, miro con más frialdad las cosas y tengo razón.

—¡No me da la gana salir de este terrado!

—Aguardaré a que cambies de opinión, Esteban. Yo tampoco me moveré ni me iré sin ti.

Durante este diálogo en voz baja, el tiroteo se había hecho menos intenso. Como si todos hubiesen decidido permanecer a la expectativa, sólo aquí y allá brotaban esporádicos fogonazos. De las esquinas surgía a veces alguna figura agachada, moviéndose cautelosamente. Pero elevándose desde unas manzanas próximas, se oía el rugido inconfundible de los cañones, que atronaban la noche. Sin duda, cerca de Atarazanas, estaba jugándose un punto crucial de la insurrección.

Transcurrió media hora. Esteban Ortiz oprimió otra vez el gatillo, con el mismo resultado nulo. Entonces Moriel hizo ya un gesto de completa decisión.

—Vamos.

—Te he dicho antes que no.

—Piensa bien que ni tú ni la causa conseguiréis nada en limpio. Y no quiero que mates.

—Déjame solo, te lo suplico. Ya nos veremos mañana.

Moriel hizo un gesto de resignación y estrechó la mano de su amigo. Lentamente, se acercó a las escaleras, donde imperaba una absoluta oscuridad. Las detonaciones tenían en aquel hueco prolongadas resonancias. Comenzó a bajar, tanteando la barandilla. Al nivel de la plaza, los disparos seguían cruzándose en todas direcciones, sin interrupción. Vio entonces que ponerse al descubierto era casi una locura pero, después de examinar cautelosamente la esquina más próxima, dio un salto y, agachándose, empezó a correr.

Alguien, suponiéndole enemigo, disparó contra él. Tuvo que

hacer una ágil contorsión al oír el silbido de la bala. Ésta fue a estrellarse contra la pared, metro y medio más lejos. En seguida, dispararon también desde un balcón muy próximo. Moriel se arrojó al suelo y pudo cruzar la esquina.

El peligro no había disminuido, sin embargo. En las calles cercanas amenazaban también armas ocultas, dirigidas por ojos invisibles. Todo, aparentemente, estaba solitario y tranquilo. Pero de los portales surgían a veces rostros desconfiados, que vigilaban. Moriel, como si fuera a cumplir alguna misión de enlace, pasó sin detenerse. En las Ramblas, el martilleo de los disparos era más furioso que nunca. Aquí y allá figuras inmóviles aguardaban expectantes. Una ametralladora ladraba rabiosa cerca de Colón, descansando a intervalos muy breves. Moriel oyó ahora el estampido de los cañones como si disparasen sólo a unos metros de donde él estaba. Se introdujo por una calle cercana, que parecía tranquila. Inexplicablemente, no quería retornar a su casa, como si fuera incapaz de estar quieto un solo momento. Le atormentaba una fuerte congoja interior y sentía como suyo el aire de tragedia que ululaba sobre la ciudad. No hubiera sabido decir cuáles eran sus sentimientos en estos minutos. Estaba muy triste, y no se preguntaba por qué. El movimiento político que ahora, angustiosamente, se estaba debatiendo ante su fin no era la gran epopeya social que él había imaginado. Era, en todo caso, una preparación. Tuvo en estos momentos la rara autoconciencia de que algo tremendo sucedería en Barcelona y en España, pero más tarde. Que luego, de esta misma calle, saldrían hombres rabiosos, dispuestos a morir, sin asustarse por las ametralladoras que aún seguían ladrando. No habría rostros en los portales oscuros, sino barricadas abiertas a la luz de julio. Pero ¿por qué julio? Moriel hizo un gesto de asombro al considerar sus propios pensamientos. Julio, sin duda, es el mes de las grandes revoluciones. Pero era absurdo pensar en otra revolución. Su cabeza funcionaba con independencia, como una máquina loca. Se llevó ambas manos a ella. ¿Qué le ocurría? ¿Hasta qué punto su subconsciencia captaba el ambiente misterioso del futuro? Se detuvo junto a una fachada, apoyándose en ella, como si algo le abrumase. Una tristeza que no sabía definir le ahogaba el pecho. He aquí que todo quedaría igual, con los pisos oscuros y las miradas perdidas en habitaciones

estrechas. Con una visión pequeña, mezquina y egoísta de todas las cosas. Y volvió a pensar en sus ideas optimistas de unos días antes, cuando creía ver el panorama de una nueva época. Pero, sí, después de todo esa época tenía que llegar; estaba ferozmente convencido. Alguna vez, a raíz de algún suceso; pero pronto. Transcurridos unos pocos meses. Y ahora los hombres que empuñaban armas trazaban su prólogo sin saberlo, seguían esa lógica oscura de los silogismos revolucionarios, que van encadenando premisas y detalles ocultos.

Continuó andando. Estaba fatigado y se sentía mal, como si tuviera fiebre. Ahora, los estampidos de las detonaciones se oían más lejanos y eran menos frecuentes. Hizo un gesto desolado y se sentó a la entrada de un establecimiento, apoyándose en la puerta ondulada. Así estuvo mucho rato, inmóvil, con la mano derecha tapándose los ojos.

Esteban Ortiz, a las dos de la madrugada, se vio en la precisión de entendérselas ya firmemente con el Ejército, que atacó los terrados. Una Compañía de Ametralladoras, dispuesta a no perder más tiempo, instaló sus máquinas e hizo caer sobre los defensores una lluvia de balas. Éstos, aún en una calamitosa indecisión, tuvieron que replegarse. Los fogonazos penetraron en el interior de las escaleras, rasgando su oscuridad. Y Esteban Ortiz, de pronto, notó cómo una ráfaga silbaba a dos milímetros de su cabeza.

Bruscamente se vio perdido. Lo vio perdido todo. Al girarse, pudo advertir las figuras de dos soldados, que le amenazaban con sus armas. En el punto más alto del terrado, un alférez en mangas de camisa instalaba su ametralladora; varios de los insurrectos levantaban los brazos. Repentinamente había cambiado la situación de un modo absoluto. Pero él sintió en tales momentos una rabia infinita, una desesperación frenética capaz de impulsarle a todas las locuras. Lanzando un grito, agachó la cabeza y fue a precipitarse como un bólido sobre el soldado más cercano. El fogonazo le dejó ciego por unos instantes. Rodó sin saber cómo. Un disparo hecho a quemarropa le agujereó el pantalón. De improviso se sintió caer vertiginosamente, y al abrir los ojos vio que resbalaba por los peldaños de una escalera.

Tropezó con una puerta, tras la que se oían gemidos. Lentos, monótonos, que quedaron cortados en seco. Y otra vez, incorporándose, se lanzó por el siguiente tramo, a ciegas, con los

brazos extendidos. Alguien le alumbró con una linterna, pero debía de ser amigo; se hizo a un lado para dejarle pasar. Entonces, casi sin darse cuenta, vio que estaba en la plaza, donde corrían varios soldados disparando. Las ametralladoras comenzaron a batir todas las esquinas. Sin prestar atención al peligro que corría, pues era incapaz físicamente de ver a unos cuantos pasos, salió al descubierto. Por fortuna, eran aquéllos unos instantes de confusión y nadie se fijó especialmente en él. Pudo entrar en la calle de San Honorato, lanzándose a una carrera sin destino. Apretando los dientes, con los ojos entornados, corrió a cualquier parte, doblando manzanas y perdiéndose en las calles. Repentinamente, tropezó con la mole de la catedral, que le cerraba el paso. Entonces se detuvo, jadeando, y lanzó una mirada a su alrededor. ¿Qué había hecho? Huir, huir sin saber cómo ni adónde, presa de sentimientos que era incapaz de explicarse. Ahora, con el ruido de las detonaciones aún martilleándole en los tímpanos, se sintió invadido de una furia amarga. Como si todos aquellos edificios históricos de su ciudad, ante los cuales tantas veces se había extasiado, le señalasen con invisibles dedos llamándole traidor. Como si la noche gravitara exclusivamente sobre él, con todo su cortejo de disparos y lágrimas. Sintió la rabia de un fracaso absoluto y definitivo. Todo había terminado, concluido sin remedio. Lloró, no supo por qué: en cierto modo, sentía a veces emociones de niño. Cuando volvió a andar, una voz interior le llamaba cobarde con inflexiones despiadadas.

Y sin embargo, pese a haber sido breve, la batalla de esa noche no había sido una batalla de cobardes. Muchos, como Esteban Ortiz mismo, aguantaron en su sitio hasta el último momento: muchos otros ignoraban todavía que en el Centro de Dependientes, batido a cañonazos, Jaime Compte y González Alba habían salido al balcón, a pecho descubierto, haciéndose matar, indignados por la pasividad de sus compañeros. Había sido, eso sí, una batalla entre hombres que, por lo general, no se odiaban a muerte, que luchaban porque no había otro remedio, lamentando en el fondo no estar de acuerdo sobre los puntos que defendían. Las grandes revoluciones necesitan una tensión sobresaturada. El 6 de octubre no había llegado a esa tensión: la preparó trágicamente.

Hacia el alba, todo había terminado. La Generalitat y el edificio frontero, el Ayuntamiento, batidos a bocajarro, capitularon

simultáneamente. A las seis de la mañana, Lluís Companys declaró por la radio que, para evitar más inútil derramamiento de sangre, terminaba desde aquel instante toda actitud de resistencia.

Había comenzado la hora de los fanáticos, de los que no se rinden jamás. La ciudad vio elevarse el sol entre los mismos disparos secos y cortantes. En las calles de soledad hosca, tras las puertas cerradas, seguía acechando la muerte. Siluetas escondidas disparaban contra la tropa, en lucha individual y feroz. Se inició el epílogo trágico de todas las subversiones: la caza por los terrados, en el hueco de las escaleras y el interior de los pisos. El palacio de Bellas Artes vomitó fogonazos a intervalos breves. Y en una casa de la Barceloneta se juntaron varios fanáticos tan sinceramente dispuestos a morir que debió ser atacada con artillería.

Así comenzó la mañana del 7. Todo estaba decidido y más tranquilo, pero latían focos de resistencia en lugares distintos de la urbe. Moriel, con andar vacilante, con gestos de agotamiento, estuvo caminando por toda ella. Parecía que nada de lo visto le interesase, que fuese incapaz de captar la anormalidad de esas horas. Iba con las manos en los bolsillos, mirando a los soldados y sin hablar con nadie. Sólo las filas de detenidos parecían excitar un poco su atención.

Llegó frente a la casa antes mencionada de la Barceloneta en el punto más álgido del ataque. Le había atraído allí el estampido de los cañonazos y la continuidad de los disparos. Sigilosamente, dando un rodeo, logró acercarse a pocos pasos del lugar de resistencia. Las detonaciones le abrumaron unos instantes, con su fragor ininterrumpido. Podía oír desde allí incluso algún grito de los que estaban dentro de la casa. Su primer sentimiento fue compasivo: ¿Por qué aquellos locos habían decidido morir? ¿Qué idea crucial les impulsaba a ese acto suicida? Moriel vio a los soldados, que se iban aproximando cada vez más. Cascotes derribados y ladrillos rotos caían a sus pies, envueltos en un polvo blancuzco. Aún nadie le había visto y, al comprender la verdadera situación, se asombró de estar allí, a dos pasos del edificio batido. Sintió un deseo vehemente e inexplicado de que no se derramase más sangre, de que nadie muriese por el simple placer soberbio de morir. Odió en este momento la lucha fratricida con una intensidad casi salvaje, desesperada, con un odio convulso y total. ¿Por qué

matarse, por qué ser así, enemigos los mismos hermanos? Tuvo la rara impresión de que una ley absurda y cruel estaba dirigiendo aquello, que movía a los hombres como juguetes estúpidos, y que esa ley, cual una persona física, estaba allí delante, mirándolo todo, frotándose las manos y lanzando sonoras carcajadas. Moriel, durante la noche, había pensado cosas locas; su imaginación había andado sola, con libertad de frenesí. Y ahora creyó ver cómo la fatalidad se materializaba, cómo iba unida al estruendo de los disparos y al leve humo de los fogonazos. Creyó ver aspectos tétricos del futuro, cuando el odio que inhalan las ruinas se materializase también. Y otros hombres encerrados, otras casas deshechas y otras facciones torcidas. Más ladrillos rotos en el suelo y más polvo blancuzco en el aire irrespirable.

Hay deseos bruscos, tendencias instintivas. Moriel avanzó con los ojos muy abiertos y los puños crispados en un ademán nervioso. Sujetándose a una barandilla caída, entró ágilmente por el hueco más próximo; era una ventana pequeña, estrecha, a la que nadie había dado importancia. Se vio rodeado de humo y tuvo que bajar los párpados. Pronto notó que alguien le zarandeaba: era Esteve, un compañero de Universidad. Y más allá, sentado en unas escaleras, el viejo profesor Andreu le hacía gestos que se vio incapaz de entender. No entendía nada, nada absolutamente; sólo que era preciso arrancar a aquellas personas de su trágica situación. Y que había que hacerlo ahora, en menos de un minuto. Cogiendo por el brazo a Esteve, le señaló la ventana.

—¡Corre, ven conmigo! ¡Trae al viejo! Podemos salir y hay que salir. ¡Date prisa!

El otro le miró, sin moverse. Había en sus ojos una completa expresión desorientada.

—¿Qué piensas? ¡Ven, imbécil, ven! Trae al viejo, por lo que más quieras. ¡Ven!

Algo como una explosión horrísona cortó sus palabras. Vio en fracciones de segundo invertirse el orden de las cosas; el marco de una puerta saltó entero y vino a quedar junto a ellos, en un equilibrio absurdo; los tabiques parecieron girar sobre sí mismos antes de desplomarse; un cuadro comenzó a bailotear grotescamente, dando vueltas sobre el pavimento; las escaleras saltaron hechas pedazos; y el viejo Andreu, con la cabeza

horriblemente hendida, fue a caer a sus pies, hecho un guiñapo mutilado.

Moriel no sintió el menor daño. Esteve y él quedaron inmóviles y rígidos, todavía sujetándose. Al momento, un humo espeso y asfixiante les hizo cerrar los ojos, comprimiendo los labios antes de toser. Quisieron huir, escapar de aquella atmósfera densa, verse al aire libre, pero los músculos no obedecían. Esteve se desplomó. Pudieron oírse gritos furibundos y llamadas de auxilio. Y, en seguida, una voz que advertía:

—Quieto o te aso.

Moriel adivinó que le amenazaban a él. Rápidamente abrió los ojos. Un soldado apuntaba con su fusil desde la puerta sin marco.

Un soldado… un solo soldado entre él, la calle y la libertad. Nada más un hombre entre su asfixia y su vida. Moriel fue a iniciar un movimiento repentino y desesperado de agresión, pero, por fortuna, tuvo tiempo de hacerse atrás. La puerta se llenó de fusiles amenazantes y de rostros decididos.

—¡Ven!

Quiso andar, advirtiendo que daba traspiés. Aun sin sentir ningún dolor, le fue imposible dominar una especie de vértigo. Un sargento le ayudó a salir hasta la calle; desde la acera, pudo ver las piernas del viejo Andreu, muy delgadas y blancas, pues se había abierto el pantalón de arriba abajo. No era posible encontrar en ellas, sin embargo, la más mínima herida. Moriel hizo un gesto rápido con la cabeza, como queriendo despabilarse. Luego cerró los ojos: no podía ver más aquellas piernas tan blancas y tan delgadas. Eran una de esas visiones que se graban para siempre. Recordó en un minuto cómo aquel viejo profesor le había enseñado latín, a su entrada en la Universidad, cómo luego le dio clases particulares gratuitas, viendo que tenía inteligencia, cómo le señaló una vez, llorando, los retratos de sus dos hijos, que le habían dejado solo para siempre en un piso frío, solemne, como un panteón, con muchos muebles antiguos e inútiles y muchos retratos con marcos dorados. Incluso tuvo en ese minuto tiempo de recordar la jubilación del profesor, que siguió acudiendo todos los meses a la Universidad, para ver en la puerta a sus antiguos alumnos y enterarse de cómo progresaban. Tuvo que soportar muchas burlas, muchas impertinencias y aun ingratitudes, pero sonreía feliz cuando

alguien le estrechaba la mano o le dirigía la palabra. Moriel, extrañamente, recordó ahora eso y mil detalles más, al tiempo que le colocaban en una fila. Sintió pena, una pena innombrable; por todos los hombres buenos y sinceros a los que habían arrastrado insensiblemente, poco a poco, las leyes crueles de la época.

Comenzaron a andar. Sus sienes ardían. Todos los rostros quedaban desdibujados y los sonidos imprecisos. Bajó con pesadumbre los párpados, como si le aturdiese la realidad de la luz.

XVIII

La hoja del calendario señalaba el 11 de octubre. Estaba muy cerca de la mesa, y a la luz de la bombilla podían verla todos perfectamente bien. Sin darse cuenta, levantaban hacia esa hoja sus miradas llenas de preocupación, como si se preguntaran qué iba a ocurrir todavía, o como buscando en el transcurrir de las horas una mayor seguridad.

Alrededor de la mesa, las cinco personas estaban intranquilas y taciturnas. Era una cena pobre, desabrida y despachada sin gana. La luz triste de la bombilla refulgía en los platos y daba a los rostros cierto brillo de excitación contenida. Las cucharas tintineaban con lentitud una tras otra, produciendo un sonido de desagradable monotonía.

No había en la mesa más que una sopa; era toda la cena. Llevaban una época muy mala últimamente. Esteban Ortiz, con el codo sobre el mantel y la cabeza hundida entre los dedos de la mano izquierda, movía la cuchara de un lado a otro, muy lentamente, sin objeto. Todos los demás sorbían causando un ruido molesto; parte de la sopa caía otra vez de la cuchara al plato, con mucha regularidad, a cada movimiento.

Los guardias habían registrado la casa aquella misma tarde. Sólo por encima, aunque logrando descubrir varios folletos de propaganda separatista y un puñal de más de once centímetros de hoja, que tenían desde muchos años atrás para excursiones, sin ninguna clase de licencia. Esteban Ortiz, afortunadamente, no se encontraba allí. Habían venido también con el propósito de interrogarle. Sin duda, algún detenido imbécil debió de haber dado su nombre y dirección. Y sabe Dios los cargos que le echarían encima a causa de esto.

Continuaban cenando con la misma desgana, mirándose de reojo. En aquella casa de obreros honrados, la visita de los guardias

era un acontecimiento con caracteres de algo terrible. El registro, las órdenes secas, el hecho de haberles encerrado a todos en una habitación, menos a la madre, que guiaba, las preguntas formularias y las miradas que se les antojaban de sospecha; todas éstas eran cosas insólitas y tremendas, en las que no podían pensar. ¿Qué iba a ocurrirles ahora, después de tantas desgracias en los últimos años? Contemplaban al hijo, por cuyas estupideces políticas estaban así, amedrentados y en silencio. Ya se lo habían dicho, pero era inútil; estaba loco, yendo en pos de unas cuantas ideas fijas. Quizá volvieran los guardias y entonces le detendrían. Luego, ¿quién sabe? Tal vez la cárcel, el sitio vacío en la mesa y la tristeza para siempre. Porque en la cárcel se echaría a perder, dejaría de ser lo que era y malograría los años. Continuaban mirándose, temiendo mil calamidades en cierto modo análogas. La madre, de repente, soltó la cuchara y se puso a llorar, tapándose el rostro con las manos. Comenzó a lanzar gemidos breves, ayes que quería ahogar, contener en los labios, logrando únicamente que surgiesen más prolongados y angustiosos.

Alicia, la hermana de Esteban, intentó consolarla. Pero con tan poca convicción que se echó a llorar ella también. Los otros dejaron las cucharas, poniéndose a mirar taciturnos el mantel, sin deseos de oír una palabra.

Sonaron las nueve. Esteban Ortiz no pudo resistir aquel llanto de su madre y de su hermana, que se hacía cada minuto más intenso. Quiso modular algunas frases de consuelo, pero inútilmente. Cabizbajo, abatido como nunca, se levantó de la mesa y estuvo un rato mirando el calendario. No supo por qué. No era ésta una cuestión de días, sino una cuestión de suerte. Fue a su habitación y se encerró allí, decidido a pensar algo. Pero tenía la cabeza horriblemente confusa. Estaba como anonadado, como absorto: era incapaz de ver más allá de la mesa donde dos mujeres derramaban lágrimas. Y él mismo advertía también en su pecho un angustioso vacío, un horrible sentimiento de congoja.

Sí; sin duda llegarían a detenerle. Nunca se le ocurrió pensar hasta este momento que hay gente muy locuaz, y que resulta bastante fácil averiguar quiénes han tomado parte en una insurrección. Estaba verdaderamente aniquilado por las perspectivas que iba imaginando. Le encarcelarían; y más que por él

temía por su madre y su hermana, que desde unas horas atrás lloraban con breves interrupciones de serenidad. Por su padre, que estaba muy enfermo, y su tío, siempre abatido. No le sería posible ganar nada, ni cinco céntimos. Y en aquella casa viviría mal, peor que ahora, mucho peor que nunca. Además… sí, él necesitaba luchar, verse libre. Había en su corazón anhelos tremendos y mandatos perennes que ante todo necesitaba cumplir.

En seguida comenzó a pensar en Paulina con una intensidad amarga, llegando hasta el punto de murmurar frases incoherentes. En su interior, la llamaba con los nombres más dulces que, vagamente, como a través de una neblina, podía recordar. Y en la miseria actual de su situación esos nombres se le aparecían, sin poderlo evitar, con un cierto significado de burla. Hizo un ademán repentino, levantándose, y llevó las manos a su cabeza, que le pesaba como si fuera un busto de plomo.

Inútil. Ni aun intentando calmarse lograba ordenar sus pensamientos y dar lógica a sus ideas. Oía físicamente voces extrañas, moduladas en aquella misma habitación. Eran voces quedas, susurrantes, verdaderos gemidos cuyos ecos martirizan. Adoptaban momentáneamente la forma de un suspiro, para ahogarse luego, desvanecerse hasta ser devueltos por una resonancia tenue, brotar otra vez, fluctuar, entonar su canción fantasma. Entonces advertía cómo esas voces agarrotaban sus sentidos, cómo martilleaban en su cerebro hasta dormirlo, excitando en cambio los elementos de su subconsciencia.

Ahora, en este momento, se daba cuenta Esteban Ortiz de cuál era su verdadero carácter. De hasta qué punto amaba a su madre triste, a su padre y a su tío enfermos y a su hermana laboriosa. De cómo deseaba trabajar por ellos, verles sonreír felices y mirar tranquilos el día de mañana. Pero, sobre todo, se daba cuenta de cómo amaba a Paulina. Hasta qué extremo su nombre le dominaba, estaba en el fondo más recóndito de su alma, le estremecía con su recuerdo.

Quiso llorar: estaba abrumado y sin voluntad. Sólo sentía deseos de recordar, de ir rememorando detalles pequeños, oír otra vez cientos de voces que conocía y amaba. Recordar sus mismos deseos: cómo había querido mil veces abrazar a Paulina, besar con fuerza sus labios y luego, muy débilmente, uno de sus párpados. Cómo

había querido estar muchas horas junto a ella, con los labios en su mejilla y la mano derecha en sus senos, captando su respiración. Ver, al sentarse ella, sus bonitas rodillas cubiertas por medias de seda. Cómo había deseado mil cosas más, mil abrazos frenéticos, mil actos que no quería confesarse a sí mismo en este momento. Y sus ideas de siempre, las cosas pequeñas que tienen una profunda significación: nacían otra vez, más cadenciosas y lentas, las voces interiores. Hablaban de pasado y de infancia, de diminutos cariños y de mínimos recuerdos. Hablaban luego de esa única pasión que todos poseemos o hemos poseído: eran desgarradoras entonces. Pero el dolor obraba en él como un ente analítico, haciendo más duros y más crueles los recuerdos. Casi siempre expresaban las voces todo lo que se tuvo y se perdió: la palabra de nuestro mejor amigo, la última expresión de los ojos que abrasaban, la reflexión en nuestros actos vistos a través de un melancólico cristal.

Esteban Ortiz movió violentamente su cabeza. Se estaba volviendo loco, no podía continuar meditando así. Había que hacer algo y pronto; pero no sabía qué. Todo menos sentarse en una silla y recordar, quedarse sin ánimo, sin fuerzas. Limpió con un pañuelo su frente, llena de gotas frías. Luego se puso la americana y fue al comedor, diciendo que volvería ponto. Su madre y su hermana aún lloraban y los platos, medio llenos, seguían en la mesa.

Fue a las habitaciones de Moriel, por si lograba encontrarle. No sabía nada de él: desde el 7 era imposible verle. Caminaba deprisa, con las manos en los bolsillos, mirando al suelo. Tan abstraído que en la Via Layetana estuvo a punto de topar con Paulina Ayerber sin fijarse en quién era. Ella, al verle, le sujetó por un hombro.

—Esteban, ¿dónde vas?

Antes de responder miró a la joven, que le observaba también con un gesto de inquietud.

—A ver si encuentro a Moriel. No sé nada de él. Nos escapamos de una columna cuando nos llevaban detenidos.

—Pero ¿qué ha podido ocurrir, Esteban? Di: ¿dónde crees que puede estar?

—No me lo imagino. Pero acompáñame; tal vez ahora esté en casa.

—Yo también iba al mismo sitio.

Prosiguieron el camino, sin hablar. Estaban ambos visiblemente

consternados. Desde la calle pudieron advertir que en la ventana de Moriel no había luz; subieron hasta el piso y ella abrió con un llavín que le había prestado Nora.

Las habitaciones estaban vacías. Cerraron. Esteban Ortiz vio a Paulina de espaldas a él, al alcance de su brazo. Su silueta, recortada en la semioscuridad, era tentadora como nunca. La joven resultaba un poco más alta que la mayoría de las mujeres; casi tan alta como Esteban. Y él sintió una tentación irresistible: avanzar un paso, separar ligeramente los cabellos rubios de Paulina y besarla en la nuca, colocando entretanto la mano derecha en la parte anterior de su cuello, donde la piel era suavísima. Tenerla así unos minutos, apretándose a su cuerpo, oyendo sus palabras con los ojos cerrados, aspirando el perfume de sus cabellos. Pero estaba loco. ¿Por qué pensar cosas así? Hizo un gesto como de impotencia, como de cansancio infinito. Paulina encendió la luz y se dejó caer, consternada, sobre una de las dos butacas que había en la estancia.

—No está, ya ves… No está…

Él se sentó también, mirándola a los ojos.

—¡Qué raro es estar aquí, mirándonos, viendo esto tan vacío!

—Si no viene pronto, no lo podré resistir.

—¿Tanto le quieres, Paulina?

Ella bajó la mirada, como avergonzándose de tener que confesarlo en tal momento.

—Sí.

Esteban bajó también la mirada.

—Paulina… —dijo con voz casi imperceptible.

Luego, viendo que ella no le contestaba, jadeó nerviosamente, secando en sus sienes unas gotas heladas.

—¿Te das cuenta de que estamos solos aquí, uno frente al otro?

—Sí, pero no tiene nada de particular.

—Es que yo también te amo —masculló él, llevándose las manos a los ojos.

—¿Eso es cierto? —musitó, con un hilo de voz, Paulina.

—¡Oh, sí, te lo juro!

Y siguió sin querer mostrar los ojos, temiendo quizá que la violencia de la pasión se desatase.

—Yo te vi hace ya mucho tiempo, mucho antes de que contemplaras aquel cuadro con la barquichuela —prosiguió él sin

moverse—. Es, en realidad, una barca de condenados, y aquel horizonte rojizo tiene una significación terrible. Lo pinté recordándote a ti. ¿No me crees? Cuando yo pude verte por primera vez fue en las proximidades de esa plaza por la que hemos cruzado hace unos momentos. Las calles, igual que ahora, ascendían también en leve pendiente. Tú estabas en el más oscuro de aquellos edificios y en la más alta y horrible de aquellas ventanucas, pero te vi inmediatamente. Mirabas el horizonte en un punto imprecisable, sin descender tus ojos hasta el fondo de la calle, donde yo te contemplaba con una ansiedad que no había sentido nunca. Luego vi tras de ti a un hombre, un feo rostro de hombre, el cual parecía decirte algo. Le contestaste con un mohín de desprecio que me dejó encantado y atónito.

—Mi padrastro… —barbotó Paulina.

—Yo te he amado siempre, te he amado con locura. No comprendo cómo me ha sido posible callar. Pero necesito que sepas lo que yo sentía, aquella noche partí… para el colegio más sombrío y hermético que puedas imaginarte jamás. Los muros, los recodos, los cuchitriles donde reposábamos eran los de una antigua cartuja. Sólo el patio era nuevo, un inmenso recinto a cuyos lados crecían los helechos y por cuyos muros trepaba el verde de muchas madreselvas. En aquel lugar, se sintieron incapaces mis ojos de contener por más tiempo tu imagen y, por las noches encerrado en mi pequeño cuarto, comencé a pintarte. Tal como te recordaba y tal como te sentía. Era uno de mis primeros ensayos, pero, paulatinamente, iba asombrándome de mi obra. Jamás creí poder prestar a tu rostro tanta idealidad y al mismo tiempo tanto realismo. Cuando hube terminado el lienzo, lo ocultaba en los rincones más absurdos, para que nadie pudiese encontrármelo, y yo solo, a altas horas de la noche, me despertaba para verte y admirarte. A veces quedaba aterido de frío, apretándote contra mi pecho, hasta que llegaba el alba y entonces volvía a ocultarte.

»Un día —alargó su brazo, apresando las manos de Paulina, que miraba al suelo, y estrechándolas— recordé que tenía un amigo, el mejor que esperaba tener nunca. Había venido un poco tarde aquel año. Dormía en un cuchitril junto al mío y se llamaba Enrique Moriel. Él era el compañero ideal y no me ocultaba en absoluto ninguno de sus actos. Entonces decidí enseñarle el lienzo. Bajo los

lechos, ocultos por ellos, existían huecos abiertos en el muro, verdaderas ratoneras por las que nos comunicábamos. Una noche, desperté bruscamente a Moriel, poniendo ante sus ojos tu deliciosa imagen. Le dije una mentira: que la había terminado en casa. Yo esperaba una exclamación de asombro, un gesto de admiración, pero no hizo nada de eso. Quedó serio y reflexivo, mirándote. ¡Ah, jamás hubiésemos debido vernos aquella noche!

Ocultó otra vez su rostro entre las manos y jadeó, como si le fuera imposible dominar sus nervios. Paulina le dirigió una mirada muy serena, donde se advertía comprensión. No se movió en absoluto. Luego, Esteban Ortiz volvió a mirarla.

—Desde entonces ocurrieron cosas íntimamente horribles —continuó— y yo me veía atormentado por la absurda sensación de poseer un doble. En efecto, jamás Enrique Moriel se pareció tanto a mí como entonces. Llegamos a ser semejantes hasta en las facciones. Yo sabía que, si él iba repitiendo tenazmente una mueca vista en mí, podía conseguir que parte de su cara se deformase un poco, pero aquélla no era una explicación para ser admitida. El cambio lo iba notando yo gradualmente, día a día, hasta que la semejanza se hizo insoportable. En lo psíquico creo que éramos una misma cosa también, de modo que mi amor hacia ti crecía mezclado con un temor extraño. Yo martilleaba nerviosamente con mis nudillos en los gruesos muros de aquellos dormitorios, deteniéndome a veces para oír cómo, exactamente entonces, Moriel martilleaba también. La sensación de alguien que alentaba con mis pensamientos, que vivía conmigo, se me hizo palpable al poco tiempo. No nos hablábamos, y a veces nos mirábamos hoscamente, pero el uno se asombraba siempre de la palidez del otro. En los recreos, mientras los demás jugaban, iba yo a esconderme en el follaje de las madreselvas, y siempre encontraba a Moriel esperándome allí.

Jadeó otra vez, espasmódicamente, como angustiado por aquellos pensamientos.

—No sé cuánto duraron aquellos hechos, pero un día mi amigo recibió una breve carta y tuvo que marchar. Era una reclamación de su padre, o mejor, un grito de pobreza; el caso es que abandonó repentinamente aquel edificio donde nos habíamos conocido. Se despidió alegremente de mí, como sintiendo que me dejaba alegre también. Aunque debió de sufrir mucho, porque con aquel gesto

tuvo que sobreponerse a demasiadas cosas y al recuerdo que nos enfrentaba. Ese recuerdo eras tú, Paulina, aunque ninguno de los dos había oído siquiera el sonido de tus palabras. Hay en ti algo que nadie podrá comprender. Pero, realmente, desde entonces cambié y me sentí libre. Ya nunca más oí por las noches el monótono golpear de los nudillos contra el muro, ni conmigo suspiró otra persona, ni en las madreselvas me esperó ya nadie. A veces, alguna tarde, volvía a sentirme ligado a otro ser, advertía la presencia sigilosa de mi amigo en los más diminutos actos, pero esto y aquello no eran sino una autosugestión que procuré ir eliminando poco a poco. Desgraciadamente, no lo conseguí. Un día salí yo también de aquel colegio y entonces las sensaciones volvieron con más fuerza que nunca. En las calles creía encontrármelo en cada vericueto, y a veces estaba seguro de oír sus pasos resonando a mi lado. Nada queda tan tenazmente fijo en la memoria como las primeras impresiones, y las mías habían tenido como marco un edificio donde la eternidad se ensalzaba. Jamás lograba sustraerme a ello. Muchas veces iba al lugar donde te había visto por primera vez y, en efecto, a través de los mismos vidrios, en la misma alta ventana, lograba divisarte, pero la calle no la pisaste nunca. Entonces llegó también el día en que ingresé en la Universidad. Estaba seguro de hallar a Moriel ahí, precisamente en la misma Facultad que yo había escogido y, en efecto, le encontré. Sabía mucho; me ayudó en lo que pudo. Al año siguiente pasé a la Facultad de Derecho, convenciéndome de que había más camino.

Sacó un pañuelo y lo deslizó por sus sienes, que ahora brillaban de sudor. Entretanto, miró a Paulina de un modo torcido, como extrañándose de que ella no hubiese despegado todavía los labios.

—¿Me crees? —musitó.

—Sí —dijo ella, encogiéndose en la butaca, mientras se sentía sacudida por un temblor de frío—. Pero ¿odiabas a Moriel?

—No. ¡Jamás! Yo estoy seguro de que nos sugestionábamos el uno al otro, sin darnos cuenta siquiera. Pero desde hace poco hubo una diferencia. El doble era yo. Sentía lo mismo que él, sufría al mismo tiempo y te amaba de igual modo. Llegué a seguiros una vez. Vi cómo le besabas. ¡Paulina, hay cosas que no debieran confesarse jamás!

Hizo un ademán triste, como de angustia, y repitió:

—Paulina, yo te amo.

Había echado ligeramente su cabeza hacia atrás al pronunciar las últimas palabras. Su rostro estaba más sudoroso que nunca, pero absolutamente lívido.

—Habla —suplicó.

Paulina continuaba inmóvil, mirando todavía al suelo.

—No puedo hablar —explicó sencillamente.

—Es algo muy vulgar, centenares de personas han dicho lo mismo antes que yo, pero no me queda más remedio que hacerte esta pregunta: ¿puedo esperar que me quieras un poco?

—Sí. ¡Pero, oh, por Dios, no me hagas hablar, Esteban! Es muy raro lo que siento.

Él se levantó, apoyando su mano en el hombro de Paulina, mas, al notar la forma torneada del brazo, se apartó temiendo caer en una debilidad. Ella, entretanto, le miraba fijamente, con ojos que le parecieron seductores como nunca.

—Te amo como un loco. Necesitaba decirte eso y ya está. Me aturdes, me obsesionas. Quiero que me contestes de algún modo. Yo te haré feliz, Moriel, no; le conozco. Tienes que decirme algo, Paulina, considera estas palabras. Te lo suplico, es mi idea fija…

Ella, viéndole anhelante, se levantó, estrechando con sus manos las mejillas de Esteban Ortiz, y adelantó su rostro, hasta que los labios casi se rozaron.

—Esta noche necesito pensar. Es muy anormal y confuso lo que sucede. Déjame aquí y mañana vienes temprano, muy temprano, ¿oyes? Yo ya te esperaré y entonces hablaremos… Te prometo que pensaré esto, que lo pensaré mucho.

Susurraba tenuemente al hablar, con la voz más acariciadora que había usado nunca. Esteban Ortiz la miraba, jadeante, recogiendo cada una de sus palabras con indecible fruición.

—¡Sí! ¡Sí!

Esteban, como avergonzado de todo lo que había ocurrido, fue hacia la puerta y huyó sin mirarla más.

Paulina quedó sola en las habitaciones. Apagó la luz vagamente molesta de aquella pantalla y quedó en la oscuridad, oyendo, como tantas otras veces, el silbido constante del silencio. La ventana, por la que se filtraba una luz lunar extrañamente opaca, venía a recordarle una claraboya de formas ligadas a su destino.

Esteban extrajo su cédula y su carnet universitario, intentando aparentar serenidad. Los guardias estuvieron examinándolos unos minutos con mucha atención. Luego dirigieron a Esteban una mirada significativa.

—Lo sentimos, pero tendrá que acompañarnos.

—¿Adónde?

—A Jefatura.

—¡Yo no he hecho nada!

Los guardias le tomaron cada uno por un brazo, descolgándose las tercerolas.

—Venga y cállese.

Esteban Ortiz, completamente anonadado, bajó la cabeza.

XIX

Estaba a punto de terminar noviembre y el frío era ya muy intenso en aquel rincón del Pirineo Oriental. El viento silbaba entre las montañas, extendiendo sus manos glaciales, y pegadizas. Frente a una casa de piedra, aneja a un gran almacén, se había formado una cola de presos. Iban la mayor parte envueltos en capotes de soldado, y tenían las manos en los bolsillos, con actitud indolente. Respiraban estremeciéndose ante el aire frío, al que aún tardarían en acostumbrarse. Y miraban el suelo cabizbajos, con un abatimiento total.

Moriel era el tercero de la cola; en seguida le correspondió entrar en la casa de piedra y detenerse ante una mesa. Allí, un oficial le preguntó:

—¿Qué sabes hacer?

—Pues… Yo estudiaba Filosofía y Letras.

—No. Me refiero a cosas útiles, que puedan servirnos aquí.

—Sé idiomas.

—¿Cuántos, además del español?

—El catalán, el francés, el italiano y un poco de ruso.

—Y de Matemáticas, ¿qué tal?

—Regular. Se me olvidan muy pronto.

—Si quieres, puedes ayudar a los ingenieros a hacer algún cálculo facilito. Pero recuerda que aquí hay mucha faena. En eso, como es más descansado, tendrías que trabajar horas extraordinarias.

—No quiero ninguna labor que me mate la cabeza.

—Pues entonces removerás tierra.

El oficial, que había hablado como una máquina y que debía de conocer a la perfección todos los asuntos de aquel campo, apuntó algo en una ficha e hizo ademán de que podía retirarse.

—Te encuadrarán mañana.

Moriel salió, acercándose a una gran piedra que estaba junto a varios árboles. Allí se sentó envolviéndose en el capote, que no lograba calentarle los huesos helados. El vientecillo glacial penetraba esa tarde como un cuchillo, a través de todo. Y se agarraba tenazmente a la piel, igual que si tuviese manos y uñas. El joven palmoteo unos minutos, intentando calentarse un poco, pero fue inútil. Si ese viento iba a durar todo el invierno, sería un martirio de cuidado. Al día siguiente, recordaría preguntar a un guardián cuándo cambiaba el tiempo por aquellas montañas.

Tendría que pasar allí tres años, seguramente. Durante la vista de su causa rondó la sentencia de reclusión menor, empequeñecida al fin hasta la de seis años de confinamiento. Varios amigos que resultaron ser masones, y cuya identidad le era desconocida, lograron además que se añadiera la circunstancia de permitirle cumplir la segunda parte de la condena en Barcelona, si observaba buena conducta. Esto equivaldría a quedar prácticamente en libertad transcurridos tres años. Pero a Moriel ese tiempo no dejó de parecerle una insoportable eternidad.

Sacó del bolsillo una carta de Esteban Ortiz. También había sido condenado, pero a una pena más leve. Ducho en la utilización oportuna de exclamaciones de asombro, negativas categóricas, pausas dramáticas y demás importantes auxiliares de la ciencia jurídica, sufría únicamente un año de prisión menor. En su expediente ni siquiera se había mencionado la crítica palabra «rebelión», como en el de Moriel, palabra que más tarde había sido sustituida por «desacato a la autoridad», frase anulada también posteriormente. Al fin se reconoció que Moriel había entrado en la casa precisamente para incitar a los defensores a abandonar la resistencia. Hubo entonces en la marcha del proceso un momento extraordinariamente favorable para él. Pero tuvo la mala suerte de que se hiciesen averiguaciones. Se le acusó de haber intervenido en la redacción de un escrito donde se injuriaba a los diputados de la extrema derecha. Confinamiento irremediable. Ahora, la sensación de haber estado tan próximo a la libertad le causaba una intensa angustia. Esteban, en cambio, logró hacer creer a todo el mundo que lo suyo había sido «sedición», sin más. Y gracias a su habilidad sufría únicamente esa pena reducida. En una celda, sin aquel terrible viento. Moriel guardó la carta después de leerla otra vez

calmosamente. Se alegraba. Esteban no merecía de ningún modo tener mala suerte. Y además se había ganado aquella pena leve por su propio esfuerzo en la defensa.

Echó a andar. Noviembre: montañas peladas, árboles secos. Horizonte lejano. Noche prematura, glacial. Y clavada en el alma la horrible zarpa de una tremenda soledad.

Tres años. Uno, dos, tres noviembres. Caminar siempre, como ahora, a pasos perdidos.

Oscureció inmediatamente. Los presos encendieron una hoguera a la que aproximaban los pies y cerca de la que palmoteaban, intentando calentarse las manos. Luego fueron a dormir a unos barracones provisionales que el viento, sin duda, había tomado por grandes cajas de resonancia, donde bailaba y despedía aullidos. Moriel, agotado por el insomnio de noches anteriores, se durmió a los pocos minutos.

Les llamaron a las seis. Pasaron la mañana entre el encuadramiento y las explicaciones sobre su futura labor. Se trataba de nivelar unos terrenos y asegurar unos montes. Por la tarde, después de comer muy mal, iniciaron el trabajo.

Moriel se unió a un grupo de otros cinco presos y comenzó a remover tierra. Clavaba el pico con fuerza, dedicándose íntegramente —y al parecer hasta con alegría— a la labor que le habían encomendado. Su único objetivo con ello era no pensar: reducir sus ideas a un esquema monótono. Golpear aquí, luego un poco más arriba, luego un poco más a la izquierda. Y pensar sólo en si convenía dar el golpe de este modo o de otro, para remover más tierra. Dejó de sentir frío. Hacia las siete comenzó a lloviznar; se hizo muy oscuro. Las montañas tomaron un raro aspecto de moles inmensas y negras.

La lluvia se hizo intensa. Golpeaba la tierra sordamente, con regularidad. Y bajo las techumbres de los barracones se encendieron pequeñas hogueras, que iluminaban facciones taciturnas.

Hubo barro durante dos días. Trabajaban donde era posible, con las botas hundidas, bajo un cielo gris. Luego se despejaron las nubes, pero tuvieron más frío.

Comenzó diciembre. Moriel, que al principio creyó iba a soportar aquello con cierta calma, ya no pudo dormir. Transcurría las horas de descanso sentado en el suelo, junto a la pared del

barracón, mirando a lo lejos. O con la cabeza sobre el pecho, observando las crepitantes llamas de la hoguera. Aun después de apagada ésta, continuaba allí.

Jamás supo lo que veía en esas llamas ni lo que imaginaba entre las cenizas. Pero allí sus ideas parecían desdoblarse. Cien aspectos diminutos tomaban grandeza. Y surgían cosas que creyó haber olvidado, cosas irreales, sonidos, palabras. Todas las figuras deformes que giran en torno a hogueras apagadas, de las que se eleva un humo denso, todos los contornos vivos que hemos visto entre los inquietos sueños y que son siluetas fugitivas de mujeres, rostros de agonía interior advertidos por última vez y sonrisas de vírgenes demandando una sola mirada. La noche eterna —la noche de todas las cosas— cae lenta, gradualmente, tapando cada vez más la visión. Su niebla engendra jirones largos y difusos, islotes perdidos en un océano hueco, donde esas visiones danzan, se hunden, yacen, adoptan distintas formas hasta que consiguen enloquecer. Luego todas las imágenes pasan, pero el día no viene nunca.

Las visiones fueron más intensas, más reales cada vez. Hubo noches en que Moriel pensó si aquellas sonrisas de virgen no demandaban ciertamente una mirada, si aquellas voces cristalinas que musitaban una plegaria no le pedían que hablase también. Pero la postrer carcajada sarcástica, la nota vibrante, continuada, de la escala, fue lo último que oyó cuando intentaba ver y hablar.

Sus manos se encallecieron pronto. Una vez, al mirarlas con atención, se asombró: incluso tenían un aspecto distinto. Al proyectarse en algún muro, semejaban garras. ¡Qué cosa tan extraña! Hasta en eso era distinto. Miró desde entonces largamente su sombra, que proyectaba la luz de la hoguera. Y sí pudo verla más pequeña, más deforme.

Todo se hizo aburrido, monótono; se acostumbró a esperar sólo cosas banales. Pero, ante todo, a no recordar. El amor, sin embargo, tiene ecos infinitos: queda una carta, una gasilla, una piedra recogida en el arroyo, una imagen al menos. Viéndose sentado en el suelo, con la cabeza hundida, pensó en su niñez, cuando estaba en una cocina diminuta, reclinado en cualquier ángulo, contemplando cómo su madre preparaba la sopa para la cena. Los dedos, entonces, no tamborileaban tan nerviosos como ahora. Y otras veces,

lentamente, todos los recuerdos se iban perdiendo. Entre capas de estratos sucesivos, con vagas relaciones entre sí. La carta se convertía en papel y la gasilla en tela; la imagen en sombra. Solamente las manos permanecían invariables, recortándose a la luz.

No recibía cartas. Sólo Esteban le escribió una vez, y Nora, otra, le envió un paquete con víveres. Más tarde, ciento cincuenta pesetas, que no había tocado. Los domingos, cuando tenía tiempo libre, bajaba de la montaña hasta la carretera, sentándose junto a la cuneta. Estaba así horas y más horas, contemplando la línea gris. A veces pasaba algún coche, pero rápidamente. Lo miraban desde las ventanillas un instante; y luego todo igual.

El día de Navidad descendió también a la carretera. Había muchísima nieve en todas partes, bajo un cielo gris plomo. Moriel sintió frío. Su capote estaba mojado y tenía los pies como inertes. No había probado la ración extraordinaria de licor, pues siempre el alcohol le producía náuseas. Y estaba helado, encogido, padeciendo un frío absoluto y mortal.

La carretera aparecía solitaria. Caminó un poco, luego se sentó en la nieve. Había perdido de vista al centinela, pero era igual. No desconfiaban mucho. Entrelazó los dedos y los estuvo contemplando un rato. Después volvió a mirar la carretera, que se perdía entre montañas blancas.

No sabía por qué iba allí. Era uno de esos actos inexplicados, pero vitalmente necesarios. Al cabo de un rato estaba más helado que nunca; no tenía ganas de moverse, se había adueñado ya de él la pasividad de los terriblemente débiles. Sus pies, muy hundidos en la nieve, ya no sentían nada.

Luego vio que alguien avanzaba por la carretera, dirigiéndose hacia él. Era una mujer sola, envuelta en un abrigo azul, que se movía rápidamente. Distinguió muy pronto el color de sus cabellos. Y quiso levantarse, gritar, hacer signos frenéticos. Ella, al reconocerle también, empezó a correr con toda su agilidad. A unos metros de distancia, se desplomó sobre la carretera, que estaba resbaladiza como una pista de hielo. Moriel corrió a levantarla; ella se había roto un poco la media, pegándosele graciosamente a la barbilla unos diminutos copos de nieve.

—¡Paulina!

Se abrazaron, estrechándose, palpándose. La joven lloraba; Moriel le acarició las mejillas con su mano fría. Después las besó. El contacto con aquella piel deliciosa le hizo estremecer. Y sintió también un deseo vehemente de abandonarse y llorar. De unir sus lágrimas, de besarla en los ojos. Hundió sus dedos en la caballera rubia de la joven, que estaba deliciosamente tibia.

—¡Paulina! ¡Paulina!

Se abrazaron como antes, como poco tiempo atrás, cuando las cosas eran tan distintas. Luego Moriel observó a la muchacha; estaba más bella que nunca. Le pareció divina, con aquellas lágrimas en los ojos y aquellos trocitos de nieve en la barbilla. Caminaron hacia una gruta próxima, único lugar desierto y relativamente hospitalario que él conocía por allí. Ya no sentía frío, como si hubiera recibido de improviso un misterioso aliento.

—¿Por qué has venido hoy, Paulina, con este tiempo?

—Porque es Navidad… y no quería dejarte solo.

Se contemplaron. Ella tuvo la repentina y desagradable sensación de que Moriel se había vuelto más feo, más viejo. De que tenía un gesto cansado, impotente, una expresión amarga que no lograba evitar.

—¡Pobre!

—No me mires con lástima, te lo suplico. Cuando ríes eres muy bonita.

—¿Te tratan muy mal?

—Ya me he acostumbrado al trabajo, y cansa poco. Nada más lamento estar solo. ¡Pienso unas cosas tan extrañas…!

—¿Dudas de mí?

Moriel besó la mano izquierda de Paulina.

—Es que no pienso en ti. No quiero recordarte; me sería insoportable esta soledad. Los primeros días estaba como abrumado. Luego fui ordenando ideas; pero cuanto más confusas, mejor. Las embrollo yo mismo y me entretengo en eso. Pensarás que estoy loco. Pero si un día llegara a pensar bien, a ver con lógica las cosas, no podría resistirlo.

—Yo te amo.

—Estás helada, Paulina.

—He tenido que andar un poco; hoy no me ha sido posible encontrar autobús. Sentía miedo. ¿Y si no llegase a verlo?

—pensaba—. Hay un lío de carreteras y caminos aquí cerca. Imaginarme que podías pasar esta Navidad solo, sin que hablásemos, me hacía estremecer. ¿Dónde te tienen?

—Encima de esta montaña, en unos barracones. Antes cavábamos tierra. Ahora limpiamos la carretera de nieve y hacemos cosas por el estilo. Resulta muy higiénico.

—No intentes desfigurarme las cosas. Dime lo que te pasa; todo, todo lo que te pasa.

—No te inquietes; el trabajo se puede aguantar. Incluso quisiera estar trabajando también por la noche, a fin de no pensar en nada. Me he vuelto muy aburrido: golpeo aquí, allá, recojo tierra y miro siempre al suelo. Nada más. Me he acostumbrado tanto que ya encuentro hasta cierto placer en eso.

Paulina le acarició las manos llevándolas a su garganta.

—Pero ¡qué frío debes de tener aquí!

—Se soporta bien.

—Esa resignación suena a artificial; te conozco. ¿Por qué quieres darme una impresión falsa de tu vida?

—No miento, Paulina.

Ella le miró largamente, durante varios minutos, con ojos donde se leía una intensa pena.

—Estoy como muerta. Yo tampoco puedo soportar…

—Quería escribirte, pero siempre he temido que fuera más doloroso.

—Nosotros tenemos que vernos y hablar muy cerca uno del otro. Todo lo demás es inútil. Hace mucho que pensaba venir. Pero Ismael siempre pone dificultades; está algo receloso contigo, porque no llegaste a entenderte con el abogado que te envió.

—Ismael ha hecho demasiado por mí. Quería evitarle más gastos. Además, estaba seguro de que sería un proceso de mero formulismo, donde saldríamos todos absueltos. Y casi pensé bien, porque sólo condenaron a los idiotas.

—No recuerdes nada del proceso.

—¿Tú qué haces en Barcelona?

—Pensar en ti.

—¿Han vuelto a darte la lata con proyectos de matrimonio?

Paulina bajó la mirada, abatiendo la cabeza un poco.

—Sí. A cada momento.

—¿Miguel de Latorre?

—Él, su madre, Ismael, todos. Nora es la única que me comprende un poco. Dicen que tengo que casarme, que soy tonta si dejo pasar esta oportunidad. Al principio reí, pero me están agobiando. Es un día y otro y otro, machacando sobre lo mismo. Yo no podré aguantar tres años así, te lo juro. He venido, en cierto modo, para hablarte de eso. ¿Sabes que antes me consideraba fuerte, constante, apta para aguantar cualquier situación? Ahora no puedo; soy sin ti, una pobre mujer que piensa como una tonta. Apenas duermo; me siento en la cama y estoy con la luz encendida mucho rato, observando los dibujos de la colcha. Como si hubiera perdido toda mi vitalidad. Oigo hablar y ya no sé responder. Sólo quiero pensar, pensar siempre y quedarme sola. Yo no podré resistir tres años una angustia así.

Contempló a Moriel con una extraña luz en sus ojos. De improviso, le colocó las manos sobre los hombros.

—Tienes que huir.

—¿Adónde?

—A Francia.

—¿Y luego?

—Iría yo.

Él hizo un gesto abatido y movió la cabeza de izquierda a derecha, negando.

—Eres demasiado exaltada, Paulina.

—¿No es posible hacer lo que digo?

—Sí, al principio. Yo llegaría a la frontera bien. Conozco el idioma. Pero me encontraría hecho un indocumentado vagabundo. Así no es posible que le den a uno trabajo, ni hay manera legal de establecerse, por ejemplo, como profesor de español. Tendría que vivir al día, aceptando cualquier cosa, hasta que llegase la suerte. Y ésa no es perspectiva para que la acepte una muchacha como tú.

—Yo sólo sé que te quiero.

—Y yo te idolatro, Paulina. Mientras estés a mi lado, no quiero verte sufrir jamás.

—Pero habrá que hacer algo. ¿No hay manera de esconderse en algún sitio?

—No quiero vivir escondido.

Moriel dijo esto con voz muy firme y enérgica, como si

expresase una de sus convicciones más firmes.

—No seas así —susurró Paulina, con voz muy melosa.

Él la besó en el cuello, aunque sin tocarla apenas.

—Discúlpame.

Contemplaron la tristeza infinita del paisaje nevado, de aquel cielo gris, que parecía agobiarles.

—No resistiré, no podré resistir…

Unía y separaba nerviosamente sus manos, palpando el capote de Moriel, que estaba sucio y mojado por la nieve derretida.

—¡Pobre!

—No te entristezcas, te lo suplico.

—Es que estoy deshecha. Ayer Ismael me volvió a hablar de mi situación, me dijo que estoy expuesta a mil peligros, que conviene organizar mi vida ahora que es fácil. Lo dice todo con muy buena intención, quiere seguir ayudándome pero no me comprende. Y siempre me hace prometer que meditaré seriamente. Estoy angustiada de tanto meditar. Se fijan en mí, me observan, me preguntan qué aguardo. Y siempre pienso que no podemos continuar separados, que hay que hacer algo, aunque cueste muchísimo. Yo te juro que estoy dispuesta a todo.

Levantando los ojos, contempló a Moriel. De improviso, tuvo una sensación muy extraña.

Comprendió que él no le oía en este momento, que pensaba en otra cosa. Pero no fue esto sólo; hay veces en que una mirada descubre raros abismos. Observó en él una tremenda lejanía, una diferencia radical. Como si estuviese en otro mundo que fuera su mundo propio… No en éste, en el de sus palabras, en el de su cálida voz. En otro muy apartado, lleno de fantasmas. Y de cosas profundas que ella jamás, ni aun estando a su lado, acertaría a ver.

Tuvo miedo. Contempló esos ojos de Moriel, tan profundos y tan fríos. Esos ojos dotados —como muchas veces había advertido ya— de una especial sensibilidad para lo oculto. Capaces de ver rutas desviadas en el camino de la vida; y de seguir por ellas. De ir a sitios donde jamás nadie le podría acompañar.

Sí, sentía miedo. No sólo era angustia. He aquí que si llegaban a unir sus destinos vería muchas veces esa mirada perdida, esa lejanía total. Y un abismo entre sus almas. Una captación distinta, muy distinta, del aliento cósmico. Una serie de raros espectros —los

intangibles para ella— alentando entre los dos.

—¿Qué se dice de la situación política? —inquirió él, sin abandonar su aire distraído.

A Paulina le saltaron las lágrimas a los ojos. Él estaba bien solo, en su hosca, en su tremenda soledad. Pensando, hablando con sus ideas, con las sombras de su mundo propio. Sin dispensar a lo otro más que una atención transitoria. Y una mujer siempre quiere ver lo mismo que su hombre, no sentirse alejada, perdida en la ruta distinta de su distinta mentalidad.

Lloró. ¿Por qué no le contestaba? ¿Por qué no le hablaba de huir? Moriel, al advertir sus lágrimas, comenzó a acariciar sus mejillas, a besar sus manos con delicada fruición.

—Paulina, ¿por qué lloras? Dime lo que ocurre, no puedo soportar tu sufrimiento. Di lo que sea, pero no estés así…

Le fue imposible dominar el llanto. Al contrario, se hizo más intenso. Moriel la quería, sí; deseaba verla feliz, con la sonrisa de una dicha perpetua. No darle jamás motivo para un desacuerdo, para una tristeza, para una protesta. Y, sin embargo, el amor que Paulina había soñado no era únicamente éste: era una comprensión casi brutal, una ligazón de sus tejidos, de sus conciencias, un perpetuo estrecharse de sus almas. Una mirada única en sus ojos y en sus voces una modulación idéntica. Todo lo que al principio había creído poseer, cuando Moriel y ella ganaron confianza. Pero ahora notaba, con asombro, que él era capaz de ver más lejos, mucho más lejos. Capaz de ir por la ruta solo, abstraído, entre sus pensamientos ignorados.

Rápidamente, se levantó, tomó la mano derecha de Moriel, que acariciaba su mejilla, depositando un beso en su palma. Y dijo que ya volvería, que estaba muy confusa, demasiado triste.

Salió de la gruta casi corriendo. Un coche se aproximaba, con los faros ya encendidos. Paulina se ajustó unas gafas de sol, para que no pudieran advertir sus lágrimas. Detuvo el vehículo y rogó que la llevasen hasta Girona, pues iban en esa dirección.

—Adiós. Volveré el día de Año Nuevo.

Le envió un beso con la mano.

—Adiós…

Moriel, aturdido, la vio partir desde la cuneta. Había sido tan rápida y tan imprevista la decisión de Paulina, que apenas pudo

darse cuenta de lo sucedido. Aunque al subir la montaña otra vez, con abatimiento y cansancio, se detuvo bruscamente y llevó las manos a sus ojos, como si hubiese comprendido y no quisiera ver la hosca soledad de la noche, tan grande, tan negra y tan fría como sus ideas recónditas.

Luego estuvo mucho rato contemplando la hoguera. Apartado, taciturno, mientras sus compañeros entonaban monótonas canciones. Volvió a tener la rara sensación de que algo le dominaba.

Él iba a veces por la calle y quería adivinar su esencia. Qué leyes regían allí, por qué regían. Quería penetrar en la ignorada zona subterránea de los instintos sociales. Ver la masa anónima y comprenderla. Llegar hasta esa atmósfera de anormalidad, de ignorancia, de crimen latente. Sentir en las barriadas sórdidas el peso del instinto rey y el mandato del odio, la esclavitud, la muerte, que son los tres dioses: el rencoroso, el pobre y el eterno.

Pero ¿por qué pensar en eso? ¿Qué le importaba, después de todo? Es demasiado triste estudiar el martillazo de los siglos. Y la vida, al fin y al cabo, es sencilla: calles, casas, hombres que viven como pueden y que hacen lo que pueden. Nada de extraño, ni de profundo, ni de abismal, en sus actos y en sus anhelos.

Moriel quiso convencerse de que era así, de que hay una lógica vital y una simplicidad cósmica. La visión eterna de unas mismas cosas y la normalidad de unos idénticos deseos. Una vida, una ruta y un horizonte igual.

Bajó la cabeza, apesadumbrado, como si tuviera la rara convicción de estar lejos de sí mismo.

XX

Paulina pasó unos días como absorta. Hacía mucho frío, ese frío barcelonés tan húmedo que penetra hasta los huesos. La obligaron a que pasase acostada gran número de horas, pues temían estuviera enferma. Siempre con los ojos muy abiertos, ensimismada, sólo se dedicó a contemplar las variaciones del tiempo. La ventana estaba muy cerca de su lecho y podía ver desde allí las nubes grises de casi todos los días. Otras, un cielo muy azul, muy limpio, pero que derramaba su aliento glacial. Ella siempre inmóvil, siempre pensativa, contemplaba aquellas minucias de lo externo. Nora, a veces, estaba largos ratos junto al lecho, intentando animarla un poco. Ismael se operó el día 2 de enero, logrando que le devolviesen el normal funcionamiento de sus glándulas. Pero transcurrió también una semana muy mala, con dolores agudos que le impedían dormir.

Paulina no salió de la casa. No fue a visitar a Moriel el día de Año Nuevo, como le había asegurado. Estuvo en su habitación, mirando por la ventana y sin decir una palabra.

Intentaba leer, pero era imposible. Dos, tres páginas y en seguida tenía que dejar el libro. Meditaba también durante las noches, contemplando la oscuridad; perdía la noción de las horas. Bruscamente el reloj daba las tres o las cuatro de la madrugada. Y ella intentaba dormir, cerraba los ojos y hacía esfuerzos para distraer sus pensamientos. Hasta que advertía una horrible pesadez, un definitivo cansancio y terminaba adormilándose.

El día de Reyes le entregaron un juego de collar y pulsera muy valioso, regalo de Nora. Ismael, por su parte, le compró varios libros. Y Moriel envió por correo un barco dentro de una botella, que habían montado con paciencia oriental entre él y otro preso. Cuando lo vio, estuvo llorando mucho rato.

Hubiera preferido mil veces no recibir aquel obsequio que

trastornaba sus ideas.

Sentía cosas muy extrañas. Entre ellas un amor infinito y una desesperanza total. La sensación de la dicha y la angustia del abandono. Quería y la querían: de eso estaba segura. Pero le causaban miedo las ideas de Moriel y aquel fondo recóndito de su personalidad, que ella aún no conocía bien. Aquel fondo que, bruscamente, había visto en sus ojos. Y transcurrió muchas horas llorando, escondiéndose a las miradas de los otros.

Luego, más animada, comenzó a dar algunos paseos. Igual que si hubiera salido de alguna enfermedad física, andaba a paso corto, examinando todo con rara fruición. Iba casi siempre a la Diagonal, a sentarse en algún banco soleado, llevándose un libro. Examinaba unas cuantas páginas y dirigía su mirada al suelo, completamente abstraída. Su inmovilidad era una quietud enferma. A veces, descendía por el paseo de Gracia hasta la plaza de Cataluña; luego volvía a subir por el mismo sitio. Nora cuidaba el piso de Moriel, pero ella no quiso acercarse una sola vez. Unicamente llegó hasta la catedral, sin hundirse en el Barrio Gótico. Estaba desanimada y presa de una indiferencia absoluta. Era incapaz de elegir entre una cosa u otra; todo importaba lo mismo. Como sin voluntad, como sin ánimo, su cerebro y su corazón eran sólo unos receptores de impresiones fugitivas. Impresiones que dejaban huella en la ya triste luz de sus ojos. Y de amarguras perennes que iban determinando su vida.

Quizá se había vuelto muy tonta; ciertamente, lo pensó más de una vez. Aunque, de un modo u otro, sentía la angustia de su abandono mortal. Ella no podría resistir tres años andando sola, sin conciliar un sueño tranquilo y alimentándose con la única visión repetida de cosas pequeñas: el trozo de cielo al abrir la ventana, los dibujos de la colcha, la oscuridad nocturna y las convulsiones del sonido. Una, dos, tres, cuatro campanadas. Todas las noches igual, con los ojos abiertos, captando las lejanas ondas del reloj. Y sin saber qué esperaba, si la continuación de un amor roto o la lejanía de una mirada absorta.

No quiso confiar en amnistías; todas las noticias políticas le ocasionaban una cierta repugnancia. La idea de que había de transcurrir tres años así, sin que nada pudiera evitarlo, estaba como clavada en su cerebro. Hubiera sido inútil hablar de otras

posibilidades. No quería hacer más visitas a Moriel, pues verle de aquel modo, enflaquecido, usando un capote sucio, con las manos arañadas, era algo que no podía soportar. Aunque el curso de sus pensamientos era éste: le recordaba inmóvil sobre la nieve, quieto como muerto, encogido, aguardando algo. Y todos los días así, ante la misma línea gris de la carretera. Entonces sentía que le amaba como una loca, que quería atraerle hacia su pecho, hacer que la besase en la tibia suavidad de su garganta, captar su mirada, su respiración y su aliento. Pero en seguida pensaba algo muy distinto, imaginaba a un Moriel capaz de tener su mundo entre aquella nieve, entre aquella soledad, con independencia de todo. Capaz de bajar a la carretera y aguardar algo que no era ella, Paulina, sino una misteriosa imagen de su intimidad, una sombra.

La duda le hizo enflaquecer. Pasaba las tardes sola, quieta, meditando cosas sin lógica. Ismael se entristecía al verla así, y a final de mes habló nuevamente del proyecto matrimonial. ¿Por qué no hacerse el ánimo de buscar la felicidad sobre todo, acostumbrarse al pensamiento de una vida tranquila, ordenada, sin las zozobras de hoy? Paulina dijo que vivía bien así. Él hizo un gesto de desesperanza. ¿Por qué era tan irreductible, tan terca? Desde mucho tiempo atrás estaba procurando enseñarle lo conveniente y no le hacía caso. Pero, en fin, éste, después de todo, no era un asunto de su incumbencia. Paulina comprendió que Ismael tenía su buena parte de razón. Y quiso poner algún obstáculo donde no participara ella misma.

—Como mi madre está muerta y mi padrastro ha… desaparecido… creo que tendríamos un verdadero conflicto para llenar los requisitos.

—¡Ah! ¿Quieres decir el permiso?

—Sí. ¿No le parece a usted algo muy complicado?

—Pero creo que una vez me dijiste que vivía tu abuela materna.

—Es verdad, cerca de Premia. ¿Y ella puede darme el consentimiento?

—No habiendo otra persona, sí.

La joven hizo un gesto de desaliento.

—Pero es que…

No supo continuar. Estaba visto que no valían obstáculos; siempre, a última hora, existe familia en algún sitio. Su abuela, a la

que no había visto desde cuatro años atrás, le inutilizaba, sin saberlo, una circunstancia favorable. Quiso oponer algún otro recurso, pero Ismael, con voz muy suave, indicó:

—¿Por qué no le haces una visita, a ver qué te dice?

—Quizá ni se acuerde de mí; es muy vieja. —Mordió sus labios nerviosa, repitiendo—: Es muy vieja, muy vieja…

Pero se le ocurrió de repente que tenía una magnífica posibilidad en sus manos. Algo muy sencillo y al mismo tiempo casi infalible: iría a Premia, a visitar a su abuela, hablándole de cualquier cosa. Y luego resultaría fácil decir que era imposible tener el consentimiento por aquella parte. Incluso fingiría estar disgustada: «*¡Qué lástima! Ahora que me había decidido… Pero la pobre tiene ya muchos años, y está cargada de pequeñas manías*». Esto prolongaría la situación de espera tres o cuatro meses, hasta que ocurriese algo, y entonces ya pensaría otra cosa.

Dijo, pues, que no tenía ningún inconveniente en hacer aquella visita.

Si le hubiesen preguntado cuáles eran los móviles para desear que continuara aquella situación, no habría sabido responder concretamente. Estaba segura de que tres años son muy largos, de que tendría que sufrir mucho y ver pasar gran número de cosas, pero consentir ahora en entregarse matrimonialmente le parecía una traición tan incalificable que no quería ni pensar en ello.

Al día siguiente emprendió sola su pequeño viaje. Era domingo y salió muy temprano; el tren iba casi vacío. No bajó en Premia, sino en Ocata, pues tenía deseos de andar, y, por otra parte, la distancia entre las dos estaciones no es demasiado grande. Caminaba poco a poco, reflexionando; las playas estaban desiertas y el mar muy inquieto, elevándose en crestas que rompían con violencia. Llegó a Premia a las nueve y media, pero, una vez allí, sintió una repentina desgana ante la inminencia de la visita. Casi no conocía a su abuela, y, a decir verdad, le era indiferente por completo. No imaginó de qué podrían hablar, pese a haber ocurrido tantas cosas en los últimos tiempos; desde luego, no quería mencionar la defunción de su madre. Más valía que la pobre mujer viviese por el momento tranquila y sin disgustos. Pero se sentía extrañamente indecisa, como si aquella visita tuviese algo de abrumadora.

Decidió que iría después de comer. Se entretuvo como pudo por

los alrededores hasta las doce y media. Entonces tomó sólo dos bocadillos en un bar, pues no tenía hambre. Y se puso en camino hacia la masía, distante de la población cerca de kilómetro y medio. Mientras, intentaba recordar todo lo que sabía de su abuela, aquella mujer que desde cuatro años antes vivía sola y abandonada a sus propios recursos.

El año 31, poco antes de proclamarse la República, se acordaba de que había ido a verles y estuvo una semana con ellos. Hasta entonces había vivido con un hijo solterón, tío de Paulina al que ésta apenas conocía, pero al morir él de un cáncer se encontró desamparada. Y durante aquella semana les hizo la vida inaguantable con sus gemidos y sus quejas, pues además del luto reciente estaba algo enferma y muy mal instalada, ya que no tenían sitio. Paulina recordó que entonces era una mujer de unos cincuenta y ocho o cincuenta y nueve años, relativamente bien conservada, que sabía cocinar como nadie en el mundo. Ésta era su única habilidad, y en tan breves días, ella tuvo ocasión, oyéndola hablar, de aprender bastantes cosas. También recordó que su madre estaba agobiada, pues no sabía qué hacer. Fue en aquellos días cuando habló a Paulina como si ya fuese una mujer, e incluso le pidió consejo. No podían tener a la abuela siempre allí, pues el desván era pequeñísimo, y ellos iban muy ahogados de dinero. Paulina insinuó que tal vez en algún sitio podrían aceptarla como cocinera y dio ánimos a su madre para que buscase algo en seguida, pues la vieja dormía con ella y le hacía las noches insoportables. Veinticuatro horas después supieron por casualidad de un payés rico que buscaba una mujer para pequeñas faenas, y lograron entenderse. El payés estuvo en el desván con su hijo, un muchacho de doce años con cara de bruto, que se hizo el amo en seguida y empezó a revolverlo todo. La abuela marchó con ellos, intentando dominar el llanto. Y desde entonces sólo supieron que estaba en una masía donde la trataban muy bien; eso, por lo menos, recordó Paulina que dijo su madre una vez. No le escribían casi nunca, y habían terminado por no acordarse de la pobre mujer. Su madre, en ocasiones, hablaba algo de ella, pero siempre como refiriéndose a una persona muy remota, lo que ahora le hizo advertir un sabor amargo ante ciertas cosas de la vida.

Preguntando y equivocándose de camino un par de veces, llegó

a la masía, un edificio muy bien pintado de blanco, con amplias dependencias, que ya a simple vista se adivinaba bajo la bendición de todas las prosperidades. A la entrada, encontró un joven de unos diecisiete o dieciocho años, y por la cara de bruto no pudo dejar de reconocerle. Él, en cambio, no debió de acordarse de haberla visto jamás, porque estuvo como asombrado unos minutos. Parecía como si aquella muchacha tan bonita, tan ciudadana y tan pulida le hiciese sentir algo muy extraño. Paulina adivinó lo que proclamaban sus ojos: una avidez lujuriosa, una extremada sed de posesión sobre aquellas formas tan realzadas y tan sugestivas. Esa sed sin medida de la libido de la adolescencia; el atractivo de lo desacostumbrado, de lo nuevo, de aquellas sedas que se adivinaban tan finas y aquella piel tan deliciosa al tacto. Paulina notó esto con tanta claridad que por unos momentos no supo hablar y quedó sonrojada. Luego preguntó por su abuela, y el otro le dijo balbuciendo que inmediatamente se la traería.

Pero la vio antes de que se la trajese nadie. La pobre mujer bajaba llorando por las escaleras, después de una bronca cuyos ecos descendían con ella. Paulina la reconoció con muchas dificultades. De la mujer relativamente bien conservada no quedaba el menor rastro. Era una vieja decrépita, pequeña, con un lastimoso aspecto de fragilidad. Iba vestida de negro y tenía el pelo completamente canoso. Se le había puesto así en los últimos años, pues la última vez que la vio, pese a su ya avanzada edad, lo tenía aún muy castaño. Sus manos y su rostro, arrugados y como sin ningún jugo vital, denotaban trabajo y cansancio. Parecía imposible que en cuatro años una de esas mujeres sanas y fuertes que parece han venido al mundo para que no les hagan mella las calamidades de la vida, se hubiera transformado en la vieja decrépita, compungida, sin ánimos, que ahora estaba viendo. Paulina, asombrada, se encogió junto a la puerta. La anciana pasó muy cerca, sin verla, y entonces, con voz débil, se atrevió a decir algo.

—Abuela…

La interpelada se volvió, mirando con dificultad a su alrededor.

—¿No me conoce, abuela?

—No. Pero ¿es qué acaso es usted… eres tú… Paulina?

Se había acercado mucho y la contemplaba parpadeando, con gran atención. Adivinó que la pobre mujer no veía bien, y que

ahora estaba intentando convencerse de si era ésta, efectivamente, aquella niña débil y triste cuyas facciones ya casi se habían desdibujado en su memoria. Paulina se inclinó un poco para besarla, poniéndole una mano en la espalda.

—Abuela, ¿qué le pasa?

—Nada, hija, nada, que a veces no me dejan vivir. Pero ¡cómo has crecido! ¡Y qué bien vestida vas! ¿Ya os encontráis mejor en casa?

—Sí, por fortuna; mucho mejor.

Hablaban junto a la puerta, dándoles de lleno los tibios rayos de sol. Ahora podía advertirse mejor toda la decrepitud de aquella anciana, todas sus arrugas de sufrimiento y cansancio. Paulina sintió una compasión repentina e intensísima, algo que no había sentido desde mucho tiempo atrás y que le formaba un extraño nudo en la garganta.

—Y tu madre, hija, ¿qué tal está?

—Pues… tuvo una enfermedad hace poco; pero ya está bien, muy bien. ¿Y usted qué hace, abuela?

—De todo, de todo lo que me mandan. Fíjate en lo grande que es esta casa, y la he de limpiar yo. Y hacer la comida para todos, que a veces son muchos. En época de cosecha, con tantos trabajadores, no me dejan vivir. Tengo que dar de comer a los animales, y coser y atender a todo. A veces, créeme, hija, que no puedo, no puedo…

Paulina contempló la masía, aquel risueño edificio tan pintado de blanco, tan acogedor, tan acariciado por el sol, con muchas gallinas que corrían graciosamente ante la puerta, cacareando, y con aquellos pajares tan amarillos que desde lejos le habían causado el curioso efecto de dos grandes y bonitos caramelos de limón. E imaginó lo que debía de ser cuidar aquella casa tan grande, con sus mil recovecos, sus desvanes, sus graneros y establos, con tantas dependencias y tantos chismes colgados en todas partes. Lo que debía de ser aguantar las impertinencias de todos, los gruñidos cuando las cosas iban un poco mal, la gandulería de las hijas, que en cuanto tenían alguien sobre quien descansar, había oído decir que no se preocupaban de nada. Y estar sola, horriblemente sola, atendiendo aquí y allá, siendo el trapo de la casa. Aguantando sin compensación todas las durezas de la vida en el campo. Miró a su abuela, que le observaba aún, parpadeando y sin ocultar el asombro

que sentía.

—Estás muy crecida, hija. Y muy guapa.

—He cambiado un poco. ¿También trabaja los domingos?

—¡Ay, Dios mío! No me preguntes, que siempre hay algo que hacer.

—Yo había venido para saber cómo estaba, solamente. ¡Como hacía tanto que no nos veíamos! Y le traía este monedero, ¿ve? —le entregó uno muy bonito, que llevaba en su bolsillo—. Lo había comprado >para usted. Además, tenga cincuenta y cinco pesetas, que a mí no me hacen falta. Otro día vendré con más tiempo y le traeré otras cosas.

La abuela rechazó aquello, llevándose las manos a la cabeza. Paulina insistió:

—Tenga, a mí no me hace falta. Y además estas cosas las he traído para usted…

—Pero, hija, si yo guardo ya algunos pequeños ahorros para cuando sea más vieja…

—No se preocupe; tome.

Paulina le puso en la mano el monedero y las pesetas. Luego volvió a besar a la anciana. Sentía una angustia innombrable, un tenaz y ferviente deseo de huir de allí y encontrarse sola, muy lejos. De no ver aquellas arrugas y aquellos ojos de cansancio, que parpadeaban al mirarla. La casa, tan blanca, y los pajares amarillos, abrillantados por el sol. Dijo que ya volvería, mientras contemplaba las montañas llenas de pinos, muy próximas, y los grandes algarrobos. Que tenía muy poco tiempo, pues a las cuatro la esperaban en Barcelona.

—¿Y no puedes quedarte un ratito más? —suplicó la abuela.

—No, no, se me haría muy tarde…

La besó otra vez, alejándose. Desde una ventana próxima, observaba el amo de la casa, un hombre grueso que fumaba un enorme habano. Paulina parecía despertar su admiración, a juzgar por su cara. Seguro que aquella noche soñaría con ella.

Paulina había tomado el tren. Desde la ventanilla veía sucederse las playas, cada vez más estrechas y siempre desiertas. El mar continuaba encrespado, revolviéndose furioso contra sí mismo. Se llevó la mano a los ojos, para no ver nada y sentirse lejos de todo el mundo.

Había sacado billete hasta Masnou, pues después del donativo hecho a su abuela no guardaba en el bolsillo más que unos céntimos. Desde la estación bajó a la playa, muy estrecha en aquel lugar. Quedó sola, sentada en la arena, mirando los juguetes de la espuma. El sol se había ocultado entre nubes espesas y todo a su alrededor adquirió un tinte sombrío; el mar perdió su brillo, se hizo más grande y más siniestro. Su bramido lento, constante, fuerte, iba llenándole la cabeza con la igualdad de sus tonos. Paulina, envuelta en un elegante abrigo gris, desabrochado, con sus cabellos temblándole al viento, presentaba un aspecto extraño, a la vez de hermosura y tristeza. Contemplaba sus piernas, recordando aquella mirada del *hereu*, aquella mirada viciosa, taladrante, que quería penetrar en sus vestidos buscando descaradamente las formas de su vientre y de sus senos. Aquellos ojos de lascivia animalizada, inmóviles, tan abiertos. Sintió un profundo malestar y quiso distraerse en la contemplación de las olas próximas. Y veía a su abuela encogida, pequeña, llena de arrugas. Recordó su consejo de cuatro años atrás para que le buscasen alguna colocación, pues no podían dormir juntas. Cómo la vio partir con indiferencia, casi con alivio. Y luego los cuatro años, las mil sorpresas del tiempo. Su madre envejeciendo, absorta en lo cotidiano, sin rememorar nunca a la vieja que estaba tan próxima y parecía tan remota. La frialdad de su corazón en aquel aspecto, lleno de olvido, como siguiendo una ley fatal. La resignada creencia en que la abuela estaría bien, sin averiguar más; una de esas creencias con que disimulamos nuestras realidades. Paulina inmóvil, solitaria, escuchando el bramido de las olas rabiosas, sintió esto con una atroz intensidad. Lo sintió muy dentro de sí, mordiéndole la carne, como aquel viento húmedo y glacial. Y se sintió incapaz de continuar pensando, de estar allí, abrumada y quieta, con los sentidos inundados por la monotonía repetida de los mismos tonos y estampas: el mar de un raro color tinta, las olas, la espuma, el cielo gris.

Fue andando hasta Badalona; un camino muy largo, pero que no la fatigó. Luego tomó el tranvía, descendiendo de él al final del trayecto, ya en el centro de la capital. Meditaba intensamente, ferozmente, alrededor de unas cuantas ideas inmutables. Se hizo el propósito de sacar a su abuela de aquella masía, de darle un poco de tranquilidad durante estos últimos años de su existencia; de que

no tuviese que servir más a aquel joven con cara de bruto y aquel hombre grueso, que fumaba enormes habanos al mirar por las ventanas. Pero ¿cómo? ¿Qué podía ella, después de todo? Era una pobre muchacha que había encontrado una de esas familias buenas que aún quedan en el mundo. Incluso extrañamente buena. Y en eso consistía toda su fortuna: en la situación de hecho actual, en una habitación, una mesa y un cariño más que paterno. Algo hasta ahora le había parecido muy sólido, muy estable, pero que de repente veía como una cosa fugitiva en sí, apoyada en un soporte tan frágil como es el corazón de un hombre.

Siguió andando; no quería ir a casa. Un deseo irresistible encaminaba sus pasos hacia el cementerio de Casa Antúnez, donde sabía que estaba enterrada su madre. Moriel le dijo un día el número de nicho, pero haciéndole prometer que no iría allí a derramar lágrimas y a sentirse desdichada, pues nada se conseguía con ello. Lo prometió. Entonces estaban juntos, mirándose, y todo le parecía muy risueño y muy distinto. Ahora le atormentaba un frío mortal, sentía algo como una debilidad definitiva y congénita. Sin duda, su verdadera naturaleza era ésta, la de una muchacha entristecida y absorta; presa de imágenes repetidas. Pensó en este momento que nunca lograría ya la verdadera felicidad, que siempre estaría así, meditabunda y angustiada.

¡Qué largo, qué horriblemente largo era aquel camino! ¡Y qué sensación tan rara causaba la montaña de Montjuïc, pareciendo que iba a desplomarse sobre él! Paulina llegó rendida, sin fuerzas, casi a la hora de cerrar. En el cielo iban marcándose ya los tonos violáceos de la noche. Subió muy arriba, desde donde se divisaba una perspectiva magnífica: el cielo ancho, insólitamente ancho, el rojo del poniente y la lejanía del mar. Un silencio casi aniquilador, impresionante, envolviéndolo todo. Y a su espalda, como algo completamente distinto, aquellas paredes tan grandes con aquellos nichos tan pequeños. Miró uno, muy arriba, de los más baratos. Allí yacía su madre. Tras aquellos ladrillos con un poco de cemento por encima y sin lápida. Paulina se sintió agobiada. Sintió una rara comunicación con lo ultrahumano, con lo misterioso. Como si hablasen el silencio, la soledad, los espíritus del aire.

Como si le hablasen de las luchas continuas, de las miserias y del aniquilamiento final. De los seres que se olvidan, de los corazones

que se cierran. Del sufrimiento, del agobio, del pesar en el cuerpo y en el alma. Y sintió una extraña fuerza, un indestructible poder en estos únicos momentos: ella no viviría así. No se dejaría arrastrar por las turbias llamadas de la noche. Ni sería pobre, ni se contentaría con un simple pasar. Ella viviría siempre ateniéndose a la razón y a la lógica, no a sentimientos fugitivos. Pensó ahora que los sentimientos son así: meras vibraciones en el aire de la intimidad, cosas que llegan y se marchan. Sintió que cambiaba mucho en estos minutos, que vacilaban arraigadas convicciones. Y que algo iba penetrándole: una nueva visión, una nueva captación de las cosas externas. Allí, en aquel momento de agotada laxitud, entre aquel silencio impresionante.

Cuando volvió a casa —ya muy tarde—, dijo a Ismael que su abuela le había dado permiso y que estaba dispuesta a llenar los requisitos necesarios para la boda.

XXI

Llegó marzo, derramando sobre las calles el gemido de su viento. Y luego una primavera llena de luz, un cielo muy alto, cruzado por nubes muy blancas. Los tonos grises quedaron desdibujados o se hicieron más risueños. Por las tardes, el aire parecía estar lleno de susurros. La ventana, siempre abierta, derramaba una perenne claridad sobre el lecho de Paulina, colocado muy cerca. Y se veían desde allí las ramas jóvenes de los árboles. Hojitas muy verdes que captaban la brisa y temblaban con ella. Esa brisa fresca traía como un aliento de vida y de amor, una nueva claridad derramada sobre todas las cosas. Una luz que inundaba los sentidos, que hacía más expresiva la mirada y más dulce el brillo de los ojos. Paulina, sentada muchas horas ante aquella ventana, recibiendo en sus cabellos los rayos juguetones del sol, no percibió, sin embargo, aquel aliento vital de la luz ni aquel susurro insinuante de la tarde.

Estaba siempre quieta leyendo o mirando frente a sí, con las facciones muy rígidas. Hablaba poco. Un día Ismael le dijo que el permiso de su abuela era innecesario, pues había tenido un error. En las circunstancias actuales de Paulina, deberían formar un consejo de familia. Hablaron con el juez municipal, que era íntimo de Ismael, y todo quedó resuelto. Se formó un consejo del que era miembro el mismo Ismael, junto con otras personas honradas que habían conocido a Paulina en casa de los Leonardo. Hubo que vencer, además, una serie inacabable de dificultades de orden legal. Ismael preguntó a Paulina si estaba decidida a contraer matrimonio y a que todo siguiera adelante. Ella dijo que sí.

Pero fue necesario que transcurriera tiempo, que llegase aquella primavera magnífica. Paulina se sintió más apenada a cada instante. Cuando le contaban las dificultades provenientes de su anormal situación ante la ley, sentía deseos de echarlo todo a rodar y de que la dejasen en paz para siempre. Aunque luego pensaba que era

estúpida al desear una cosa así; ella no podía continuar siendo una persona en situación anormal. Nadie sabe qué recovecos sombríos aguardan en el camino del futuro. Y ella, desde que emprendiera aquel corto viaje de un día, pensaba con más serenidad y estaba convencida de que, ante todo, es preciso tener asegurado un mínimo de bienestar, no depender de los sentimientos de nadie ni temer la incertidumbre de un mañana difícil y cargado de imprevistos.

Esto era cuando se detenía a raciocinar, cuando, nerviosa y exaltada, quería ceñir sus pensamientos a la idea fija de aquellas semanas. La idea de que todo iba a cambiar profundamente, a adoptar otro aspecto y a ser iluminado por una distinta luz. Continuaba siéndole imposible dormir; mil imágenes extrañas llenaban su cerebro. Imágenes de otra vida, de otras facciones mirándola. De los días tranquilos, los pensamientos ordenados. Vendrían muchas primaveras, y ella respiraría ese aire de juventud que ahora le asfixiaba; ese aire de suspiros remotos, portador de frases inconclusas y de reminiscencias vagas, donde flotaban ideas, pensamientos, imágenes y palabras. Quería cerrar la ventana, no sentir más aquella brisa enervante ni aquel rumor acompasado de las hojas de los árboles. Que se hiciese un vacío absoluto, un silencio repentino y total. Pero estaba allí horas y más horas, aspirando la brisa, captando sus sonidos y oyendo ese rumor que ascendía de los árboles.

Tuvo varias entrevistas con Miguel de Latorre. Él, aunque ya estaban prometidos y el consejo de familia había dado —como no podía ser menos— su beneplácito al matrimonio, se portó con mucha timidez. Temía causar la menor impresión desagradable en Paulina, y extremaba sus atenciones con ella. Nunca tuvo una actitud atrevida, ni la besó, ni habló para nada de su futura unión sexual. Parecía otro muy distinto de aquel joven que entrara una vez en las habitaciones de Moriel, intentando abrazarla con violencia. Otro de visión más profunda, de sentimientos más altos. Cuando salían, iban casi siempre a tomar cualquier cosa a un salón de la Diagonal, de ambiente muy refinado, donde podían estar solos. Ella se colocaba siempre en el mismo sitio, junto al gran cristal que les separaba de la calle. Él, a su lado, mirándola. Hablaba de cosas lejanas, como si Paulina le incitase a recordar. De

sus sentimientos, o de cosas intrascendentes que él sabía teñir con un matiz íntimo, muy propio. Un matiz que parecía adquirir más significación aquellas tardes, al oscurecer, ante el cristal que dibujaba los contornos de la avenida. Cosas pasadas y quizá sin importancia, pero que parecían flotar en el tiempo, estar allí, entre los arrullos de la brisa, adquiriendo un significado para los dos. Paulina le escuchaba mirándolo muy fijamente, sonriendo a veces. Notaba con agrado que Miguel sabía evocar y expresar muchas ideas sugestivas, hablando siempre con las palabras más exactas y agradables, que modulaba con una cálida e insinuante voz. Paulina, a veces, se extasiaba escuchándole; aquella voz le penetraba poco a poco y le hacía sentir con sus modulaciones. Era algo desconocido para ella, pues Moriel nunca había sabido expresarse tan bien. Ahora cada momento, cada una de aquellas palabras ocasionaba en su sensibilidad una pequeña y deliciosa vibración.

Miguel nunca habló de cosas improcedentes, como podían serlo los chistes de la Academia Militar y las incidencias de la vida en común con jóvenes alegres. Hablaba como un hombre reflexivo, de sentimientos muy elevados. Además, lo único que se permitió fue besar algunas veces la mano de Paulina, cuando ella le sonreía con su más significativa expresión. De tal modo, no violentó ninguno de sus sentimientos. Y poco a poco, día a día, fueron comprendiéndose, pero sin llegar nunca a la intimidad casi impúdica del verdadero amor. Por el contrario, Miguel de Latorre parecía inquieto a veces ante un sentimiento que le era imposible confesar.

A últimos de abril empezó a derramarse sobre la urbe un calor que anunciaba el próximo verano. Las tardes se hicieron más largas, más llenas de luz. Ya no fueron a aquel salón elegante, prefiriendo andar por los jardines de la Exposición o subir poco a poco hasta cerca de Pedralbes, conversando y dirigiendo sus miradas a aquel cielo tan limpio y tan azul. Paulina se sentía esas tardes más comunicativa, más risueña, e incluso consiguió reír francamente algunas veces. Sus ojos fueron tomando un brillo magnífico y nuevo. La primavera, comenzada entre sensaciones agobiantes, iba embriagándola con sus efluvios de juventud.

Una tarde, estaban sentados en el banco más solitario de uno de los jardines de Montjuïc. Hablaban como siempre, y los rayos de sol, penetrando entre las ramas de los árboles, caían

sobreenlazados. Él continuó hablando. Luego se detuvo y escucharon el silencio.

Aquel silencio vivo, lleno de susurros. Él, adelantándose por primera vez, la besó. Juntamente en el lóbulo de su oído izquierdo, apartándole un poco los cabellos. El beso causó a Paulina una sensación muy extraña: pareció despertar ardientes resonancias en todo su cuerpo. Quedó rígida, muy quieta, sin mover un dedo. Los labios descendieron poco a poco por su cuello hasta su garganta, donde se apretaron otra vez.

Estuvieron mucho rato así, comprimidos, como formando parte de ella misma.

Luego Miguel dijo que la amaba, que la quería apasionadamente. Que amaba su piel, el sonido de su voz, amaba el brillo de sus ojos y el color de sus cabellos.

Se hizo de noche muy pronto. El silencio trajo más susurros y el espacio se pobló de sombras.

Hacia las nueve y media, Paulina, como obedeciendo a un impulso interior, compró unas cuantas cosas en un almacén donde la conocían, hizo que se las empaquetaran y fue a llevarlas a casa de Esteban Ortiz, con intención de que su madre se las entregara al visitarle en la cárcel. A ella le faltaba valor para ir por sí misma y hablarle, aunque, al mismo tiempo, deseaba tener alguna pequeña atención con él. También envió un giro a su abuela.

Conocía el nombre de la calle, pero no había estado nunca en sus proximidades. Y se le apareció, al verla por primera vez, como un largo y oscuro camino lleno a los lados de rectángulos luminosos y amplios. Mirando por una ventana baja, en semicírculo deformado, con una pequeña barandilla de hierro, estaba Alicia Ortiz, la hermana de Esteban, a quien ella conocía por un retrato. Alicia tenía la costumbre de quedarse muchos anocheceres primaverales allí, descubriendo tan sólo la mitad de su rostro, contemplando las sombras de la calle; a veces, en pleno invierno, era posible verla también, con la misma expresión inmóvil. Y ahora Paulina creyó notar que esa expresión era ceñuda, que le dirigía un mudo y enérgico reproche. Nada tan lejos de la realidad, puesto que Alicia ni siquiera la había visto.

Se alejó; una desconocida angustia la iba oprimiendo. Creyó sentir algo muy extraño, una irrompible ligazón que la ataba a otros

seres. Que le había hecho detenerse sin saber por qué, temiendo quebrar algo muy íntimo. Comprendió que ya no se podría acercar nunca más a esas calles, aspirando su penumbra; algo la detendría, impidiéndole avanzar. Un rostro en una ventana, unos ojos inmóviles, algo que conmoviese sus ideas con el frío latigazo de un reproche pasando de intimidad a intimidad.

En casa, derramó sin querer unas lágrimas. Ismael intentó consolarla, pero estaba triste también. Se hubiera dicho que la inminente boda de Paulina, después de tanto aconsejársela, le ocasionaba ahora un disgusto que pretendía ocultar. Ismael, ciertamente, luego de sufrida la operación, tenía otro aspecto e incluso un carácter distinto. Menos paternal, pero más varonil y fuerte. Contemplaba a veces a Paulina con ojos muy distintos, mucho más penetrantes que en ocasiones anteriores. Por cualquier motivo intentaba acariciarla, adivinándose que no hubiera querido hacer sólo esto. Algo muy nuevo y desacostumbrado en él, pero que Paulina, absorta entre sus ideas, no había advertido aún.

Ahora, cuando la fecha de la ceremonia se aproximaba, Ismael no podía evitar sentirse rabioso consigo mismo. Pero estaban ya todos los infinitos trámites solucionados, las proclamas fijadas, y era muy tarde para volverse repentinamente atrás.

Llegó mayo, con sus días calurosos y largos. Paulina vestía telas muy finas, que realzaban sus formas. Esto causaba más nerviosismo a Ismael. Su vestido de novia fue una maravilla; y poco a poco llegaron regalos de los familiares de Miguel, que eran muchos. Paulina contemplaba esos obsequios con cierta tristeza, como si no fueran para ella. Y se sentía a veces muy lejos de su destino actual. Lloraba irremediablemente, sin conseguir evitarlo. Dos días antes de la ceremonia suplicó a Nora que escribiese a Moriel, que le dijera algo de lo ocurrido del mejor modo posible, pues ella era incapaz de explicarle lo que sentía. Nora lo prometió. Tenía frecuentemente con ella atenciones casi maternales, gestos de bondad tan repetidos que Paulina le dijo llorando que nunca alcanzaría a agradecérselos bastante. Nora rió, asegurándole que era tonta si pensaba eso.

Celebraron la boda en la catedral, que aquel día parecía mostrar un aspecto más grave y más solemne. Las naves parecían más largas, llenas de oscuridad; Paulina se sintió abrumada. Como si la majestad del templo anonadara sus sentidos. Se sintió más pequeña,

más débil, arrastrada por fuerzas brutales operantes en su destino. Y aplastada por las bóvedas, sin embargo tan altas. Cuando el sacerdote comenzó la plática, ella era incapaz de oír. Las palabras adquirían en su interior un significado distinto, se hacían burlonas, improcedentes, absurdas… «Amaos y vivid juntos. Con vuestras imágenes siempre en el interior de vuestros ojos. Amaos y realizad con vuestros cuerpos el acto que ayer era animal, pero que hoy ya no lo es porque lo digo yo. Tened hijos, vedlos crecer. Que sus risas os alegren y sus pesares os agobien. Envejeced. Volved a este templo, siempre igual a sí mismo. Con vuestras almas unidas por el recuerdo de esa fecha. Ved pasar los días grises, las noches de intimidad. Soportando las pequeñas suciedades de vuestra vida en común. Yo aseguro que esa vida será larga, pero tened en cuenta sus desdichas inevitables. Haced del amor un sagrario y seguid la ley de todos los hombres y todas las mujeres. Vivid, multiplicaos, morid. Pensad tranquilos en el volar de las horas y perdeos en la neblina gris de vuestra existencia inmutable»…

Paulina tuvo que cerrar los ojos, sintiéndose arrastrada por locos pensamientos. Luego miró de reojo a Miguel, que estaba muy pálido. Tembló, nerviosa. Se preguntó ahora bruscamente por qué había de unirse a este hombre al que no amaba lo bastante. Por qué tenía que estar allí, agobiada y quieta, siendo blanco de infinitas miradas, retratándose en todos aquellos cerebros incapaces de comprenderla. Cerró los ojos nuevamente. Sí; estaba allí porque éste era el acto más racional de toda su vida. Porque hubiera sido absurdo continuar en su anormalidad. Repitió esto dos veces, intentando convencerse para siempre. Luego volvió a mirar a su esposo; indudablemente era guapo. Parecía en estos momentos, con su uniforme de gala, uno de esos oficiales tan apuestos que siempre hay dibujados en las novelas para señoritas. Muy nervioso, cuando hubieron de besarse, apenas la rozó con los labios. Después, todos los rostros, todos los sucesos, se confundieron en una vorágine espesa.

Hubo banquete en la propia casa de Miguel. Muchos ojos clavados en ellos, que apenas probaron bocado. Paulina era incapaz de hablar y únicamente sonreía de vez en cuando, mirando a un lado y a otro. En una de las ocasiones, al contemplar a Ismael, advirtió en éste una mirada tan perdida, tan absorta, que casi se

sintió estremecer.

Tuvo la rara sensación de que jamás olvidaría la tristeza angustiosa de aquella mirada.

Después, salieron para tomar el tren. Paulina tuvo que escuchar antes una serie inacabable de consejos, con los que su suegra le recomendaba, sobre todo, «prudencia» y «tacto». La voz machacona de esa mujer se le hizo en un momento definitivamente antipática.

Miguel, por diversas circunstancias, sólo tenía una semana de permiso, y decidieron a causa de ello visitar únicamente Madrid y San Sebastián. Ya en el tren, en el coche cama, Paulina, que no podía disimular su nerviosismo, se extendió en la litera, sin decir nada. Miguel, completamente absorto, miraba el paisaje a través de la ventanilla. Al cabo de unos minutos se volvió, tan pálido como un enfermo.

Entonces su complejo se resolvió simplemente, sin estridencia ninguna.

—Paulina… —dijo, sentándose a los pies del lecho.

—¿Qué?

—¿No has oído hablar alguna vez de que antiguamente, en matrimonios de mucha importancia, se celebraba el acto y los esposos, sin embargo, no vivían juntos hasta transcurrido un tiempo?

—Creo que sí. Cuando los que contraían matrimonio eran, por ejemplo, príncipes muy jóvenes, ¿verdad? Pero ¿por qué me hablas de eso?

Miguel sonrió tristemente. Dijo con mucha brusquedad, como queriendo acabar cuanto antes, que su matrimonio tenía un gravísimo defecto. Tanto que lo desvirtuaba por completo. Que él no era como los demás, que, de momento, hasta curarse, no podría poseerla. Pero que la amaba. Como un poseso, como un loco. Que quería estar junto a ella toda una vida, viéndola feliz. Que había contraído matrimonio antes de sanar porque era irresistible aquella espera. Y por lo mismo otra vez; porque quería verla siempre junto a sí. Él cambiaría; curados sus nervios, sería otro hombre. Pero ahora, en este momento, debía ella saber que representaba el ideal para su vida.

Miguel le confesó: «Tengo una grave herida por defender mi bandera».

Paulina, con los ojos muy abiertos, mirando al techo del vagón, escuchó inmóvil aquellas frases rotas. No supo lo que sentía.

Pero era como un salvaje, brutal e inexplicable sentimiento de liberación.

Algo que estaba en lo más profundo de su mentalidad, que ahora comprendía repentinamente.

Él la besó en los labios, en el cuello. Luego la abrazó y estuvo junto a ella mucho rato. Paulina continuó inmóvil, con sus ojos muy abiertos.

XXII

Con la nueva estación, las montañas tomaron un aspecto radicalmente distinto. Se hicieron más concretas, una vez despojadas de su uniforme blanco, recobraron cada una su expresión. Con los árboles situados de un modo peculiar, con la simple forma de sus piedras; cada montaña tenía unos árboles y unas piedras muy distintos. Moriel, insensiblemente, se fijó en ello día tras día. Desde lo alto de una peña casi inaccesible, por la que se había acostumbrado a trepar, observaba la infinitud del horizonte. Montañas muy altas, caminos muy diminutos abajo, y silencio. Un silencio compacto, también con sus límites en la infinitud. Gravitante, denso, cubriéndolo todo. Y sus ojos se llenaron de aquella soledad.

Vio la soledad; tenía una imagen muy rara. Azul como el cielo limpio y con los puntos grises de las rocas. Un cuerpo vacío; también un susurro que escuchaba a todas horas. Moriel llegó a identificarse con la quietud mortal de aquel silencio. A necesitarla, a querer la presencia de su agobio. Él, que jamás había tenido sensibilidad para la belleza de un paisaje rural, se sintió ahora más completo vagando en la soledad de los montes. Entre los espíritus quietos de la naturaleza vegetal, la majestad de la existencia inmóvil. Entre sus pensamientos siempre iguales y sus imágenes idénticas. Se sintió fundido con el espacio enorme, sombra recortada por una luz sin fin; vagabundo en una rara eternidad.

Todos los días, sin faltar uno, iba a aquella roca. Estaba allí algunas horas, solitario y quieto. Luego volvía, aguardaba a que pasaran lista y, otra vez, en cualquier rincón, se quedaba inmóvil, como esperando algo.

No por eso fue taciturno con sus compañeros; al contrario, hablaba con ellos y hacía todo lo posible para mostrarse simpático. Moriel, precisamente, siempre había tenido el raro don de ser amigo

de todo el mundo. Y ahora la vida ya no era tan difícil allí. Pasaban semanas enteras sin nada que hacer; desde últimos de abril, en que acabaron el trabajo, nada nuevo se había presentado. Prácticamente, eran como una extraña colonia de veraneantes mal vestidos. Recibían algunos periódicos de vez en cuando, y, entre leerlos y repasarlos cuatro o cinco veces, se les iban las horas. En mayo, uno de los presos, condenado por circunstancias fortuitas, logró hacerse con pruebas de su inocencia, y vino la revisión del proceso. Esto atrajo la atención hacia aquel grupo de desocupados, que habían mantenido la disciplina en todo momento, realizando en pocos meses un trabajo muy meritorio a completa satisfacción de los ingenieros. Se hicieron peticiones para la reducción de las condenas. En junio, pocos días después de los exámenes, un grupo de compañeros de la Universidad fue a visitar a Moriel. Le llevaron libros, un poco de comida e incluso algo de ropa. Sobre todo le llevaron alegría; sintió como si se encontrase otra vez en el ambiente de las aulas, entre sus amigos de siempre. Hablaron de muchas cosas, y al final bromearon un poco. Todos ellos se ofrecieron en firme para tramitar en Barcelona la revisión de su causa. Moriel dijo que sería inútil, pero, con todo, suscribió una petición demandando se abriera su expediente. Estaba convencido, y así lo dijo, de que al no aportar pruebas o nuevos testigos, se limitarían a archivar la instancia. Los otros gritaron que, en este caso, tirarían piedras a las ventanas del Palacio de Justicia. ¡No faltaba más! Durante una semana, Moriel se distrajo leyendo. Recibió al fin de ella una carta; muy larga, con muchas explicaciones. Después de leerla permaneció quieto, con los ojos cerrados, un largo tiempo.

Iba a anochecer. Lentamente, como agotado, ascendió por una montaña próxima. Al llegar a la cima quedó inmóvil, en pie. Se sentía infinitamente ridículo parado allí, quieto como un extraño poste. E infinitamente solo. Bruscamente comprendió que todo aquello le era hostil, que la amplitud del espacio le agobiaba y le había agobiado siempre. Que era un loco sentado en una piedra, forjándose ilusiones de óptica. Y que ahora, de repente, había tenido por primera vez la autoconciencia del tiempo y del espacio. La sensación de su inmovilidad, de su estatismo repetido. Sintió unos momentos la atracción obsesionante del abismo: desaparecer.

No estar jamás ante aquel horizonte ni en ninguna otra parte. Sólo pululando entre las sombras del vacío.

Entre las imágenes perdidas de la noche, colgado ante una sima. Pero sin ver y sin captar lo externo, sin percibir esos bruscos latidos del reloj de su existencia. Ser vacío en la nada y no ser silueta ante el abismo. Perder su concreción, su naturaleza de hombre que tiene que moverse, actuar y vivir. Sintió el deseo terrible de no tener ideas, ni pensamientos, ni atisbos de voluntad.

Se hizo de noche; bajó de aquella montaña. Contestó con voz ronca a algunas preguntas que no pudo entender. Luego, durante horas y más horas, permaneció quieto, con los ojos muy abiertos y clavados siempre en el mismo lugar. Al hacerse de día, salió a la explanada que había delante de los barracones, y allí estuvo, sin hacer un movimiento, hasta que se levantaron todos los demás.

Las semanas, cada vez más lentas, más insoportables, fueron sucediéndose monótonas. Aquella inactividad, aquella calma perenne, le asfixiaban. Le ahogaba el aire, la quietud de todo, el color del cielo. Hasta las cosas más inconcretas y más lejanas tomaron una desagradable significación. Insomne, meditabundo, parecía incapaz de reaccionar ante nada. Incluso cuando le dijeron que iba a quedar en libertad, su gesto fue de indiferencia. En contra de lo que esperaba, el tribunal se había interesado por su proceso. La condena, que en su tiempo obedeció a las circunstancias ante todo, varió ahora con las circunstancias también. Había comenzado tiempo atrás una revisión de expedientes, leídos esta vez con ojos más benévolos. Se modificaron algunas conclusiones y algunas penas. Los jóvenes sin antecedentes y de buena conducta, como Moriel, vieron reducido su castigo a unos días más. A últimos de septiembre se le extendió un oficio declarándole confinado en Barcelona desde el próximo mes. Esa benevolencia fue tan inesperada para él que le dejó indiferente.

Además, no sentía deseos de ir a ninguna parte. Sus ideas más primarias carecían de solidez. Un campesino del que se había hecho amigo le pidió llevara dos semanas la contabilidad de sus propiedades, ya que su hijo, el encargado de ello, padecía una larga enfermedad. Él aceptó, y los quince días se le hicieron muy breves. Un sábado, empaquetó sus objetos y fue en coche y en tren hasta Vilasar; allí, con parte del dinero ganado, se compró unos zapatos y

una corbata. Luego, andando, sin ninguna prisa, comenzó a recorrer el largo trecho hasta la capital. Hacia las siete de la tarde se detuvo a descansar en la playa; el mar estaba muy distinto a como lo había visto Paulina unos meses atrás. Con ondas muy rítmicas, sosegadas, de un bello color azul. Tres cuartos de hora más tarde reanudó su camino; andaba más lentamente, como sintiendo menos deseos de llegar. Comenzó a hacerse de noche. En la carretera brillaban por unos momentos los faros de los vehículos; luego todo quedaba silencioso, oscuro, confundido entre las sombras. El sonido monótono de sus pisadas era lo único que podía oír.

Sus ojos, inmóviles, miraban al frente; a una meta que no quería ver. Lejos, hacían guiños las luces de la capital. Y se destacaban vagamente los atisbos de sus formas. Líneas cruzadas de puntos fosforescentes, remotos parpadeos de luz. Sin querer, se imaginó perdido, errante entre aquellos puntos que brillaban. El rostro de Paulina, a su lado, tenía una deliciosa expresión; las luces de la calle se reflejaban en sus ojos. Iban por avenidas amplias, llenas de gente, muy apretados unos a otros. Luego, bruscamente, todos los resplandores desaparecían. Y marchaban lejos, a colgarse en el espacio negro.

Su mirada se extravió; tuvo que bajar los párpados. En seguida creyó encontrarse en una montaña, muy solo, esperando no sabía qué. Durante semanas y meses, siempre quieto entre los mismos pensamientos. Bruscamente, una voz exclamaba que podía marcharse, que estaba libre; él sentía algo muy extraño. Como si, investigando en el fondo de sus deseos, algo le ordenara no moverse de allí. Pero iba a la carretera y andaba, andaba mucho; hasta ver aquellos puntos luminosos colgados en el vacío. Golpeó su frente con la palma de la mano, intentando no desvariar. Aunque siguió viendo a Paulina, ahora sentada en una elegante habitación, junto a Miguel de Latorre. Un hombre a quien él conocía muy bien, pues habían vivido juntos años atrás. Se preguntó cómo estaba actualmente al lado de Paulina, siendo su esposo, si era inútil para ello. Moriel conocía este defecto de su antiguo compañero, pues él mismo se lo confesó una vez, por carta, cuando le operaron. Y, muy probablemente, continuaba igual; hay cosas de las que no se sana. ¿Por qué, entonces, vivía con Paulina? ¡Qué raras eran estas cosas del destino! Se estremeció y quiso abandonar aquellos pensamientos

angustiosos. Pero repetidamente, como queriendo grabarse a mazazos en su cráneo, retornaron las mismas imágenes: Paulina sentada en una habitación lujosa, sonriendo, y Miguel a su lado, quieto, mirándola. Repentinamente se preguntó por qué tenía que ser esto; si podía mantenerse, en verdad, un amor así, de expresión a expresión y de palabra a palabra. Sin más, sin absolutamente nada más. Aunque quizá estuviese en un error; tal vez no era lo que pensaba, exactamente. Quizá Miguel se le había adelantado porque pensaba curarse. Sí, sí, tenía que ser eso: Miguel pensaba curarse. Hizo un ademán brusco, como si los pensamientos le extraviasen. Quiso no meditar; estaba ya muy cerca de la capital. Los guiños de las luces le llamaban. Le traían el aliento nuevo de la multitud. De las calles conocidas, largas, llenas de reflejos. Se preguntó que iba a hacer allí. ¿Por qué caminaba rectamente a esfumarse entre esas luces, a confundirse entre esos reflejos? ¿A perder su voz entre el grito igual y constante de la urbe? ¿Para qué andaba si detenerse era, al fin y al cabo, igual y más cómodo? Se detuvo, en efecto, mirando aturdido a su alrededor.

Pero sintió una nueva fuerza. Sí; era absurdo estar quieto. Era estúpido inmovilizarse y ver cómo todo pasaba. La imagen de Paulina se esfumó; quedaron las luces. Su llamada, su grito, el aliento de la calle. Resucitó con más fuerza que nunca su anhelo perenne de no vivir por vivir, sino de quemar sus energías en una empresa grande. De dejar una huella de su paso, de superarse constantemente, abandonando todo lo demás. De ver cosas distintas que los otros, dominar y encauzar las fuerzas crueles que trabajan en el fondo de la vida, que oprimen el basamento de toda la constelación social. Y luchar, luchar, luchar siempre. Pero sintió nuevamente, con brusquedad, la desolación que le había agobiado unos meses antes; al recibir la carta de Nora. Su deseo de perder toda concreción, de pulular como una sombra en la infinitud del vacío. Quiso dar ahora un significado a esto: para Paulina, para Esteban, para Ismael, para Nora, para todos, él sería realmente una sombra. Como si no existiera; él trabajaría concentrado en sí mismo. No se sentiría llamado por personas distintas, por voces que distrajeran su atención. Ni querría estremecerse ante la expresión de unos ojos, ante el tono de una voz o la forma sensual de unos labios. Pensó en Paulina otra vez, al decirse esto. Y miró con ojos

extraviados la línea de la carretera, los reflejos cercanos de los puntos luminosos, que iban extendiéndose sin fin.

Sí; él tenía que desaparecer.

XXIII

Acababan de sonar las diez de la noche. El reloj de alguno de los cerrados pisos expandía aún los débiles ecos de sus campanadas. Entre la escasa luz de aquella escalera vibraban sonidos imprecisos, llegados, al parecer, de un sitio muy lejano. La sombra de la barandilla se marcaba igual que siempre sobre los peldaños desgastados, esquemática y larga. En las ventanas de los descansillos los mismos contornos desdibujados de antes. Moriel, al subir lentamente, examinó con detención aquellos pequeños aspectos tan recordados. Aquellas sombras conocidas en las puertas marrones y estrechas. La eterna penumbra en el hueco de la escalera, cortada a espacios por una bombilla polvorienta. Y el umbral de sus habitaciones, con el mismo recodo junto a la entrada y el mismo garabato que un niño vecino había dibujado en la pared años atrás, y que estaba junto a la ventana del descansillo. Advirtió una intensa emoción al encontrarse de nuevo frente a esas cosas tan simples como son un garabato conocido y una puerta. Frente a una sombra igual o el contorno impreciso de un ángulo. Sintió, al introducir silenciosamente el llavín en la cerradura, como si hubiera transcurrido muchísimo tiempo, como si él hubiera estado años enteros sin ver todo aquello. Y al encontrarse en la habitación semioscura tuvo que llevar las manos a sus ojos. La luz de la ventana recortaba en el suelo la forma de ésta, haciendo brillar un poco la superficie de su mesa de trabajo. Todo, entre la penumbra, estaba igual que la última vez; en el mismo orden, junto a las mismas cosas. Abriendo los ojos, cerró silenciosamente la puerta y encendió la luz. Pudo advertir la limpieza perfecta de la habitación; no había una sola mota de polvo sobre ningún objeto. Esta circunstancia, cuando esperaba encontrarlo todo más o menos abandonado, le extrañó realmente.

De improviso, al abrirse la puerta de una habitación contigua,

apareció Paulina. Iba distraída, con unos cuantos libros en los brazos; sin duda, estaba colocándolos en orden. No le vio. Moriel quedó rígido, inmóvil, con las manos apretadas sobre el borde de la mesa. Ella, al acercarse y depositar los libros, alzó los ojos. Estuvo a punto de lanzar un grito. Quedó también inmóvil, rígida, mirándole desde el otro lado de la mesa.

Durante unos instantes fueron incapaces de hablar. Rutilaba en los ojos de ambos una extraña y desconocida luz. Un brillo idéntico que significaba cosas imposibles de explicar. Moriel dio tres pasos; ella también. Hizo esfuerzos para sonreír y le tendió la mano; Paulina, en vez de estrecharla, la recogió, tapándose el rostro con ella. Se acercaron más. Moriel notó cómo Paulina lloraba; unas lágrimas humedecieron la mano que ella retenía. Luego depositó un beso en la palma, exactamente igual a como había hecho al despedirse la última vez, en la gruta de la montaña. El joven se sintió estremecer. Había en aquellos labios algo electrizante, alguna misteriosa energía que invadió sus sentidos. Quiso abrazarla, comprimirla en sus brazos. Ella apartó su mano y dejó apoyar su cabeza en el hombro de Moriel. Éste acarició sus cabellos unos minutos, luego los besó. Besó un rincón de su sien izquierda, junto al oído. Había en estos gestos de ambos una infinita fruición. Luego, bruscamente, se separaron a la vez, como comprendiendo la tremenda anormalidad del momento. Paulina le miró fijamente, entreabriendo los labios.

—Estaba… arreglando esto un poco…

Bajó los párpados, inclinando la cabeza.

—Antes lo cuidaba Nora, ¿sabes? Pero ahora no puede venir, y yo estoy algún rato aquí. Vengo casi todos los días, a esta misma hora…

Moriel inclinó también la cabeza.

—Paulina…

—¿Qué?

—Nora me escribió hace tiempo.

—Ya lo sé. Se lo pedí yo. Es… es verdad… —Él siguió acariciando sus cabellos unos momentos, sin decir una palabra.

—Jamás lograré explicártelo.

—No es necesario, Paulina.

—Sí; lo es. Necesito que nos sigamos comprendiendo. Hubo un

día en que tuve miedo de estar distanciada de ti. Cuando nos vimos la última vez. Sentí una cosa muy extraña; como si tú y yo hubiéramos de encontrarnos siempre espantosamente lejos. No podrás saber nunca lo que representa para mí ese pensamiento, y me he dejado llevar por la fuerza de las cosas. Hay ideas que se sienten, que determinan nuestros actos, pero que resulta imposible explicar aún entre nosotros mismos. Un año tiene muchos días y muchos pequeños, pero importantes hechos. Alguna vez te contaré lo que llegué a pensar. Pero tengo que decirte que… una cosa muy rara; no sé cómo empezar. Como si quisiera decirte que aún soy tuya. Que ni físicamente ha pasado nada en mi cuerpo. Miguel, mi marido, es…

Él colocó suavemente un dedo en los labios de Paulina.

—Lo sé desde… hace mucho tiempo.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste?

—Me parecía indigno. Además, nunca creí muy seriamente que podías llegar a casarte con él.

—Y ya ves. ¡Hay cosas tan extrañas en la vida! Cuando me lo dijo, sentí una alegría un poco brutal. Siento vergüenza, pero así fue.

Apoyó otra vez la cabeza en el hombro de Moriel, apretándose junto a su cuerpo. Él miró ante sí, a la penumbra de las otras habitaciones. Estos actos de Paulina no buscaban conseguir la satisfacción de una mujer, que busca fuera de su casa el placer que no encuentra en ella. No; Paulina era muy distinta; no iba ahí por eso. No hubiera ido todos los días a cuidar unas habitaciones desiertas. Y que iban a estarlo durante dos años más. En este momento comprendió a Paulina como si tuvieran ambos una idéntica sensibilidad. Comprendió sus ideas, sus pensamientos, su agonizar de tantos meses. Esas pequeñas cosas que se clavan en el cerebro y lo hacen nacer otra vez. Las palabras que zumban en los oídos durante noches enteras. Besó la frente tersa de la joven. Y quiso convencerse de que estos actos suyos, estas caricias, no tenían tampoco la repugnante significación de un aprovechamiento de su superioridad física para arrebatarle la mujer a un hombre desdichado. No; él también había agonizado meses enteros. Sentido en su cerebro el pinchazo de las cosas pequeñas. Pero para mantener a Paulina tan cerca de sí, tenía que olvidar el egoísmo que

había impulsado sus actos, y la alegre crueldad con que ahora acogía su presencia. No había el menor arrepentimiento en Paulina; para ella, extrañamente, no existía más que aquello que en cada momento estaba viviendo. Y la figura de Miguel de Latorre ya no significaba nada para ella, presente la suya. La apartó y la estuvo mirando, con ojos dañinos, como si estudiase un insecto, hasta que en el rostro de la muchacha brillaron las lágrimas. Entonces la volvió a aproximar a sí.

Al mismo tiempo, un deseo sutil se apoderaba de su conciencia, y era el deseo de confesar a Paulina que seguía amándola, que ni un día la olvidó. Pero guardó silencio, porque ahora la muchacha sólo le inspiraba compasión.

Ella levantó la cabeza y le miró ansiosamente, sujetándole por los hombros.

—¿Me quieres?

—Sí, claro que sí, Paulina.

—Pues yo tengo que rogarte una cosa. Debes seguir igual. Estudiando, como antes. Te falta un año. Sólo uno, fíjate bien. Y entonces seremos libres, iremos lejos, donde tú quieras. Siempre, sin que nada nos pueda separar.

Le apretó nerviosamente los hombros, como si no estuviese convencida aún de que le tenía delante. Susurró:

—¿Cómo estás libre?

—Me redujeron la condena muchísimo, pero estaré en una especie de libertad vigilada algún tiempo.

—¿No nos separarán?

—No.

Se miraron largamente. Moriel pensó, durante unos segundos, en las fuerzas fatales que pueden anidar en el corazón de una mujer. En sus arrebatos que a veces parecen ilógicos. Cómo, a veces, la bondad de un hombre no logra desviar la pasión que les conduce hacia otro. O cómo, bruscamente, reflexionan mucho, se ciñen a la lógica más estricta. Sonrió. Paulina hizo un guiño expresivo, de ternura casi infantil. Él, entonces, se vio asaltado por una duda.

—¿Y no puede ser muy violento para ti si descubren que vienes a estas habitaciones?

—No lo descubren. Miguel, a veces, tiene también sus cosas un poco raras. Cuando hay anormalidades políticas, ya no se preocupa

de nada más. Discute con sus compañeros de si vamos a tener guerra civil, si España va a estar mal o no, hasta qué punto pueden consentirse las intromisiones en el Ejército… mil cosas. Esos días no piensa en nada más. Ya ves: en cierto modo, depende un poquito de los tinteros que los diputados se arrojan a la cabeza.

Moriel volvió a sonreír.

—Me dijeron que Ismael se había interesado por la revisión de mi causa.

—Ahora recuerdo que oí también eso.

—¿Y Nora?

—Igual. Bien.

—¿Sigue estando poco rato en casa?

—Según creo, menos que nunca.

Moriel contempló la ventana de la habitación. A través de sus vidrios penetraban rutilaciones débiles de luz. De esa luz parpadeante que, a distancia, parecía colgar sobre un abismo negro. Quiso que la felicidad le invadiese a la fuerza. Y lo logró, en cierto modo, al pensar que caminaría otra vez junto a Paulina, por las calles repletas. Y en los ojos de ella brillarían, reflejándose, los puntos luminosos. Creyó verlos brillar ya. Paulina estaba muy cerca, mirándole, entreabriendo sus labios.

Fue entonces cuando, por segunda vez, algo chispeó en el cerebro de Moriel. Diez segundos sólo: pero durante ellos su presencia allí le pareció lo más extraño del mundo. Desasiéndose de Paulina, fue hasta la pared y se reclinó en ella. ¡Cómo se amaban! —pensó de repente—. ¡Qué pronto, al verse, se habían entregado uno al otro, sin pensar en más! Pero todo esto, después de un año de soledad, tenía un recóndito punto doloroso.

Algo que había chispeado en su cerebro y le había hecho apoyarse en la pared. Como antes, miró a Paulina con ojos crueles, taladrándola. Ella se acercó, corriendo, y apoyó la cabeza en su hombro, con desesperación, para no ver aquella mirada, como si de este modo pudiese anularla.

—Te quiero, te quiero —musitó—. Daría mi vida por que no pensases más que en esto.

Buscó sus labios, con ansiedad. Moriel inclinó la cabeza y se besaron largamente.

Luego él susurró:

—Tendré que ir a ver a Nora y a su padre esta noche. No me lo perdonaría si no lo hiciese.

Paulina hizo un guiño de ternura infantil, moviendo de un lado a otro la cabeza.

—No, tienes que estar más tiempo conmigo. Hasta que sea muy tarde.

Sí. Era ya muy tarde cuando salió; dijo que era más prudente marchar sola. Y sola, en la penumbra de aquella escalera, se dio ahora cuenta de lo brutal que para ambos había sido aquel encuentro. De cómo sus ojos se habían nublado al ver a Moriel; y el acercarse a la mesa; y al oír el timbre de su voz. Tuvo que apoyarse en la pared, como él había hecho antes. ¡Qué intensos, qué profundos habían sido esos minutos! Tanto que ahora, en la penumbra del descansillo, le hicieron un daño físico. He aquí que algo muy importante se había roto; o vuelto a existir, no lo sabía bien. Paulina fue otra vez hasta la puerta de Moriel y se apretó allí, el rostro contra la hoja de madera, conteniendo la respiración, estrechándose en el hueco pequeño de la entrada. Palpó la pared ansiosamente, vibrando todo su cuerpo, sus manos, sus diez dedos extendidos. Sí; ahora iba a empezar algo, algo tremendo que la hacía sentirse sin fuerzas para soportar este minuto de soledad junto a la puerta cerrada. Tuvo que llamar con los nudillos, golpear la madera varias veces, nerviosamente, frenéticamente. Y cuando Moriel abrió fue a esconderse entre sus brazos, como si detrás de todos sus pensamientos se encontrase un telón recóndito de miedo.

XXIV

Moriel se dijo que iba a cambiar mucho, que iba a realizarse en él una lenta y constante transformación, incluso física. No la simple transformación de los años; algo más. Quizá no lo notara ante un espejo, pero era evidente que debía transformarse. Como si todas sus impresiones de los últimos tiempos crearan nuevas células y le encadenaran a nuevas necesidades.

Estuvo toda una tarde escribiendo. Luego pensó que entonces comenzaba realmente para él la vida. La vida —la vida— comienza donde la verdadera ilusión termina, y por eso tiene algo de terrible.

Pero los que se dan cuenta bruscamente de que algo ha cambiado, los que de esa manera comienzan a vivir, guardan una desconocida fuerza en su interior. No todo lo pasado se esfuma siempre. Esa fuerza es la energía abrasada, la energía rota que no puede perderse. Los ojos reflejan en el espejo una opacidad siniestra: están apagados; las manos se crispan involuntariamente sobre los objetos: poseen una sensibilidad extrahumana; los labios dibujan una mueca irónica que se dirige a ellos mismos: ya no sonríen más que en el rigor de la soledad; el cutis brilla como sumergido en la excitación durante unos instantes; luego el brillo se apaga, retorna una opacidad inexpresiva a la piel, el rostro aparece en el espejo con la horrible característica de lo inerte y una sacudida rítmica, una tenue reacción nerviosa significan que la vida vuelve a nacer. Entonces se desdoblan el hombre y el fantasma.

Moriel anduvo por los lugares donde varios años antes le gustaba andar. Los contempló muchas veces, como gozando el sentimiento de su nueva libertad, la nube gris y el cielo surcado de nubecillas blancas. Un deseo obsesivo de reconocerlo todo, de identificarse con su mundo, se apoderó de él. Las calles volvieron a saludarle, y el fantasma que había dejado en cada una de ellas salió jubiloso a su encuentro.

A poco de su regreso a Barcelona, hizo una visita a Ismael Leonardo, pues no le había visto aún. A Nora, sí. Estaba como siempre: bellísima, pero con un fondo hermético. Además, quizá encontrarse allí también a Esteban Ortiz, que había quedado en libertad dos días antes.

No encontró a nadie en la casa, fuera de un sirviente. Le dijo que Nora volvería muy pronto. Mientras esperaba, se abstrajo contemplando el cuadro de la barquichuela. Era una alegoría atrozmente real, resumiendo el mejor trabajo de su amigo. La firma se encontraba en el fondo negro, perdiéndose casi en él; aquello le causó una sensación deprimente.

Abstrayéndose, soñó que en aquella barquilla iban Esteban Ortiz y él, completamente solos. Paulina quedaba en la orilla, riendo.

Aquel pensamiento le dejó enormemente confuso. Entonces pareció darse cuenta de que todo estaba perdido y dejó de pensar. Sólo creyó que nunca podría librarse de la imagen de la barquilla conduciéndoles a Esteban Ortiz y a él; mientras, la risa de Paulina era queda, prolongada, formando como un murmullo de burla terrible.

—¡Nora! —susurró.

Fue esto un producto de su asombro, que le impedía modular otro nombre. La llamó, quizá, porque a Nora Leonardo no la había visto nunca reír de aquel modo.

Entonces se volvió lentamente, y advirtió que la tenía a su espalda.

—Perdón. Buscaba a Esteban… —quiso disculparse.

Se dio cuenta de que estaba asustado, y como ahogándose por un sollozo. Desde muchos años atrás no lloraba. También la visión de la hija de Ismael Leonardo le impresionó bruscamente, pareciéndole que desde largo rato acechaba, uno por uno, todos sus movimientos.

—¿Has visto a Esteban? —repitió, ya con voz absolutamente normal.

Nora se encogió de hombros, señalando un ángulo poco iluminado de la sala. Moriel miró hacia allí y estuvo a punto de lanzar un grito. Iluminados muy tenuemente, sumidos casi en penumbra, se encontraban los dos retratos de Paulina cuya posesión tanto había deseado. El rostro de Paulina poseía un brillo muy débil

y lejano.

—¿Se los ha vendido a tu padre? —preguntó, sin alterar el tono de su voz.

Nora Leonardo denegó lentamente.

—No. Son para ti.

Moriel hizo un gesto de sorpresa. Aquellos retratos significaban tanto para Esteban Ortiz que no era posible que en vida hubiese consentido abandonarlos. Por eso se limitó a sonreír tristemente.

—¿Es una broma? —musitó.

—No, te lo aseguro —dijo Nora acercándose a la pared donde estaban colocadas las pinturas—. Los dejó anoche, porque pensaba marchar inmediatamente, y dijo que eran para ti, pero sin dar más instrucciones. Querrá que se los guardes, me imagino. Se negó a vendérselos a mi padre. Como ves, incluso sólo falta envolverlos.

Señalaba con el índice dos grandes piezas de papel, ya dispuestas. Los cuadros estaban asegurados por el reverso, quizá por la misma mano de Ismael Leonardo. Nora colocaba su rostro junto al de Paulina, denotando sus expresiones un parecido que Moriel observó con atención.

—Bien, me los llevo —dijo simplemente, pasado un momento.

Dirigiéndose a ellos y descolgándolos, los empaquetó con gran cuidado, pero procurando no mirar apenas el anverso. Nora Leonardo le ayudaba silenciosamente, apoyando a veces con demasiada insistencia sus manos sobre las de Moriel. Éste, si de algo había estado alguna vez orgulloso, era precisamente de sus manos, que ya no sufrían la más mínima deformación. Sin embargo, no notó aquel ademán que, caso de percibirlo, no le hubiera asombrado ya más de lo que estaba.

—¿Ha dejado alguna otra cosa? —preguntó.

Nora denegó, sin despegar los labios.

Cuando los dos cuadros estuvieron envueltos, los colocó bajo el brazo, puesto que no eran de gran tamaño, y miró fijamente, con expresión algo triste, a la hija de su protector. El que le había pedido a cambio que siempre acompañase a Nora.

—¿Cuánto valen? —preguntó.

—Mi padre, que es un experto, cree que bien podrían pagarse por ellos mil pesetas.

—¿Mil? Realmente es un buen regalo.

Hizo un gesto que no significaba nada concretamente, y saludó a Nora para despedirse. Luego le preguntó por el destino de su compañero, pero ella no supo decirle dónde había ido.

—De todos modos —añadió— supongo que no podrá ir muy lejos, porque sus padres se encuentran mal.

Creyó que aquellas palabras no podían causar ningún efecto, pero Moriel debió de percibirlas muy bien, porque salió a la calle con un gesto preocupado. Nora Leonardo le vio marchar desde un ventanal muy amplio, precisamente el que antes utilizaba Paulina siempre. Luego, en la habitación penumbrosa donde se encontraba, encendió, silbando lentamente, un rudimentario quinqué de petróleo, el cual proyectó rectamente su nimio resplandor sobre otro cuadro, colocado a media altura sobre el tabique. Era un retrato que Esteban Ortiz había enseñado una noche a su amigo en el cuchitril de la cartuja, y representaba a Enrique Moriel. Luego, silbando también lentamente, apagó aquella luz.

XXV

La familia de Esteban Ortiz había conocido, algunos años antes, fechas prósperas y hasta felices, aunque siempre dentro de una declarada medianía económica. Trabajaba el padre, y la madre cuidaba, bien o mal, a sus dos hijos, de los cuales Esteban era el mayor. Aventajaba en tres años a su hermana Alicia, que tenía ahora, por lo tanto, dieciocho. Era la misma de que había hablado evasivamente al oficial Miguel de Latorre. En cuanto a esa buena época, se situaba para ambos en uno de los primeros recuerdos de la infancia.

Luego había caído sobre ellos una adversidad brusca, tremenda, que consideraron siempre como uno de esos males repentinos, que vienen porque sí. Sin embargo, todas las pequeñas cosas, todos los mínimos actos, exigen una minuciosa y cuidada preparación. La preparación del mal es una labor de zapa de la que, durante años y años, se escuchan los golpes y se reciben los augurios.

El padre de Esteban era un jornalero, pero ganaba en aquel entonces lo bastante para vivir. En cuanto a su madre, a pesar de aquello, no podía librarse de los equilibrios económicos, tenazmente sostenidos; esto la envejeció rápidamente.

Por desgracia, la vejez prematura lleva aparejados el mal humor, la desidia y el aburrimiento de vivir. La madre de Esteban aguantó aquella lucha continua todo lo que pudo, pero en los últimos tiempos estaba rendida. Era una mujer en cierto modo joven, que poseía un nombre bello —Victoria— y que se derrotó lentamente a sí misma.

Lentamente primero y con más rapidez en seguida, la esposa fue sustituida por la madre de un modo definitivo. Quizá, a veces, ninguna de las dos existía. Por eso, en el padre comenzaron a desarrollarse los vicios pequeños y a nacer los grandes. Necesitaba buscar algo de alegría fuera de su hogar. Trabajaba muchas horas, y

luego sólo encontraba una mueca triste y una cena desabrida.

Al principio llegó a interesarse por Esteban Ortiz, pero luego lo dejó, porque no le gustaba la pintura. Su hija tenía momentos deliciosos, a pesar de lo cual le contemplaba a él con relativa indiferencia, y más tarde, cuando se desarrolló, supuso que le daría demasiado trabajo, por lo que, aunque no era coqueta, comenzó a aburrirla. Vivía en una ciudad donde para encontrar alegría era preciso pagarla, pero se podía escoger. Él escogió. Los sábados por la tarde salía a las cuatro y volvía a las once. Sin pronunciar nunca una palabra. Cierto que durante diecisiete años se había mantenido más o menos fiel, pero el hombre —pensaba— no se ha hecho para las eternidades. Aunque todos estaban tranquilos, porque no podía gastar más allá de diez pesetas.

Sin embargo, la pasión exige, y cuando no es posible gozar con lo bello se goza con lo feo. Las casas de placer estaban divididas en categorías. Él llegó adonde pudo. Sin precauciones y sin hacerse ninguna reflexión. El placer es el capítulo más misterioso en la historia de los seres, y causa cierto asombro investigar en los negros tejidos de su fondo.

Entonces apareció un grano casi diminuto, nacido junto a su labio inferior. Aunque comprendió, pasado algún tiempo, su origen, no por eso dejó de embrutecerse, al convertirse en un pesimista. Durante unos meses se rió de todo, aunque por las noches temblaba convulsivamente, y, pasado cierto plazo, quedó incapaz para servirse de su brazo izquierdo. Siguió trabajando, pero luego ya no pudo andar. Entonces blasfemaba. Aquellas blasfemias fueron para Esteban Ortiz el principio real de su vida.

Durante tres años había permanecido en el colegio donde conociera a Moriel, pero aquello fue muy breve. Repentinamente, todos le exigieron que trabajase; él, entonces, para conseguir estudiar, comenzó a vender sus cuadros.

Alicia se fue marchitando. Al principio dijo a su hermano estar enamorada de Enrique Moriel, pero desistió, porque éste parecía no darse en absoluto cuenta de nada. Era una hermosa muchacha de cabellos rubios, algo macilenta, Moriel le explicaba algunas veces, cuando ella se lo pedía, lecciones fundamentales de Matemáticas y algo de Literatura. Sin embargo, como trabajaba en un taller de modista, pronto buscó compañía más alegre y se hizo jovial y

despreocupada. Esteban Ortiz no se dio cuenta de ello, pero Moriel sí.

En cuanto a la vida, se hacía más agotadora a cada momento, porque todos consumían y nadie ganaba. Esteban Ortiz luchó, pero con ese tesón terrible e indiferente de los fatalistas.

Sin embargo, todos comprendían que estaba animado por un ideal desconocido y oculto.

Su padre siguió blasfemando.

A veces, las ventanas no quedaban bien fijas en sus quicios, y las blasfemias se oían desde la calle.

Ahora, cuando al salir Esteban de la cárcel no había querido estar ni dos días con ellos, para irse como un loco a pintar lejos, a estar solo sin saber para qué, la madre lloraba todas las noches y sus gemidos, como los de un animal pequeño y maltratado que no quisiera hacer mucho ruido, se oían a veces también.

XXVI

Enrique Moriel terminó su carta y empleó unos segundos en releerla con atención. Luego hizo un ademán de indiferencia, colocando en un sobre el pliego donde estaba escrita.

Había recibido dos cartas de Esteban Ortiz en un mismo día. En la primera, escrita sin duda con la mente obsesionada, su amigo le exponía una serie de deseos íntimos, hilvanados confusamente, deseos tan personales y recónditos que parecía imposible pudieran detallarse sin más en una carta. Giraban, como es lógico, en torno a Paulina, con la que Esteban decía francamente que deseaba unirse. Jamás creyó llegaría a comprenderlo tan bien como en estos momentos de soledad. Había conocido, por un amigo militar, la impotencia de Miguel de Latorre; esto hacía más fácil la realización de sus sueños. Deseaba hacer suya a Paulina a costa de todo; y exponía detalladamente, con cierta fruición, la dicha que el carácter apasionado de la joven podía proporcionarle.

Moriel no se sorprendió mucho ante esta inesperada confesión, pues su amigo tenía la debilidad de hacérselas para calmarse, cuando no podía más con sus propios pensamientos. Además, la confianza entre ambos era ilimitada. En la segunda carta —muy breve— Esteban resumía sus proyectos, consistentes en pintar lo mejor del pueblo donde se hallaba. Tenía intenciones de organizar en Barcelona su tercera exposición, por lo cual rogaba a Moriel le fuese tramitando alguna cosa. Esperaba ganar mucho dinero, si todo iba bien. Y, en la posdata, advertía que con ese dinero iba a serle fácil organizar su vida privada. No era necesario decir más. Le rogaba con toda franqueza que le ayudase; ahora bien, con esto laboraba muy directamente contra las aspiraciones íntimas de Moriel, por lo que si éste no quería ayudarle, estaba en su derecho y no iban a enfadarse por eso.

La carta terminada en este momento era la respuesta, también

bastante breve, y como consecuencia, lacónica. Decía únicamente que se encontraba dispuesto a serle útil en todo, incluso en lo referente a la exposición de pinturas. Esperaba que, organizándola bien, tendría un éxito importante. Añadía que el estado de salud de Paulina era perfecto, y terminaba rogando a su amigo que le escribiese con frecuencia. Luego firmaba, y añadía como posdata que un mes es un plazo bastante corto, sobre todo para ir preparando la atención de algunos posibles compradores.

Aquella carta debía recibirla Esteban Ortiz con la mayor rapidez posible, para que, seguro de su cooperación, empezar a trabajar inmediatamente. En consecuencia, Moriel la había escrito después de la última clase del día, antes de comenzar con el estudio para la próxima jornada. Estaba en su habitación, sentado ante la mesa de trabajo, y había cubierto de libros una parte de ésta, con objeto de que no le estorbaran. Luego advirtió que algunos de ellos eran de mera consulta, y se levantó para guardarlos en su armario-librería. Quedaron, a su derecha, los volúmenes de texto, y en el centro, sobre la carpeta, el sobre dirigido a Esteban Ortiz.

La carta de éste había sido quemada unos minutos antes, porque Moriel temía que Nora Leonardo pudiese encontrarla. Realmente, no se le podía llamar curiosa pero algunas veces se fijaba en sus papeles. Moriel, en aquellos casos, los destruía u ocultaba.

Fue entonces cuando Ismael entró con su llave.

Quedaron los dos, frente a frente. El joven de pie y su visitante sentado. A ambos les iluminaba el resplandor de la cercana pantalla rojiza, pantalla que prestaba tonos rosáceos a la blancura de las facciones.

—¿Ha venido Nora durante esta semana? —preguntó Ismael.

—Eso creo.

—Pues bien; mientes.

—Concedido.

—¿Por qué debo ignorar yo lo que ella hace?

Moriel movió las manos significativamente.

—Por favor; usted no ignora nada.

—¿No? Todo lo que ambos queréis ocultarme. Ahora, por ejemplo, sé que mi hija está en… ¿para qué voy a mencionar el nombre de uno de los callejones menos recomendables? Y anteayer fue también. Ayer no sé. Pero de todo eso tú no me has dicho una

palabra. Y te contraté para que la controlaras, para que tu amistad la guiase.

Hizo un ademán enérgico, como queriendo significar que aquello no podía seguir de ese modo.

—Mi hija se pierde, Moriel. Yo tengo confianza en ti porque conoces la vida. Pero, últimamente, pareces haberte despreocupado. ¿Es acaso por Paulina?

Lo preguntó bruscamente, tratando de fingir naturalidad, pero sus palabras tenían un acento ansioso. Moriel no dejó de notarlo, aunque le pareció sorprendente.

—¿Paulina? ¿Aquella joven que usted recogió hasta su boda?

—Sí, la misma. Y, oye, no te hagas el tonto.

—Le aseguro a usted que apenas la trato. Y además, día tras día junto a Nora, sin que jamás me haya permitido el menor desliz, son la mejor garantía que puedo dar sobre mi frialdad o mi sentido del deber. Por otra parte, Paulina es insignificante si se la compara con su hija de usted.

—Dices bien, Moriel; mi hija es bella.

—Ciertamente…

—A pesar de lo cual, Paulina es deliciosa.

—Sí, claro… No digo que no…

—Y la muchacha más amante que se puede encontrar; está llena de sensibilidad.

Moriel tuvo una expresión perceptible de sorpresa, pero rápida como el pestañeo de los ojos. Ismael Leonardo parecía entusiasmarse gradualmente con aquella enumeración de perfecciones.

Ismael se levantó de la butaca para dar unos pasos a lo largo del aposento. Lo examinó todo con alguna detención, porque había estado allí pocas veces; luego alcanzó el sobre que se hallaba colocado en la carpeta.

—¿Esteban Ortiz? Ese muchacho es un poco raro. Hace bastante tiempo que no le veo; a propósito, tuviste una suerte asombrosa con los dos cuadros que te dejó, no sé por qué. Yo le ofrecía mil quinientas.

Moriel hizo una mueca de admiración.

—Es bastante. Realmente, nadie daría más de ochocientas o, a lo sumo, mil.

—¿Nadie?

El joven creyó que se refería a él.

—Le aseguro que, caso de poseer ese fabuloso capital, yo no los compraba.

—¡Ah! Desconfías, temes que quiera meterte en una encerrona para forzarte a confesar. Pues bien, si deseas saber quién daría no mil quinientas pesetas, sino dos mil, y más, tres mil, lo que hiciera falta, le tienes aquí.

Moriel procuró no sorprenderse.

—Sí; usted ama el Arte con demasiado apasionamiento.

—¡El Arte! —El acento había sido burlón, despectivo—. ¡El arte! Yo sólo amo dos cosas en este mundo, Enrique Moriel. Amo a Nora Leonardo y a Paulina Ayerber; también ahora soy capaz de sentir con una intensidad mucho más terrible que la tuya. Te gano en vida, ¿comprendes? ¡Por eso no puedes superarme en nada!

—Pero —intentó oponer Moriel, sin interpretar nada seriamente— usted es un hombre de cuarenta y seis años que tiene, por añadidura, lesiones importantes en un costado.

Ismael Leonardo, al escuchar su voz tenue, lanzó una carcajada.

—¡Lesiones! —exclamó—. ¡Cuarenta y seis años! ¿Crees que eso puede significar algo? Mi cuerpo ya no sufre ninguna lesión. Durante muchos años me he sometido a diversos tratamientos, como tú sabes. Mientras estuviste preso, todo dio el resultado apetecible. Pero tú lo ignoras porque casi no vienes a visitarme, en contra de lo que convinimos. No me dejas ser franco contigo, y Nora no te lo ha dicho porque parece que os alejáis. Ninguno de los dos cumplís con lo estipulado…

Hizo un gesto breve, bajando inmediatamente el tono de su voz.

—Pero salva a Nora, Moriel… Salva a Nora…

Moriel hizo un ligero movimiento, como para ir a hablar, pero Ismael Leonardo no le dejó. Estaba pálido, agitado, temblando convulsamente, bajo los efectos de una emoción incontrolable.

—Las calles están sucias, húmedas, eternamente mojadas durante las noches de invierno. Nora no puede ir ahí, ¿comprendes? Nunca he podido saber qué líos tiene. Por muy horriblemente viciosa que sea, tú debes convertirla; haz lo que quieras, lo que se te ocurra; pero impide que vuelva ahí… Hace mucho tiempo, cuando escapó de un colegio de gran austeridad, vi que era otra; que no

tenía confianza en mí. Yo creo que entonces comenzó a buscar placeres. Ya debe de tenerlos ahora, por desgracia… Óyeme, yo te destruiría si quisiera, pero te necesito; tú dudas de Dios, pero comprendes el mundo. Ella no debe de comprenderlo aún, cuando se expone tanto. Te he utilizado por el sencillo motivo de que, con tus ideas, la obligarás a pensar, y has demostrado que, pese a todo, no puedo sustituirte. El contrato es ventajoso para mí. Por una protección muy modesta aprovecho tu intuición, la misma que me atrevería a llamar diabólica y que, si necesito para salvar a Nora, se vuelve por otra parte contra mí…

Moriel le escuchaba impávido, aunque fuertemente impresionado. Ismael hablaba acercándose a él, retrocediendo a veces bruscamente, cambiando el sonido agudo de su voz en un susurro imperceptible, o elevando éste, como un golpe repentino de hacha. Moriel, al verle terminar, no quiso disimular su asombro.

—¿Yo en contra? Pero…

—Calla —musitó, de modo brusco, el hombre—. Tú tienes mucha constancia; crees que no desfallecerás nunca. Sin embargo, yo te haré desfallecer. Fíjate que cosa tan extraña: eres mi enemigo, pero te necesito. A pesar de todo, sábelo para siempre: ¡Yo te odio!

En seguida hizo una mueca brusca, como si sintiese deseos de llorar o de golpearle.

—¡Ah, la vida, pequeño!… ¡Yo te odio!

XXVII

Exactamente diez años atrás —hoy Nora cumplía los veintiséis— le había ocurrido una aventura que consideró impresionante, pero que a otra quizá no le hubiese importado. Precisamente, no podía pensar qué influencia podía haber tenido aquella aventura en otra, porque un suceso semejante sólo podía ocurrirle a ella. En efecto, ¿qué otra persona era capaz de detenerse bajo la lluvia, en una calle desierta y oscura, y estar así varios minutos para ver simplemente el decrépito caminar de un anciano? Probablemente ella sola, Nora Leonardo; que, por otra parte, era capaz de muchas distintas cosas más.

Lo recordó en esos instantes porque también llovía, pero asimismo porque hacía exactamente diez años. Además, la lluvia actual no podía compararse en modo alguno con la de aquella noche. Ahora caían gotas nada más, y aun entre espacios de calma. Entonces ella se había encontrado, y de un modo brusco, bajo un verdadero torrente.

Había ocurrido durante una de sus vacaciones de invierno, exactamente en los primeros días de diciembre, cuando ella solía encerrarse en su casa y no salir de allí. La atmósfera se hacía oscura, densa, y la capital parecía extenderse como si proyectara mil extrañas sombras. Como consecuencia, Nora ignoraba muchos de sus vericuetos. No salía nunca y permanecía todas las tardes junto a su padre, leyendo. Sin embargo, aquella noche se desplomaba un aguacero y salió.

¿Por qué lo hizo? Sin duda porque se sentía pesimista, y la casa, pese a ser enorme, se le hacía estrecha. Estaba malhumorada sin saber por qué, aunque podía ser una causa el que aquella tarde hubiese deseado estar sola, sin haber conseguido que nadie se moviera de su lado. Ya hacia la noche, pareciéndole imposible seguir en compañía de todos aquellos amigos y familiares lejanos,

reunidos allí por unas horas, dijo que se retiraba, y, colocándose un impermeable, salió. Al llegar a la calle se consideró más libre, pero no desapareció su pesimismo.

En consecuencia, comenzó a mirar con ojos de analítico disgusto todo lo que veía. Realmente había muy poco que ver; las calles estaban brillantes e intransitables, y los que normalmente hubieran sido transeúntes permanecían refugiados bajo los toldos de los establecimientos y los salientes de las casas. Nora Leonardo, pese a la intensidad del aguacero, pensó que no había salido para estarse quieta en uno de aquellos lugares. Por eso dirigió sus pasos al centro de la calzada.

De este modo, con movimientos veloces, recorrió varias calles cada vez más populosas. Allí, caso de desear refugiarse bajo uno de los toldos, apenas hubiera encontrado sitio, lo que hizo aumentar su pesimismo y también su deseo de hallar la parte ridícula en todo. Aunque aquel torrente no tenía parte ridícula posible. Hizo un gesto resignado, y esperó varios minutos en un portal, donde todas las personas la miraron con insistencia. Hombres y mujeres: unos con deseo y otros con envidia. Ella también los miró a todos, y sintió deseos irresistibles de marchar, pero tuvo el presentimiento de que alguien iba a seguirla.

Examinó entonces las calles, buscando el lugar por donde le sería posible volver más rápidamente a casa, pero se vio obligada a confesar que no conocía aquello. Se había perdido. Entonces, para no preguntar a nadie y para que ninguno de aquellos hombres se ofreciese como guía, salió de bajo el toldo y se introdujo sin titubear en una calleja adyacente, la más sombría que pudo ver.

En efecto, nadie la siguió. Examinó las edificaciones, pero supo de antemano que era inútil, porque no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Caminó, pues, rápidamente hacia el interior de la calleja, sintiendo cómo se deslizaban ya por su frente algunas gotas de lluvia. Por otra parte, las personas desaparecían de su vista, huyendo del aguacero. Hacia la mitad de la calleja, ésta se ensanchaba repentinamente, y entonces la vio en absoluto desierta. Nora se detuvo unos momentos, indecisa.

Estaba en una esquina muy poco agradable, en forma de ángulo. Frente a ella tenía un paso para vehículos relativamente ancho, limitado por una acera alta. Al otro lado de la calzada, frente a ella,

un niño permanecía inmóvil, pero no llevaba impermeable ni parecía preocuparse por la lluvia.

Nora lo miró fijamente; el niño estaba absorto. Entonces vio avanzar por la calzada, en dirección al pequeño, un viejo que caminaba lentamente. Nora le miró también y se sintió intranquila. No era supersticiosa ni creía en los presentimientos, pero ¿por qué pensó entonces que allí comenzaba su verdadera existencia?

Siguió mirando al viejo cada vez más intranquila, aunque en realidad sin comprender por qué. Unicamente sentía el temor de que aquel hombre pudiese hacer algún daño al niño, el cual no parecía haberse dado cuenta de que era observado por dos pares de ojos. Los del viejo rutilaban en unas facciones arrugadas, pequeñas; difícilmente se podían imaginar unas facciones tan gastadas como aquéllas. Además, era encorvado y de mediana estatura, pero andaba sin necesidad de bastón. Tampoco usaba impermeable ni iba cubierto con paraguas; únicamente vestía un traje muy ajado y muy oscuro, quizá negro. Nora vio cómo se acercaba al niño, que aún no debía de haber advertido su presencia. Entonces el viejo cogió al pequeño de la mano y le dio sin más dos bofetadas.

El niño tuvo un estremecimiento convulso. Nora vio que el viejo, mascullando palabrotas, se iba. El niño permaneció quieto, con la mano izquierda en su mejilla. Entonces el viejo dobló la esquina para seguir una calle perpendicular al sitio donde se encontraba Nora. Seguía andando lentamente, con los mismos movimientos torpes.

El pequeño hizo un mohín de tristeza, y, mirando al lugar donde se encontraba el anciano, se sentó en la calzada, junto a un enorme charco, con los pies introducidos en un arroyo. Allí apoyó sus codos en las rodillas y abrazó la cabeza con las palmas de las manos. En esa posición quedó meditabundo, inmóvil; el aguacero seguía desplomándose con intensidad aplastante. Nora Leonardo cruzó con rapidez.

El niño la vio venir, pero no hizo el menor movimiento; por el contrario, la contempló con una expresión tan resignada y triste que ella tuvo una sorpresa, una de las sorpresas más dolorosas e inesperadas de su vida. No había visto morir a su madre, porque no la conocía. Ella era entonces demasiado pequeña. Sólo había visto las expresiones inmutables que la contemplaban siempre. Después,

el cadáver de una de las religiosas de su colegio, envuelta en sus hábitos negros; era gruesa, baja, y se hallaba como embutida en la estrechez del ataúd; pero, aun así, hay cosas más impresionantes que la muerte.

Nora Leonardo tembló. Otra cosa que ella jamás había visto era la cruel indiferencia ante el dolor. El niño estaba sumido en la inmovilidad más absoluta.

—¿Cómo te llamas? —susurró, con la voz más dulce que tuvo. El niño alzó la cabeza ligeramente, mirándola. Nora Leonardo no sabía si su rostro era bondadoso, pero sabía al menos que era extremadamente bello. Un rostro bello y una voz dulce en una joven de dieciséis años es imposible que dejen de tranquilizar a un niño.

—Jorge —respondió sencillamente.

—¿Y quién es ese viejo?

—No lo sé. Me tiene rabia y siempre que me ve me pega.

—Pero ¿por qué?

—Porque me tiene rabia.

Nora hizo un movimiento de sorpresa. No se le había ocurrido hasta entonces que hubiera viejos malos porque sí. Y niños quietos, con la expresión extraña de una resignación innatural. No supo bien lo que le pasaba esa noche. Todo lo ocurrido era muy sencillo, incluso muy tonto, pero nuevo e ignorado para ella. Miró con gran atención al pequeño. Debía de tener unos diez años, pero estaba muy poco desarrollado, y era extremadamente pálido, con ojos hermosísimos y brillantes. Por otra parte, se notaba cierto cuidado en su vestir; llevaba un jersey de lana y unos pantalones cortos, ambas prendas materialmente empapadas de agua. Estaban limpias, íntegras, aunque muy usadas. Nora repitió aquel gesto de sorpresa.

—¿Por qué no vas a tu casa? —susurró.

—Porque no quiero.

—Pero ¿por qué no quieres?

—Porque mi madre está enferma y dice mi hermano que no me acerque.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Enrique.

Nora extrajo varias monedas de una pequeña cartera, guardada en uno de los bolsillos de su impermeable, y las puso en la mano del

niño, sin que éste, nuevamente absorto, se diese cuenta de ello al principio. Cuando advirtió el roce metálico en sus dedos alzó el rostro con rapidez, denotando un profundo asombro.

—No —dijo.

—Calla —musitó la joven—. ¿Cómo has dicho que se llamaba tu hermano?

—Enrique.

He aquí un nombre que tampoco se le olvidó a Nora nunca.

Musitó:

—Toma eso, y vete. Cómprate alguna cosa para ti o para tu madre. ¿Dónde vivís?

—En esa casa grande.

Era precisamente aquella junto a la cual había contemplado la joven todo lo sucedido. Se volvió levemente para mirarla y para que el niño no se encontrase cohibido ante sus ojos. De todos modos, estaba segura de que no tardaría en decidirse. Las pequeñas ilusiones son las más intensas, no se detienen ante nada. Lo único que temía Nora era aquella expresión resignada del niño. Quizá no aceptase.

Entonces se volvió. El pequeño tenía ya las monedas fuertemente oprimidas en su mano derecha y hacía ademán de incorporarse. Estaba completamente mojado, más aún de lo que al principio había supuesto, empapado en agua. Estornudó fuertemente tres veces seguidas, pero con una tos profunda, angustiosa. Luego intentó sonreír, mirando hacia arriba, al rostro de Nora, que se había incorporado.

—Gracias —dijo.

Y echó a correr, internándose en un portalón oscuro y enorme, junto a la esquina. Entonces cruzaron los transeúntes, pero iban deprisa y se difuminaron pronto.

Todo esto había sucedido sin que la lluvia torrencial amainase un instante por la calle que había seguido el viejo.

Las gotas del aguacero filtraban ya lentamente a través de su delgado impermeable, y tuvo un estremecimiento de frío. Iba desabrigada, sólo con ropa casera. Entonces apretó todavía más el paso.

La calle estaba oscura, también casi desierta, pero Nora esperaba que la condujese a alguna parte. Pensó que había sido tonta al

impresionarse por una cosa tan simple como la ocurrida unos momentos atrás.

Pero hay cosas simples que producen una completa e insospechada inversión en el mundo de las ideas, que dejan ver una oscura complejidad. Nora, tan encerrada antes, creyó haber observado una cosa muy nueva y de sentido muy profundo.

XXVIII

A partir de aquel momento, Nora Leonardo tuvo la impresión de que cambiaba lentamente. En ella, aquel cambio había sido la consecuencia de su primera sensación brusca, la visión repentina de una vida triste, llena de pequeñas maldades, desarrollándose entre capas cegadoras de lluvia. Aquella lluvia era preciso sentirla, incluso odiarla, detestarla porque caía sobre la desnudez; no bastaba con observarla tras de los cristales y golpear lánguidamente con los dedos en la superficie. Nora pensó aquella misma noche que, transcurridos unos días, debería acudir a un cerrado caserón, el colegio, donde todos esperaban en silencio, pegados los ojos a unos opacos cristales tras de los que la lluvia no podía verse. La lluvia, en este caso, era un símil, una idea; lo que realmente no podía verse era la existencia. Allí sólo se contemplaba la solemnidad de Dios.

Pero transcurrieron dos años, durante los cuales no actuó; reflexionaba solamente. A los dieciocho, Nora poseía una belleza inigualable. Veinticuatro meses pueden significar mucho tiempo. Cierto que nadie se lo dijo allí. Pero ella se veía reflejada en los espejos. Los espejos existían en los dormitorios del colegio, altas y pequeñas habitaciones adonde llegaban las melodías del órgano. Ella se contemplaba largamente, y luego volvía a sonreír. No, no había por qué permanecer entre aquellos muros, meditando siempre.

Cierta vez, esperó a que todos durmiesen, y descendió a la capilla. Aún seguía resonando el órgano, pero con sonidos tenues, como encerrados en la tierra. Varios religiosos oraban allí toda la noche: «*¡Señor, salvad al mundo!*». Permanecían en aquel lugar inmóviles, extrañamente negras junto al triste color blanquecino de los muros. Mientras, la lluvia se desplomaba sobre el edificio, repiqueteaba en los cristales, producía en las que rezaban un leve, repentino estremecimiento de frío. Luego, las gotas iban a deslizarse

lentamente sobre el dorado de las imágenes: «*¡Señor, salvad al mundo!*».

Nora Leonardo continuaba mirando con una triste expresión.

—¡Sí, sí, salvad al mundo!

En seguida los sonidos del órgano se hacían lentos, penetrantes, semejaban morir. Las orantes inclinaban la frente contemplando el pavimento sencillamente oscuro; era un pavimento húmedo, tristón, rutilante siempre. Todas las noches las ventanas dejaban filtrar ráfagas de viento desbocado y glacial; aquel viento provenía de uno de los enemigos del alma. ¡El mundo! ¡Ah, apartaos de él! ¡Sólo podríais encontrar esas ráfagas terriblemente frías!

Nora Leonardo continuaba mirando.

Le atrajo una idea ignorada antes: la idea del sufrimiento y de la lucha. Sus imágenes repetidas de siempre fueron sedimentándose con el tiempo; intentaba contemplar a través de los opacos vidrios y presentía tras de ellos la vigencia de leyes obsesionantes, la existencia de seres cuyas vidas y cuyos pensamientos quería conocer.

Su propia existencia no la presintió más que vagamente. Pero, sin embargo, supo que pronto iba a comenzar.

XXIX

Un día comenzó la existencia. Comenzó una tarde, ya en abril, cuando se rejuvenecían las calles.

Los rayos de sol se filtraban tenazmente a través de todos los cristales. Una brisa suave penetraba por los amplios ventanales abiertos, y las hojas recién nacidas de los árboles más próximos estaban al alcance de la mano. Su enorme jaula de gorrioncillos había revivido como por encanto, y de la mañana a la noche cantaban y cantaban. Pero Nora Leonardo, con la mejilla apoyada en la palma de su mano derecha, y precisamente aquella tarde, contemplaba la ceremonia de un entierro. Cualquiera hubiese podido observar que su mirada era de crítico análisis, no de pena.

En efecto, parecía difícil que la riqueza estentórea de aquella ceremonia produjese algo parecido a la compasión. El ataúd iba cubierto de flores y el charolado de las carrozas brillaba al sol; la comitiva era enorme. Sin duda, los restos que iban encerrados en el ataúd se despedían dignamente del mundo; no hay nada más digno para un muerto que diferenciarse en algo de otro muerto. Nora Leonardo sonrió.

El sepelio era el de un vecino a quien no conocía, pero del que había oído hablar. Dejaba enorme cantidad de dinero. Su padre se hallaba entre la comitiva fúnebre, pero, a pesar de sus esfuerzos para verle, no le fue posible. Ya había notado que la comitiva obstruía toda la espaciosa calle.

De improviso, al extremo de ésta, surgió otro coche fúnebre, pero del tipo más sencillo que era posible ver. Llevaba sobre el ataúd algunos ramos de flores diminutos y una corona barata. Por otra parte, toda su comitiva estaba integrada por dos jóvenes y seis sujetos pobremente vestidos. Semejante grupo atravesó la calle, utilizando el reducido espacio que le cedía la multitud estacionada.

Cuando pasaron bajo la ventana donde se encontraba, Nora tuvo

un ligero estremecimiento de sorpresa. No se lo había causado la extraordinaria pobreza que respiraba aquel grupo, ni el contraste en lo que todos señalaban como igualado por el cese de la vida. Uno de los dos jóvenes que caminaban a la cabeza de la pequeña comitiva le había llamado la atención, aunque no podía explicarse bien las causas. Ciertamente era el más elegante del grupo, pero, aun así, no podía distinguirse por tal cosa; Nora creyó que tenía cierto parecido con el pequeño al que socorriera algún tiempo antes. ¿Qué habría sido de él? Aquél no podía ser su entierro, porque el tapizado de la caja, en semejante caso, hubiera sido blanco y no negro. El grupo dobló rápidamente la travesía más próxima, y Nora Leonardo se encogió de hombros. El parecido, en todo caso, era bastante remoto; producto, quizá, de una obsesión. Giró con lentitud, cerrando las ventanas. Las dos religiosas que se encontraban tras ella, recortándose en la alegre luminosidad de la habitación, iniciaron un leve movimiento de contrariedad, pero Nora Leonardo simuló no advertirlo.

—Dos entierros, hija mía. Los dos son diferentes, pero la muerte iguala.

—Sí; la muerte es el fiel de todo.

—Todos moriremos, hija. Nuestro entierro no importará.

—Sí, eso pensamos con mucha frecuencia.

—Parece que lo digas forzadamente.

Nora sonrió de un modo enigmático.

—¡Es que las muertes son tan distintas unas de otras!

—Si lo dices por el esplendor del entierro, piensa que todo es ridículo cuando el cadáver está en el ataúd.

—Comprendo, madre.

—Y toda la pompa de la ceremonia no es más que vanidad, torpe vanidad.

—Comprendo también.

—¡De todos modos, que Dios bendiga a los que mueren!

Nora asintió, aunque al hablar así había pensado en otra cosa. Se despidieron brevemente y marcharon. Nora Leonardo las vio salir, perderse en la calle. Entonces abrió la ventana de nuevo.

La tarde era serena, magnífica; el coche fúnebre y su comitiva se habían esfumado. Las imágenes poblaron su retina, pero retorciéndose bruscamente, y en seguida huyeron. Nora Leonardo se

vistió un abrigo de entretiempo y salió a la calle. Era el último día de sus vacaciones de Semana Santa y quería aprovecharlo. Un día no se aprovecha si no deja un recuerdo.

Por eso inició su marcha en dirección a los barrios humildes. No los conocía bien, pero estaba segura de encontrar el callejón donde el torpe caminar de un anciano le hiciera detenerse bajo ráfagas de lluvia.

Como había ido dando un rodeo, cuando llegó al callejón que buscaba ya no veía proyectarse en la altura los juguetes del sol. La tarde, sin embargo, poseía una claridad serena y magnífica. Dirigió una mirada rápida al lugar donde hablara con el niño, pero la esquina estaba desierta. Resultaba extraordinario ver una esquina tan desierta como aquélla. Luego intentó buscar el caserón que esa noche le habían indicado, y advirtió que lo tenía a su espalda; la puerta daba entrada a un pequeño rellano, donde comenzaba una escalera de peldaños gastados, estrechos, concluida probablemente en una galería ancha, que tenía sobre su cabeza, casi al alcance de la mano. En aquella galería hablaban dos personas, y le era fácil percibir sus voces. El brazo de una de ellas, apoyado en la barandilla, era visible para Nora Leonardo; podía ver parte de una manga color azul, color del que vestía precisamente el joven, con más exactitud el muchacho, que en el mísero entierro desfilado bajo su ventana le había llamado la atención. Nora no deseaba ser en aquellos momentos indiscreta, pero normalmente lo era; por lo tanto, decidió prestar oído a todo lo que le fuera posible escuchar.

—¿Te ha dado tu padre el dinero? —oyó.

No sabía por qué, presumía aquella pregunta. En efecto, dadas dos personas pobres, ¿de qué podían hablar, sino de dinero? Tal cosa era una de las más comprensibles para ella.

—Sí —dijo otra vez; una voz menos formada—. ¿Cuánto cuesta el entierro?

—Todo lo que me has dado.

—¿Todo lo que te he dado?

—Sí.

Nora Leonardo escuchó un silbido muy tenue.

—Oye, mi padre me entregó eso creyendo que podría comprar medio universo. Haz el favor de no fastidiarme.

—Lo siento; he pagado y ahora necesito todo.

—Bien; reconozco que me has hecho un favor, pero veo que un pobre no puede permitirse morir si no es pagando.

—Los pobres ocupan un ataúd tan grande como las demás personas.

—Sí, claro.

Pudo oír perfectamente un suspiro de resignación.

—Todo listo.

—¿Y qué le dirás a tu padre?

—¿A mi padre? Francamente, no lo sé. Quizá no haga falta decirle nada, si puedo hacerle pensar que guardo esa cantidad.

—Y dime, ¿todo el dinero era tuyo?

—No. Yo sólo he puesto la mitad.

—Pero ¿por qué te has metido en esto? ¿Qué podía interesarte esa muchacha?

—¡Bah!, si no pagaba yo algo para su entierro, no podía pagarlo nadie. Sus padres pasan una temporada muy mala. Además, algunas personas han cooperado también.

—Ya sé; no con mucho, pero ¿no iba siempre acompañada por un joven rico, un muchacho que ahora está estudiando la carrera miliar, según creo?

—Sí; es uno de mis antiguos compañeros y debía de quererla realmente, pero todos han pensado que a él no había por qué decirle lo del entierro así como así.

—Claro, ya comprendo.

Hubo de nuevo unos instantes de silencio, y en seguida escuchó Nora Leonardo algunas palabras de despedida. Entonces extrajo un cuadernillo con indicaciones y se puso a consultarlas, como si en aquel momento dudara sobre algún punto. Así no llamaría la atención: Inmediatamente oyó pasos a su espalda y un hombre discretamente vestido, todavía joven, pero ya gastado, comenzó a alejarse por la calzada en dirección a un laberinto tortuoso. Nora Leonardo le siguió con la mirada unos instantes, y luego alzó los ojos hacia la barandilla que tenía sobre su cabeza, pero ya no pudo ver el brazo vestido de azul. Poco a poco, comenzó a alejarse también.

Luego empezó a meditar con expresión glacial, internándose cada vez más en el juego de callejas, el mismo que un año más tarde había de conocer perfectamente, recorrer en sus más

escondidos vericuetos, y que ahora le parecía un mundo en absoluto nuevo. Fue a caer dos veces a un callejón sin salida, oscuro y casi solitario, cuando la noche le había envuelto ya todo. No dio importancia a la confusión, y siguió andando. El ambiente era más pobre a cada instante, y por tanto menos atractivo; sin embargo, miraba detenidamente lo que tenía a su alrededor. A eso debió el que, al entrar en una vía oscuramente famosa, lo advirtiese pronto, saliendo inmediatamente de ella. Aunque lo hizo a pasos breves, calmosos, examinándolo todo con la misma detención. Realmente, no podía ver gran cosa, pero ella poseía una imaginación ferviente, casi enfermiza. Nada hay tan atractivo como el placer que se teme y se desconoce; o el mundo misterioso que se ha adivinado tantas veces, pero que no se ha visto nunca.

La condenación de que hablaban las monjas estaba allí, en aquellos lugares, cerniéndose sobre todos. Resultaba espantoso creer que la amenaza pudiese ser cierta. Las religiones decían que sí, pero quizá ni ellas mismas podían comprenderlo; era mejor pensar que, en el último momento, Dios decide, y que hasta entonces el hombre espera. De otro modo, sólo unos pocos elegidos dejarían de perderse: los que podían comer y tenían fuerzas para rezar, aquellos que podían filosofar sin necesidad de vencer primero el terrible requisito de vivir.

Nora Leonardo hizo un gesto de desorientación.

Había caminado mucho y estaba en un pasaje amplio y débilmente iluminado; allí las casonas se amontonaban también. Vio que delante de ella, a unos pasos solamente, caminaba un hombre en el que reconoció a su padre, junto a una niña casi colgada de su brazo, indudablemente enferma, y a la que llamaba con voz cariñosa «Paulina».

Avanzaban a pasos lentos, cavilosos, que le recordaban el decrépito caminar de un anciano. El anciano, a su vez, le recordaba la lluvia, símil personal de la vida. Así anduvieron unos instantes, guardando silencio los tres.

La niña iba mal vestida, pero era semirrubia y hermosa; no aparentaba tener más de once años, aunque su rostro era invisible para Nora, quien tenía que calcular fijándose únicamente en el desarrollo del cuerpo. Caminaba de un modo vacilante, muy apoyada en Ismael Leonardo, como si se hallara enferma y hubiese

sufrido poco tiempo antes un desfallecimiento.

Nora tuvo la súbita impresión de que había descubierto a su padre en un afecto secreto, en una expansión de su hasta ahora cerrada intimidad. Y presintió, debido no supo a qué causas, que vería a aquella niña muchas veces más.

«En todo caso —pensó, mirando a su padre—, ¿cómo es posible dudar de ti?».

Luego advirtió que la pequeña había desaparecido por un portal ruinoso y desagradable, y que Ismael Leonardo había dicho: «Adiós, Paulina», antes de seguir caminando. Ella fue tras sus pasos, sin un ruido que pudiese llamar la atención a su padre. No quería turbarle. Cruzaron varias callejuelas y, en la esquina de una de éstas, quizá la de peor nombre, mientras Nora la examinaba con curiosidad, Ismael Leonardo se volvió.

Unos ojos denotaron indescriptible sorpresa, los otros inmenso sobresalto. ¿Por qué estaba Nora allí? Esa pregunta era la que hubiera deseado responderse a toda costa Ismael. Su hija tenía diecinueve años y una sangre ardiente. Pensó durante unos instantes: *¿Quién sabía?* De allí nació una sospecha terrible.

Nora había dado aquella tarde dos pasos decisivos. En cuanto al modo de entender la fe, por una explosión repentina de todas sus ideas anteriores, y en cuanto a la vida, por una calle que lo mismo podía haber estado a cinco kilómetros de distancia. Su padre sin embargo, guardó la sorpresa para sí; no dijo absolutamente nada.

Escribió más tarde al colegio, rogando vigilasen estrechamente a Nora; ésta fue materialmente controlada en todos sus movimientos. Exigió que se le instruyese en los peligros del mundo y en las conveniencias del retiro, pero tal medida fue inútil y contraproducente. La vida seguía desarrollándose tras los vidrios emplomados de las ventanillas del oratorio; a Nora Leonardo se le hizo la existencia inaguantable allí. Sometida a una vigilancia que le parecía doblemente tiránica porque no adivinaba sus causas, pensó que habían adivinado su desvío y pretendían anularla. Luego abandonó tal juicio. Quizá fuese porque la veían hermosa y temían su perdición. Tal pensamiento no hizo más que provocar su orgullo; después de todo —pensó— era muy libre de hacer lo que quisiera con su hermosura, y no le complacía estar encerrada. Nora, en aquel entonces, una vez insatisfecho su orgullo, era capaz de

cualquier precipitación. Además no se trataba sólo del orgullo, sino de un fenómeno cargado de complejidades; una autoconciencia del sufrimiento, de la misericordia, la creencia en el genio universal del mal, en el dolor-estatua, inconmovible y pétreo. Entre las piernas menudas y orientalistas de aquella estatua, respiraban angustiosamente, jadeando bajo su presión, los pechos tiernos de piel, de osamenta y de carne. Estaba la ciudad que sufría. En la adolescencia de Nora, estas imágenes llegaron a tomar una vigencia de perfecta realidad. Aquel mismo año, además, otra impresión turbadora vino a acumularse a las que ya sentía.

Fue la de la extraordinaria expulsión de Laura Gals, una de sus mejores amigas. Nora sentía por ella un cariño casi maternal, pues Laura, de una irritante debilidad de espíritu, de una inteligencia menos que mediocre, necesitaba constantemente ser guiada, y habría cometido los mayores errores sin la tutela de Nora. Se ponía a veces a llorar, apoyada en su hombro, y le confesaba todos sus pensamientos, todas sus dudas, como si Nora Leonardo fuese un ser perfecto que todo lo comprendiera. Y Laura, por lo visto, había tenido, durante unas vacaciones particulares, concedidas para reponer su frágil salud, un desliz de índole gravísima. Tan vergonzoso era que no se lo confesó a Nora hasta el último momento, cuando ya era imposible ponerle remedio: un joven del que estaba enamorada, al que había mirado siempre con una dulzura especial en sus grandes ojos de mujer bonita y sin carácter, había logrado engañarla. Nora tuvo que hacer un particular esfuerzo mental para comprender la existencia de una maldad tan refinada; pues bastaba oír hablar a Laura para comprender que su inteligencia era inferior a la de cualquier niña. Y además no tenía padres, vivía con unos tutores, gente descuidada. Lo cierto es que Laura estaba enferma, tuvo que ponerse en manos del médico y éste, para cortar la infección, la sometió a unas curas que le hacían llorar de vergüenza. Nora lloró también, durante aquellas largas noches, en que le fue concedido el permiso para velarla. Y en tales momentos una sensación de que ni en su vida ni en las ajenas podía resolverse nada desde aquí, desde el encierro del colegio, la iba penetrando.

Las religiosas se vieron obligadas a tomar una determinación solemne. Todas acordaron que se guardaría el secreto y que se

esperaría al restablecimiento de la enferma, después de lo cual ésta sería expulsada. No quedaba otro remedio. Durante muchas tardes, el patio se llenó con la algarabía del juego, pero Nora Leonardo fue a hundirse en el pesimismo y en la meditación. La meditación comenzó a regir, dolorosamente, aun los actos instintivos de su vida.

Cuando la enferma la veía, musitaba: «*¡Nora, tú no me abandonarás! ¡Tú me salvarás!*». ¡Qué cosa tan extraña sentía ella al oír esto! Hay palabras que llenan una vida.

Meses más tarde, impresionada, Nora solicitó permiso para visitar a una amiga suya, a quien sabía incrédula, y que se hallaba muy enferma. Deseaba auxiliarla en lo posible, pero aquel permiso le fue negado porque las órdenes de su padre eran severas hasta el límite. A la mañana siguiente, supo que su amiga había muerto. Naturalmente, inconfesa.

Esperó hasta aquella tarde, decidida a verla antes del sepelio, y estuvo oculta en el jardín durante más de dos horas. Luego escapó, pero ya era imposible llegar al entierro y su fuga no tenía objeto. Para aprovecharla, deambuló por la ciudad hasta la noche, momento en que advirtió en sus pupilas un pinchazo doloroso, y en su nuca una presión angustiosa, que iba a creciendo. Aunque se resistiese a admitirlo, estaba verdaderamente enferma; en seguida empezó a lloviznar y tuvo que refugiarse bajo el saliente de un edificio. Allí estuvo hasta que, encontrándose cada vez más desfallecida, inició un largo recorrido bajo el aguacero, cruzando la capital en casi toda su extensión, sin poder hallar un coche y sin un céntimo para utilizar los demás transportes. Cuando llegó frente a la casa de su padre, estaba extenuada por la fiebre y el cansancio. Pero no pudo hallarle porque había salido con objeto de comprar dos libros a una niña.

Ese detalle se le olvidó inmediatamente a Nora y no volvió a rememorarlo hasta mucho tiempo después. Aquella noche cuando debía de ser ya muy tarde, se incorporó gritando palabras sin sentido, como si hubiera perdido la razón, y en seguida cayó desplomada, extrañamente rígida, del todo inerte.

XXX

Luego se sucedieron los días, los magníficos otoños muertos, los nocturnos estrellados que no tenían fin. La vida cuajó en recuerdos leves, somnolientos y extraños, en susurro de palabras y en aleteo de frases caducadas perdiéndose en la oscuridad.

Nora Leonardo siguió pensando, siguió contemplando y creciendo. La vida merecía vivirse de aquel modo: esperando algo en lo más íntimo del corazón. El reloj terrible, el inagotable reloj de carne, latía a veces con cadencias tenues, prolongadas, angustiosas, cadencias de una melodía tétrica que parecía moverlo con su eterna vibración.

Permanecía jovial unas horas, las horas del sol; luego como obedeciendo a una ley biológica oscura, meditaba en el más absoluto de los silencios. Su padre, entonces, comenzaba a preocuparse y a examinarla con ojos que casi lloraban; quizá pensaba en el renacer brusco de los deseos eróticos, porque Nora, después de tales meditaciones, abandonaba casi siempre la casa y desaparecía. Decía ir a pasear, pero con voz de falsete. Volvía una o dos horas más tarde, diciendo que se había cansado y que quería estar sola un rato. Fue inútil intentar acompañarla.

Ismael Leonardo caminaba difícilmente, a causa de sus anteriores heridas; no podía encargarse de tal cosa. Dos vigilantes mujeres, puestas al servicio de Nora, fueron prontamente burladas por ésta. Únicamente dijeron haberla visto entrar en un caserón tétrico, lugar al que ellas no hubieran tenido valor para acercarse. Lo mismo iba con sacerdotes que con pilletes o con hombres mal vestidos. Ismael Leonardo lloró, pero se encontraba impotente. Una vez le habló claramente a Nora, y ésta respondió con increíbles evasivas.

En otra ocasión, mientras su hija dormía, registró sus vestidos con objeto de hallar algo que pudiese guiarle. Sólo halló un

escapulario, mucho dinero y un crucifijo.

Otra vez, decidido a cualquier cosa, hizo que un médico, con pretextos, la examinase discretamente. El resultado fue contradictorio. No cabía duda, era virgen. Entonces ¿en qué consistía su vicio? ¿A qué monstruosas satisfacciones se entregaba? Llamó urgentemente a las religiosas del antiguo colegio, lo explicó casi todo, y pidió detalles sobre lo que hubieran podido observar en los claustros. No pudieron decirle nada; únicamente aseguraron que, a juzgar por todos los síntomas, Nora estaba perdida.

Entonces fue cuando se decidió a plantear lo ocurrido limpiamente, pero primero comenzó ofreciendo a su hija un esposo; ésta se negó. Ismael no había vuelto a pensar en la pequeña Paulina desde mucho tiempo atrás; por otra parte, deseaba no verla. Se había reconcentrado en sí mismo y necesitaba pensar; había abandonado la caridad y no quería ni escuchar palabra semejante. Cierta vez, Nora le habló tímidamente de una ayuda fraterna al desdichado, de un combate a la caída vertical y sin remedio, pero tenía que ser una ayuda racional, partiendo del abismo exacto, y no lanzando una soga desde el altar. Existían muchas congregaciones de ayuda y conversión, pero mostraban el pan rematado con un crucifijo. Pues bien; ese pan era agradable el instinto del niño, pero para el hombre tenía un sabor amargo. No se les ocultaba que aquel alimento era proporcionado a cambio de una conversión.

Los ojos de Nora rutilaban mientras se expresaba, y esa luz de su mirada dejaba traslucir la vehemencia de su fe. Pero Ismael, que pensaba en algo muy distinto, no se supo identificar con sus palabras.

Y así era la historia licenciosa de Nora.

Volvieron a caer las tardes: eran lentas, serenas, magníficas. Aunque las palabras de Nora decidieron perderse, porque Ismael Leonardo estaba obsesionado y no las comprendió. El reloj de carne seguía latiendo acompasadamente, con frenética igualdad. Cayó todavía otro otoño, y un dorado triste lo invadía todo, pero, a pesar de la melancolía, nada en absoluto cambió.

¿Es que Nora no se agotaba nunca? ¿Pretendía, acaso, burlarse de él? Y, además, algo le inquietaba de un modo particular, desde meses antes: con la próxima mayoría de edad de Nora, ya no podría evitar legalmente que hiciese su voluntad. Las religiosas no habían

podido convencerla de su error, porque se negaba a tratarlas. Quizá Nora, que era tan sensible a la amistad, se dejase influenciar por una compañía hábilmente buscada, y a esa idea se fue aferrando Ismael, poco a poco. Y así nació la historia de Enrique Moriel.

Para defenderse de sus pensamientos, Ismael se había ocupado últimamente de enriquecer su colección de obras de arte. Pero ahora acostumbraba a comprar lienzos de apariencia sombría: calles estrechas, de visión asombrosamente exacta, pero que dejaban entrever una triste alegoría. A Nora también le gustaban. Ciertamente, no podía ser de otro modo, puesto que, por desgracia, eran su ambiente favorito. Trabó conocimiento con un jovencísimo pintor; Esteban Ortiz. Y con el mejor amigo de éste: Enrique Moriel. Nora también les conoció, y fue con ellos extrañamente amable.

Sin embargo, nada podía cambiar con esas amistades. Sólo en los ojos de Moriel aparecía a veces una expresión particular, desconocida, una expresión que no podía comprenderse. Ismael Leonardo, casi tétrico desde el cambio radical operado en su hija, conversó varias veces con él. Lo hizo para ratificarse en sus ideas, pues una conversación le bastó para adivinar que en aquel joven había encontrado lo que venía buscando.

Le hizo una propuesta, al saber que Moriel daba algunas clases: ¿quería dárselas exclusivamente a su hija, a cambio de una remuneración que le bastaría para vivir?

Nora, entretanto, siguió como perdiéndose en la bruma. Entrecortadamente, contemplando a través de los cristales el paisaje de variaciones diminutas: las hojas, la brisa, el plomo del sol, el hálito glacial de la neblina espesa. Las religiosas no habían vuelto a verla nunca, porque evitaba su presencia.

Además, según estaba perfectamente demostrado, ellas no se adentraban en los lugares dudosos. Una vez, sin embargo, tuvieron que hacerlo, pero quedó bien claro que había sido una obligación moral ineludible. En efecto, se trataba de cierta antigua alumna, que cuatro años antes había debido ser expulsada de los herméticos claustros por padecer una enfermedad vergonzosa, y que desde entonces vivía de un modo algo oscuro. Las dos religiosas enviadas la encontraron ya muerta, pero existía en su rostro una expresión inefable. Sin embargo, todos decían que estaba deshecha.

La introdujeron en un ataúd barato, y muchas de sus

compañeras de perdición lloraron desconsoladamente, aunque ya habían nacido casi todas ellas indiferentes y viciosas, pensaban las monjas. Ellas sólo se preocupaban de aquella expresión inefable en el rostro de la muerta. ¿Quién se la había proporcionado? Nadie lo sabía. Sin duda, Dios.

Vieron cerrar la caja, y con la idea de Dios salieron de allí… Junto a la puerta, casi oculta, estaba una joven discretamente vestida, pero de hermosura radiante.

—Decid, hermana, ¿puede Dios utilizar al demonio para sus santos fines? —susurró una de ellas.

—Dios puede utilizarlo todo, pero ¿por qué?

—Es una ocurrencia, porque fijaos qué casualidad.

Las dos miraron levemente hacia atrás y siguieron caminando, santiguándose con lentitud. No dijeron una palabra. Estaba tan cambiada en su expresión peculiar que apenas habían reconocido a aquella joven.

Era Nora Leonardo.

XXXI

Nora había continuado imperturbable aquella vida desigual, fuera del ambiente de las intimidades hogareñas. Quizá odiaba aquellas intimidades. Su padre seguía ignorándolo todo, sin haberla comprendido durante un momento. Además, ella no hablaba, influida quizá por el silencio de Moriel. Ismael Leonardo únicamente pudo saber, cuando lo vio con sus propios ojos, que ella estaba muy enferma.

Nora, en efecto, empezó el nuevo año de 1936 con su salud muy débil. Ismael intentaba animarla todo lo posible, pero era inútil. Incluso era contraproducente.

Ella había comenzado a inquietarse, quizá sin saber muy bien por qué. Era como un vago presentimiento, brusca desazón interior que le cortaba la vida. Día tras día se encontraba en un lecho muy amplio, alumbrado a todas horas de la noche por una concentrada luz que dibujaba ángulos confusos en los rincones fronteros de la estancia. A veces, al despertarse antes del amanecer, había visto sumergido en la penumbra de aquellos ángulos, inmóvil, el rostro de su padre, mirándola fijamente.

Le encontró en sus habitaciones, apoyado un codo en la mesa de trabajo y reclinado, casi oculto el rostro en la palma de la mano abierta. No tenía frente a sí ningún libro, y parecía meditar. Ismael Leonardo, que había utilizado para entrar el llavín de su hija, quedó inmóvil en el centro de la pieza, con las manos en los bolsillos de su severa americana y contemplando al joven que tenía delante con mirada inexpresiva. Moriel, que no había advertido la llegada de su protector, se incorporó rápidamente al verle, haciendo un gesto de interés.

—Perdóneme, estaba pensando.

—¿En qué? —preguntó Ismael Leonardo, sin aparentar indiferencia.

—Pensaba sobre muchas cosas. No tiene importancia.

Colocó una de las butacas junto a Ismael Leonardo, que tomó asiento. Moriel quedó frente a él. Vestía un traje gris liso, con una corbata del mismo color. Ismael le contempló con fijeza, pareciendo verdaderamente analizarle.

—Dime —gruñó—, ¿qué opinas de mi hija Nora?

Moriel hizo un gesto imperceptible de sorpresa. Aquélla era la primera vez que oía a su protector decir «Nora» anteponiendo «mi hija».

—Siempre le he dicho que la especie de tutela que yo ejercía sobre ella era innecesaria —opinó.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque Nora no es ya una irresponsable, y además porque no creo que cometa un solo error.

—¿No crees? —silbó burlonamente Ismael Leonardo.

—No, francamente. Si en Francia empieza a haber sacerdotes obreros, podía usted haberse dado cuenta de que Nora es como uno de ellos. ¿Ocurre algo?…

—Sí ocurre, pequeño. Durante mucho tiempo, es más, durante años, he estado creyendo que mi hija había llegado a los límites de la perversión con su manía de pasar las horas en los barrios bajos. Ni un detective privado me pudo orientar… Creí que a esos barrios sólo puede acudirse para satisfacer un vicio o para olvidar lo que debe olvidarse de otro modo. Sin embargo, ahora sé que el ambiente de los ángeles es realmente el barro.

—¿Qué quiere usted decir realmente?

—Nada que tú no supieras desde el principio. ¿Por qué no me dijiste mucho antes que aquella vez que mi hija estuvo fuera, pasó la noche velando a una amiga agonizante? ¿Que iba los domingos a los ciclos misionales en los barrios más pobres? ¿Que intentaba hacer el bien donde fuera necesario? Al principio creo que tú mismo no la comprendías bien. Pero me consta que luego la advertiste de los peligros y que la protegiste en más de una ocasión. Creo que la acompañaste a bastantes lugares cuando ella te lo pidió. Tú conocías la bondad de su carácter. ¿Por qué no me advertiste a tiempo?

Moriel hizo una leve mueca de resignación.

—¿Por qué, si incluso a veces me habló de sus esperanzas en la

fraternidad social? —reprochó Ismael.

—Me lo prohibió después de ver que usted no la escuchaba o no la comprendía. Entonces tuvo miedo de que le impidiera continuar. Dijo muchas veces que era mejor no tocar el tema, hasta que todo se resolviese por sí mismo. Ahora, cuando parece haberse resuelto, tengo libertad para explicarle todo lo que le estoy narrando. Nora estará de acuerdo, aunque es tan independiente que no le gusta que se hable de ella.

—No me importa que esté de acuerdo o no lo esté —gruñó Ismael Leonardo—. He comprendido ahora que mi hija es buena, y eso basta. El único detestable eres tú.

—¿Sí?

—Sí. Yo te he ayudado a condición de que me obedecieras a mí, y no a Nora. Sobre no obedecerme, me consta que la has ayudado incluso; mis últimos años han sido infernales por tu culpa, y eso debías saberlo. Te consideré lo suficientemente objetivo, lo suficientemente duro y aun egoísta para impedir que Nora se desviase un ápice de su camino; su camino era el de matrimonio y paz. ¿A causa de qué, pues, te has convertido en un obstáculo más para mí?

Moriel sonrió levemente, aunque con expresión un tanto triste.

—Es que yo, a veces, también me he visto llevado por los sentimientos de Nora.

—¡Ah! —dijo sencillamente Ismael.

Entonces sonrió con la misma expresión burlona que había adoptado al principio.

—De modo que no eres objetivo, ni duro, ni egoísta.

—Sí, lo soy; lo soy más de lo que usted cree, pero eso no me impide confesar mi fe en la Humanidad, aunque sólo sea para oponerme a los que consideran el mundo como una representación donde a cada uno le corresponde cierto papel. Es triste que existan papeles buenos y papeles malos.

—Calla —gruñó secamente Ismael—. Que cada uno vaya por donde pueda y no se detenga ante nada; dicen que la felicidad está precisamente ahí. Yo creo que los sacrificios de Nora son ridículos.

—Tal vez.

—Y los tuyos, si es que los haces, lo mismo.

—Desde luego.

—Entonces, ¿qué puede esperarse?

—Con franqueza, nada. La fraternidad es simplemente un modo de sentir. Pero puedo decirle, para que me conozca usted mejor, que me conmueven muchas cosas, aunque sólo un pequeñísimo número de ellas las conservo en la memoria. Nora, en cambio, lo recuerda todo.

—¿Por qué?

—No lo sé muy bien. Ha visto, quizá, mucho más que nosotros dos. Por otra parte, estoy seguro de que a usted le tiene, en cierto aspecto, miedo.

—¡Miedo a mí!

—Repito que en cierto aspecto nada más. Le cree representante de la rutina, y está segura de que usted llegará con el tiempo a detestarla, considerándola, por decirlo así, como una bala perdida. Ella ignora completamente que usted ha adivinado poco a poco su verdadero carácter. Cuando lo sepa, si se la permite seguir con lo que llama el objeto de su vida, serán felices los dos otra vez.

Ismael Leonardo se inclinó hasta adelante en su asiento, como para captar mejor las últimas palabras, o tal vez obedeciendo por primera vez a una satisfacción. ¡Ser felices otra vez! Vio a Nora mirándole fijamente, dulcemente, ya sin desconfianza alguna. Era bella y su belleza no terminaría nunca. Entonces, como queriendo extender su vista más allá de los límites de la habitación, como deseando en su alegría ver pulular genios del bien en el aire, miró hacia la ventana que estaba levemente abierta.

Algo como un aliento ardoroso, denso mensaje de la noche que parecía llenarse con los efluvios de la primavera cercana, que parecía impregnar todos los objetos a su alcance, resbaló sobre sus facciones haciéndole recordar enseguida otro aliento, más ardoroso, más breve, un aliento cuya memoria ensombreció rápidamente su rostro.

—¿Qué sabes de Paulina? —masculló.

Moriel quiso mirar en otra dirección, porque aquella pregunta tuvo la virtud de dejarle confuso. Había decidido olvidar la inesperada confesión hecha ante él por Ismael unos meses atrás, aunque la creía cierta. Deber de gratitud, sin embargo, era pretender no recordarla.

—No sé nada —musitó—. Durante mucho tiempo me he

limitado a esperar.

—¿Esperar qué? —inquirió Ismael Leonardo, con sonrisa marcadamente burlona.

—A terminar mi carrera, por ejemplo, aunque a veces confío poco en ella.

—¿Y cuando la termines?

Moriel volvió a mirarle fijamente.

—¿Debo hablarle con franqueza?

—Sí, si crees que la mía lo merece.

—Pues bien: cuando tenga un medio de vida, espero ver a Paulina con mucha más frecuencia.

—¿Y su esposo?

—No es muy violento pensar en él bajo este aspecto.

—¿Y la familia de su esposo?

—Intentará consolarle, me imagino.

Ismael Leonardo tuvo un brusco gesto de sorpresa.

—Lo ves muy fácil. ¿Conoces algo sobre el pasado de Miguel de Latorre?

—Poco. Sin embargo, le conozco a él.

—¿Por casualidad no cuentas con Esteban Ortiz?

—Francamente, también me es muy doloroso pensar en él relacionándolo con Paulina.

—Ya —dijo Ismael Leonardo, volviendo a inclinarse en su asiento, y luego la sonrisa burlona tornó a aparecer—. Y dime: ¿no cuentas conmigo?

Moriel había cubierto por un instante su rostro con las manos. Al oír la pregunta del hombre que tenía frente a sí, los dedos se crisparon de un modo imperceptible, pero no cambiaron en absoluto de posición.

—No —susurró—. No he contado con usted.

—Sin embargo, sabes que por causa de Paulina he llegado a temerte. Voy a ser franco y te diré que yo odio todo lo que temo. Odiaría cualquier cosa, todo lo que se interpusiera en mi camino.

—Es sorprendente que alguien pueda temerme a mí —dijo Moriel, descubriendo el rostro.

—Sí, en efecto, lo es, porque pensándolo bien, he sido estúpido al darte tanta importancia. Ya no te necesito desde este momento. Dijimos que tú protegerías a Nora y yo te protegería a ti; Nora ya no

necesita protección. El contrato está vencido. Soy libre con respecto a ti, Moriel. Sin embargo, no creas que por eso he dejado de temerte.

El joven hizo un gesto, denotando que no comprendía.

—Pero ¿por qué me teme a mí?

—Lo he pensado durante mucho tiempo. ¿Por qué? Al principio no acertaba a comprenderlo; quizá era porque te veía más joven, y tu juventud me molestaba. Luego supe que estaba consumiendo mi existencia sin objeto, sin amor verdadero a nada: una existencia miserable. Comprendí, sin embargo, que mi existencia era así, porque yo amaba con fuerza terrible a dos personas. No vivía, pues, sin amor; vivía, más exactamente, sin amor correspondido. Adoraba a mi hija y luego adoré a Paulina con la misma fuerza. ¿No lo creerás, en un hombre ya maduro? Poco sabes de eso, si por casualidad piensas así, pero estoy seguro de que puedo hablarte con claridad porque me conoces mejor de lo que creo. Paulina y Nora, sin embargo, vivían igualmente no recordándome; ya tenían bastante con recordarte a ti. Para una significabas un sueño hermoso, aunque fuera en realidad estúpido, para la otra, una miserable sociedad a la que ayudar. ¡Ah, si me hubieras avisado a tiempo! ¡Quizá mi hija me hubiese hecho entonces olvidar todo lo demás! Ahora no puedo concebir ya la felicidad si no es en compañía de Paulina, y he pensado tanto sobre ella que la prefiero a mi hija misma. A ti, Moriel, debo odiarte por el mero hecho de amarla. Ni siquiera sabes que cuando niña la ayudé sin imaginar lo que luego sucedería.

Hizo una pequeña pausa, durante la cual no separó los ojos de Moriel y enseguida la mueca burlona apareció de nuevo en sus facciones. Pareció que, después de sincerarse, un pensamiento repentino le había divertido.

—Así que, según dices, tienes magníficas intenciones para cuando llegue el fin de tus estudios, ¿no?

—No he hecho más que responder con franqueza.

—Hubiera sido lo mismo. ¿Cuántos cursos te faltan?

—El que terminé en junio y el último, que haré durante el verano.

—¿Y estás seguro de terminarlo?

—Eso no depende del todo de mí.

—Sí, ya sé, depende de mí, completamente de mí…

Ismael Leonardo, no lo entendía, pero en aquellos momentos se sentía feroz, inexplicablemente déspota.

—Bien —masculló—. Antes debo haberte dicho que la clave de la felicidad está en no detenerse ante nada, cuando se trata de seguir el propio camino. Ahora no quiero detenerme ante escrúpulos y voy a prescindir de ti.

—¿De qué modo?

—No viéndote más en el resto de mi vida. Nora tampoco debe verte más; eres un obstáculo y conviene eliminarte. Respecto a esta casa, puedes vivir en ella mientras puedas pagarla. Después de todo, está alquilada a tu nombre.

Hizo un gesto displicente, levantándose de la butaca, y la señaló con el índice de la mano izquierda.

—El mobiliario te lo regalo.

Luego avanzó tres pasos y cerró violentamente el hueco que caía sobre la calle. Le molestaba el viento de aquella noche. Miró a Enrique Moriel, y observó que no se había movido lo más mínimo, ni en su rostro tenía expresión alguna.

—¡Ah! —rió—. Cada vez deberé temerte menos. Advertirás que disminuye mucho tu amor por Paulina cada vez que tengas hambre y no puedas comer. Dentro de un año estarás curado. ¡Adiós!

XXXII

Moriel examinó la calleja que tenía bajo él. En aquellos momentos la luz era escasa, y apenas podía divisar largas sombras movedizas. Vio a Ismael Leonardo que miraba dubitativamente a derecha y a izquierda, no sabiendo qué dirección seguir; al cabo de unos segundos tomó la izquierda. Moriel se dijo que iba a la catedral, a orar unos momentos, si aún permanecía abierta. Suspiró, pensando que aquel hombre iba a sellar con una plegaria su funesta labor de esta noche. Después de todo, había obrado según su derecho y, reconociéndolo, Enrique Moriel volvió a suspirar.

Con la frente apoyada en los endebles vidrios permaneció largo rato meditando sobre todas las cosas que había estado haciendo durante su vida. Recordaba acontecimientos sin ilación entre sí, y como ocurridos a personas completamente ajenas.

Y comprendía que Ismael se hubiese enamorado de Paulina sin pretenderlo. Quiso ayudar a una niña y se encontró con una mujer. Además, Ismael después de la operación era otro. Antes no tenía deseos y ahora sí.

Desplomó la cabeza sobre la pulida superficie, y con el rostro entre los brazos, estuvo largo rato sin mover un solo músculo. Durante todo este tiempo, su cerebro no pensó absolutamente en nada; parecía flotar como una bola hueca, sumergida en un vapor de alta densidad.

Hacia el amanecer, abrió los ojos y dejó desplomarse la cabeza entre los brazos otra vez; el espectro de la luz le causaba desazón. Así permaneció durante otro largo rato, y entonces consiguió incorporarse trabajosamente.

Tras asearse con cierta rapidez, examinó todos los cajones de su mesa para averiguar de cuánto dinero disponía. Entonces encontró tan sólo unas monedas de cobre; dos días antes había entregado veinticinco pesetas a un hombre que siempre estaba tumbado cerca

de los muelles. Ahora se dijo que nadie sabe lo que le puede ocurrir diez minutos más tarde. Buscó entonces en sus bolsillos, y pudo dar con una pequeña moneda de plata, cantidad que de nada le servía. Mentalmente felicitó a Ismael Leonardo; no hubiese podido escoger un día más apropiado para dejarle reducido a la nada.

Sin ninguna idea determinada, salió a la calle, y estuvo dando vueltas a la manzana donde se encontraba el restaurante en que solía almorzar. Era una manzana de casas feas, pero estaba tan acostumbrado a verlas, que ya ignoraba por completo su aspecto. La noche anterior, con todos aquellos sucesos, se había olvidado de cenar, y comenzaba a tener hambre; entró en el establecimiento y se tomó un vaso de leche, que pagó con cinco monedas de cobre. Dijo que no tenía apetito.

Saludó con deferencia y comenzó a alejarse. Estaba como avergonzado, y se había desvanecido su hambre.

Caminó hasta que creyó haberse alejado mucho del centro de la ciudad, pese a encontrarse en una de las mejores avenidas de ésta. Apoyado en un banco público, vio desfilar frente a sí el poco abundante tráfico. La mayor parte de los automóviles se dirigían hacia donde la ciudad terminaba: eran lujosos coches señoriales. En uno de éstos, cuya capota estaba desplegada, pudo ver a Paulina y a Nora, que iban conversando. El automóvil avanzaba a gran velocidad, y naturalmente, ellas no le vieron. Moriel, mientras se alejaba el vehículo, lanzó al aire tres veces su única peseta; evidentemente, el automóvil pesaba mucho más. Luego guardó la moneda y retornó al centro.

Su padrastro volvía a trabajar de día en el cementerio, y acostumbraba a hacer su comida principal en una mesa que, durante los días apacibles, los empleados colocaban cerca de las puertas. Moriel recordó que en diecinueve días no lo había visto; ninguno de los dos tenía tiempo material. Ahora se dijo que tal vez el que conocía como su padre pusiese ayudarle de algún modo. Verdaderamente, sólo necesitaba un pedazo de pan aquel día; con su escaso dinero podría alimentarse el siguiente, y era muy probable que al final de este tiempo su situación fuera algo más sólida, porque buscaría trabajo. En consecuencia, caminó el enorme trecho que le separaba del mayor cementerio de la ciudad.

Llegó fatigado ante las anchas puertas, y pudo ver el pequeño

grupo de empleados. Estaban sentados a una mesa, dando fin a su comida. Moriel contempló a aquel hombre que, veinte años atrás, se introdujera en su vida, y en aquel ambiente le encontró como nunca rugoso y viejo. Tras el grupo comenzaba una amplia carretera, y a sus lados muchos panteones que, cuanto más artísticos y grandes, le causaban un efecto más deprimente. Moriel oyó reír a los hombres que tenía frente a sí y, aun a plena luz del sol, le pareció impropia su risa. Luego siguió contemplando la carretera con sus fúnebres monumentos, y sonrió él también, como se sonríe a los objetos conocidos; después de todo, no era la primera vez que se acercaba a aquella verja para mirar la carretera, tan triste y desierta.

En seguida volvió de nuevo la vista hacia el grupo de los empleados, porque creyó que estaban hablando de él. En efecto, el hombre cuyo aspecto agotado le había deprimido decía en voz casi alta que su hijo había de ayudarle pronto; tenía grandes esperanzas porque era un hijo en verdad modelo; jamás le había defraudado en nada. A él, el trabajo ya le agotaba demasiado. Los demás empleados asentían en silencio.

Moriel le contempló fijamente. Contempló sin ser visto a aquel hombre que había estado viviendo con una sola y elemental esperanza, esperanza que había arrugado antes de tiempo sus facciones, porque nadie confía en algo sin que se den al mismo tiempo, con él, la preocupación y la lucha. Las palabras «mi hijo ayudará» significaban demasiados años de trabajo. El hombre se conforma siendo constantemente una máquina torturada y débil, y sólo pide que al fin de su vida le dejen recordar como hombre. ¿Iba ahora a presentarse cabizbajo y a decir: «Padre, tengo hambre, estoy en necesidad, dadme un pedazo de pan»?

Moriel mordió sus labios y se alejó lentamente. Mientras caminaba, intentó no pensar. Durante mucho tiempo, cuando se volvía, estuvo viendo enormes paredones grises divididos en rectángulos pequeños, cruces levantadas sobre la tierra y extraños, diminutos edificios que querían imitar un templo. Sin duda, aquel lugar donde todos aguardaban, invitaba a esperar que los hijos ayudasen.

XXXIII

Moriel siguió caminando durante muchas horas más. Descansó únicamente una vez, hacia media tarde. Mientras andaba, estuvo pensando sobre aquellos oficios o empleos para los que creía servir. Haría un pasable oficinista y un buen dependiente de comercio; por otra parte, sabía casi dirigir una máquina de ferrocarril y guiar un coche. Aunque no tenía títulos, cartas ni referencias; únicamente tenía constancia y buena voluntad. Con aquello se dijo que había bastante para empezar.

Decidió buscar trabajo al día siguiente, porque esta tarde se encontraba agotado y enfermo. Desde varios días atrás, jadeaba al respirar, y los esfuerzos continuados le dejaban abatido. Moriel sintió frío en aquel crepúsculo de principios de marzo. Estaba realmente enfermo, y eso le indignó consigo mismo. Se dijo que no era el momento de atender a averías. Luego comenzó a pensar en el nuevo ciclo de vida: sería un trabajo muy duro, pues deseaba acabar la carrera con brillantez. No limitándose a pasar. Y en el desánimo de este momento imaginó que no tendría constancia para ese esfuerzo ni para ningún otro.

Estaba ahora frente a la Universidad, que se le aparecía como una mole oscura. Quedó inmóvil, mirando con indiferencia las cosas que le rodeaban, y entonces notó cómo una pequeña mano iba a posarse sobre su hombro izquierdo. Al volverse lentamente, vio que tenía detrás a Nora Leonardo.

—Te he buscado todo el día —oyó como entre sueños.

Martilleaban sus sienes, y en aquel momento una depresión horrible le impedía darse cuenta de dónde estaba. Hizo un gesto, cerrando los ojos, y tendió la mano a la hija de Ismael.

—Hola. ¿Cómo estás, Nora? ¿Y qué tal está tu padre?

Ella hizo un ademán muy leve de sorpresa, pero el joven, que apenas podía verla, no advirtió nada.

—¿Me preguntas por mi padre?

—Sí, claro, ¿le ha ocurrido algo?

—No, verdaderamente no le ha ocurrido nada. Sólo está con mejor humor que de costumbre. Pero dime la verdad: ¿por qué te ha hecho eso?

Moriel fue a responder: «Porque quiere a Paulina y sabe que yo voy a estorbarle». Pero eso era injusto, y se calló. Al menos siempre pensó que se había callado.

—Tuvimos una pequeña disputa —debió de gruñir.

—Eso es falso.

Sintió cómo Nora le tomaba por un brazo y le empujaba hacia el interior de un establecimiento. Allí tomaron asiento ante una mesa, sin que Moriel hiciera el menor gesto. Con una mirada impersonal, como si no fuera él quien la dirigía, examinó los detalles del local. Luego oyó cómo Nora musitaba otra vez:

—Eso es falso.

—Sí, quizá lo sea. Pero lo evidente es que hubo un desacuerdo.

—¿Por culpa tuya?

—Quizá.

—¿Y no quiere ayudarte en nada?

—En nada. De todos modos, no hay para desesperarse, Nora. Trabajaré de día y estudiaré de noche. No será la primera vez que lo hago.

—Sin embargo, yo no puedo consentirlo.

—¿Por qué no?

La luz del establecimiento había tenido la virtud de reanimar a Moriel, quien se encontraba menos abatido. Pudo ver así cómo Nora le miraba atentamente, dando a sus ojos una expresión compasiva.

—Te suplico que no me mires así. Yo no soy un pequeño necesitado de ayuda.

—¿Cómo te miraba?

—No sé; déjalo. Mírame como quieras.

Nora tomó, sin estrecharla, una de sus manos.

—¿Tienes hambre?

—No, gracias, Nora; no he sentido hambre en todo el día.

—Pero ¿tienes dinero?

—Sí, claro. ¿Cómo no iba a tener dinero?

Dijo aquello inmutablemente, pero Nora debió de advertir poca

convicción en su voz, porque le miró de un modo casi pícaro.

—Bien. No tienes dinero. Mañana te enviaré algo.

—Gracias, Nora, no creas que voy a aceptarlo.

—Ni yo a recogerlo otra vez.

—No conseguirás que lo tome.

—Te lo dejaré en casa cuando no estés.

—Haz lo que quieras, pero ten en cuenta que el dinero de tu padre era una cosa, y el tuyo es otra muy distinta. He dicho que no lo aceptaría y haré imposibles por no recibirlo. Antes me lo ganaba: ahora no.

Nora sonrió algo forzadamente.

—No tengas escrúpulos tontos, por favor. El dinero es el mismo, y a mí me sobra. Además, tú estás enfermo.

—No estoy enfermo.

—No, no lo estarías si no te brillasen los ojos de fiebre.

Avisó al camarero y encargó dos botellas de leche. Moriel vació inmediatamente la suya, apagando la sed que hasta entonces le había martirizado.

—Gracias —musitó al terminar.

Nora fue a servirle más, pero el joven lo impidió con un ademán. Luego le explicó que debía dejarle, que no tenían por qué verse en adelante.

—¿No? —susurraba Nora.

—Te aseguro que es lo mejor. Ya me has favorecido bastante. Ahora tienes a tu padre contento y sólo conseguirías estropearle la existencia.

—No; él no sabrá nada. Tú no podrás ir a la Universidad, porque pensaría que iba llegándote el dinero de alguna parte. Preséntate sólo a los exámenes. En cuanto a lo demás, yo te lo garantizo todo, absolutamente todo.

El acento de Nora tenía tal sinceridad que Moriel creyó conmoverse al oírla. No estaba hermosa aquella noche, pero era quizá porque ante la bondad no se aprecia la hermosura. Volvió a repetir:

—Yo te lo garantizo todo. Yo quiero que vivas.

Moriel apoyó su frente en la palma semiabierta. Así estuvo, con los ojos cerrados, casi dos minutos. Volvían a martillearle las sienes, y la luz se le hacía insufrible. Luego miró frente a sí para repetirle a

Nora que no podía aceptar ninguna de sus ofertas, pero la joven no estaba ya al otro lado de la mesa.

Vio junto a sí el importe de la consumición y la botella de Nora, que todavía estaba llena de leche. Alzándose rápidamente, intentó seguirla, pero entre un torbellino de personas no pudo saber dónde estaba.

XXXIV

—La memoria necesita renovarse. ¿Acaso no sabe usted por qué, Ismael?

Paulina sonreía, apoyando su linda cabeza en la rejilla, tapizada de una vegetación en aquel momento oscura. Eran las diez y media de la noche. Paulina se encontraba magnífica; sabía que su risa era bella y por eso reía, mostrando el encanto de sus facciones al silencioso hombre que tenía frente a sí. El porqué se encontraba en este momento con él era otro de los misterios que no quería resolver: hubiese jurado que durante dos largas horas la había estado siguiendo. Pero se encontraba tan optimista, tan segura de sí misma que estaba permitiéndose el placer de provocar la confianza de aquel hombre con su risa alegre. Repitió, mirando con fijeza a Ismael Leonardo:

—¿Acaso no sabe usted por qué la memoria necesita renovarse?

Un gesto negativo le indicó que el hombre que tenía enfrente no sabía aquello, o pretendía no saberlo.

—Hay recuerdos que nos matarían —susurró, riendo, ella.

La luz lunar daba en su rostro, dibujando un conjunto magnífico de claridades y sombras. Al reír, su dentadura relucía espléndida. Intentó mirar al parquecillo que tenía detrás, y pese a adivinarlo tan solitario, tan ignorado, no tuvo sensación de miedo.

«Después de todo —intentó pensar—, ¿por qué iba a tenerlo?».

Caso de ser miedosa no hubiera llegado hasta allí, completamente sola. Ismael Leonardo había sido su segundo padre, y era absurdo pensar que iba a causarla un mal. Sin embargo, contemplando unos minutos antes la sombra de su acompañante, había recordado, sin saber exactamente por qué, un vago terror que la asaltara cierta noche no muy remota, creyendo ver una sombra muy semejante a la de ahora recortándose en las cortinillas de gasa de su alcoba. Recordando aquello, había temido un segundo, pero

inmediatamente ahogó la sensación echándose a reír. Quería averiguar si aquel hombre la admiraba; hizo un mohín alegre y musitó.

—Yo creo que los recuerdos matan.

Ismael Leonardo, acercándose más a ella, hizo un gesto afirmativo.

—Yo también lo creo así.

—Sobre todo si son recuerdos de la infancia.

Paulina lo había dicho intencionadamente, para cerciorarse de si aquel hombre era quien la había ayudado varios años atrás.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada interesante, pensándolo bien.

Ismael Leonardo, con interés por aquellas últimas palabras, se atrevió a tomarla por el brazo. Aquel gesto no hubiera merecido calificarse de atrevimiento a no estar realizado con tan estudiada fruición.

—¿Qué recuerdas de tu infancia, Paulina?

—No sé; muy pocas cosas.

—¿Tuviste libros?

—Leí muchos, pero sólo tuvo un «Kempis».

Ismael Leonardo suspiró, estrechando más la torneada forma del brazo de la joven.

—¿Quién te lo entregó? ¿No lo recuerdas?

—No; la memoria necesita renovarse.

Hizo un movimiento brusco, para desasirse de la presión en su brazo, pero no lo consiguió. Entonces fue cuando empezó a darse cuenta de que aquel hombre poseía una fuerza extraordinaria.

—¿No me deja? —rió.

—¿Por qué voy a dejarte? ¿Te molesto?

—No. Puede hacer lo que quiera.

¿Era atrevido aquello? Paulina, como todos los seres que han pensado mucho, había aprendido a dosificar la burla.

—¿Cómo iba a temerle a usted? —sonrió, para convencerse a sí misma—. ¿Le asusta parecer mi amante?

Los dedos de Ismael Leonardo se crisparon de emoción y sorpresa, pero no quiso manifestarlo.

—Estás casada, Paulina.

—¡Ah, claro! Ése es uno de los recuerdos que acostumbran a

matar.

Lanzando una carcajada de timbres argentinos, espléndidos, caminó a lo largo de aquella rejilla tapizada de vegetación oscura. Ismael Leonardo soltó su brazo y caminó junto a ella.

Había deseado durante mucho tiempo estar a solas, en cualquier lugar, junto a Paulina, y ahora que se encontraban en un lugar solitario, dejaba sin respuesta las palabras más provocativas que una mujer había pronunciado para él. Mordiendo sus labios con el objeto de no pronunciar alguna frase estúpida, estrechó con su derecha la cintura de Paulina, pero lo hizo con tan extraordinaria violencia que la joven no pudo por menos de sobresaltarse ante aquel gesto inesperado.

—¡Ah! —musitó.

Ismael Leonardo no supo qué decir.

—¿Te sientes más segura así?

Paulina no respondió, porque quería pensar. Durante los últimos días había pensado sobre todas las cosas que la estaban ocurriendo. La presión de aquel brazo en su cintura le aclaraba ahora tantas cosas que no sabía cómo manifestar el tropel de sus ideas.

Luego pensó que Ismael Leonardo quizá estuviera haciendo aquello para no parecer tímido, y para nada más.

—Si la memoria no se renovase, los recuerdos de la infancia nos obligarían a reír —musitó para asegurarse. Ismael, sólo tuvo un gesto amargo en los labios.

Entonces Paulina susurró.

—¿Ha estrechado usted la cintura de muchas mujeres?

Advirtió cómo el brazo de Ismael Leonardo temblaba presa de una conmoción violenta ante aquella segunda provocación, que ella esperaba decisiva.

—¿Eres virgen, Paulina?

—Sí que lo soy.

Ismael no hizo más movimiento que el de mover sus labios nerviosamente dos veces. Entonces Paulina se detuvo y le miró con fijeza.

Preguntó:

—Usted me ama, ¿verdad?

El hombre que todavía estrechaba su talle tembló como tiemblan los niños ante el miedo y ante el frío. Pero él era un hombre, y por

lo tanto su estremecimiento fue mucho más violentamente humano; pareció una de esas misteriosas sacudidas que cruzan el ser cuando es presa de algo que nunca logrará controlar.

—¡Sí, te amo! —rugió—. ¡Yo te amo!

Paulina pudo ver cómo la luz lunar caía de lleno sobre su rostro, cuando la violenta presión de su brazo la obligó a girar en torno de sí misma. Entonces, unos labios se posaron sobre su mejilla izquierda y la comprimieron brutalmente. La presión del brazo que rodeaba su cintura fue por un momento tal que llegó a hacerle daño.

Entonces comprendió con claridad total, atisbó en una mínima fracción de tiempo el exacto significado de todas las palabras, de todas las expresiones de aquel hombre que la ahogaba. Casi sintió placer ante aquella pasión gigantesca. Y pena por aquel hombre. Y por ella misma, que era objeto de tantas codicias. Le había provocado para conocer sus verdaderos sentimientos. Ahora, aquel abrazo la ahogaba. Hizo esfuerzos para desasirse, apoyando sus brazos en el pecho de Ismael.

—Márchese —susurró, despegándose al fin—. ¡Márchese!

Tuvo, sin embargo, la impresión de que Ismael, con un mínimo esfuerzo, pudo haberla ahogado en su abrazo. ¿Cómo había logrado desasirse? Quizá aquel hombre tenía vergüenza de su acción.

—¿Dónde está Moriel? —dijo, como temiendo que el padre de Nora Leonardo, antes de decidirse a abrazarla, se hubiese deshecho del joven—. ¿Qué mal le ha hecho?

—¡Yo no he cometido con él ninguna injusticia! —rugió el hombre ante aquella pregunta.

—Pero ¿dónde está? ¿Qué ha hecho para estar seguro de que no podría interponerse entre nosotros?

Ismael Leonardo lanzó en la oscuridad lo que parecía un sollozo.

—Paulina, yo le daré lo que quieras.

Estaban a dos pasos uno del otro, en posición bien distinta.

El hombre tenía los brazos extendidos, intentando alcanzar lo que parecía la imagen de la belleza esquiva; sin embargo, observando bien a Paulina, llegaba a advertirse que no pretendía esquivar, que volvía a sentirse segura de sí misma.

Mirando fijamente a Ismael Leonardo, quiso recordarle algo de lo que antes ella misma había pretendido burlarse.

—Soy una mujer casada.

Esas palabras provocaron una reacción de hilaridad sorprendente. Ismael Leonardo dejó caer sus brazos, mientras se inclinaba y reía, lanzando sonidos deformes. Aquel hombre desafiaba y estaba dispuesto a derrocar lo mismo que pretendía para sí. Quizá por eso aquellas carcajadas tenían algo de falso, arrastraban la ironía de la lucha, comprendían tantos ecos de desafío como sollozos de pena. Paulina tal vez lo comprendió.

—Ismael —dijo—, ¿usted no teme a nada?

Él recordó a Moriel, su mirada fría que tanto tiempo le había estado inquietando. El recuerdo le hizo lanzar una imprecación intrasladable, casi una blasfemia.

—¡Paulina! —rugió—. ¡No huyas!

Pero advirtiendo que la joven, sorprendida y atemorizada por primera vez, se perdía entre las sombras de aquel parquecillo, volvió a lanzar una extraña carcajada, esta vez cortante y breve.

—¡No! —gritó—. ¡Yo ya no puedo temer! ¡No temo lo más terrible!

XXXV

En el momento en que el aguacero, cobrando mayor fuerza por el vendaval, se desplomaba furiosamente sobre la calleja, Enrique Moriel apartó su frente, que estaba apoyada sobre los vidrios de la pequeña ventana, y volvió su rostro para no ver aquel oscuro gris que desdibujaba todos los objetos.

Se encontraba en un estado de postración, ya semidormido por sus propios pensamientos, cuando oyó que alguien llamaba muy tenuemente, con los nudillos a su puerta. Incorporándose con trabajo, comprendió, al fin de un tiempo demasiado largo, que aquel modo de llamar era muy propio de Esteban Ortiz. Acercándose a la puerta, esperó a que llamaran otra vez, y entonces hizo girar la hoja. En el oscuro marco apareció, como esperaba, el rostro de su amigo.

—¡Tú! —musitó Moriel.

Esteban Ortiz entró sonriendo.

—¿Por qué te extraña?

—Es que es casi madrugada, y después de la exposición no habías venido a visitarme aún.

—He sabido lo de Ismael —musitó Ortiz, dejando un paquetito a sus pies.

—¿Sí? ¿Quién te lo ha dicho?

—Nora Leonardo. He ido esta tarde a llevar unos cuadros, cuadros muy importantes, y he notado que estaba muy triste. Debía de ser porque su padre la vigilaba como un dogo. Cuando hemos estado solos, me ha dicho que vendría a verte esta noche sin falta, que lo haría muy tarde para esperar a que su padre durmiese, y que intentases estar durmiendo tú también al entrar ella.

Moriel hizo un gesto torpe.

—Sí, ya sé; lo hace para dejarme dinero sin que yo pueda rechazarlo.

—Dice que es un sencillo préstamo, que no seas idiota.

—No quiero su ayuda. Me avergüenza.

—¿Y ha venido ya?

—No; todavía no.

—Es raro —musitó Esteban Ortiz.

Hizo un gesto de reproche y preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Ya casi no lo siento.

—Comprendo que mi pregunta es inútil, porque se te ve la debilidad hasta en el color del traje. Pero dime, ¿se concibe que hayas sido lo bastante imbécil para pasar todo esto sin decirme nada, sabiendo que yo soy capaz de quedarme sin comer para que comas tú, si hace falta? ¿No sabes que yo puedo darte mi plato, mi habitación, todo mi dinero?

Moriel lo contempló fijamente, con expresión de gratitud.

—A veces eres demasiado bueno, Esteban.

—Y dime, ¿por qué no has ido a casa?

Moriel susurró:

—Por lo que más quieras, no me mires así, Esteban, con tanta pena.

—Perdona, ¿tienes trabajo?

—Sí, lo he encontrado esta mañana. Empezaré el lunes. Es un empleo de dependiente en un comercio.

—Tú sabes tratar a la gente. ¿Ganarás mucho?

—Ya puedes suponer que no, desde luego. Es un comercio pequeño. De lo contrario, hubiera tenido que aceptar un cargo de mozo. Reconozco que eso de llevar paquetes es muy deportivo, pero estoy más contento sin tener que hacerlo. Yo creo que ganaré unas doscientas cincuenta pesetas al mes, pero no me atrevería a asegurártelo. No me acuerdo, pese a haber encontrado el trabajo esta mañana. Estaba cansado de vagar, de preguntar, de ser un pedigüeño. ¡He visto tantas caras feas estos días! Me han dicho que empezaría el lunes, que cobraría un anticipo el próximo sábado, que entrase a las nueve para salir a las ocho. Quieren exactitud. Los gerentes de las casas de comercio son personas exactas, Esteban, y se afeitan el bigote contando los minutos. Algunos me han recibido mal. «*¿No tiene usted referencias?*». «*¿Es usted un estudiante fracasado?*». Esta mañana estaba harto de que me preguntaran eso.

Esteban Ortiz sonrió.

—La verdad es que los estudiantes no servimos para nada.

Una vez desatado el paquete y abierta la caja que contenía quedaron ante los ojos de Moriel algunos alimentos que su amigo tendió hacia él.

—El señor deje de interesarse por la Filosofía y coma.

Moriel tomó un panecillo y se puso a masticarlo muy lentamente, como para no atragantarse. Se advertía su hambre feroz, pese a esto, en la avidez con que sus ojos miraban aquel pan.

Apenas hubo terminado de masticar un poco, alzó su rostro y fijo su mirada agradecida en las facciones del joven que tenía enfrente.

—Gracias, Esteban —musitó.

—No hay de que darlas. Hasta ahora sólo has comido por valor de quince céntimos.

—¡Gerente de panadería!

Esteban Ortiz hizo una reverencia sin levantarse de su asiento.

—Tardo dos minutos en afeitarme el bigote.

—Y dime —preguntó Moriel sin dejar de comer—. ¿De qué modo vas a llevar tus planes?

—¿El famoso orden de batalla que te expuse en mi carta? Sólo una cosa he sacado en limpio después de tanto trabajo, y es la convicción de que yo no puedo desanimarme. Tengo manos, y las manos me sirven para pintar. Pintaré, pintaré, pintaré. A lo mejor logro un buen encargo, y con los buenos encargos se consigue fama, dinero y un billete al extranjero.

Esteban Ortiz parecía querer ahogar todas las dudas con optimismo. Incluso se creía capaz de rimar palabras de sus frases; era quizá la alegría del que ha estado deseando proteger para demostrar que ama, y se encuentra ya en la ocasión. Inició un paseo muy breve, de la butaca a la mesa. Moriel le miraba con beatitud.

—Dirás mejor dos billetes al extranjero.

—Es que a Paulina tendré que meterla dentro de una maleta para que Miguel de Latorre no me forme consejo de guerra.

Rieron brevemente. Trataban de no inquietarse uno al otro, sin hurgar más allá.

—Dime —preguntó Esteban Ortiz—, ¿no has pedido ayuda a tu padrastro?

—No. Me apenaría desanimarle. Él ha confiado mucho en mí. Solamente pedí un préstamo de quince pesetas a un vecino los primeros días.

—Me ha dicho Nora que la última vez que te vio estabas enfermo. ¿Qué tal te encuentras ahora?

Moriel tenía bastante fiebre, pero ahora, con un pedazo de pan entre sus manos, se creía capaz de todo.

—Estoy muy bien —dijo.

—¿En serio?

—Sí, te aseguro que estoy muy bien.

Esteban Ortiz veía comer a su amigo con expresión beatífica. Se sentía contento. Miró al paquete de comestibles y gruñó, con enojo fingido:

—Sigues comiendo por valor de quince céntimos. ¿Dejarás lo único bueno que te he traído? ¿Dejarás este pastel? —En vista de que Moriel sonreía sin contestarle, espetó intranquilo—: ¿Cómo es que no viene Nora?

Los dos miraron hacia la pequeña ventana, atraídos precisamente por la carencia de un sonido que, unos minutos atrás, había sido intenso. Vieron que el aguacero ya no se desplomaba sobre las callejas. Únicamente algunas gotas tintineaban con lentitud.

—Se ha puesto bruscamente a hacer frío —dijo Moriel.

—Sí; esta primavera va a llegar tarde.

—Y dime: ¿cómo has venido a estas horas? Nora lo hace a veces, pero tú no.

—Realmente, yo pensaba venir antes, pero creí que no te encontraría. Además, paseando por el Barrio Chino, me he detenido en un sitio.

Moriel, que seguía comiendo incansablemente, hizo un alto repentino.

—¿Cómo dices?

—Ya me has entendido.

—¿Y cómo ha sido eso?

—¡Hombre! ¿Voy a explicarte por qué me ha gustado una mujer?

Esteban Ortiz, según todos sus amigos sabían, difícilmente lograba dominar su sexo, y su voluntad era en esto tan floja que se

permitía frecuentemente más de un desliz. Ahora, sin embargo, creyó notar Moriel que Esteban hablaba de sus actos con una fruición desconocida, y eso le sorprendió. Al mirarle, pudo leerse en su expresión una sorpresa repentina.

—¡Vaya! Veo que sabemos vivir.

—Óyeme: ¿y por qué no hay que vivir? Yo no sabría estar como tú, quieto en esta habitación, mirando las sombras. ¿Crees que mi amor a Paulina tiene alguna relación en el tuyo? Yo la amo con menos complicaciones que tú: porque es apasionada. Pero esta noche me ha ocurrido algo muy extraño, algo en lo que jamás me había detenido a pensar; y es que de repente he descubierto que me agradaba una mujer porque se parecía a Nora. Te soy lo más sincero del mundo.

—¿Nora?

—Sí. ¿No es bella?

Esteban Ortiz se había incorporado y paseaba a lo ancho de la estancia. Había tanta fruición en sus palabras que Moriel le miró sorprendido. Los ojos de su compañero brillaban de excitación, de gozo de recordar. No le había conocido nunca así. Hablaba francamente, y expresaba sus ideas tal como las estaba sintiendo; eran ideas simples. El brillo de sus ojos era un brillo elemental, más humano, más sincero y más fuerte por eso mismo. Moriel, recordando a Nora bajo aquel aspecto, se sintió más triste, más abatido. Como si aquellas palabras de su amigo le hicieran más desdichado y pobre.

Esteban Ortiz repitió:

—¿No es bella?

—Sí, sí; claro que lo es. Muchísimo.

—¿Y te sorprende que me haya fijado en ello?

—Pues… no.

—Me di cuenta de que es preciosa cuando estaba solo. Tengo un retrato de ella. Es diferente a todas las mujeres y por eso me gusta mucho más. De todos modos, reconozco que si alguna vez le digo esto recibiré una mirada compasiva. Nora no puede vivir sin lanzar miradas compasivas a la gente. Yo creo que la extraña pasión de esta noche no se volverá a repetir, y dejaré de mirarla bajo ese aspecto. Yo sólo he querido explicarte con toda franqueza por qué he llegado a estas horas tan intempestivas.

Enrique Moriel pareció agradecérselo con una breve inclinación de cabeza.

—Si quieres verla, no creo que tarde, aunque ella no tiene horas. Desde luego, prefiero estar despierto cuando llegue.

—Será inútil. En cuanto a mañana, a la hora de la comida, te esperaré en mi casa.

Moriel repitió la inclinación de cabeza, pero esta vez con un gesto abatido, de enorme cansancio, como si los hombros no pudieran sostenerla.

—Digo lo mismo que tú: será inútil. Estoy desanimado, Esteban.

Esteban sonrió con mueca triste. Él también sentía un prolongado, un tenacísimo cansancio.

—La vida tiene bromas de circo —masculló—. Sin embargo, no te desanimes. Dicen que con trabajo se consigue todo.

Moriel calló, y posó sus ojos, con expresión desesperanzada, en el rectángulo negro formado por la pequeña ventana. Volvía a llover, pero con lentitud monótona. Un sonido constante, comprimido, densificado, el de las gotas deslizándose con lentitud hacia la profundidad de la calleja. De allí no se elevaba ningún sonido: sólo un hálito de frío, de abandono, de soledad.

—Esteban —masculló—, yo ya no sirvo para nada. No tengo ya fuerza, y eso que soy tan joven.

Hizo un nuevo gesto de impotencia y Esteban Ortiz le dio dos palmaditas cariñosas en el hombro. Luego le repitió que en su casa tenía un lugar siempre. Diciendo que quería dejarle descansar, se fue. Moriel le vio marchar con pena, y comprendiendo que sería inútil intentar el sueño aquella noche.

Esteban Ortiz, apenas en la calle, sintió frío y tuvo la impresión de una abrumadora soledad. Las calles estaban sombrías, abandonadas, hoscas pero le fascinaba aquel barrio gótico con sus mil edificios arcaicos, edificios cuyos cimientos se desplomaban sobre las ruinas de necrópolis sumergidas, olvidadas, muertas, sobre sepulcros donde se hallaba esculpida la característica cabeza de Medusa, aquel barrio con la sombría catedral, que reposaba sobre el pavimento romano de una primitiva, misteriosa y perdida basílica, aquellas inscripciones cortadas en la piedra, colocadas en los muros color de eternidad, colgados éstos estrangulando las callejas en pendiente, arrinconando las casonas, sumergiéndolas, dándolas el

color de su sombra. Todo aquello causaba a Esteban Ortiz una sensación de grandeza, de soledad, de abandono tan prolongado como la muerte, de frío inacabable, lento, de sufrimiento severo y contenido.

Barcelona no era un pueblecillo olvidado, un pueblecillo de santos con su iglesia, su cementerio y sus casas de perfección tras los muros de cada hogar; no era una ciudad cuyo nombre sonase a beatitud, a soledad, recogimiento o muerte, pero tenía la virtud de concentrar, en un reducido espacio, la historia de innúmeras generaciones; era una ciudad donde se levantaban tres catedrales, la una sobre las ruinas de la otra, enterrando la primera a los ídolos paganos, enterrando la segunda a la primera, cubriendo la más reciente las pétreas cenizas de las otras dos, los sepulcros de quienes habían ayudado a construirlas, de quienes habían vivido en ellas, aprisionando en la tierra las cabezas de Medusa, las cruces, las primitivas necrópolis repletas, las inscripciones latinas primero y las romances después, las armaduras, las espadas, los blasones, la patria pequeña misma enterrada allí, sepultada entre piedras, esqueletos y pedazos de su historia, ahogada entre los muros de las construcciones góticas, pudiendo lanzar nada más, entre las rendijas de la piedra, el solitario grito de su leyenda —la leyenda de la patria muerta, aquélla a la que nadie quiso enterrar porque era hermosa y porque se enterró ella misma—. Sí, aquello estaba fuera de la ciudad, pese a encontrarse en el corazón de ésta; allí podía reinar la soledad de los lugares apartados y remotos, el silencio de las devociones eternas, el frío, la grandeza trágica y augusta de las necrópolis devueltas a la vida. Esteban sentía siempre, al cruzar el Barrio Gótico, una intensa y respetuosa emoción, como si hollase una vieja tumba. Pensó también, ahora, que sólo allí podían encontrar su ambiente extraños seres que miraban con fijeza a través de los vidrios, dominando el sueño, que atravesaban con los ojos las encrucijadas de la piedra, seres cuya vida parecía tener una finalidad puramente inmóvil, pero que influían a lo lejos, y cuyo aliento se respiraba en la intimidad del aire. Recordaba a Paulina, a su amigo Enrique Moriel, a Ismael Leonardo mismo, aunque sin saber por qué. A todos los seres que influían en su existencia y parecían conducirla con golpes bruscos de su propia voluntad. Esteban Ortiz tuvo miedo mientras caminaba lentamente. ¿Por qué

ante algunas personas tenía la sensación de que, al hablar, ellas ya conocían sus palabras, que las habían conocido siempre, que ya tenían preparadas respuestas y que no podía dejar de ser una simple maquinilla entre sus manos? En sus crisis de pesimismo, pero más en los momentos de inspiración, Esteban Ortiz creía que una mano estaba aprisionando la suya, que todas y cada una de las pinceladas en el lienzo significaban la influencia de aquellos conocidos seres.

Salió entonces al final de la Via Layetana, y la opresión, junto con un extraño temor, desaparecieron rápidamente, como si el espacio se respirase, ensanchando las ideas. Entonces, por una reacción muy natural, puesto que aquella tarde no había pensado en otra cosa, volvió a acordarse de Nora Leonardo. Se encontraba excitado, pensando en los aspectos bajo los que había llegado a considerarla aquella noche. Porque eran unos aspectos nuevos en su pensamiento que poseían una exuberancia virgen, un atractivo especial. Quizá a aquellos pensamientos debió el que sus pasos se dirigiesen a la mansión de Ismael Leonardo. Después de todo, ¿por qué no pararse a contemplar una ventana e imaginar que mil formas deseadas extendían una danza allí? Si era absurdo aquello, no dejaba de ser uno de esos absurdos con los que la imaginación toma su forma más auténtica.

Apenas había llegado frente a la ventana de la habitación de Nora cuando oyó pasos muy bruscos, y pudo ver cómo Ismael Leonardo se acercaba rápidamente. Al reconocerle le saludó, pese a sentirse extrañado. ¿Qué hacía aquel hombre a semejantes horas? Ismael llegaba abatido, triste; había dejado de pensar que su hija era bella para acordarse de Paulina nuevamente. Respondió al saludo de Esteban Ortiz, y le dijo que subiera con él. No le preguntó por qué estaba allí; quería tratar del asunto de los cuadros, y lo demás le interesaba poco.

El joven le siguió y penetraron en el piso, encendiendo las lámparas a su paso. En el corredor principal de la casa, Ismael Leonardo encontró a dos sirvientes, inexplicablemente levantados a aquella hora y que le miraban con expresión casi aterrada.

—¿Por qué estáis aquí? —musitó—. ¿Me esperabais?

Uno de los sirvientes hizo un torpe signo afirmativo. Iba en bata de noche, lo que hacía más extraña su presencia allí. La cocinera —una mujer madura y delgada— afirmó con mucha energía, pero

temblando su voz notablemente, que le esperaban por si necesitaba alguna cosa.

—No, gracias —dijo Ismael—. ¿Para qué una molestia tan grande? Salvo caso de enfermedad, no os toméis nunca estos trabajos.

Fue a seguir hacia un saloncillo contiguo, pero de pronto pareció recordar algo y preguntó:

—¿Duerme ya mi hija?

Los dos sirvientes palidecieron. Afortunadamente, había poca luz y apenas se notó. La cocinera, más decidida que su compañero de servicio, fue otra vez quien tomó la palabra, pero temblando su voz más todavía que en la primera respuesta.

—Sí…, sí, señor. La señorita duerme hace rato.

Ismael Leonardo miró las facciones de Paulina, pintadas al parecer para aquella deliciosa luz que realzaba todos sus encantos. Volviéndose hacia Esteban Ortiz, le dijo:

—Es tu obra maestra, pequeño.

Tomaron asiento en los butacones de aquella pieza contigua, a la que se habían dirigido, y allí le propuso otra vez la compra de los cuadros. El joven aceptó venderle uno, y en el precio no hubo discusión. La oferta de Ismael Leonardo era generosa. Cuando quedó todo acordado, fue inmediatamente a retirar uno de los cuadros, y Esteban Ortiz quedó solo, meditando. Con el dinero cobrado podía permitirse un segundo viaje artístico e, inaugurando otra exposición, quizá las posibilidades serían mayores. Podía partir al día siguiente mismo. En casa no le dirían nada. Estaban algo más contentos, después de sus ganancias con la exposición. En cuanto al curso, ya se había resignado a hacerlo durante el verano. Tenía tiempo, dinero y deseos de trabajar. Era una oportunidad, y decidió no desaprovecharla.

Ismael Leonardo le dijo que aguardase un poco, que deseaba cambiarse porque estaba empapado, y luego tomarían algo los dos. Esteban Ortiz accedió con indiferencia, y quedó solo otra vez, sentado en aquel butacón, meditando en mil cosas y madurando su proyecto.

Escuchó cómo los sirvientes no se decidían a retirarse, oyó cuchicheos e incluso un gemido. Algo así como una inesperada exclamación de angustia. Quizá se atrevían a decir algo porque

estaban muy asustados.

Aquello le hizo recordar bruscamente a Nora. Aunque no pensó que aquel gemido pudiera tener alguna relación trágica con ella. ¿Qué de raro suponía que los sirvientes intentasen calmar a una cocinera histérica? Los seres humanos ya únicamente gemían por dolores propios; ese solo pensamiento hubiera bastado para tranquilizarle, caso de haber supuesto una desgracia. Entonces respiró el ambiente, palpó los muebles, vio todos aquellos objetos entre los cuales Nora pensaba y vivía. Por aquel motivo le parecieron doblemente bellos.

Contemplándolos, tuvo una idea insólita y atrevida. Fue un impulso brusco, irresistible por eso mismo, y se levantó empujado por aquel atrevimiento. Se le acababa de ocurrir que sería magnífico penetrar en la alcoba de Nora Leonardo. No quería hacer nada más: sólo verla y huir. Se disculpó diciéndose que aquella imagen retenida podía darle tema para un cuadro de gran belleza.

La habitación de Nora estaba cerca, al fondo de un amplio corredor lateral. Junto a la puerta del dormitorio se encontraba la de un lujoso salón particular. Esteban Ortiz oprimió lentamente el pomo, y, vigilando la entrada al corredor, hizo girar la hoja de madera. Al abrir obligó a penetrar una suave luz, que fue a proyectarse sobre las ropas del lecho, intactas. Nora no estaba allí.

Aquello no era sorprendente, si había pensado visitar a Moriel, pero pudo percibir un olor intenso, desagradable, que le hizo recordar el de las sustancias orgánicas carbonizadas. Tal descuido en Nora, que perfumaba siempre sus habitaciones, era algo demasiado sorprendente. El joven avanzó hasta el tocador, donde alguien había depositado rápidamente, en desorden, pedazos de un tejido quemado, restos de alguna prensa que aún podía advertirse debía de haber sido de seda. De aquellos pedazos surgía el olor desagradable. Junto a ellos, podía verse una gran virgen de plata con pilar de mármol, virgen que estaba ennegrecida, cubierta de una tenaz película de ese oscuro tan característico del humo. Esteban Ortiz no comprendió aquello, no supo por qué se encontraban esas cosas allí, tan lastimosamente. Lo cierto era que nada quedaba de Nora, ni su perfume; sólo aquel olor desagradable y molesto. Era como si, cumpliéndose el absurdo temor de Moriel, las llamas se la hubiesen tragado, dejando tan sólo, para recordar

que había sido hermosa, aquellos pedazos ennegrecidos de seda.

Esteban Ortiz no pensó nada extraño. Sin duda la joven estaba andando por las calles, de regreso ya, mientras él volvía a encontrarse por unos momentos miedoso, abandonado y triste.

Entonces oyó cómo Ismael Leonardo le llamaba. Tuvo un sobresalto, con los ojos clavados en aquel lecho intacto, en aquellas ropas insinuantes y bonitas. Y salió de allí, con el rápido sigilo de los que han hecho algo inconfesable.

XXXVI

—¿Dónde estabas? —le preguntó Ismael al verle.

Esteban Ortiz tuvo un pequeño sobresalto, porque había entrado bruscamente en la pieza, y el hombre que le interrogaba estaba justamente al lado de la puerta, de tal modo que casi tropezó con él.

—¿Dónde estabas? —oyó repetir.

—En el pasillo —gruñó—. Mirando las esculturas.

—¡Ah!

Ismael Leonardo había lanzado aquella exclamación al comprender que el joven no venía de allí. Por el contrario, parecía haber llegado de una dirección opuesta.

—Vengas de donde vengas —indicó—, aquí estás en tu casa.

Verdaderamente, no le interesaba conocer el lugar donde Esteban Ortiz había estado. En aquella verdadera mansión existían muchos rincones capaces de excitar la curiosidad de un artista. No se le ocurrió pensar en Nora, pero aun caso de habérsele ocurrido la frase hubiese sido probablemente la misma: «Estás en tu casa». Ismael Leonardo no era hombre acostumbrado a desconfiar de buenas a primeras.

—¿Estás satisfecho con la venta? —preguntó.

—Sí, claro. Estoy satisfechísimo y no es para menos. Las ofertas de usted son siempre muy generosas.

—Gracias por tu opinión.

Le preparó una copa, y él bebió rápidamente otra. En las facciones de Esteban Ortiz se adivinaba una línea de preocupación, pero era difícil notarlo a quien no estuviese acostumbrado a verle.

—¿Qué harás con el dinero? —se atrevió a preguntar Ismael.

—Emplearé casi todo él en aprender. Mañana mismo pienso salir de viaje.

—¡Ah! Veo que eres decidido, pequeño. ¿Dónde piensas ir?

—No lo sé. ¿Conoce usted regiones tristes?

—¿Regiones tristes? Hay muchas. Ahora, antes de la primavera, es imposible que te falten.

—¿Qué elegiría usted, campo o playa?

Ismael Leonardo hizo un gesto indefinible.

—Me basta con un parque cualquiera —respondió—. Un parquecillo que esté a oscuras. Debe tener un follaje que se vea negro, y ha de ser espeso. Y eso en otoño, ¿comprendes, Esteban? Debe ser un follaje eterno. Por otra parte, nada iguala a una figura entre esas hojas, a un simple retrato de mujer que lo signifique todo. Yo creo que existen caras de mujer que pueden significar todas las cosas.

—¿Por qué cree usted eso?

—Verdaderamente no lo sé.

Esteban Ortiz tuvo un encogimiento de hombros, clavando su mirada en un punto indeterminado de la pieza.

—Sin embargo, es así. Yo también tengo a veces la impresión de que algunos rostros lo significan todo.

Volvió a repetir el encogimiento de hombros y dijo:

—Deben de ser cosas de soñadores. ¿Paseaba usted esta noche?

—Sí… Me sentía muy deprimido. ¿Y tú, dónde has estado?

—¿Yo? Velando a un enfermo. Padecía meningitis. He esperado casi hasta el último momento.

—¿Alguna amistad tuya?

—No. Más bien un compromiso familiar.

Esteban Ortiz dijo tal mentira con una naturalidad aplastante. Luego se levantó, terminando de vaciar su copa, e hizo un leve gesto de desagrado, mirando su reloj.

—Son casi las tres de la madrugada. ¿Me perdonará si me voy? Usted también debe de estar cansado. No son horas…

—¿Lo estás tú?

—Francamente, el «también» ha sido una palabra vana. No siento el menor cansancio.

—Yo tampoco. De todos modos, ultimado nuestro trato, ya no tenemos más que hablar. Quien debe perdonar eres tú, puesto que te he hecho subir. ¿Vendrás a comer mañana? Creo recordar que no te he invitado más que dos veces, y Nora se alegrará si aceptas.

Esteban fue a responder, pero Ismael Leonardo tuvo un gesto inesperado de agotamiento, algo así como una mueca incontenible

de su intimidad, y le detuvo con un ademán.

—Estoy triste, Esteban… Estoy triste —dijo. Y añadió—: Si vienes y te fijas en mí, te entristecerás a lo mejor también. Si vienes, fíjate en Nora.

—¿Nora?

—Sí. Debe de estar durmiendo.

Esteban Ortiz parpadeó ligeramente tres veces consecutivas, pero el hombre con quien estaba hablando apenas lo notó.

—Gracias. Nora es muy agradable. Sin embargo, es muy fácil que me encuentre ya viajando dentro de unas horas.

—Entonces ya aceptarás mi invitación otra vez…

—Sí. Un millón de gracias.

Esteban Ortiz hizo una inclinación de cabeza y un ademán respetuoso. Luego estrechó la mano de Ismael y se retiró, acompañado por el dueño de la casa, mientras lanzaba una mirada con el rabillo del ojo al pasillo en cuyo fondo se encontraba la habitación de Nora. La puerta, situada en la penumbra, le pareció por un segundo más alta, más ancha y hasta deforme.

—Adiós —musitó al salir—. Deséeme buena suerte, y gracias otra vez por todo.

Ismael Leonardo le vio marchar con una expresión indefinible en sus ojos. Aquel espontáneo «deséeme buena suerte» del joven le hacía sentirse nuevamente hostil a todo. Él deseaba que Esteban Ortiz tuviera muy mala suerte. Conocía el objeto de aquellos viajes y, por conocerlo, anhelaba su más absoluto fracaso. Cuando cerró lentamente la puerta y se encontró en la casi completa oscuridad, a solas otra vez, tuvo el pensamiento de que con la adquisición del cuadro había ayudado directamente a su rival. Aunque Esteban Ortiz era un rival a quien no temía. Según Ismael Leonardo, era capaz de pintar a Paulina, contemplarla y nada más.

A un joven así aún podía invitársele a una comida y asegurarle que Nora improvisaría para él su sonrisa más amable.

Hizo al fin un gesto de indiferencia y se entretuvo hojeando los últimos recibos. Formaban una pila considerable, y allí muchos papeles significaban que se había pagado una limosna a varios institutos religiosos y un donativo a diversos hospitales. Ismael Leonardo hizo una bola de papel con todos aquellos recibos y la dejó, con un movimiento pausado, sobre su mesa de despacho.

Había en su gesto, no obstante, algo de despectivo. Y fue al dejar aquella bola de papel y disponerse a abandonar el despacho cuando creyó escuchar algo así como un gemido o un sollozo.

Venía, según le pareció, del corredor más amplio, del lugar donde las esculturas se hallaban expuestas. Creyendo que era Nora la que sollozaba, y temblando ante semejante pensamiento, se dirigió hacia el lugar de donde surgía ahora un gemido incontenible y extraño, como el producto de un arrebato. Eso le tranquilizó, porque no podía provenir de su hija. Nora había tenido los nervios muy equilibrados siempre.

En el corredor, a la tenue luz de las vitrinas donde reposaban las esculturas, pudo ver que la cocinera estaba sollozando a intervalos repentinos, deteniéndose su gemido como en un paréntesis de asfixia, sin verle a él porque tenía el rostro tapado con las dos manos, mientras un sirviente trataba de calmarla. Ismael Leonardo no era buen observador, pero adivinó enseguida que de aquellas dos personas la cocinera sentía pena y confusiónˆ el otro sentía miedo. No adivinó por qué, y se acercó bruscamente.

—¿Qué os ocurre? —preguntó, con una voz mucho menos brusca que su gesto.

La cocinera volvió a gemir.

—¡No me pregunte, por favor!

—Pero ¿qué ocurre? —masculló, más asombrado cada vez, el dueño de la casa—. Cuando he venido estabais los dos aquí, inmóviles como esas estatuas, y mirándome con ojos asustados. ¿Qué demonios os pasa?

Zarandeaba muy suavemente a la cocinera, mientras el otro sirviente permanecía quieto, anonadado. Las diminutas bombillas verdes, azules y rojas de las estatuas apenas servían para delimitar sus facciones. Entonces, la mujer musitó estremeciéndose:

—Nada… Nada… No lo sé. Debe perdonarnos. Tenemos miedo.

Ismael Leonardo hizo un gesto de impotencia, y contempló al otro sirviente. Pero los ojos de aquel hombre estaban tan anonadados, tan abiertos, denotaban asimismo un asombro y una impotencia tan grandes que el dueño de la casa tuvo que dejar de mirarle para no confundirse más.

—En fin —gruñó—. No sé qué os ocurre. Si queréis, llamaré a un médico. Ahora voy a cerrar una de las ventanas del saloncillo de

Nora. Desde la calle he visto que estaba abierta, y hace mala noche.

El saloncillo de Nora era una amplia y hermosa habitación que comunicaba con el dormitorio por medio de una gran puerta, casi nunca cerrada. De este modo, desde una habitación era posible ver con casi todos sus detalles la otra. Y desde luego los dos sirvientes pensaron que el dueño de la casa podría ver el lecho vacío, la seda carbonizada y una virgen ennegrecida. Por eso tuvieron una instantánea convulsión. La cocinera gimió al verle dirigirse hacia el corredor contiguo.

Quiso decir algo, pero sólo lanzó otro gemido. Entonces corrió tras de Ismael, penetrando en el dormitorio cuando el dueño de la casa estaba disponiéndose a cerrar la ventana.

Ella tomó una virgen ennegrecida y dijo con un aullido histérico, deforme, producto de un sollozo que pugnaba por surgir:

—¡Señor! ¡Señor!

Ismael Leonardo se volvió con rapidez. Entonces la sirviente dejó caer la imagen sobre una lujosa alfombra y ella misma estuvo a punto de caer desplomada sin fuerzas. Ocurrió esto porque nunca hubiese podido creer que Ismael Leonardo fuera capaz de comprender tan pronto. El rostro de aquel hombre sufrió tal mutación, dejó aparecer tal mueca de dolor, de sorpresa y de espanto que casi no lo reconocieron. La sirvienta, como quien ha cumplido un penoso deber y comprende su derecho a que le dejen solo, indicó unos pedazos casi irreconocibles de seda, y tras tomar asiento en el borde de un butacón, ocultó el rostro entre las manos y estuvo así quieta, como si ella no quisiera existir ya. Ismael Leonardo musitó sólo una palabra:

—¡Nora!

Y en vez de gritar, en vez de mascullar mil palabras y hacer otras tantas preguntas, en lugar de tener el gesto humano de la desesperación o la impotencia, tuvo el gesto de un muñeco dirigido por una fuerza ajena, el gesto medieval, resignado, de encoger sus hombros y quedar detenido allí, como un ridículo tentetieso a quien le estuviera prohibido caer y arañar el pavimento.

Le sacó de su inmovilidad la campanada del reloj de una sala contigua. Entonces examinó lentamente su reloj de pulsera.

—¿Dónde está mi hija? —musitó.

—Está en el Clínico. Cuando ocurrió no sabíamos dónde estaba

usted.

—¿En el Clínico?

Ismael Leonardo pareció enfurecerse al oír aquel nombre.

—¿Cómo es posible? —rugió—. ¿Queréis que me la maten? ¿Cómo habéis podido conducirla ahí? Hay clínicas de lujo…

—¡Ah, señor, era horrible!… La pobre Nora solía mirar los cuadros a la luz de un quinqué, porque decía que así ganaban significado, y el quinqué le ha caído sobre el vestido… Todos sabíamos que había que hacer algo, que había que actuar, pero nos faltaba el valor y no lográbamos movernos… Entonces llamé al Clínico, señor. Era el único teléfono que yo conocía… En aquel momento fui incapaz de buscar otras direcciones, de actuar de un modo mejor… Sólo tenía tristeza y miedo. Además, pensé que, tratándose de un accidente así, habría que llevarla al Clínico, que es un sitio oficial. Cuando me serené y quise llamar a otros lugares ya se la habían llevado, señor. Perdone mi precipitación. Yo creo que podremos sacarla…

Ismael Leonardo tuvo un gesto brusco, de temor y decisión.

—Sí, hay que sacarla. Yo he de ir ahora mismo para que me la den… Tienen que dármela. A sus médicos quiero elegirlos yo.

Oprimió un timbre y acudieron dos sirvientes; sin duda estaban junto a la puerta, esperando la llamada. Ismael Leonardo les señaló la cocinera y ambos se llevaron a aquella mujer gimiente. Hasta entonces no salió rápidamente a la calle. Antes de llegar a ésta, vio la puerta que estaba cerrada, y fue tan torpe que tardó en abrirla. Cuando pudo verse libre, entre las avenidas casi desiertas, inició una carrera desenfrenada y loca. Corría por la necesidad de fatigarse, de convertir su pena en fuerza y consumir esta fuerza en algo, por la imposibilidad de caminar sencillamente cuando el pensamiento volaba y rugía. Ni tan sólo buscó un taxi porque se sentía incapaz de encerrarse en él.

Cuando estaba agotado, se detenía unos momentos, examinaba todas las cosas con ojos de demente y volvía a correr. Aun así tardó bastante en llegar a la Facultad de Medicina, anexa al hospital. Logró que le dejasen hablar con un doctor muy joven, y al final de un breve diálogo había averiguado que su hija estaba en una sala común, que las quemaduras no eran profundas y que, al parecer, todo quedaba reducido a una cuestión de tiempo. No le dijeron si

Nora quedaría desfigurada ni él se lo imaginó en aquellos momentos tampoco. Sólo quería sacarla de allí. Le dijeron que, habiendo ingresado la accidentada hacía tan sólo unas horas, y a causa de unas quemaduras cuyo origen faltaba aclarar, retirarla no sería fácil ni quizá tampoco prudente. Tan sólo le pudieron asegurar que por ocho pesetas diarias le sería proporcionada una habitación particular. Ismael Leonardo aceptó, desde luego.

Entonces quiso ver cómo trasladaban a Nora, pero le dijeron que no abandonaría la sala común hasta que el doctor efectuara la visita, y que la visita comenzaba a las nueve. Aun así, no conseguiría verla. Ismael decidió esperar, creyendo que el dinero allanaría las dificultades.

Además de desesperado, estaba confuso y no sabía en qué pensar. El hospital, con ese olor característico que pone enfermos a los que no lo están, le ocasionaba náuseas; no podía creer que Nora, tan sana y tan joven, se encontrase allí, postrada, inmóvil, en un lecho, aguardando entre delirios. Pidió a una monja que le dejasen entrar y obtuvo una respuesta evasiva. Entonces pareció resignado a seguir aguardando, pero sus ideas le martirizaban y aturdían, mientras las manecillas del reloj parecían haberse detenido. A la sala de espera acudían personas cuya presencia le irritaba, porque sólo sabían hablar de tragedias. Oyó mencionar tal cantidad de enfermedades que hasta entonces nunca pudo Ismael Leonardo imaginar que la naturaleza humana fuese tan endeble. Todo aquello le causó una angustia irreprimible y una intranquilidad que ya no podía dominar. Cuando, al cabo de unos minutos, la misma monja a quien había hablado cruzó de nuevo, se decidió a pedirle violentamente que le dejasen entrar; no le importó llamar la atención ni pasar por un exasperado. Sin embargo, aquella religiosa debía de estar acostumbrada a tales escenas, porque se alejó con una sonrisa despectiva.

Siguió esperando, ahora como anonadado, hasta que fueron las nueve y media. Entonces rogó, entregó propinas y acordaron dejarle llegar a la sala. Aunque debía tener en cuenta —esto era lo importante— que su hija sufría desmayos con frecuencia a causa del dolor, y que, a toda costa, era su deber evitar ser visto para no perturbarle más. Ismael Leonardo accedió a todo apresuradamente; con ver ya tenía bastante.

Ascendió por unas escaleras blancas a una habitación amplia y larguísima, en cuyo fondo se encontraban unas imágenes religiosas. Frente a ellas, se humillaban muchas sencillas camas con enfermos más humillados aún, varios de los cuales rezaban a media voz, produciendo un constante murmullo. Ismael, exasperado, creyó respirar un aire lleno de quejidos, coro de voces gimientes que se elevaba de aquellos lechos de dolor. Era la oración de los seres larva, diminutos, de los seres atormentados, una plegaria obsesionante la que llegaba hasta él. Tapó sus oídos con las manos mientras lanzaba un gemido. El que Nora estuviese entre aquellos desdichados, rodeada de paredes blancas, de vidrios opacos y de oraciones gimientes, le torturaba y consumía. Se podía decir que le indignaba también y que, a juzgar por la expresión de sus ojos, estaba odiando todo aquello. Contempló a unos estudiantes con mirada hostil, y entonces le advirtieron que su hija estaba siendo trasladada.

Nora era conducida en una camilla de ruedas, y su cuerpo estaba completamente tapado, por una sábana, hasta la garganta. Parecía más larga, más grave y más rígida, como si hubiese perdido toda su juventud. En cuanto a los ojos, los tenía muy apagados y abiertos, mirando a todas partes con expresión de pena. Era una expresión que su padre no recibió. La joven pasó junto a él, mirando al vacío, sin verle en absoluto. Tenía el rostro tan intacto, tan igualmente bello, pese a un rictus de dolor, que Ismael Leonardo tuvo un gesto de compasión y al mismo tiempo de pena reconcentrada y eterna, la pena de la poesía, de la belleza que se teme puede destruirse, el gemido tristísimo ante una perfección rota, ante unos ojos profundos que denotan sufrimiento en una mujer amada. Sintió que se enternecía y dos lágrimas le quemaron las mejillas. Entonces tuvo una brutal sacudida física, como una última y repentina contracción nerviosa, y sintió la necesidad de encontrarse al aire libre, para respirarlo con fruición y medir la capital con sus pasos. Se creyó el ser más desdichado del mundo. E incapaz de continuar mirando aquellas expresiones de dolor.

Ismael Leonardo cambió mucho en el transcurso de unas pocas horas. Se identificó con la Humanidad, ese conjunto de seres que no se comprenden los unos a los otros, pero que se hermanan cuando padecen y cuando gimen.

Aquella tarde la pasó en parte junto al lecho de Nora, escuchando con angustia los suspiros doloridos de ésta. Fue la tarde más triste de toda su existencia. La joven trataba de reír al verle, pretendía animarle, pero sólo entresacaba esa mueca de los que, al intentar el consuelo, se dan cuenta de que son unos desdichados y no pueden evitar el llanto. Nora estaba desconocida con aquella mueca. Había tanto sufrimiento físico reflejado en ella, tanta compasión hacia sí misma, tanta piedad hacia todo, hacia los objetos más mínimos, que Ismael Leonardo sintió cómo las lágrimas quemaban sus mejillas toda aquella tarde. ¿Cuánto tiempo había estado sin llorar hasta entonces? Probablemente mucho tiempo. No había sido hombre acostumbrado a llorar; su vida había trascurrido entre pensamientos, pero no entre lágrimas.

—¿Desde cuándo lloras? —le preguntaba constantemente su hija.

—Desde que te veo así.

—Pues no lo hagas. No me acostumbro a verte llorando.

Luego parecía tomar aliento y pensaba. Se advertía que estaba pensando por la expresión de sus ojos, concentrados en un punto indeterminable. En aquellos momentos crispaba sus dedos y mordía sus labios. Seguidamente, musitaba:

—¡Oh, padre! ¡Padre!

A Ismael Leonardo le estremecía aquel nombre que no estaba habituado a escuchar. Sin embargo, estaba murmurado con dolor, y eso le hacía arañar sus sienes. Nora intentaba palparle, decirle mil cosas más pero sólo conseguía susurrar con entonación de pena inigualable:

—¡Oh, padre! ¡Padre!

¿Para qué era necesario decir más? ¿No le señalaba los vendajes hasta la garganta, las manos abrasadas, el cuello ennegrecido, la frente sudorosa y pálida? ¿Qué se puede desear en tales momentos, sino una palabra amada y desaparecer?

Luego, cuando estremecimientos convulsos sacudieron a Nora y un rictus de sufrimiento reapareció en sus labios, dijo, como si en efecto estuviese segura de desintegrarse y volar:

—¡Dios! ¡Dios!

A Ismael Leonardo tuvieron que sacarle casi a la fuerza de allí. Aquella palabra había abierto para él un horizonte infinito y no

quería separarse de la humilde silla junto al lecho. Ismael Leonardo era un hombre que tenía fe.

Como entre sueños, oyó asegurar podría llevarse a su hija en los días siguientes, caso de que no hubiera complicaciones. Bastantes se habían presentado ya en las últimas horas.

Entonces salió de aquel lugar y corrió a refugiarse en la nave de una iglesia, donde estuvo absorto no supo jamás cuánto tiempo. A cada minuto aumentaba su fe, como si el dolor la robusteciese. Masculló que su hija no podía morir ni quedar deformada. Él hizo ofrenda de todo, de su vida misma. Existen tres votos, el de obediencia, el de pobreza y el de castidad que son más grandes que la existencia humana y él los ofreció. Hizo entrega de su voluntad, de su libertad, de su masculinidad, de las tres cosas más grandes que puede entregar un hombre.

La fe de Ismael Leonardo era una de esas creencias que tienen parte de su fundamento en el miedo, en el temor de que genios superiores lanzan su aliento sobre todas las cosas y castigan los actos más mínimos. La palabra «eternidad» aplicada al tormento le parecía demasiado horrorosa para meditar sobre ella; le servía, sin embargo, para esquivar el pecado. Por otra parte, su fe estaba mezclada con los recuerdos de la infancia, con los consejos de su madre, con las últimas palabras de su difunta esposa, con la vida de la misma, Nora, regida siempre por algo eterno, superior y grande. Durante toda su existencia no había visto más que fe. En los últimos años era su soledad, su soberbia, su experiencia, quizá su mismo carácter, los que le obligaban a dudar a veces. En ocasiones, la fe parecía haberse interpuesto ante sus más íntimos anhelos y deseaba que no existiese, pero enseguida retornaba el temor, una sensación de pequeñez, algo que le hacía sentirse dependiente otra vez. Solía creer entonces que la verdadera fe hace la verdadera felicidad, y se consolaba pensándolo. Semejante creencia no era otra cosa que la fe misma.

XXXVII

Luego comenzó a vagabundear por las calles, a contemplar esas perlas nocturnas que forman collares de luz en las grandes avenidas. Se detuvo ante escaparates llamativos que nunca pensó pudieran atraerle, a admirar los más pequeños objetos con una atención abstraída e insólita. Todo le parecía en aquellos momentos digno de ser visto y observado. Las telas, los juguetes, los artículos de deporte, las perfumerías incluso. Le agradaba la luz de aquellas vitrinas, su orden artístico, y quería distraerse viendo caminar a las personas que cruzaban junto a él. Iba vestido muy descuidadamente, y su rostro expresaba la anormalidad de aquellos momentos. Dos muchachas se rieron al verle, aunque quizá ni ellas sabían por qué.

Ismael Leonardo tuvo una idea triste, una visión como si la vida se desdoblase sólo en carcajadas estúpidas. Hizo un gesto de indiferencia. Pensó en Paulina y fue entonces cuando la supo diferente de aquellas dos jóvenes que habían reído y se alejaban charlando. Hablaban, quizá, de esas insignificancias que llenan la vida de muchos humanos, de esas satisfacciones diminutas, vulgares, ilusiones pequeñas y vitales a la vez. Era preciso esperarlas riendo. Cruzó frente a un salón de baile y la musiquilla le puso nervioso, de tal modo que aceleró el paso para no escucharla más. Fue entonces también cuando todo le trajo el recuerdo de Paulina, un recuerdo intenso, solitario, constante desde siempre. Veía siluetas en el aire, rostros fugitivos entre la luz, escuchaba pasos de mujer que parecían seguirle. Todos los anhelos de sus últimos años caminaban con él. Estaba aturdido por un sueño en el que veía a Nora reír, aspirar con fuerza el aire de valles poéticos y solitarios, acariciar sus cabellos deliciosos y hablarle. Al desaparecer Nora, veía a Paulina, que le contemplaba en silencio y fijamente. Luego alzaba los ojos y le quemaban las perlas de luz,

advertía la realidad de las avenidas amplias, le volvían como de un marasmo aquellas ráfagas molestas y constantes del viento.

Caminando, llegó el momento en que tuvo que decidir adónde iría. Volver a su casa le parecía inaguantable, asfixiante y estúpido. No había por qué respirar aquella atmósfera de vacío y de tragedia. Fueron sus pensamientos hasta el lugar donde vivía Paulina, y los recuerdos que habían caminado con él, marcando con más fuerza, con más fatalidad su paso, le empujaron.

Al llegar al jardín que rodeaba la casa, se apoyó en los labrados hierros de la verja y estuvo así, inmóvil, sin saber qué otra cosa podía hacerse. Algunas de las ventanas despedían luz, iluminando el follaje del jardín con topos muy inconcretos. Los ventanales correspondientes a la alcoba de Paulina, que él conocía bien, eran sólo rectángulos oscuros donde la forma de gasa de las cortinas resaltaba tenuemente. Él los contempló durante largo rato, sumiéndose cada vez más en una inmóvil meditación que le aturdía. El sonido que levantaban las ráfagas al deslizarse entre las hojas del jardín parecía hacer más prolongados y más notables los intervalos de silencio. Eran lagunas calmadas, que parecían traer meditaciones también.

Luego vio aparecer bruscamente ante sus ojos dos rectángulos iluminados, exactamente los mismos ventanales que correspondían al dormitorio de Miguel de Latorre y Paulina. Ismael Leonardo tuvo un estremecimiento repentino al verlos y sus dedos se crisparon sobre el hierro en que se apoyaban. Luego ya no hizo ningún movimiento más. Recortándose en los ventanales habían aparecido dos siluetas que conocía muy bien.

Paulina y su esposo quedaron frente a frente, tras los cristales que daban sobre el jardín. Sin duda, hablaban. La forma de la mujer se recortaba tan perfecta que Ismael Leonardo tuvo un movimiento de retroceso, un deseo de evitar la visión y huir, como obedeciendo a un nuevo instinto que fuese producto de su fe y que hubiese de servir para hacerle perfecto. Necesitaba ser ciego, escapar, ser desde entonces pobre, casto y obediente para que Nora pudiese respirar el aire de aquellos prados solitarios y poéticos de sus visiones. Sin embargo, pensó que la silueta de Paulina no era, ni mucho menos, impura; ¿por qué no contemplarla eternamente desde allí? Pero pensaba esto y se veía avanzando a través del jardín, hollando con

su pie las flores de los cuadros, derribando aquel ventanal, y abrazando la silueta de mujer con una pasión indecible, poseyéndola junto a sí también eternamente.

Aquello era preciso evitarlo, aunque sentía una confusión horrible. ¿Por qué debía matar sus ilusiones? Estaba aturdido y apenas era capaz de comprenderlo. Casi no llegaba a recordar lo hecho durante toda la jornada. Fue precisamente al meditar sobre eso cuando vio otra vez las salas blancas del hospital, los rostros doloridos, la figura de Nora, más larga, más severa y más rígida, escuchó las palabras de «¡Dios! ¡Dios!» quemándole el cerebro. Era preciso no ver ni oír más aquello. Lanzó una mirada de extravío a su alrededor y desapareció, caminando como un loco.

Desde el jardín sólo pudieron verse las siluetas de Miguel de Latorre y su esposa, que al parecer continuaban hablando. Seguían inmóviles, apoyadas junto a los vidrios.

XXXVIII

Al entrar en la clínica, Ismael Leonardo preguntó si podía ver a Nora. Había ordenado trasladarla desde el hospital, y aquí no era necesario esperar turno de visita. Le respondieron que no era prudente emocionarla.

Ismael Leonardo reflexionó unos momentos. Su hija no tenía por qué emocionarse el verle a él, y decidió visitarla. Le era preciso, además, conversar con ella, decir cosas que había estado pensando durante días continuos. Así, cuando llegó al cuarto de Nora, tenía preparadas muchas palabras y le faltaban deseos de hablar. Respiraba levemente, angustiado al delatar su presencia. Hubiera querido escribir a su hija y desaparecer, pero eso no era humano.

La joven tenía los ojos muy abiertos cuando él entró, y preparada una sonrisa. Estaba tan bella que el lecho de dolor donde se encontraba parecía como nunca impropio, como en una pesadilla. Lo bello y lo terrible se juntaron en lo que Ismael Leonardo pudo ver. Nora estaba vendada hasta el nacimiento del cuello, sin que en éste apareciera la más mínima quemadura; la piel, tenía, por el contrario, un color más delicioso que nunca, la tersura de algo nuevo. El rostro, aunque ligeramente pálido, le pareció a Ismael verdaderamente hermoso. Los cabellos peinados adornaban las facciones. A no ser por los vendajes, que se advertían un poco, no se hubiera dicho, que Nora Leonardo era una paciente que antes había estado grave.

Eso fue lo bello de la visión de Ismael al entrar. Un cubo que la enfermera iba a llevarse, recipiente lleno de unas vendas ennegrecidas y sucias, vendas que parecían haberse carbonizado al contacto con la piel, formaron la visión terrible. Al verlas, reprimió un gemido y pudo advertirse el esfuerzo que tuvo que hacer para controlarse. No fue una reacción de temor, sino de amor.

—¿Por qué te amortajan de esta manera?

Nora distendió más su sonrisa.

—No creas que estoy tan mal. No dejaría nunca las vendas así. ¡Ponen tantas cosas raras para las heridas!

—Pero ¿cómo estás? ¿Sientes dolor? ¿Qué has hecho hoy?

—¡Oh, estoy bien!

La enfermera se había ido, y se encontraban los dos solos. Ismael Leonardo apoyado sobre el lecho. Nora sonriendo.

—Pero ¿estás bien? ¿Realmente mejor?

—¡Claro que sí! Podría volver contigo a casa, si estos médicos, que no saben por dónde andan, me dejasen. El que parece enfermo eres tú.

Ismael fijó los ojos en Nora, que tenía en aquel instante, para él, el simbolismo de la vida. El cuello delicioso, los labios rojos, las facciones limpias y los cabellos bonitos. Todo aquello debía quedar reducido a una imagen poderosa en su cerebro y a unas palabras modulando en sus oídos. La vida transformada en el recuerdo que la ahoga.

—Dime —susurró—, ¿has pensado en mí estos días?

—Muchísimo.

Miró hacia el ventanal, que sólo dejaba proyectar media luz, y le dijo:

—¿Por qué no has venido a verme?

—Venía, pero tú estabas sedada… No me dejaban subir.

—He estado muy sola. A veces el dolor era horrible y me sentía desfallecer. Las curas eran lo peor de todo.

—Has debido de sufrir mucho.

—No, padre; ahora no sufro.

—¿Ha venido alguien a verte?

—Sí, los sirvientes. Lloraron todos un poco, no sé por qué. De los demás, nadie. ¿Has visto a Moriel?

—¡Moriel!

Ismael Leonardo había tenido un gesto abrumado.

—No; no le he visto…

Contempló fijamente a la joven, y en seguida la llamó:

—Nora…

—¿Qué?

—¿Qué opinas de él?

—¿De Moriel?

—Sí.

—No sé. ¡Es tan largo de contar lo que he pensado sobre él!

—Dímelo, por favor. ¿Te ha hecho daño alguna vez, te ha causado algún mal?

—No. ¿Cómo podía habérmelo causado? Somos iguales, en el fondo. Creo que ambos comprendemos las mismas cosas; por lo demás, desde un punto de vista opuesto. Yo tengo miedo a una potencia superior, a la que he sentido muy cerca de mí. Él cree que hay valores eternos en la vida y en el mundo. Muchas veces, he querido preguntarle: ¿qué motivos tienes para no creer lo que yo creo? Pero hubiese sido una tontería. Yo los conozco como él. —Suspiró levemente, mirando con fijeza el rostro de su padre—. Pocas veces hablamos claramente. Una noche me escribió; yo casi sentí deseos de llorar ante su sinceridad. Pero era inútil, porque ya le conocía bien. Sé que hay leyes sociales que concluyen en leyes íntimas, padre. La naturaleza racional de los hombres está formada de estratos así. Aunque he intentado convencer a Moriel muchas veces. Salía de su habitación pensativa, casi consternada. No sabía lo que me estaba pasando. Entonces pensaba en la vida vulgar y en la vida que no lo es. Yo amo las pasiones terribles; a veces se puede amar la pasión misma. Vi en Moriel algo semejante a lo que encontraba en mí. Pensarás, padre, que ése es el camino para llegar al amor. Y, en efecto, le he amado. Amaba sus pensamientos, su compañía, su presencia, sus ideas. Era un constante encontrarme en el secreto de mí misma. Deseaba que fuésemos iguales en lo único que nos separaba: en la esperanza y en la fe. Todos mis actos eran un esfuerzo consciente para lograr esa conversión. He querido ayudarle muchas veces; no sé por qué, quizá para que siempre me mirase con esa expresión que recuerdo tan bien. Padre, ahora ya lo sabes todo. Sabes hace tiempo por qué huí de aquel colegio. El claustro era una cosa y la vida era otra.

Lanzó otro suspiro y dijo:

—Pero no vayas a llorar… No me acostumbraría.

Las pupilas de Ismael brillaban, en efecto, extraordinariamente. Contemplando a Nora, pensaba en todos los motivos de su existencia, en todas sus ideas y en todos sus amores. Su madre, muchos años atrás ya; su esposa, unos cuantos meses; luego Nora misma, su amor constante; Paulina, su amor terrible. No le quedaba

más que el sonido de unas notas musicales desgranándose, los recuerdos como una vida subconsciente y remota, los pensamientos infatigables, las imágenes perpetuas, el silencio de la vida que se va y la oscuridad del alma que se apaga. Luego desaparecer, y en esto quedaba resumido todo.

Sin embargo, vivirían sus amores, y los seres que habían despertado su pasión quedarían en la tierra. Viviría Nora, viviría Paulina y existirían todas las cosas poéticas y bellas. Era triste desaparecer pero quizá sublime si quedaba todo aquello.

Pero aún no conocía la fe de su hija, y el obispo tampoco la conocería jamás: porque la fe del obispo estaba en los altares, y la fe de Nora estaba en las calles. La fe del obispo estaba en un Dios vengador, y la de Nora en el llanto de un niño, los ojos de un perro o las manos de un obrero despedido. Ismael Leonardo no conocía realmente a su hija, ni acertaba a comprender que sus visitas a los llamados barrios del vicio eran las visitas a otra clase de fe. Sólo Moriel conocía del todo a Nora Leonardo, sólo él encontraba en sus ojos la luz de sus propios ojos.

Y esto Ismael lo adivinaba, pero no lo sabía. Ni en el fondo tampoco lo sentía.

Ismael Leonardo jamás había pensado que los sombríos cuadros de Esteban Ortiz podían tener más sentido al ser contemplados de noche a la luz de un antiguo quinqué. Nora lo había hecho. Y el propio Esteban Ortiz no lo comprendería jamás, pero Enrique Moriel sí que lo comprendía.

Entonces comenzó una existencia larga, monótona, lenta en transcurrir como el dolor en irse, prolongada, una existencia igual, impasible, torva. Nora creyó que aquello no iba a terminar nunca cuando pidió un calendario y pudo ver que sólo habían transcurrido dos semanas desde la primera cura de recuperación. Ella no estaba ya en peligro, pero se entristecía sin remedio. No era únicamente por su padre. Era por todo: por la luz mortecina, por el viento resbalando sobre los ventanales, por el cielo plomizo, los días cortos, las noches eternas y sin sueño. Parecía haberse agudizado en ella una sensibilidad especial para captar el dolor. La visión de su propio cuerpo ya no le entristecía; al principio la anonadó, y ahora ya no se miraba durante las curas, en espera de la cirugía estética. Pensaba mucho, con los ojos puestos en el techo de la estancia. El

viento le hacía recordar las callejas, los caserones, los pisos glaciales donde habitaban niños. La madre miseria pululaba sobre sus cabezas y se introducía en ellas. ¿Qué harían ya? Esperar, lo mismo que todos. La infancia consistiría para ellos en ir viendo cómo los valores al parecer sagrados, si es que algo sagrado habían podido ver al saltar al mundo, se perdían, se compraban y se convertían en cosas. Verían cómo todo quedaba reducido a intentar reír mucho y llorar muy poco. Nora pensaba en todo esto e iba recordando sus anteriores años con cierta fruición dichosa. Recordando, quería saltar de allí, huir, caminar mucho y mirarlo todo.
Paulina llegó a la puerta secundaria del jardín y la abrió silenciosamente, mirando hacia su izquierda, donde se encontraba un pabellón no muy grande, habitado por el jardinero. Las luces estaban apagadas y por aquel lado no debía temer, pero se sentía intranquila y además triste. Notaba una opresión en el pecho como si adivinara que algo muy grave había de sucederle. Advertía ese extraño miedo que percibimos a veces cuando las circunstancias parecen estar a nuestro favor: el miedo a lo imprevisto. Fuera de esto, sentía piedad hacia su esposo y le era difícil prescindir absolutamente de él en todos sus pensamientos. Miguel de Latorre agonizaba largamente, y ella lo sabía. Paulina comprendió que el amor tiene también sus egoísmos negros. ¿Qué podía ella hacer? No lo sabía; acabar pronto.

Ya en la mansión de su marido, abrió con un llavín pequeño la puerta de servicio. Pensaba en aquellos momentos como si en el mundo no existiesen más que su esposo, Moriel y ella. Sin embargo, al entrar, creyó ver dos sombras como apoyadas en los cristales de una ventana, en la más próxima habitación. Todo estaba oscuro, pero cuatro ojos inmóviles debían de verla. La luz lunar, que dibujaba las siluetas de sus suegros, debía haber permitido advertir las formas del jardín al franquearse ella la entrada. Sabían, pues, al menos, que acababa de llegar. Paulina, sin embargo, no dijo nada y se dirigió hacia sus habitaciones, procurando evitar el menor ruido.

Su esposo dormía, o al menos estaba fingiendo dormir. Paulina le besó en una mejilla y comenzó a desnudarse con rapidez. Antes de despojarse de todas sus prendas, esperó unos momentos, sentada en el lecho. Era evidente que Miguel de Latorre no fingía dormir, sino que dormía con pesadez. Paulina lo contempló, mientras se

quitaba los zapatos, las medias y una camisa muy corta, color azul cielo, que usaba con frecuencia. Después, sin colocarse la ropa de noche, se introdujo en el lecho. Allí cerró los ojos, mientras continuaba esperando.

Transcurrieron unos minutos y entonces se abrió con lentitud la puerta. Dos figuras silenciosas entraron en la pieza, pero sin acercarse a los lechos. Paulina, con el rabillo del ojo, tapada casi la visión por sus propias pestañas, contempló en los rostros de aquellas dos figuras la expresión de una sospecha. La miraron fijamente, sin hacer el menor ruido ni musitar una sola palabra. Luego besaron en la frente a Miguel de Latorre y se alejaron, cerrando cuidadosamente la puerta.

Paulina volvió el rostro hacia el ventanal y sólo pudo ver la noche. Sólo pudo pensar en Nora, a la que visitaba a diario. Sólo podía pensar en Moriel, más lejano que nunca.

XXXIX

La noche es una pantalla que refleja aspectos simples. Un papel blanco arrastrado por el viento, una figura que pasa, una luz como colgando en el aire, una voz cuyo origen se ignora, pero que se cree recordar.

Aquella noche de principios de mayo, por otra parte, era extrañamente fría, y a largos intervalos unos nubarrones espesos cubrían el cielo. Las ventanas estaban cerradas, las calles desiertas. Existía un silencio mortal invadiéndolo todo. Los edificios sin apenas un rectángulo tímido de luz.

Era la una de la madrugada. En un banco mojado de la avenida más larga de la capital, en la calle de las Cortes, permanecía inmóvil desde hora y media atrás una joven muy bella, que parecía meditar sin poner su atención en nada. Vestía un abrigo de entretiempo azul marino, que llevaba desabrochado, permitiendo advertir un vestido granate, confeccionado al parecer con elegancia. Llevaba ese vestido muy bien abotonado, como temiendo descubrir su carne más abajo de la garganta. Sus facciones eran bellas, pero mostraban cierta fatiga; había caminado, sin duda, durante mucho tiempo. Usaba guantes, uno de los cuales llevaba puesto. Con la mano desnuda acariciaba a intervalos la madera del banco.

Ciertamente su presencia allí, a tal hora, era extraña, y más aún dada su inmovilidad. En aquel momento podía suponerse que le faltaba lugar a donde ir. Hora y media antes, un joven había supuesto que se trataba de una mujer fácil y, pareciéndole encantadora, había intentado buscar conversación. Después de hablar bastante sin obtener una sola mirada, al tal joven no le había quedado más remedio que marcharse. Dos guardias de asalto, después de mirarla, cuchichearon algo y siguieron su camino. Entretanto, la ocupante del banco permanecía con la misma inmovilidad, sumida en sus reflexiones.

Esperaba quizá algo, pero no podía comprenderse qué. La avenida quedó completamente desierta. Entonces aquella joven sonrió, levantándose, y comenzó a andar. Su bonita figura parecía moverse con agilidad, alegría y gracia. Diríase que, después de inmovilidades prolongadas, gozaba otra vez de la fruición de caminar. Un observador cualquiera hubiese podido advertir que aquella joven no se dirigía a un lugar determinado: sencillamente caminaba. Parecía no sentir inquietud y encontrar agradable la soledad. Su sonrisa, de no ser tan vaga y melancólica, hubiese parecido feliz. Era, sin embargo, una sonrisa extraña. Viéndola, se advertía, sin saber por qué, que aquella joven tenía un espíritu fuerte.

Llegó al paseo de Gracia y ascendió por él. Dobló por la Diagonal. Atravesó calles hasta la Travesera. Luego aún siguió caminando mucho rato, hasta llegar frente a un lujoso edificio, cerca del Turó Park. Podía advertirse claramente que miraba los ventanales de uno de los pisos, sin atreverse a llegar al portal. Se detuvo al fin frente a éste, y tuvo un imperceptible gesto amargo; entonces extrajo un llavín y se franqueó la entrada. Los escalones quiso subirlos a oscuras y con lentitud. Una vez que hubo llegado al primer piso, extrajo otro llavín y abrió la puerta que tenía a su derecha. Después de cerrarla, pudo ver que se encontraba en una habitación completamente oscura.

Puesto que la conocía bien, avanzó sin luz. Se trataba de un vestíbulo muy grande, el cual comunicaba con un pasillo ancho. Tras seguirlo, dobló hacia su izquierda, tapando con una puerta. Era su habitación, pero no quiso entrar. Volviendo sobre sus pasos, regresó al pasillo principal y pudo ver cómo varias vitrinas con estatuas permanecían, en contra de una costumbre para ella inmemorial, sin una luz que las alumbrase. Aquello le extrañó verdaderamente, pero no hizo ningún gesto. Una virgen ennegrecida estaba allí, y la acarició con lentitud. Luego palpó su cuerpo y tuvo lo que hasta entonces no había aparecido en sus labios: una mueca de tristeza.

Cuando iba a volverse, una voz excitada la llamó:

—¡Señorita Nora!

La joven hizo un gesto rápido para ver a la sirviente más antigua de la casa. Era la cocinera a quien, la noche del accidente, Ismael

encontró llorando. Nora tuvo inmediatamente una exclamación de alegría.

—¡Cecilia!

—Pero ¿usted aquí? ¡A esta hora, después de lo que ocurrió! ¡Sin avisar! Nora, ¿qué ha hecho usted? ¡Debería habernos avisado! ¿Para qué le di yo las llaves? Para que viniese cuando quisiera, pero sin hacer locuras. ¿Cómo se encuentra?

La sirvienta pasaba sin duda por un arrebato jovial. Podía adivinarse fácilmente que le faltaban palabras al encontrar a la joven allí. Sentía deseos de decirle mil cosas y le era imposible; pudo realizar sólo el acto de encender una luz para verla mejor.

—¡Nora!

Se acercaron y la abrazó. La joven en seguida, despojándose de su abrigo, permitió ver su figura, bonita como antes. Nada había cambiado en ella. Toda su antigua hermosura se conservaba íntegra: era aquello en verdad, para la sirvienta que la había visto debatirse entre las llamas, una verdadera resurrección de la carne. Apartándose de ella para contemplarla mejor, exclamó:

—¡Está usted curada!

—Sí, Cecilia, lo estoy; no queda en mí ni una llaga, ni una señal, ni una pizca de piel ennegrecida. Estoy sana otra vez. Desde ahora, todos estaremos alegres. Absolutamente todos. Mi padre no pondrá cara de amargura nunca más. ¡Estoy curada, Cecilia! ¿Sabes lo que he llegado a padecer, temiendo quedar marcada? Afortunadamente, eso no ha ocurrido. Debemos estar alegres, te repito. Ríe, por favor. Quiero que llames a mi padre y que ría también él.

Nora Leonardo fue a lanzar una carcajada que podía adivinarse insincera, pero se detuvo al advertir cómo el rostro de la llamada Cecilia se había ensombrecido repentinamente.

—Su padre no está.

—¿No? ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada. Está en unos ejercicios espirituales para dar gracias a Dios. No sabía que usted salía hoy.

—¿Y los otros sirvientes?

—Se trasladaron todos, menos la doncella.

—¿Por qué?

—Temieron que usted moriría.

—¡Pero yo estoy muy bien, Cecilia! Jamás estuve mejor. Llame a

mi padre, dígale que me encuentro bien y vendrá. Sólo tiene miedo de verme sufrir. Deme su teléfono y le llamaré yo misma antes de cinco minutos.

—Durante los ejercicios no se le puede llamar. Además, seguro que mañana volverá.

—Gracias, Cecilia.

La joven hizo un gesto resignado, y contempló las vitrinas con las estatuillas.

—Están apagadas.

—Las encenderé, si usted quiere.

—No; lo haré yo misma.

Nora oprimió un interruptor, y todas las vitrinas se llenaron de una luz azulada y agradable.

—¡Cómo las recordaba! ¿Y las pinturas?

—Todas en el lugar de costumbre. Ese joven que traía algunas veces, Esteban, parece que marchó.

—¿Dónde?

—Tampoco lo sé.

—¿Ha venido Moriel algún día?

—No, no ha venido desde que usted sufrió el accidente.

—A mí me visitó varias veces. ¿Y tú no le has visto?

—Sí, un día. Le encontré en la calle, pero iba distraído. No se fijó en mí. Luego le vi entrar en un comercio de tejidos; no sé qué iría a hacer allí.

—¡Ah!

Nora tuvo otra vez el mismo gesto resignado y triste.

—Después de todo, ¡si mañana veo a mi padre!…

—Sí, él no faltará. Y no se entristezca. Serán felices otra vez.

Nora tuvo una sonrisa nostálgica.

—Sí, volveremos a serlo.

Se acercó a la sirvienta y le dio un beso en cada mejilla, acto en el que puso una ternura filial. Hubiera podido jurarse que Nora intentaba contener el llanto. ¿Era a causa de su felicidad al encontrarse sana? Difícilmente, a juzgar por su expresión. Además, Nora había necesitado siempre, para ser feliz, algo más que la satisfacción propia. No era egoísta. Conociéndola profundamente, hubiera podido advertirse que en aquel instante la atormentaba una pena devoradora.

Sin embargo, en seguida volvieron a brillar sus ojos con alegría y preguntó:

—¿Encontraré mi habitación arreglada?

—Sí, todos los días la he limpiado como si estuviera usted.

—Gracias, Cecilia, gracias —sonrió encantadoramente y dijo, volviéndose—: entonces, hasta dentro de poco.

Mientras se alejaba, caminó rápidamente y con movimientos ligeros y casi alegres. Sin embargo, al llegar a la puerta de su habitación, tuvo un gesto de cansancio, de abatimiento, de sufrimiento inaguantable. Entró en la pieza y suspiró. Las ventanas dejaban penetrar una levísima claridad proveniente de la noche, luz que permitía distinguir contornos de objetos recordados. El lecho, el tocador, sus ropas de noche colocadas en orden, la pantalla en el lugar acostumbrado, los espejos rutilando débilmente, Nora contempló todo aquello en silencio y como escuchando una música triste. Allí, en la soledad, los deseos de llanto se hicieron incontenibles y algunas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. En seguida, llevó las manos al rostro y prorrumpió en un gemido al que siguieron otros, angustiosos y férvidos.

¿Por qué lloraba? No era por su padre; esta vez era por ella, por la desdicha, por el dolor, por todo lo existente. Las cosas inadvertidas acompañan en el dolor. Puede llorarse al tocar la manita fría de una niña y al tocar un objeto conocido que desata los recuerdos.

Todos los objetos que alcanzaba con la vista le traían el recuerdo de su existencia anterior, su alegría y su belleza. Los ventanales para el sol, los espejos para la imagen, las calles para el bien. Nora pensó en ella tal como era actualmente y tuvo otro ahogado sollozo. Continuaban el sol, los espejos y las calles, pero algo había cambiado. Dijo entonces:

—¡Bah! Yo estoy bien.

¿Para qué iban los demás a saber nada? ¿Por qué proclamar su desgracia entre gemidos, si nada podía remediarse ya? ¿Para qué sumir a los demás en una existencia de martirio, de precaución, de vigilancia y celo? No había necesidad de que tuviesen miedo de rozarla, dominados todos por ese temor que asalta ante un papel carbonizado que no se quiere romper y que se sabe ha de desmoronarse al menor soplo. ¿Para qué torturarlos con su propio

dolor? Mejor era repetir: «Sí, hemos de alegrarnos todos. Llame a mi padre y que ría también».

Nora tuvo otro gemido.

Encendió la luz y en el cercano espejo del tocador pudo ver su imagen. La encontró bonita, pese al cansancio y la mueca de sufrimiento. Entonces comenzó a desabrochar su vestido y mostró claramente el pecho. La carne estaba arrugada, levantada, mal dispuesta; la piel ennegrecida, sin sombra de tersura, carbonizada, deforme. Pocas cosas podían existir tan tristes como la visión de aquel pecho debajo de aquel rostro, como encontrar aquella lepra al desnudo tras aquella seductora forma del vestido. Aún no habían podido hacerle ninguna cirugía estética. Nora no pudo seguir contemplándose y se abrochó rápidamente, lanzando un sollozo breve. Luego apagó la luz, respirando angustiosamente, mirando a su alrededor. Los ventanales dejaban penetrar un resplandor mucho más tenue, de tal modo que la rutilación de los espejos apenas se distinguía. Las ropas del lecho eran invisibles. Nora, sin quitarse ninguna prenda, se dejó caer sobre él y permaneció de esta manera completamente inmóvil.

XL

Lejos, en la sacristía de una iglesia adornada humildemente, dieron las ocho. Un hombre que había estado pensando inmóvil, con un libro abierto entre sus manos, tuvo un estremecimiento de sorpresa al escuchar las campanadas, y miró dos veces el reloj de pared, como si no hubiese esperado aquella hora. Estaba solo en la sacristía, frente a una ventana enrejada que permitía ver parte del claustro, sumido en penumbra. Recordó que un superior le había ordenado cerrar la ventana, y lo hizo con movimientos rápidos, golpeando luego los cristales con los nudillos para satisfacer una reacción nerviosa. Aquel hombre vivía en la comunidad, en una habitación fuera de clausura, para dar gracias a Dios y hacer penitencia.

Cruzó silenciosamente ante el altar principal, fingiendo leer párrafos del libro que tenía en la mano, un tomo negro muy bien conservado, con bordes rojos. Fue rodeando la iglesia, junto a los bancos para los fieles, con el solo objeto de observar las dos únicas personas que se encontraban allí. La primera que tuvo cerca, una anciana, no llamó su atención; acudía todas las tardes. La otra persona era un hombre todavía joven que, sentado, se encontraba absorto en sus pensamientos, mirando con fijeza el banco delantero. Toda la iglesia se encontraba en penumbra, de tal forma que aquellas dos personas recortaban unas siluetas borrosas. El hombre suspiró levemente y fue a apoyarse en uno de los pilares que sostenían la bóveda del templo; allí existía un banco algo separado de los demás, poco visible desde un punto lejano, y en el que no había puesto atención hasta aquel momento. Vio a una joven sentada allí y tuvo un estremecimiento brusco.

La joven era en verdad hermosa, de cabellos semirrubios, expresión seductora, labios perfectos y aire tímido. Vestía colores oscuros, resaltando ello, aún más, la belleza de su rostro. Sus

manos, juntas, cambiaban frecuentemente de posición, moviéndose con nerviosismo; diríase que aquella joven pensaba inquieta en alguna cosa muy importante. El hombre, que no era otro sino Ismael Leonardo, tuvo un rubor intenso al verla.

Permaneció quieto, apoyado en el pilar y devorándola con los ojos. Durante muchos días, había intentado olvidar la imagen que ahora estaba viendo, sin conseguirlo totalmente. El régimen austero de la comunidad y el pensamiento de que Nora estaba en peligro no habían bastado, ni mucho menos, para alejar de su mente, siquiera unas horas, el recuerdo de Paulina. A veces, durante la noche, un deseo al que no quería dar nombre le impedía el sueño y le obligaba a revolverse en su lecho de tablas. Creía ver a Paulina de pie ante él, observándole sin moverse, y como esperando a que le abrazase. Ismael, al incorporarse, palpaba sus ropas burdas, su barba descuidada, su frente sudorosa, y tenía una horrible sensación de fealdad. La imagen de Paulina, entonces, le parecía más femenina, más tentadora, más dulce, de aspecto más seductor. Solía levantarse, palpar como un loco todos los rincones de su celda, y con un suspiro de desesperanza, quedar sentado en el lecho, inmóvil, con los párpados entornados pero sin conseguir cerrarlos, sudando, hasta el momento en que el sonido de una campana venía a sacarle de esa celda con una indefinible sensación de angustia. Luego, durante el día, pese a sus esfuerzos para evitarlo, la imagen de Paulina continuaba aún llenando sus ojos. Procuraba salir en cuanto era necesario efectuar alguna misión en el exterior, lo que lograba con bastante frecuencia por su celo ejemplar en cumplir todo lo mandado. Una vez en la calle, usaba el teléfono y pedía noticias de su hija. En cierta ocasión, pasó frente a la clínica, pero sin atreverse a entrar. Las noticias que de este modo recibía frecuentemente sobre la salud de Nora eran buenas, y su preocupación disminuía. Preguntó un día si era inevitable que dejasen señal las quemaduras, y le respondieron que en aquel caso no había peligro de que sucediera así. Lo cierto es que la respuesta fue dada por un médico recién llegado a la clínica, quien, sin experiencia directa del caso, confundió a Nora con otra paciente. Ismael, de este modo, había considerado que su hija estaba salvada por completo.

Semejante convicción hizo que su sacrificio le pareciese más

inaguantable. Veía en su imaginación a Paulina con repetida frecuencia, y pensaba en ella constantemente. La disciplina de la comunidad, a la que se había sometido sin restricción, le enervaba. Una vez, al pasar por la calle donde vivía Moriel, vio a éste mirando por la ventana. Él le vio también. Las expresiones de ambos denotaron algo muy profundo.

Ese encuentro tuvo la virtud de exasperarle, haciéndole ver todavía con más claridad que fuera del claustro existían seres y pasiones, luchas y sufrimientos. Una noche, vio a Miguel de Latorre en compañía de una meretriz, y sintió cierta necesidad de hablar, algo como una fiebre que le impulsaba a decir lo que sentía. Escribió. Durante las horas siguientes, estuvo aturdiéndole la idea de la condenación, y de que su penitencia era pequeña.

Tuvo ahora un gesto brusco, una reacción de sus anhelos pasionales, como si quisiera abalanzarse sobre la joven y poseerla. Ella, que no podía verle, permaneció inmóvil mirando al suelo, efectuando con sus manos los mismos movimientos nerviosos. En los ojos de Ismael apareció una expresión lúbrica, seguida por otra de compasión hacia sí mismo. ¿Podría resistir siempre las tentaciones al ver a Paulina? ¿No se convertiría en un deformado, en un loco? Apareció la expresión lúbrica otra vez. ¿Por qué había él de renunciar a aquella joven apasionada y hermosa? ¿Por qué no besar nunca? ¿Por qué había de ser desdichado, violar su naturaleza? Extendió su brazo y pensó que podía rozar con delicadeza los cabellos de Paulina; ella no lo notaría. Ismael sentía deseos locos de hundir su mano en aquella cabellera, de besar el rostro sorprendido de la joven, de estrecharla, de tenerla. Su mano derecha temblaba casi junto a los cabellos de Paulina. Comprendió que estaba exponiéndose a hacer una locura y, venciéndose con esfuerzo a sí mismo, dio media vuelta para alejarse, hundiéndose en la penumbra de las naves. Llegó a su celda respirando angustiosamente, y se encerró con rapidez en ella.

Fue a tientas hasta la tabla que le servía de mesa, alcanzó un jarro con agua muy fría y lo vació completamente, derramando un poco de líquido en su rostro. Hecho esto, se dejó caer sobre el lecho y trató de distraerse de su obsesión pensando en Nora. ¿Por qué no verla durante la penitencia? No le habían dicho que no verla formaba parte de la penitencia misma. Incorporándose

rápidamente, palpó su barba descuidada que, en aquel momento, con el sudor, le causaba insufribles molestias. Tocó su rostro aún mojado, que debía aumentar su fealdad. Hizo un gesto de decisión y quiso bajar rápidamente a la iglesia.

Por un ventanillo, vio que Paulina continuaba todavía allí. Se detuvo bruscamente. Pensó que no podría alejar su mirada de aquel sitio. Que no podría salir del templo ni andar por las calles. Volvió a sentir un estremecimiento convulso y retornó a su celda.

La casa le produjo a Esteban Ortiz las mismas sensaciones de siempre: pequeñez, rutina y tristeza. Sentía mareo, y las luces eléctricas dañaron sus ojos. La mesa, puesta para la cena, le pareció descuidada. Los rostros de sus familiares compusieron para él una visión deprimente. Hay momentos en que todas las cosas agobian.

—Pero ¿puede saberse qué te pasa? —pregunta su padre.

—Nada. ¿No os lo he dicho esta tarde? He fracasado y basta. No he vendido ni un cuadro.

—Pues esta tarde no estabas así —apuntó certera la madre, con tono agrio de voz.

—De acuerdo; no estaba así.

—¿Y ahora por qué?

—Es que esta tarde había nubecillas blancas en el cielo y ahora no. Dejadme.

—¿Por qué no cenas como todos?

—Porque no tengo hambre.

—¿Has comido algo fuera?

—No.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Nada. ¿Podréis dejarme en paz?

Hizo un gesto de hastío y continuó en la misma postura, mirando el mantel, de color blanco. Adivinaba que todos los ojos le estaban mirando, y eso le deprimía.

—Siempre has de ser tú la nota discordante en la mesa —gruñó el padre.

Esteban no contestó.

—He hecho café —dijo la madre—. ¿Quieres un poco?

—Sí.

—Oye, Esteban —preguntó Alicia—. ¿No has pintado para mí el paisaje que te dije?

—No, no pude; créeme que lo siento. Ya haré tu retrato un día de éstos.

—¡Ah! Sí, sí. Es mucho mejor. ¿Cuándo empezaremos?

—Haré un poco todas las noches y los días que tengas fiesta. La semana que viene te necesitaré, por ejemplo.

—¿Lo harás, en serio?

—Sí, Alicia, sí.

—¿Y por qué no has pintado el paisaje que te pidió? —dijo, impertinente, la madre.

—No tuve tiempo.

—¡Ah! ¿Estuviste muy ocupado?

—Sí.

—Dios sabrá en qué.

—Buscando novia, si te parece bien.

—¡Mientras no haya sido más que eso!

—No. He tenido además toda clase de diversiones con el dinero que me permitisteis llevar.

—¡Siempre nos estás echando en cara el que te necesitemos!

—¿Yo? —gritó Esteban, con un gesto de indignación.

—Sí, tú. Siempre nos estás mirando por encima del hombro: a tu padre porque es paralítico, a mí porque tengo que pedirte dinero, a tu hermana porque es una vulgar modistilla. ¡Mal provecho hace el dinero que hay que tomar de los hijos! Cuando empecé a veros mayores y con capacidad para ganar, debía haberme muerto. ¡Para el pago que se tiene!

—¡Ya estamos!

—Sí; no hay una comida feliz en esta mesa. Cuando no te vas por ahí, nunca tienes para nosotros una palabra cariñosa, un ademán amable. Siempre estás serio, pensativo, como buscando algo. Antes, tu vida era más clara; ahora nunca puede saberse dónde estás. Te has ido hace unas horas resignado y vienes así. ¿Puede saberse qué te ha ocurrido?

—Nada; ya os lo he dicho veinte veces. Sólo me encuentro agotado.

No hicieron comentarios a esta explicación, y hubo un largo silencio, turbado sólo por los ruidos que ocasionaba Alicia al llevarse los cubiertos. Sirvió café a su hermano y dijo que ella no quería probarlo.

—Siempre lo tomas.

—Es que hoy se ha hecho tarde. ¿Me dejáis ir al baile?

—¿A cuál?

—Al de siempre.

—¿Con quién?

—Con compañeras. Van contigo: Julia, María y Teresa. Julia llevará dos amigos suyos.

—Entonces no te mueves de casa.

—¡Sí! He prometido ir.

—No contando con permiso, has hecho mal.

—¡Ay! Pero ¿por qué no puedo salir? Esteban, diles que me dejen marchar.

—Dile tú a Julia que se vayan sus amiguitos al diablo.

—Son tan buenas personas como tú.

—Pues entonces estamos aviados.

La madre le miró con atención.

—¿Qué has querido decir?

—Nada de particular.

—Gabriel es mi novio —dijo enfadada Alicia—, bien lo sabes. Y no tiene por qué irse al diablo.

—No, claro que no.

—¡Sólo eso faltaba! ¿Para qué se hicieron los chicos decentes? Para ir con una chica. Yo hago con él lo que me da la gana.

—¡Alicia!

—Esteban tiene veintidós años, ¿no? Yo he cumplido veinte. Si me gusta un muchacho no tengo por qué dejar de ir al baile con él.

—¡Callad de una vez! —rugió Esteban Ortiz, víctima de una repentina crisis nerviosa. Y había en su rostro tal expresión que todos le miraron asombrados—. ¡Callad! ¿No podéis hablar más que de hombres y mujeres? ¿No existe otra cosa en el mundo? ¡Qué sabéis de lo que ocurre! Ir al baile, reír, manosear: suprema ilusión. La vida corre mientras tanto. Veis a uno que piensa y le preguntáis si está loco. Veis a uno que no cena y en seguida opináis mal. ¿Qué habrá hecho, qué habrá tocado, dónde habrá ido? ¡Diablos! ¡Basta a veces con doblar una esquina para ver cosas que quitan el hambre!

Añadió:

—Yo sólo os pido que me dejéis pensar; necesito pensar, pensar mucho, infinitamente. Dejadme en paz. Nunca sabréis cómo deseo

en estos momentos encontrarme solo.

Repitió un gesto que significaba hastío de todas las cosas, agotamiento, tristeza, algo así como una muestra de cansancio definitivo. Alicia, que le miraba con atención, se encogió de hombros. Sus padres, en cambio, parecieron abatidos después de escuchar aquellas palabras.

—Me voy, de todos modos, al baile —dijo.

—Haz lo que quieras.

Esteban Ortiz bebió rápidamente un sorbo de café y fue a encerrarse, sin decir nada, en la pieza que le servía de estudio-dormitorio. Desde allí, a oscuras, pudo advertir cómo Alicia marchaba; luego oyó sus pasos cruzar bajo la ventana, en la calle. Entonces encendió las pantallas que iba a proyectar sus focos de luz sobre un caballete próximo. Allí estaba una alegoría a medio pintar, descubierta, tal como la había dejado.

Tomó asiento en la silla más cercana y estuvo mirando a su alrededor. La habitación le pareció estrecha y desagradable, aunque no era ninguna de estas dos cosas. Las paredes, como si no estuviesen fijas, temblaban para sus ojos y parecían gravitar sobre él. Allí había ideado, pensado, sufrido y hecho todo; desde la ventana que tenía a su izquierda, dando sobre la calle, había visto aquellas largas filas de casonas pintadas en sus lienzos. «*¡Paulina! ¡Paulina!*», modulaban los labios entonces. Tened fuerza para repetir una palabra y tendréis esperanza. Tendréis fe, aunque no sepáis en qué cosa. Haced que vuestros labios se cierren, se compriman, se sequen, guardadlo todo para vosotros y seréis únicamente vuestra solitaria y quizá grandiosa intimidad. No creáis por eso que es posible guardar silenciosa intimidad tiene labios que continúan musitando nombres. Necesitaréis gritar.

Esteban Ortiz hizo un gesto amargo. ¿Qué podía él aguardar? Paulina estaba perdida; sus ilusiones, fracasadas; sus cuadros, mal hechos. El recuerdo de Nora le causaba una pena intensísima. Fue rememorando los hechos de su amistad, sus palabras, las veces que con una mirada se habían comprendido, lo mucho que habían pensado juntos, los aspectos nuevos de la vida que ella le había sabido mostrar. Todo quedaba en una pasión sucia, en algo que a Nora no le confesaría nunca.

La mañana apareció nubosa, pesada y gris, llena de algo plomizo

que deprimía el ánimo. Miguel de Latorre, contemplándola, sintió cómo muchos presagios amargos le atormentaban más que de costumbre. Desde unos días atrás, le era imposible dejar de confesarse queriéndose sin esperanza, sentía cierta propensión al suicidio. La última noche había estado solo en los muelles, contemplando la superficie movediza del agua, y recordaba que había pensado cosas extrañas durante mucho rato. ¿Por qué, por ejemplo, no hundirse allí y desaparecer? Pero quería hacer eso riendo. ¿Por qué no abandonar todas las desdichas y vulgaridades del mundo? Pensaba que esto era una cobardía, una claudicación, pero encontraba respuesta en forma de una mueca de aburrimiento infinito. Pensaba sobre sus desconsuelos y hallaba sólo eso: la meditación, efectivamente, deja ver un lado de todas las cosas que sólo merecen la indiferencia y un gesto aburrido. ¿Para qué vivir y para qué luchar? Sobre todo, ¿para qué empeñarse en sentir esperanza de algo? Pensaba sin ver una luz en su horizonte, y lapsos de desaliento intensísimo le arrastraban consigo. Presentía uno de esos desalientos que sólo pueden abandonarse con la muerte.

Aquella mañana, después de una noche de pesadillas y en las últimas horas también de insomnio, se sentía más deprimido que nunca. Eran alrededor de las diez, y una hora antes Paulina había salido del dormitorio, dirigiéndole una mirada casi dulce. Pese a ello, Miguel de Latorre, viendo el cielo gris y los colores de todas las cosas como entristecidos, pensaba que su existencia no merecía vivirse. Estaban ya en junio, respirando un ambiente cargado de electricidad. Y la idea de que él aún podría ser útil a su patria y a sus compañeros era lo único que le hacía sentirse a veces animoso y fuerte. Un sentido casi ascético del deber le había penetrado con la anormalidad de las circunstancias. El deseo confuso de algo grande, de que su virilidad incólume pudiera utilizarse en beneficio de su patria, que jamás como ahora había tenido para él un aspecto tan notable de extravío.

Abrió la ventana y quiso que el aire le reanimase un poco, pero fue algo que no pudo conseguir. Entonces salió al jardín, encontrando allí a Paulina, que estaba meditando. Miguel llevaba en la mano un libro encuadernado en negro, y se lo mostró.

—Lo encontré en tu armario; es un «Kempis».

—Sí.

—¿Lo compraste?
—Me lo dieron.
—¿Quién?
—No sé; es una cosa de mi infancia.
Paulina estuvo en silencio unos instantes y luego se puso en pie.
Caminaron unos minutos por los paseíllos del jardín, que aparecía triste como nunca. Miguel de Latorre, viéndose junto a Paulina, tuvo pensamientos mucho más amargos que antes.
—Oye —susurró, mirando a la joven.
—Di.
—¿Eres feliz en esta casa?
Ella rió unos momentos.
—Sí. Se vive bastante bien.
—No quieras mostrarte como no eres, Paulina. Contéstame francamente.
—Pues, sí; soy feliz.
—¿Feliz verdaderamente o a causa de esperanzas?
Paulina hizo un mohín gracioso.
—No te negaré que acostumbro a esperar.
—¿El qué?
—No sabría decírtelo. Muchas cosas.
—¿Entro yo en el campo de esas esperanzas?
—¿Para qué quieres saberlo?
—¡Oh, por nada!
—Pues, sí, entras, pero de una manera que me hace sufrir.
—¿Pues?
—Vamos, no me preguntes más. Sería largo explicártelo.
Miguel de Latorre hizo un gesto imperceptible de resignación, mientras seguían caminando. Pensó que para todas las personas, él era algo digno de lástima. Nadie le quería ni le admiraba; para muchas cosas no se le tenía en cuenta. Paulina, al pensar en él, únicamente sufría. Su existencia era una sucesión estúpida de horas. Hizo un gesto de hastío, porque sentía cansancio.
—¿No notas un aire muy húmedo? —preguntó a su esposa.
—Un poco.
—Qué mañana tan triste, ¿verdad?
—Sí. ¿Tienes hoy servicio?
—Por la tarde. Ahora no sé qué hacer.

—Lee.

—¡Bah!

—Haz visitas.

—No tengo amistades.

—Pasea, pues, conmigo.

—¿Y dónde piensas ir?

—A casa de Nora Leonardo.

—¡Oh! Cuando una mujer visita a otra mujer, los hombres se aburren.

—Si quieres, acompáñame nada más hasta la puerta de su casa.

—¿Tú lo deseas?

—Si no tienes nada que hacer, sí.

Miguel de Latorre se encogió de hombros, dirigiéndose con ella a la salida del jardín. Aquellas preguntas y respuestas, delatoras de la escasa confianza entre ambos, le atormentaban profundamente. Hablaba con Paulina como si no fuese su esposo, y, en efecto, reconoció que ella difícilmente le consideraba como tal. Le invitaba a acompañarla viendo que él no tenía nada que hacer y, siendo así, podía ocuparse en cualquier cosa, como, por ejemplo, entregarle su brazo y caminar junto a ella. Incluso quería adivinar en las palabras de la joven un cierto tono de condescendencia. Tuvo otro gesto de resignación, abriendo la puertecilla de hierro por donde Paulina solía entrar y salir; una vez en la calle permaneció silencioso y cohibido.

Su pensamiento más intenso era éste: ¿por qué no abandonar semejante vida estúpida?

No dejaba de reconocer, sin embargo, que suicidándose hacía un valiente servicio a todos aquéllos a quienes estorbaba. Aunque, pensándolo mejor, quizá no estorbaba a nadie; era muy poca cosa para que le tuvieran en cuenta. Paulina le preguntó a qué se debía su expresión tan triste.

—A nada.

Llegaron frente al edificio donde vivía Nora, y allí Paulina quiso animarle a hacer la visita con ella. Miguel de Latorre dijo sonriendo que necesitaba andar. Lo cierto es que dejó a la joven intranquila; estuvo unos instantes inmóvil, viendo desde el portal cómo se alejaba.

El oficial descendió inmediatamente hacia los barrios marítimos

de la ciudad, guiado por no supo qué multitud de extraños deseos. Caminaba rápidamente, con las manos en los bolsillos y aspecto despreocupado, impropio de un militar. Al pasar por la calle donde se encontraba el foso del ferrocarril, estuvo unos momentos detenido y mirando fijamente la vía. Sintió una atracción constante, desconocida hasta aquel momento y que aumentaba gradualmente. Haciendo un movimiento brusco, se alejó de aquel lugar para sustraerse a un deseo cuyo nombre le era perfectamente conocido.

Todos los sucesos de poco tiempo antes, quedaron ahora iluminados ante sus ojos por una extraña luz negra. No había recobrado la salud, y posiblemente no la recobraría ya nunca. Hoy, la idea primitiva de su amor le pareció algo ridículo. No podía existir un amor que fuese puro siquiera algún tiempo; pensó con crueldad que, efectivamente, no podía existir. El amor era nada más un duelo sostenido en un lecho, entre las arrugas violentas de una sábana. Un duelo estúpido donde habría siempre una gustosamente vencida y uno siempre violento vencedor. Nada más que eso; siempre un mismo duelo entre unas mismas arrugas violentas.

Caminaba más lentamente, sin salirse de las calles angostas. Pensando en esto, vio pasar junto a él un coche moderno, con dos enormes insignias de la hoz y el martillo pintadas en las puertas. El conductor, un hombre delgado, de facciones duras, le arrojó un cigarrillo encendido a la cara. La ceniza le penetró en un ojo, manchando la hombrera izquierda de su uniforme. Miguel de Latorre crispó los puños y sintió deseos de lanzar una imprecación. Quedó detenido en la calle, con el rostro congestionado por la ira. Vio alejarse el coche, por cuya ventanilla le miraba otro hombre, riendo. Por su espalda se acercaron dos caballos conduciendo un pesado carro.

Quiso abalanzarse en pos de aquel coche, hacer saltar al conductor de la cabina y partirle el rostro a puñetazos. El deseo de la muerte huyó con esta furia repentina; por el contrario, se dio cuenta de que quería vivir. Sí, por lo menos un año todavía. Hasta dar una lección a todos los individuos como aquél, donde fuera preciso, armados o sin armas, en el campo o en la calle. El deseo de una acción inmediata, violenta, le hizo subir toda la sangre a la cabeza. Se dio cuenta, bruscamente, de que había en su profesión y en su vocación algo por encima de todas las desdichas privadas.

Algo que le impulsaba a vivir, a enfrentarse con lo grande. Hizo un gesto repentino para correr tras el coche y resbaló sin saber cómo, desplomándose hacia el suelo. En las calles estrechas, un hombre que cae puede muy bien interceptar el paso de un vehículo. Miguel de Latorre quiso apoyarse en uno de los caballos que se habían acercado a él, pero no pudo. Al desplomarse, la rueda izquierda de un carro monumental, cargado de maderas, montó sobre él, retrocedió en seguida y le dejó sin conocimiento, con medio tórax completamente hundido. No exhaló un solo grito.

Al despertar, pudo ver que estaba echado de espaldas sobre algo muy duro, en una sala blanca, con dos ventanas grandes de vidrio traslúcido. Un vejete de rostro bondadoso, junto al cual se hallaba una enfermera, le preguntó en seguida:

—¿Cómo se encuentra?

—No siento nada. ¿Dónde estoy?

—En un dispensario municipal. ¿Quién es usted?

—¿Yo? Me llamo Miguel de Latorre. Soy un oficial de Artillería.

—¿Es usted casado?

—Sí, señor, sí.

Había en los ojos del joven algo de esa triste luz con que, bruscamente, se rememoran todos los sucesos de la vida.

—¿Tiene hijos?

—¡Ah! Es doloroso. No, señor, no. No he tenido hijos.

Cerró los ojos levemente.

—¡Morir atropellado por un simple carro cuando quería vivir! Qué espantosamente ridículo es esto, ¿verdad? Quiero que luego me cierren bien los ojos.

En seguida tuvo un gemido breve y lanzó, sin más, su último suspiro.

El vejete de cara bondadosa musitó:

—Ha debido de ser un hombre terriblemente desdichado.

XLI

La ventana dibujaba en el suelo, entre la oscuridad, un rectángulo muy tenue de luz, donde aparecía una sombra. Sus contornos eran agradables, pero dejaban entrever un abatimiento sin límites. Presagios negros parecían surgir de la oscuridad y danzar ante aquella sombra, dando a su aspecto mayor tristeza. Nora, al encontrarse allí, sentía deseos de llorar, aunque sin saber por qué. Las habitaciones de Moriel le causaban, desde unos días atrás, íntimas sensaciones deprimentes. ¡Había pensado tanto, inmóvil, en aquel mismo lugar! Su corazón, desfallecido, moría mientras los recuerdos aumentaban.

Nora, en sus desfallecimientos, volvía los ojos, tendía sus brazos hacia lo pasado, recordaba, uno tras otro, todos los actos de su vida. Recordaba el colegio, el órgano con su música conocida, las ventanas cerradas, la amiga muerta, sus pensamientos de entonces, el niño sentado bajo la lluvia, las calles estrechas, los días iguales. Todo era vívido una vez más, pero en un recuerdo que desataba las lágrimas. Su corazón iba desmayando, mientras, lentamente; a veces, despertaba en la noche, contenía un gemido y estaba mucho rato inmóvil, temiendo respirar, con los ojos muy abiertos, escuchando el silencio. Su pulso registraba entonces sólo un latido imperceptible. Una quieta sensación de desmayo doloroso iba apoderándose de ella. Luego pasaba todo, y sin embargo permanecía igual, meditando, sin cerrar los ojos, tratando de escuchar palabras que mucho tiempo atrás había modulado quizá ella misma.

Moriel, la tarde anterior (había ya hablado con Paulina después de la muerte de Miguel), le había llevado un hermoso ramo de flores, sabiendo que le gustaban. Nora las había puesto en un jarro de vidrio, junto a la ventana, para que recibiesen mucha luz. Contó los pétalos de varias de ellas. Había en sus circunstancias

trascendentales y grandes un cuidado especial para todo lo intrascendente y diminuto. Al llegar la noche, las flores recortaban en la ventana una silueta hermosa.

Cuando Moriel trajo las flores, aquella tristeza melancólica quiso desbordarse en palabras, porque era incontenible. Seguía necesitando alguien que la mirase, que la comprendiese, que sufriese junto a ella. Había dicho en aquella ocasión:

—¿Sabes? Quizá estas flores sean las últimas que toque.

—No te desanimes así. No hay motivo.

—Es que son muy bonitas. Todo lo que es bello desata el temor a que se pierda.

—Mañana te traeré más.

—No. Prefiero tener éstas. Hace años, cuando estaba en el colegio, salía todas las mañanas a un gran jardín lleno de flores como las que tengo en las manos ahora. Siempre deseaba cogerlas, pero existía una prohibición muy severa. Luego cambié mucho; sin embargo, las flores nunca dejaron de gustarme.

—Entonces no nos conocíamos aún. Yo era un niño. Más tarde entré en un colegio muy grande, pero sin jardines: sólo grandes patios.

Aquel anochecer, Nora se encontraba más débil que nunca. Un aire quieto y glacial atería su corazón, que parecía latir con menos fuerza. La luz de la calle prestaba a la ventana una vaga luminosidad, que recortaba la silueta de las flores: silueta hermosa recortada también en el suelo de la pieza. El resto de las habitaciones estaba oscuro y en silencio. Un reloj pequeño, que se encontraba en la pared más próxima, se había parado. Parecía darse esa calma solemne con que los objetos contemplan la agonía.

Nora oyó entonces ruido a su derecha, y volvió el rostro. Moriel, que llegaba en aquel momento, cerró con lentitud la puerta, acercándose a la joven cuyas facciones recibían en parte luz de la ventana. Llevaba entre sus manos un paquete largo, envuelto en papel transparente. Cuando estuvo junto a Nora, musitó:

—¿Demasiado sola?

—Sí; tardabas. ¿Cómo están las calles?

—¿Quiere decir eso que no has salido?

—Sí. He estado aquí toda la tarde.

—¿Te encuentras mal?

—No, ni mucho menos.

Moriel hizo un gesto de duda.

—Encenderé la luz.

Oprimió el interruptor de la pantalla que se encontraba sobre su mesa, y una claridad tenuemente rojiza descubrió todos los detalles de la estancia. Nora hizo un gesto alegre al verle con facilidad.

—Con luz o sin ella, hoy me encuentro mejor que nunca.

—¡Oh! Eso estoy acostumbrado a que me lo digas. Si fuese siempre verdad, a estas horas deberías ser ya campeona mundial de levantamiento de peso.

—No seas tonto. Te digo en serio que cada día me encuentro mejor.

—Por lo menos lo mereces. Mira, hoy he encontrado unas flores muy bonitas y parece que se conservan bien. Como no sé qué regalarte, las he comprado; te gustarán, sin duda. Están en esa caja.

Nora la tomó, destapándola para ver su contenido. Hizo un gesto de gratitud, y en seguida tuvo otro de intenso abatimiento.

—Me gustan más que las de ayer.

Moriel hizo lo posible para comprender.

—A mí también. Me he dicho: viendo flores se alegrará, ya que no quiere salir. ¿Por qué no te distraes, Nora? Esta casa es horrible, y aquí te convertirás en un fósil.

—Eso pienso, y me he hecho un propósito. Dime: ¿por qué no vienes a vivir conmigo? Ahora nadie puede oponerse. Yo en mi casa, me encuentro sola; por eso no estoy allí casi nunca. Si viviésemos en ella juntos, yo sería mucho más feliz.

—No, por favor. Agradezco tu confianza, pero tú no necesitas a nadie.

—¿Estamos ya en julio? —preguntó ella, como si se arrepintiese y quisiera cambiar de conversación.

—A mediados casi. Y hace un tiempo muy agradable. Te convendría salir más, Nora.

—¡Oh! Yo tengo más frío que si estuviésemos en Navidad. ¿Te gusta la Navidad?

—No sé. Siempre he estado solo, y no hay diferencia para mí en los días. Recuerdo que cuando era pequeño en casa todos queríamos reír, muchas veces sin conseguirlo. Mi madre, en varias ocasiones, estuvo enferma para esas fechas. Además, era el aniversario de la

muerte de Jorge, mi único hermano pequeño. Sólo fue feliz ese día el año pasado. ¿Recuerdas que estuve con vosotros?

—Sí. Yo también fui muy dichosa.

—Diciendo esto, pareces más triste. ¿Qué te ocurre?

—No sabría decírtelo; es algo indefinible. No es miedo a morir, te lo aseguro. Pero es una pena intensísima: dejarlo todo, no querer más, huir… Dime, ¿qué harás cuando yo te deje? Espero que me recuerdes un poco. Yo siempre te he querido mucho. ¿Qué harás cuando yo no esté?

Moriel tuvo un gesto abrumado, mirando al suelo con una tristeza y un abatimiento sin límites.

—Nora, tú nunca te irás. No he querido reconocerlo, pero tú has sido más que cualquier otra mujer.

—Sí, presiento que sí. Pero nunca hemos hablado de eso.

Tomó asiento en la butaca más próxima e hizo seña a Moriel para que se acercase. La luz de la pantalla daba en los rostros de ambos, haciendo rutilar extrañamente sus ojos.

—¿Para qué intranquilizarte? Mira, toda la tarde me he sentido muy bien, pero quisiera hablar. Quiero preguntarte muchas cosas que jamás te pregunté; no me atrevía a hacerlo. Quiero saber qué cosas harás cuando no pueda verte; si continuarás así, si serás malo, si te harás vicioso… En fin, no sé; hay muchas cosas. Creerás que doy a mi influencia demasiada importancia. Perdona; en las últimas horas todos creemos ser mejores y más necesarios. ¡Se piensa tanto! Mira, yo te he comprendido muchísimo, y nunca he dejado de quererte. Tú me quieres algo también, ¿verdad? Algunas veces soy coqueta en cierto modo. Te confesaré una cosa: contigo ha ocurrido algo de eso; quizá no me hubieses interesado tanto caso de tener otras facciones. Ni el hombre ni la mujer pueden desprenderse jamás del sentimiento de la belleza. Cuando te veía sufrir, sabiéndote aún más joven que yo, sentía una pena que no puedo ahora expresarte con palabras. Tu mirada de gratitud me ha gustado siempre; soy, sin duda, una egoísta para esas cosas. Me decía, por otra parte, ¿por qué no creemos ambos las mismas verdades? Sería feliz viéndote confiar en una vida eterna donde todas las dichas se alcanzan. Esta existencia, Moriel, es reseca y es oscura. Cuanto más se sabe más se sufre; sin embargo, hay que trabajar horriblemente para saber. Pensaba siempre: ¿cómo

conseguiríamos ambos tener la misma fe? Creerás que soy un poco tonta, que me preocupo de lo que no me interesa. Tú me interesas, Moriel. Eres un capítulo de mi corta vida. Quiero… no sé, que me recuerdes, que me consideres bonita. Ya te he dicho que tengo algo de coqueta. Me agradaría que, al recordarme, pensases en Dios; hay desgracias que obligan a odiar todo lo supremo, ¿no es cierto? Sin embargo, también hay amores que hacen adorar eso mismo. Quisiera hacerte ver que existe algo por encima de la tiniebla, por encima del trabajo y por encima del cansancio. Decirte que existen cosas eternas en las que confiar, y que esas cosas existirán, por lo tanto, siempre. Tú has visto mucha oscuridad; la oscuridad tiene lo que se ha llamado su lógica. Es como una descendencia macabra; del malestar al odio, del odio a la perdición. Moriel, yo quiero que no odies y no te pierdas. Cuando no me veas más, quisiera que te conservases así, recordándome un poco. Vive mucho, muchísimo. Si alguna vez desfalleces en el trabajo, piensa en mí. Pero hay algo por encima del trabajo.

Hizo un gesto de melancolía, cambiando la dirección de su mirada, y en seguida volvió a fijar sus ojos en los de Moriel. Éste seguía contemplándola en silencio, con expresión triste y serena.

—No hables así, Nora, no puedes hablarme así. Ha sido una despedida.

—Ya sé; es una tontería. Pero me siento muy débil.

—¿Qué necesitas?

Tuvo una expresión que quería ser alegre y musitó:

—Nada. Cambiarme el corazón. Aunque si quieres, dame esas flores…

Moriel se las puso sobre la falda. Entonces pareció recordar algo, y sacó de su bolsillo izquierdo un broche dorado muy grande y macizo.

—¡Ah! Figúrate que lo había olvidado completamente. Al subir, he encontrado esto en la escalera; debe de ser tuyo. Es el que usabas para que no se te desabrochase el vestido, ¿verdad?

Dijo esto ingenuamente, sin pensarlo, pero el rostro de Nora se ruborizó al instante. Una expresión de vergüenza y de pesadumbre nació en sus facciones. Moriel comprendió inmediatamente que había hecho mal insinuando aquello tan triste. Sin embargo, no había ya modo de anular el efecto de sus palabras.

—Nora, ¿qué te ocurre? Perdona esa indiscreción mía tan estúpida. Lo he dicho verdaderamente sin pensar. Además, la cirujía remediará todo el daño muy pronto.

—¡Oh, no tiene importancia!

Dijo esto como en un suspiro, al tiempo que procuraba contener las lágrimas. Su rubor se acentuó más. Indudablemente, podía soportar su desgracia mientras no se hablase de ella, pero las palabras dichas por Moriel herían su susceptibilidad bruscamente y en el instante menos oportuno. Hay en todos los seres humanos —y de forma particular en la mujer cuando se trata de su belleza— una tendencia a engañarse a sí mismos. Existen momentos en que el engaño incluso se defiende con toda la ilusión y con todas las fuerzas. Lo mismo que el engaño de la hermosura, se defiende el engaño del amor. Nora, aun conociendo muy bien su propia desgracia, tuvo aquella sensación de tristeza y de vergüenza al oírla mencionar. Tapó su rostro con las manos y escapó de entre sus labios un ahogado gemido.

—Nora, por favor…

—¡Ah! Ya lo sé. Soy una tonta… Pero dímelo con franqueza. —Y dejó ver su rostro, en el que había una expresión de amargura—. No me mientas: ¿verdad que ya no me consideras como antes? ¿Verdad que tienes miedo de acercarte a mí, temiendo no sabes qué, aunque no quieras pensarlo? ¿No es cierto que para todos soy otra?

Moriel tuvo un gesto a la vez de asombro y tristeza.

—Nora, tú eres para mí siempre la misma. No puedo comprender por qué dices esas cosas. ¿Cómo puedes cambiar?

—No… Bien sé que no soy yo misma… Dejemos eso.

En los cristales repiquetearon bruscamente algunas gotas de lluvia, y la claridad de un relámpago iluminó más la habitación. Moriel contempló la ventana unos segundos, y luego pasó su mano derecha por los cabellos de Nora.

—Tranquilízate…

—¿Llueve?

—Sí, parece que cada segundo con más fuerza.

—¡Ah!

La joven seguía igual, con las manos tapando su rostro. Entonces Moriel quiso distraerla con otros pensamientos, friese como fuese. Se acercó a la ventana. Allí pudo ver el aguacero desplomándose

sobre la calle, que aparecía desierta a causa de ello. Repiqueteó en un cristal.

—Llueve como cierta noche que recuerdo con tristeza.

Esa noche representaba para Nora el cambio definitivo de su vida. Ninguna otra frase era tan apta para hacerle evocar sucesos anteriores, si bien a Moriel no le era grato pronunciarla.

—Sí. Ya sé a qué noche te refieres.

Hubo un instante en que no hablaron, y luego Nora musitó:

—Estoy triste. ¿Por qué no me dejas sola?

—Quiero rogarte que me perdones.

—Nada tengo que perdonar.

—¿Adónde quieres que me vaya?

—No sé. Déjame sola.

Moriel hizo un gesto abatido y fue, sin más, a abrir la puerta que daba al exterior. Nora le llamó antes de que saliese:

—No te vayas. Llueve mucho.

—¿Quieres que esté en mi dormitorio?

—Bueno.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias, no necesito nada.

Las palabras de Nora seguían pareciendo como disueltas en un sollozo, y continuaba sin mostrar sus facciones. Por entre sus dedos, sin embargo, debía de ver a Moriel. Éste con lentitud, entró en su dormitorio, cerrando la puerta.

Una vez allí, se extendió sobre el lecho, encendiendo la lámpara que estaba en una mesita cercana. La habitación, muy reducida, quedó llena de una luz vagamente azul en la parte donde él se encontraba. El sonido del aguacero llegaba a percibirse muy bien, con intensidad cada vez creciente. Moriel iba meditando con los ojos perdidos en algún rincón de la estancia. No supo qué cosa miraba.

Estuvo así un tiempo indeterminado, quizá veinte minutos. El sonido del aguacero, apagando todos los otros, debía de haberle aturdido, porque se incorporó bruscamente y con la expresión del que acaba de romper un sueño. Contempló maquinalmente lo que tenía a su alrededor, y pudo ver que por debajo de la puerta no se filtraba luz. Con objeto de asegurarse mejor, apagó la pantalla y estuvo unos momentos a oscuras. Indudablemente, en la sala

contigua no había luz. Quizá Nora intentaba dormir. Se levantó y llamó con los nudillos en la puerta, porque no quería dejarla en una butaca toda la noche. Particularmente encontrándose ella enferma.

—Nora…

No obtuvo ninguna respuesta.

—No estés triste, por favor. ¿Puedo entrar? No debes estar así. Bajaré al restaurante para traerte algo, y luego te acostarás. No puedes ir a tu casa con esta lluvia, a menos que encuentre un taxi. Si quieres, iré a buscarlo. Contesta, Nora; ¿puedo entrar?

A través de la delgada hoja de madera siguió el silencio absoluto. Moriel hizo un gesto de extrañeza, y tuvo inmediatamente un presagio helado. ¿Qué le había ocurrido a Nora? Tal vez se había desvanecido. Abrió rápidamente la puerta, y un relámpago iluminó en aquel momento la estancia contigua: allí no había nadie. Moriel encendió la pantalla, mirando como abrumado a su alrededor.

—¡Nora! —susurró.

El aguacero seguía desplomándose con intensidad implacable; relámpagos frecuentes alumbraban con vigor la forma de todas las cosas. Moriel dirigió una mirada al reloj de pared, que continuaba sin latir. Ignoraba dónde podría encontrarse a Nora y cuánto había durado su espera, tendido inmóvil sobre el lecho. La noción del tiempo fue confusa para él durante unos instantes. Luego escuchó, o creyó escuchar, como un reloj vecino indicaba la media hora, con sus dos campanillazos. Sólo podían ser las nueve y media, puesto que él daba por terminado su trabajo a las ocho, y empleaba veinticinco minutos en el camino de regreso. Fue una de esas deducciones que cualquier persona realiza instantáneamente, pero él estaba absorto y tardó en darse cuenta de lo que significaban las dos campanadas. Lentamente, se acercó al reloj, abrió la puerta de la caja, puso las manecillas en hora y dio cuerda a la maquinaria. Todo esto con gesto de autómata. Luego miró por la ventana y estuvo unos segundos como paralizado.

Luego, tal como se encontraba, abrió la puerta y corrió para alcanzar la calle: un chorro continuo, intensísimo, de agua, chocaba contra el empedrado, causando aquel sonido que aturdía. Moriel miró a derecha y a izquierda y tomó rápidamente la dirección que más pronto pudiese llevarle hasta la catedral. Avanzaba casi corriendo, mirando al pasar todas las travesías y sin preocuparse de

la lluvia. Varias veces penetró en algunos portales, creyendo que Nora se encontraba refugiada en ellos. Salió hasta una calle amplia, con mucho tránsito rodado en aquellos momentos, y allí se detuvo sin haberla visto. Por su rostro caían regueros de agua, y su traje se había oscurecido al empaparse con la lluvia; sin embargo, estuvo allí tres minutos inmóvil, contemplando la avenida en ambas direcciones. Luego volvió a dirigirse hacia el Barrio Gótico y estuvo pasando por todas las calles que lo componían sin ver a Nora. ¿Dónde podía estar? Llegó de nuevo hasta la catedral, dio la vuelta al templo, estuvo pensando unos segundos y quedó inmóvil, apoyado en el más cercano de los muros. El aguacero parecía querer clavarle en la piedra, con su intensidad de aquellos momentos. ¿Dónde buscar ya? Quiso ir al domicilio de la joven, pero estaba íntimamente convencido de que no la encontraría allí. Nora, si había huido, era para hacer una locura.

¿Dónde hallarla? Bajo la lluvia, ciertamente, pero la lluvia parecía desplomarse sobre el mundo entero, Moriel hizo un gesto de abatimiento y entonces recordó sus palabras anteriores: había hablado de cierta noche como aquélla. ¡Ah, horrible noche! ¿No estaría Nora frente a la casona donde él había vivido? Quizá, y aun eso era lo más probable. Miró a su alrededor bruscamente y fue corriendo hacia una calleja próxima. Era corta, pero le pareció larguísima. Luego pudo ver que, siguiendo aquel camino, empleaba más tiempo. Descendió por la Bajada de Santa Eulalia y allí se detuvo confuso. Miró hacia arriba, viendo la oscuridad, y siguió caminando. Inmediatamente dobló hacia su izquierda, pareció dudar otra vez e hizo un gesto de desaliento; quizá Nora no se encontrase en el lugar a donde él se dirigía. De todos modos, siguió buscándola y mirando a derecha e izquierda mientras caminaba. No sabía explicarse qué deseo anormal le estaba empujando a correr a cada instante con más precipitación, murmurando para sí mismo palabras que quería decir al encontrarla. Llegó a una calleja oscura, de altos edificios viejos, y multitud de recuerdos se despertaron en él. ¿Qué le ocurría? Era como si una vieja sensación de anormalidad y de desgracia condujera sus pasos precisamente hacia allí. Vio una silueta que avanzaba lentamente, frente a él, en medio de la calle, y pudo alcanzarla. Se trataba de Nora, que había sufrido despreocupadamente, como él mismo, toda la fuerza del aguacero.

Ella, al verle, le dirigió una mirada extraña; Moriel después de tomarla por el brazo quedó inmóvil, contemplándola.

—Ven —dijo, al final de unos segundos.

—¡Me has buscado!…

Tuvo un gesto de desfallecimiento y se dejó conducir por Moriel, apoyándose en él. Sus ojos poseían un tono melancólico y triste, sin vivacidad ninguna; estaban tan inmóviles que parecían no ver.

Con un estremecimiento, susurró:

—Llueve mucho. He tenido un frío horrible.

—Estarás muy pronto bien, Nora.

—Sí, prontísimo.

Hubo en aquellas dos palabras algo que hizo estremecer involuntariamente a Enrique Moriel.

—Calla; no hables así.

Seguían caminando, y Nora se apoyaba cada vez más en su acompañante, denotando así una falta de vigor creciente. La lluvia, en aquellos momentos, parecía ir menguando con mucha rapidez. Varios transeúntes contemplaron a los dos jóvenes, cuya estampa era todo menos normal, debido al agua que resbalaba por sus rostros y al modo como se encontraban enlazados. La mirada de Nora seguía poseyendo la misma tristeza e inmovilidad. A intervalos se estremecía, pero más débilmente cada vez.

—Nora, ¿qué te ocurre?

Entraron en una parte del Barrio Gótico donde las callejas aparecían casi desiertas.

—No sé; siento pena.

—No hables así, por favor.

—Ahora quisiera decirte muchas cosas, pero creo que ninguna de ellas tiene sentido; debo de estar loca. He sido tonta al huir, ¿verdad? Tenía vergüenza, y hay cosas que no pueden contenerse. He querido desaparecer y encontrarme completamente sola; ahora pienso que muy pronto lo estaré. Me gusta, de todos modos, ver la calle; antes, cuando sentía pena, la contemplaba siempre. Una vez estuve comiendo en la casa de unos amigos de mi padre, ¿no te he contado nunca esto?, y servía la mesa una pequeña de catorce años, que tenía un aire muy tímido. Era sobrina del matrimonio que nos había invitado. La mujer decía: «Qué fea es, ¿verdad?», cuando ella se alejaba. Sentí pena en los momentos en que estuvo junto a mí;

una pena intensísima. La pequeña era bonita, con unos ojos muy bellos. Era una de esas criaturas que habrán de aguantar siempre, a causa de la miseria, la tiranía de sus propios familiares. Soy tonta, pero cosas como ésta me obligan a meditar. Me causa pena no meditar ya más. Ahora moriré y quedarás tú solo. Pensarás tú solo. Cuando veas una pequeña de catorce años sirviendo con aire tímido una mesa, tienes que recordarme…

Lanzó un suspiro brusco, como si estuviese jadeando, y pareció desfallecer. Moriel se detuvo, sosteniéndola con ambos brazos. La lluvia había cesado y estaban a unos metros de la casa donde pretendían llegar. Nora tuvo un estremecimiento convulso.

—¡Ah! —dijo solamente.

Irguió su cuerpo y luego se dejó caer con pesadez en los brazos de Moriel. Éste ahogó una exclamación cuando los cabellos de Nora colgaron sobre el rostro. La joven estaba doblada, inerte. Un silencio mortal parecía en aquellos momentos haberlo llenado todo.

—¡Nora! —susurró estrechándola—. ¡Nora!

La joven no se movió. Moriel tomó su mano derecha, que colgaba inmóvil, y pudo notar que el pulso no latía. Estaba muerta… Volvió el rostro de Nora, cuyos ojos parecían aún contemplar el asfalto. Hay puntos extraños en un destino: había muerto en la calle.

Moriel contuvo un gemido sordo y avanzó con el cadáver de la joven hasta el portal de donde no mucho antes ambos habían salido. Allí, lenta, aplomadamente, subió las escaleras con Nora en los brazos. Su rostro tenía algo de inmutable y frío, de gravedad de piedra. Una palidez muy intensa le prestaba más bien tonos de mármol que tonos de carne. Al llegar a la puerta de sus habitaciones la abrió con lentitud, volvió a cerrarla y estuvo unos momentos alumbrado nada más que por el débil resplandor que dejaba penetrar la ventana, sin hacer un ruido ni tan sólo respirar. Luego encendió la lámpara que estaba en su mesa de trabajo, arrojó al suelo los libros y todo lo que pudo ver sobre ésta, y colocó allí el cadáver de Nora. Los ojos de ella parecieron contemplarle con tan dulce sinceridad que, al verlos, no pudo reprimir un sollozo. Cerrándolos, besó su frente y estuvo de pie mucho rato, inmóvil, mirando como en una obsesión el cadáver de la joven. De los cabellos y vestidos de ésta deslizábanse gotas de agua que iban a

juntarse sobre la mesa. Moriel extrajo su pañuelo y secó el rostro inmóvil de Nora, dotado en aquellos momentos de una intensa palidez. Besó sus manos y las puso sobre el cuerpo, una junto a otra. Entonces crispó los puños y estuvo por segunda vez inmóvil durante mucho rato pensando no supo qué. Quizá ni siquiera pensaba.

La noción del tiempo se perdió de nuevo para él. No supo al fin de cuántos minutos, el reloj dio calmosamente varias campanadas: fueron once. Entonces pareció volver de un sueño y fue hacia la puerta, abriéndola y descendiendo a la calle. Después de la lluvia, una calma absoluta lo cubría todo. Moriel buscó un teléfono, dijo al médico de Nora algo de lo que ocurría, y fue, con movimientos torpes, hasta un comercio de cera muy próximo. Una vez frente a él, golpeó dos veces la puerta metálica.

Al no obtener respuesta volvió a llamar, esta vez con más vigor. Sus nervios, conmocionados profundamente, padecían alternativas de depresión y de irritabilidad. Golpeó con el zapato la puerta ondulada, gritando que abriesen. Al cabo de unos instantes, la puerta comenzó a ascender, dando paso a un hombre grueso, cuya expresión era de profundo aburrimiento. Moriel dijo:

—Quiero cirios.

—¿Y tan urgentemente los necesita?

—Sí.

—Pues pase y cerraré la puerta. Hace mala noche.

Moriel entró, apoyándose abrumado en el mostrador. Dentro de la tienda, dos mujeres ya viejas hablaban. Una de ellas formaba parte de esa comunidad cuyos miembros, si no se encuentran en un templo, se encuentran en una cerería. Tenía fama de beata, y se llamaba Asunción. Hizo un gesto como de terror al ver entrar, después de aquellos intranquilizadores golpes, a Enrique Moriel, pero éste no lo advirtió. Quizá, en su abatimiento, ni siquiera llegó a verla.

—¿Muy grandes los cirios?

—Los mayores que tenga.

—¿Para qué los quiere?

—Para nada. Quiero seis.

La beata Asunción desvió con terror su mirada, no deseando ver cómo Moriel recogía los seis cirios a aquella hora y examinaba con mirada rápida la tienda antes de salir. Cuando el comerciante hubo

bajado la puerta metálica y se dispuso a guardar las monedas de la venta, la beata Asunción, sin embargo, reaccionó inmeditamente.

—Tira ese dinero.

—¿Y por qué lo he de tirar?

—Porque viene del diablo. Ese joven es un rojo y un descreído.

El cerero se encogió de hombros, depositando las monedas en un cajón.

—Aunque fuera el diablo mismo…

Al fin de unos instantes, cierto hombre que conocía bien la calle, volviendo con paso rápido del convento a su casa cruzó por allí. Miró una ventana que ya había observado otras veces y la sorpresa le hizo detenerse. ¿Qué era un resplandor confuso que se percibía tras los cristales? Sin duda venía de varios cirios rematados en llamas temblonas. Varios cirios se colocan ante un cadáver, y el hombre tuvo dos estremecimientos consecutivos. Pero ¿estaba muerto Enrique Moriel? Examinó atentamente las fachadas próximas, como, buscando en alguna de ellas la sombra de un demonio, y al ver nada más la oscuridad en calma que lo rodeaba, tuvo algo semejante a un presagio glacial. Hizo un gesto brusco, queriendo arrancar de su cerebro una idea inquietante, y siguió andando, ahora con mucha lentitud. Después de unos pasos, se detuvo y volvió a mirar hacia la ventana. Había en sus facciones una sombra de dolor y de inquietud. Al final de unos minutos, quiso sobreponerse, repitió el gesto con que pretendía arrancar de su cerebro la idea angustiosa y continuó andando con cierta lentitud, hasta perderse en la oscuridad.

Moriel, en aquellos momentos en que Ismael buscaba la sombra de un demonio, dejaba recortar la suya propia, debido a la triste claridad de los cirios, en la pared donde se encontraba la ventana. Era una sombra que hubiera intranquilizado a la beata Asunción. Moriel, ahora sí, tenía un modo anormal de disponer sus miembros. Estaba inclinado ligeramente hacia adelante y de costado, alzando un hombro más que el otro, de tal manera que su sombra presentaba un aspecto abatido y deforme, en verdad extraño. Sus dedos, por otra parte, estaban crispados, dibujando una garra. Ahora, ante el cadáver, no parecía sentir ni pensar.

Hacia las once cuarenta y cinco llegó el médico, quien habiendo tratado a Nora, y no ignorante de la causa de las quemaduras que

pudo ver en el cuerpo de la joven, extendió con rapidez el certificado de defunción por insuficiencia cardíaca. Aseguró que él se encargaría de los restantes trámites, así como de poner en circunstancias a Ismael Leonardo. Moriel afirmó que quería hablarle personalmente. El médico aliviado le rogó que se encargase de aquel asunto.

Al encontrarse sólo de nuevo, Moriel se dejó caer sobre una butaca y estuvo sin moverse cerca de media hora. Sus pensamientos se sucedían con lentitud, martilleando constantemente un reducido número de ideas en su cerebro. La idea de la muerte y la idea de Nora. Dos cosas que le parecían incompatibles aun en ese momento. Veía el cadáver y estremecimientos bruscos recorrían su cuerpo.

Moriel se puso en pie y fue junto al cadáver de Nora, colocando casi su rostro al lado del de ella. Una expresión de gravedad y frío se había apoderado ya de las facciones de la joven, haciendo sentir a Moriel un dolor aún más intenso. Contempló aquella bonita figura, aquel espléndido cuerpo de mujer extendido sobre su mesa. Y las facciones serenas que casi rozaba.

Todo lo que había de destruirse en breve. Ese pensamiento le causó una rabia prepotente. Tambaleándose, se incorporó al fin de unos minutos y fue lentamente hasta su dormitorio. Allí encendió la luz, tendiéndose en el lecho. Su rostro, muy pálido, parecía violáceo con el resplandor azulado de la pantalla. Así estuvo hasta las dos de la madrugada, inmóvil y sin cambiar la expresión de su rostro, oyendo nada más el monótono caminar del reloj, sonido uniforme que ya llegaba a no percibir. La pequeña habitación ante sus ojos, parecía alargarse y formar un negro túnel. Hubo un instante en que Moriel creyó avanzar por él. Entonces se levantó y fue hasta la ventana de la pieza donde se encontraba el cuerpo de Nora. Una calma absoluta se respiraba en el aire; el rostro de la joven parecía más grave, más frío y más rígido.

Transcurrieron otras dos horas y Moriel, para no escuchar el inaguantable sonido del reloj, detuvo el movimiento del péndulo. Con esto, perdió otra vez la noción del tiempo que transcurría. A intervalos, alzaba el rostro, miraba fijamente a Nora, veía que la noche no se había disipado aún y volvía a quedar inmóvil, con la cabeza baja y la mirada perdida. Las temblonas llamas de los cirios proyectaban en su rostro algo como una sombría luz de mal, de

pensamiento terrible. Débiles rayos de sol atravesaron con timidez los vidrios de la ventana, y entonces Moriel quiso lanzar una blasfemia. No había blasfemado desde niño, cuando imitaba a su madre. Vio el rostro de Nora, y lo que iba a ser un pecado se convirtió en un sollozo. Tapó su cara con las manos y se desplomó sobre el suelo, encogido, como si hubiese muerto él también.

Estuvo así no supo cuánto tiempo.

De improviso le pareció que había mucha luz a su alrededor y que era muy tarde. Desde la calle ascendían ya algunos sonidos de animación. Entonces pareció recordar algo con mucho esfuerzo y salió al rellano de la escalera para llamar a una puerta contigua, tras la que residía una anciana con un hijo ya maduro, solterón, empleado en un taller de mecánica. Moriel rogó a la mujer que velase el cadáver hasta su regreso y la puso en antecedentes de lo ocurrido. La anciana dijo, al ver el cuerpo de Nora, que la joven había sido muy hermosa.

Moriel rogó que no la desabrochase ni tocase para nada. Contempló unos momentos el cadáver y luego salió en busca de Ismael. No lo encontró en la casa, pero le dejó una nota, diciéndole que con su poco dinero pagaría el entierro y una esquela.

El tiempo había volado tan rápidamente que cuando regresó a sus habitaciones, acababa de dar la primera hora de la tarde.

Había caminado poco a poco, como temiendo llegar, abstraído completamente de todo lo exterior. La anciana continuaba inmóvil junto a Nora, pero con dos vecinas más. Aquello disgustó a Moriel, que no hizo, sin embargo, ningún gesto. Su rostro inexpresivo parecía más que nunca no ser de carne. Le dijeron que había venido un médico forense y que el entierro estaba fijado para las once de la mañana del día siguiente. Moriel quedó como hundido frente al túmulo que ya habían levantado en medio de la pieza. Una de las mujeres le preguntó:

—¿No avisó usted anoche a un sacerdote?

—No.

En aquel instante penetraron varios hombres que, advertidos por la esquela, deseaban ver el cadáver. Moriel les conocía superficialmente, pero no habló con ellos. Apenas entrar le dirigieron una mirada de sospecha y desconfianza.

Durante muchas horas, la pieza mortuoria estuvo llena de

personas que deseaban ver el cadáver. Esteban Ortiz y Paulina no debían de haberse enterado, porque no llegaron. Moriel estuvo en un rincón hasta que hubo anochecido, sin moverse ni hablar. Sus ojos no se apartaron del rostro de Nora Leonardo.

El forense, horas antes, también había dictaminado defunción por parálisis cardíaca, de manera que no hubo complicaciones de ninguna especie, y pudo evitarse la horrible formalidad de la autopsia. Moriel, toda la noche que siguió a esto, estuvo de pie junto a la ventana, con un gesto agotado y de desaliento, brillando a veces sus ojos con algo que parecían lágrimas o llamaradas de furor. Quizá eran la misma cosa. Hacia la mañana, el cuerpo de Nora despedía ya un hedor molesto, por lo que algunos vecinos quisieron perfumar las habitaciones. Moriel se negó. No se movió ni hizo un gesto. Eran aproximadamente las ocho cuando ocurrió un suceso que a todos pareció extraño, y que sólo el joven pudo comprender.

Eran cinco personas las que se encontraban a aquella hora en la pieza, y tres de ellas mujeres. De improviso, oyeron cómo se abría con lentitud la puerta, y al volver el rostro no vieron a nadie. El rellano aparecía oscuro, casi sin forma, como la entrada a un desconocido abismo. Entonces oyeron todos un grito sordo y repentino, una exclamación de indecible angustia, algo como un sollozo muy extraño y muy fuerte, que se perdió con rapidez. Todos se estremecieron y Moriel volvió la cabeza. Luego ya no pudieron oír más.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sabemos; es horrible. ¿Qué ha podido suceder?

Las miradas se dirigieron al cadáver. Naturalmente, Nora estaba igual. Moriel hizo entonces un ademán resignado.

—El padre de esta joven no vendrá.

—¿Por qué?

—No sé. ¿A qué hora es el entierro?

—A las once.

—¡Ah! Bien.

Y quedó otra vez en la misma postura inmutable. Sus ojos, fijos en el rostro de Nora, brillaban cada vez más al tiempo que sus facciones iban palideciendo. Parecía no recibir ninguna sensación física, de tal modo que a intervalos parecía una estatua. Dieron las

once, y al fin de unos minutos varios empleados de Pompas Fúnebres procedieron a cerrar el ataúd. Todos vieron desaparecer el rostro de Nora con una expresión de lástima. Luego Moriel bajó a la calle, donde esperaba una corta comitiva. A Ismael Leonardo lo tenían que sujetar entre dos amigos. Entraron en una iglesia, donde Moriel no prestó ninguna atención a las ceremonias. Seguidamente, el duelo se dio por despedido, y quedaron sólo unas pocas personas: el médico de Nora, los padrinos de ésta, Cecilia, Enrique Moriel y el padre de Nora, siempre sostenido por dos hombres. En el camino hacia el cementerio, mientras los otros hablaban de las virtudes de la joven, él permaneció silencioso y ausente. Llegaron a decirle que intentase hablar, porque su silencio y su angustia podían aturdirle.

Los Leonardo tenían un lujoso panteón, y en él fue depositado el cadáver de Nora. Era un panteón muy grande, que poseía un mecanismo hidráulico para ayudar a mover la losa. Moriel, después del sepelio, vio a su padrastro que estaba sentado junto a una tumba, pero no se acercó a él.

Cuando llegó a su habitación, eran las cinco de la tarde. Había recorrido lentamente parte de la capital, deteniéndose a cada esquina, como abrumado, sin saber adónde ir. Al notar la soledad glacial de aquellas piezas donde penetraban intensos rayos de sol, llevó las manos a sus ojos. No quiso ver su mesa de trabajo vacía, con los libros en el suelo. Ni los restos de los cirios, que alguien había colocado en un cajón semiabierto. Esta soledad, este silencio, le hicieron darse cuenta del hecho físico de la muerte de Nora. Del hecho material y concreto de su aniquilamiento, de su desaparición. Como si hasta este minuto hubiese estado creyendo que aún vivía y se encontraba junto a él. Sintió una angustia suprema, un abandono terrible. Y este abandono era su vida misma. Abrió la ventana, contemplando la calle, que tenía a esa hora un aspecto risueño. Sus ojos casi se le salieron de las órbitas contemplando aquella luz, la luz mediterránea de julio que vivificaba todo y que a él le impedía respirar. Jadeó angustiosamente, sintiendo que se ahogaba. Tenía el cuello hinchado, rojizo, como si hubiesen intentado estrangularle. Puso un pie en la ventana, sacando medio cuerpo al exterior. Con ojos desorbitados miró la calle, el gris de las piedras que parecía atraerle, llamarle insistentemente. Sintió, como ya le había ocurrido otra vez, la atracción obsesionante del abismo. El susurro del vacío,

de la desaparición, el soplo insinuante de la nada. Como si una fuerza misteriosa le empujase, sacó la otra pierna, quedando casi colgando en la fachada del edificio. Desde la calle se oyó un grito. Luego sintió que alguien le tiraba bruscamente del cuello, haciéndole caer hacia atrás. Vio por unos momentos el rostro de su vecina, la anciana que había velado a Nora, y en cuyos ojos rutilaban unas lágrimas. Luego, por un segundo, el de su hijo solterón, que le cogía por los brazos. La anciana, con voz plañidera, iba musitando.

—¡Ya te lo decía yo! ¡Ya te lo decía yo!…

Bruscamente, desaparecieron aquellos dos rostros y todos los sonidos. Moriel se sintió desfallecer y quedó inerte sin sentido.

XLII

Sucedieron a esto las primeras ráfagas del 19 de julio y sucedió también a esto una noche de tensión casi brutal, con el peso de algo enorme gravitando sobre las calles. Una noche cuya pausa dramática se introdujo en los cerebros, golpeó materialmente en las cabezas de los hombres. Entre esa calma trágica que precede a las cosas definitivas, observaron los ojos gigantes del odio. Unos ojos cansados, pero que adquirieron el brillo de una rabia nueva. Como si hubiese llegado el momento de que el ritmo incierto de la Historia en los últimos doscientos años adquiriera una intensidad trepidante, se lanzara, ya para siempre, a un camino o a otro, dejando de fluctuar. Y esa Historia salió, en efecto, a la calle, escupió sobre el empedrado todos los errores de las generaciones pasadas, gritó locas llamadas al exterminio y exigió, de una sola generación concreta, la resolución, mediante la entrega de su destino, de todos los errores que habían planteado veinte generaciones pretéritas. Ésta fue su crueldad.

La prensa nocturna había dado ya algunas noticias de la anormalidad y la sublevación militar en África. En Barcelona, apenas había amanecido el 19, ya estaban los dos bandos uno sobre el otro, después de observarse y tomar posiciones. Comenzó una batalla trágica en las esquinas, el interior de los edificios, en las barricadas que cerraban las calles y taponaban las puertas. En los distritos obreros no hubo necesidad de combate, porque todo estaba decidido. Pero en las avenidas céntricas, alrededor de los cuarteles y los edificios oficiales, rugieron toda la mañana descargas continuadas. A mitad de la tarde se elevaba ya el humo de las iglesias convertidas en piras. Y ascendía con él, desde todos los rincones de la ciudad, un rugido impresionante.

Moriel oyó ese rugido al deambular como atontado por las calles. Lo oyó en los camiones, cargados de hombres y mujeres

gesticulantes, entre rostros sudorosos de excitación, entre puños cerrados que avanzaban en masa y se movían al compás. Como incapaz de pensar o de actuar, había pasado la noche en un portal de la calle de San Pablo, custodiando armas pero sin darse cuenta de nada. Sus nervios, que jamás habían sido bien equilibrados, le obligaron a temblar convulsivamente, a sentir estremecimientos bruscos y totales que le dejaban como aturdido. ¡Había sido tan absurdo lo ocurrido últimamente! Tan extraño e inesperado, que apenas podía darse cuenta de la verdadera situación. Incluso apenas podía creer que Ismael Leonardo hubiera existido realmente alguna vez, que hubiese amado y sufrido pasiones. Durante muchas horas estuvo notando que su memoria flaqueaba, que era incapaz de recordar aun detalles concretos y simples, por mucho interés que pusiera en ello. Todo lo que había hecho en los días anteriores iba apareciéndosele como algo muy borroso y muy lejano. Como irreal, incluso fantástico. Moriel tuvo en estos momentos la autoconciencia terrible de su debilidad mental, del principio de su locura.

Intentaba animarse, convencerse de que realmente su memoria no flaqueaba, y para ello iba recordando sucesos lejanos, procurando no olvidar un solo detalle. Pero era inútil. Terminaba viéndose siempre ante una puerta muy vieja, a la que llamaba, y acudía a abrir su madre, vestida con delantal gris manchado. Detrás estaba su hermano, con el que se peleaba sin saber por qué, cayendo ambos debajo de la mesa del comedor, que crujía. Era esto tan absurdo, tan fuera de toda lógica, que llegaba a causarle horror. Nunca había visto a su madre con un delantal gris ni se había peleado con su hermano. Hasta su subconsciencia estaba loca. Sentía como si la muerte lo llenase todo, como si estuviese junto a él, mirándole. Y al mismo tiempo sus actos de un día atrás se le aparecían como no realizados nunca, sus palabras como no moduladas, ni siquiera pensadas una sola vez. Ismael, Nora, su padrastro, todos, eran en estos momentos sombras que bailaban entre una niebla espesa. Seres que quizá no habían existido jamás, que eran mero producto de sus nervios rotos. A media tarde, cuando andaba entre las calles repletas de gritos, dos hombres le dieron la mano para que subiera a un camión, donde le abrazaron sin que comprendiese por qué. Miró al cielo tan azul y limpio de ese día; las partes altas de las casas, que iban sucediéndose con rapidez. Y

sintió algo parecido a una inexplicable satisfacción, la satisfacción de huir, de ser simplemente una cosa que corría bajo el cielo, de no estar en ninguna parte, pertenecer al vacío y flotar en su grandeza. Algo que ya había advertido otras dos veces: el anhelo de perder toda concreción, casi el anhelo de no ser.

Cuando aquella noche salieron de Barcelona por una carretera que no conocía, camino del frente, cuando vio volar junto a él los espectros de los árboles, de las casas, el esquema pardo de la noche sobre los campos desiertos, sintió una alegría frenética, una alegría loca, la alegría de ser llevado, de no tener ideas, de huir, de contemplar y no hacer.

XLIII

Paulina llegó a su casa esa noche como si algo le golpease en la cabeza. Sintió un mazazo constante, repetido, que la impedía reflexionar. A pasos cortos, poco a poco, fue descendiendo por las calles, mirando frente a sí, con los ojos fijos en algo que parecía obsesionarla. Al entrar en su habitación, tomó asiento con mucho cuidado en una butaca, echó la cabeza hacia atrás en el respaldo y cerró los ojos. Tuvo una sensación de flotar en el aire, de ser llevada a través del vacío y arrastrada a una lejanía infinita. La extraña sensación de pulular sobre las cosas, de estar en todas ellas, pero como una pesadillla. Como llevada a golpes bruscos, entre gritos, entre facciones desconocidas y cambiantes que se sucedían aturdiéndola. No supo jamás cuánto tiempo estuvo así. Repentinamente, se incorporó en la butaca y pudo ver la habitación oscura, los mismos contornos de los muebles, recortándose vagamente a la luz nocturna que penetraba por los ventanales. Sintió como si su cabeza estuviese ahora horriblemente vacía. Con lentitud, fue hasta el cuarto de baño contiguo y bebió un vaso de agua. Luego se mojó el rostro, intentando animarse. Lejos, como en un sueño, le parecía oír el ruido inconfundible de muchas detonaciones, aunque sin comprender sus causas. Tal vez ni siquiera las oía realmente. Fue a su cuarto y abrió una de las ventanas, aspirando el aire de aquella noche, cargado de suaves perfumes provenientes del jardín. Una tranquilidad augusta, solemne, parecía llenar la infinitud del espacio. Y, lejos, aquel sucederse furibundo de los disparos, que ahora llegaban a sus oídos con mayor intensidad. Un coche pasó raudo por la avenida y luego y luego otro. Inmediatamente, casi al pie de la ventana, alguien hizo fuego sobre ellos. Varias siluetas corrieron por la calzada, yendo a situarse en otro lugar. Paulina tuvo un estremecimiento. Repentinamente vio que esta calma era ficticia, que allí, muy cerca, en la oscuridad,

acechaban hombres con sus armas preparadas. Que aquellos disparos tenían un significado profundo, el significado de algo mucho más tremendo que cuanto ella pudiese ahora suponer. Cerró la ventana y tuvo un segundo estremecimiento, inmóvil junto al lecho.

No se atrevió a encender ninguna luz. Fue hasta el salón contiguo a la biblioteca y en uno de los butacones pudo ver, muy estrujados, dos periódicos: *La Noche* y *El Noticiero Universal*. Ambos mencionaban una sublevación en África. Paulina sintió entonces una nueva inquietud, al comprender que los disparos no obedecían a una anormalidad puramente local. En Barcelona, y en España seguramente, estaba ocurriendo algo definitivo. Se acordó de que Miguel lo había predicho algunas veces. Y en este momento Paulina lo recordó con una congoja silenciosa, con el acto de aspirar el silencio, la oscuridad y de llevar sus manos a los ojos. Como si adivinara su presencia en esta quietud misteriosa y extraña, en esta quietud que sabía iba a romperse. Fue lentamente hasta el cuarto de sus suegros, en el piso superior, y por debajo de la puerta vio que se filtraba luz. Oyó cómo discutían, aunque sin entender sus palabras. Indudablemente, estaban excitados, llenos de miedo. Los sirvientes, arriba, también paseaban nerviosos. Paulina fue nuevamente a su habitación y, tendiéndose sobre el lecho, intentó quedar adormilada. Sólo consiguió con esto perder la noción del tiempo y sentirse asaltada por toda clase de inquietudes y pesadillas.

Debían de ser las ocho cuando oyó los disparos muy cerca, en la misma avenida. Un camión con varias colchonetas ascendía lentamente, y tras ellas hacían fuego cuatro o cinco hombres. Indudablemente, tiraban contra algún edificio, pero Paulina no logró saber cuál. Después una mujer rubia, seguramente joven, vestida de un modo casi masculino, se puso a disparar con su pistola sobre un punto lejano. El camión volvió hacia atrás, y la mujer subió. Tras las colchonetas continuaba disparando, hasta que se le agotaron las balas. Entonces el camión volvió a ascender lentamente por la avenida. Paulina salió al comedor y pudo ver a su suegro que, ya vestido, cerraba apresuradamente una maleta. Sorprendida, preguntó:

—¿Qué hace?

—Nada.

Su suegra bajaba por las escaleras, muy excitada y con varias prendas de ropa interior en la mano. Gritó:

—Pon esto también, Jacinto. Ponlo, por favor.

—No cabrá ya más.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó Paulina.

—Que esto es muy serio. Y por si acaso…

No supo qué pensar. Fue nuevamente a su cuarto, y desde allí estuvo observando. Pudo ver más camiones, y algunos coches por cuyas ventanillas amenazaban las bocas de los fusiles. Al parecer, esos vehículos no encontraban ya ninguna resistencia. Las camionetas de los guardias de Asalto iban patrullando también, aunque sin detenerse. Hacia el mediodía, los disparos se hicieron menos frecuentes. Los automóviles pasaban a gran velocidad, llenos de hombres gesticulantes.

—¡Viva la República!

—¡Viva la FAI!

—*Visca Catalunya Lliure!*

Multitud de gritos, de imprecaciones y de vivas partían de aquellos vehículos. Paulina vio cómo sus suegros sacaban el coche al jardín, cargando a toda prisa las maletas. Después, la madre de Miguel sacó la cabeza por la puerta.

—Paulina, nos vamos.

—Pero ¿dónde se van?

—A Francia, si podemos llegar.

—¿Por qué?

—Porque dentro de unas horas aquí no se va a poder vivir. Si las cosas se arreglan, ya volveremos.

—¿Y yo qué voy a hacer mientras?

Su suegra puso una cara de circunstancias bastante cínica.

—¡Ay, hija! Ya ves que el coche es pequeño y no cabemos más que dos…

Se acercó a ella, besándola con frialdad en ambas mejillas.

—Pero volveremos pronto. Cuando esto se arregle, ¿sabes? En la mesa del comedor encontrarás cien pesetas. Quédate aquí y ya te escribiremos. —Hizo un gesto de preocupación y antes de marcharse dijo—: Pero ten cuidado y no seas tonta. Antes eres tú que la casa. Al fin y al cabo, tenemos asegurado todo esto en una firma extranjera. Si ves que empiezan a hacer registros, escápate…

Paulina lanzó un suspiro de desaliento.

—Sí, ya tendré en cuenta lo que me dice.

Se acercó a ella, besándola también en ambas mejillas. Cuando quedó sola, se puso a llorar sin conseguir remediarlo. Derramó el llanto que había ahogado durante toda la noche y así en silencio, con los ojos humedecidos, estuvo mucho rato. La sensación del desapego con que sus suegros la había mirado últimamente, quedó materializada en aquel abandono consciente a sus propias fuerzas y a sus propias debilidades. La casa parecía infinitamente vacía y muy grande, casi repulsivamente grande. Fue recorriendo las habitaciones, que estaban en desorden. También los criados se habían ido, pero llevándose lo más valioso. Reinaba una quietud casi sepulcral en los salones vacíos. Los raudales de luz parecían anacrónicos en ellos. Paulina sintió que iba a derramar más lágrimas.

Pero no; era tonta si lo hacía. Ahora estaba libre, gozaba de una libertad absoluta e incontrolada. De esa libertad que siempre había considerado necesaria para vivir, para pensar, para amar. Quiso dibujar en sus labios una sonrisa. Sí; esto era mejor. Fue al cuarto de baño y se arregló. En un reloj sonaron las cuatro de la tarde. Entonces ella, sin más, salió a la avenida, que estaba llena de grupos y de vehículos armados detenidos anormalmente, taponando la circulación.

Con pasos rápidos, ligeros, casi alegremente, bajó por el paseo de Gracia, luego por la avenida de la Puerta del Angel y salió a la catedral. Parecía más bonita y más risueña esa tarde, acariciadas sus torres por un magnífico sol. En las habitaciones de Moriel no había nadie. Ella ya esperaba esto, y se sentó en una butaca. Luego fue a abrir la ventana, por donde penetraron mil rumores y gritos de excitación. En la calle hormigueaban las personas, muchas de ellas armadas. En el limpio cielo barcelonés se dibujaron algunas manchas de humo espeso, un humo fugitivo, veloz, que pasaba raudo sobre los tejados de las casas. Paulina volvió a cerrar la ventana y se dispuso a continuar esperando.

Anocheció. Una quietud inmutable, serena, iba respirándose en la habitación. Los muebles proyectaron una sombra débil, la sombra conocida y vieja de todas las noches.

Paulina sintió cómo el silencio y la oscuridad la ahogaban. Cómo

a sus ojos fluían dos lágrimas, dos extrañas lágrimas de inquietud y de temor. Continuó en la butaca quieta, esperando no sabía exactamente qué. Hacia las doce y media se adormiló, con la sensación de flotar entre las nubes de una horrenda pesadilla.

XLIV

En las afueras de Reus se habían juntado dos largas caravanas de vehículos. Flameaban en ellos multitud de banderas, desde la rojinegra de la FAI hasta la catalana y la española tricolor. Cerca de la estación, un tren abarrotado esperaba vía libre para descargar. Los vehículos iban siendo puestos en orden lentamente, y aquellos de sus ocupantes que no debían efectuar ningún trabajo se tumbaban en la explanada. Muchos caminaban de un lado a otro, no sabiendo dónde situarse. Moriel iba ya vestido con pantalones caqui y una chaqueta de piel. Salió de la carretera y, dirigiendo sus pasos a un campo próximo, fue alejándose de la caravana de vehículos. Sentado junto a un pajar, tomando el sol, pudo ver a un hombre pequeño y aviejado. Moriel lo reconoció, aunque ese hombre, completamente distraído, no pudo darse cuenta de que era observado. El rostro del joven adquirió una expresión triste, al ver a monseñor Delille vestido con traje seglar y con la mirada fija en aquel trozo de campo desierto.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, acercándose.

El sacerdote tuvo un estremecimiento al oír la voz, y otro al ver quién era el que le hablaba.

—¿Yo? Pues… ¿Y tú?

—Voy con los milicianos. Estamos en la carretera.

—¿Adónde vais?

—Al frente.

—Haces mal en acompañarles. ¿Piensas denunciarme?

—Claro que no.

—¿No me tienes rabia?

—Creo que no hay motivos.

Se dejó caer sobre la paja, junto a monseñor Delille.

—No sabe dónde meterse, ¿verdad?

—No. Pasaba siempre las vacaciones en Reus, y aquí todo el

mundo me conoce. Ando por el campo pero es igual, porque me cogerán.

—Vaya a Barcelona.

—¿A qué? Es peor.

—Disimule un poco y vaya a mi domicilio. Ya sabe dónde vivía; tenga la llave. No hay nadie y apenas le molestarán. Seguramente no dejará de ver a una joven algo rubia que se llama Paulina. Dígale, por favor, que no la olvido, que volveré dentro de cuatro o cinco semanas, cuando esto acabe, cuando triunfe la revolución. De los demás no se preocupe, pues es un sitio bastante seguro.

Monseñor Delille hizo un gesto de asombro, cogiendo por el brazo a su interlocutor.

—¿Y si te comprometo?

—No sea tonto.

Moriel parecía nervioso, como queriendo decir algo que le atormentaba, pero que no le parecía adecuado a las circunstancias del momento.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Es como si estuviese loco estos días.

—¿Por qué?

—Mire, padre; le suplico que cuando vea a esa joven llamada Paulina, intente tranquilizarla. Sufre mucho en seguida. Si yo supiera qué decir le escribiría una carta, pero es inútil. No sé ni qué pensar. Lógicamente, no tenía que haberme movido de Barcelona. Y, sin embargo, estoy aquí, dispuesto a ir a cualquier sitio, dispuesto a hacer cualquier estupidez más grande de las que ya he hecho. Al fin y al cabo, es lo que hacía de niño.

Añadió sin mirar a ninguna parte:

—Pero es como si no pudiera vivir. Como si algo me matara poco a poco. Ya sabe que no he hablado gran cosa de mi infancia, aunque sé que en ella está el secreto de mi vida. En la intranquilidad de esos años se destrozaron mis nervios, que ya desde entonces los he tenido que educar con lentitud, procurando dominarlos. Ahora no puedo. Es como si me arrastrara una fuerza superior a mí, un deseo de aniquilarme, de no sentir y de estar ausente de todo. Perdone esta excitación de mi voz, pero necesito hablarle; usted siempre ha intentado conocerme. Quisiera que me dijese qué es este anhelo incomprensible de no vivir. Este buscar el

abismo, la nada, lo ilógico de la existencia. Pero, después de todo, ya lo sé. Usted conocía a Nora Leonardo, ¿no es cierto?

Moriel hablaba cada vez con entonación más nerviosa, cerrando los puños a cada momento, como si no pudiera resistir su excitación. Monseñor Delille hizo un torpe signo afirmativo.

—Ahora me doy cuenta de que estos nervios los regía ella, no yo. De que ella estaba en el fondo de mi cerebro, de mi mentalidad, en todos los determinantes de mi vida. Quiero hablarle claro. Ya sé que usted dirá que esto es amor; no puedo vivir sin ella. Pero si cree que la amaba de la única manera que puede amarse a una mujer, se equivoca. Pregúntese qué ocurriría si un día se encontrase a sí mismo; todas sus ideas, todo su modo de ser, toda la amplitud de su criterio para interpretar las cosas. Que fuera usted mismo, su propia alma, pero en un cerebro y un cuerpo de mujer. Yo no sé si uno puede amar a su doble femenino; creo que es una sensación muy extraña. Uno no puede besar los labios de esa mujer, no puede estrecharla en sus brazos, pero necesita vivir junto a ella. Igual que se necesita vivir con la propia mentalidad, con la propia sensibilidad. Y yo ahora siento como si hubiera perdido esas dos cosas. Como si no pensara nada ni sintiera nada; en efecto, me arrastra un poder que no viene de mí mismo, que me hace mirar este cielo azul, este campo, y acto seguido me impele a ir a otro sitio. Ya no tengo deseos normales. En el fondo de mi conciencia había un anhelo de no pasar sencillamente por la vida; usted lo sabe. He querido conocer a mis semejantes, comprenderlos, y, se lo digo sinceramente, influir en su vida. He querido descender a lo concreto, a lo individual de sus problemas; toda vida está influida por detalles pequeños. Nora también quería descender a lo individual de las existencias. Y lo mismo: ser importante en otras intimidades. Yo no había pensado claramente hasta ahora en mis deseos; eran algo confusos, algo que actuaba desde siempre, pero que aún se hacía necesario formular. Repentinamente los he visto ante mí, desnudos y precisos. Desligados de esa imagen de Nora Leonardo, que dulcificaba tantas cosas. Si hubiera de confesarle cuál es en este minuto mi más intenso deseo, le diría que no hablar. Que no estar aquí, mirándole como un idiota, temblándome los nervios. Yo quisiera decirle a Paulina que esta fuga es algo momentáneo, que pronto volveré a encontrarme a mí mismo otra

vez, liberado de esta absurda sensación que me hace creer que estoy muerto de algún modo. Yo no podría encontrarme quieto en Barcelona ni en ninguna otra parte; me es vital de momento esta inquietud de los hombres que, como yo, no saben adónde van ni adónde tendrán que enfrentarse con el enemigo. Un día, vaya a ver a mi padre, al cementerio de Casa Antúnez, y déle este dinero. Es un hombre no muy viejo, pero que tiene la salud débil. Yo ya le escribiré.

Llevó su derecha a la frente, como si tantas palabras le hubiesen aturdido.

—Bien, padre, no lo olvide: escóndase por cuatro o cinco pueblos antes de ir a Barcelona. Y cuide, se lo suplico, de que Paulina no se intranquilice.

Levantándose, tendió la mano a monseñor Delille.

—Este pajar es mal sitio, se lo advierto. Le he visto desde lejos.

Estrechó los dedos fríos del sacerdote, que le miraba con una luz de agradecimiento en sus ojos.

—Adiós… Hasta dentro de unas pocas semanas.

Y se alejó en dirección a los vehículos.

XLV

Tres días estuvo viviendo Paulina en aquellas habitaciones. Tres días inmóvil, sin salir apenas a la calle, sentada en la butaca frente a la ventana y esperando. Respirando aquel silencio, aquel agobio de la quietud interminable. En esas setenta y dos horas pareció hacerse más pálida y más rubia. Como si el morbo de una enfermedad terrible hubiese estado carcomiendo toda la vitalidad de su organismo. Sus ojos no tenían luz. Sólo una mirada profunda, melancólica y fija. Veía morir las tardes desde aquella ventana conocida, apoyando su frente en los vidrios. A veces permanecía allí hasta altas horas de la noche, inmóvil y proyectando su deliciosa sombra.

Quiso perderse entre las calles después de estos tres días. Y notó que sus ademanes se habían hecho más lentos, más aplomados. Que en su cerebro latía una horrible duda, un vacío total. Bajó al anochecer, hundiéndose en la penumbra del Barrio Gótico. Entre las calles dormidas, viejas, y el latido sordo de las casas prietas. Bajo los recortes de cielo infinitamente azul, agonizando ya ante el abismo de la noche. Se sintió más sola, más abandonada que nunca, más hundida para siempre entre las cuatro sombras de su alrededor. La catedral se le apareció como un raro gigante muerto que contemplara la urbe. Como la infinitud de muchos sentimientos hechos piedra. Como la música abismal, majestuosa y potente de la vida concretada en sus formas bajo ese cielo inmenso, bajo esas nubles rojizas y entre esas callejas muertas. Paulina descansó su espalda en uno de los muros, contemplando la penumbra y como aspirando el silencio. La misma hosca quietud de todos los días, la calma interminable que iba ahogándola. Comprendió que necesitaba ver luz, andar mucho y apretarse entre la gente. Pero le fue imposible decidirse a hacer un movimiento. Continuó allí, estática, hasta que se hizo de noche por completo. Entonces volvió a

las habitaciones de Moriel, a sentarse en la misma butaca, esperando entre el insomnio.

Lo que quedaba de aquel mes de julio se le hizo insoportablemente largo. Sin comprender nada, inmóvil y abatida, se dejó llevar por sus sensaciones amargas. Todas las tardes daba un largo paseo hasta agotarse físicamente. Era este caminar lo único que la tranquilizaba. Era un evadirse de sí misma, un no ser momentáneo para las inquietudes de su espera. Llegó a sentirse como fundida con las luces de las calles, con los contornos de los edificios y las siluetas de las ventanas. Captaba en esos momentos el latido humano de su alrededor y hasta el latido inerte de las cosas inanimadas. Iba abstraída, mirando a todas partes y sin detenerse nunca. Un día, al regresar a las habitaciones de Moriel, vio sentado en la butaca a un hombre aviejado, amarillento, al que no conocía.

—¿Quién es usted? —preguntó, sobresaltada.

El hombre se encogió unos momentos al verla, con ademán tímido, pero en seguida logró sobreponerse al contemplar de cerca las facciones de la joven.

—¿Se llama usted Paulina?

—Sí.

—Yo soy un sacerdote católico. Encontré a Moriel. Me dijo que podía venir aquí.

—¿Encontró a Moriel?

Paulina, muy excitada, se acercó más a él.

—¿Dónde? Dígame, por favor; ¿dónde?

—En Reus, hace diez días.

—¿Y por qué estaba él allí?

—Iba con los milicianos.

Paulina cerró los ojos un momento, nerviosa, al tiempo que se sentía estremecer.

—¿Quiere decir… que ha ido al frente?

—Al vernos, ésa era su intención, pero volverá pronto.

—¿Cuándo?

—Cuando esto acabe. Dentro de unas semanas.

La joven se dejó caer en una de las dos butacas, como desfallecida repentinamente.

—¡Cuando esto acabe!

Hizo un gesto nervioso, un gesto como de rabia para consigo

misma.

—Pero ¿por qué ha hecho eso? ¿Por qué se ha ido? ¿Qué espera encontrar fuera de aquí? ¿Por qué se ha marchado, olvidándome de esta manera?

Sentía un deseo irresistible de llorar, de encontrarse sola en un rincón, con el rostro pegado a cualquier pared fría, cerrando los ojos y sin ver nada más. Casi un deseo de morir, de ser aniquilada y conducida muy lejos. Como un anhelo dulce de volar y esfumarse, de no sufrir ya más ni estar entre las sombras.

En realidad, ya se había imaginado esto. Era, después de todo, lo más lógico y comprensible. Pero ella, en su ilusión, creyó hasta este momento que en cualquier minuto, al volver la cabeza, le vería tras de sí, que notaría su mano en el hombro, en la espalda, esa mano que la atraería hacia adelante para unirles en un frenético abrazo. Que una noche se encendería bruscamente la luz, desvelándola, y que al abrir los ojos vería su rostro junto al de ella, muy cerca, tanto que podría respirar su aliento. Había llegado a imaginar a Moriel como algo que estuviese entre lo inconcreto, pero sólo momentáneamente, que en cualquier instante, sin que lo esperase, volvería a las cosas reales y se acercaría a ella. Ahora Moriel aparecía como un soldado muy concreto, que estaba lejos de allí, como un vagabundo más entre los campos martirizados, errante hacia una meta oscura y a quien no vería hasta que «todo esto» terminase. No en cualquier momento, al volver la cabeza o al desvelarse con la luz. Sólo cuando «esto terminase». Una concreción semejante parecía matar el fondo mismo de sus ilusiones más íntimas.

Se levantó, acercándose a la puerta. El sacerdote, también muy nervioso, le hizo un signo.

—No se inquiete, señorita. Esto acabará pronto. ¿Vivía usted aquí? ¿Tiene usted casa? Porque, si no tiene, me marcharé.

Paulina bajó la cabeza, negando.

—No se marche; yo tengo casa. Vendré a visitarle y hablaremos otro día.

Intentó improvisar una sonrisa y salió. Era tarde. Las calles le parecieron más vacías que nunca, más oscuras, alargadas, de formas más intensas. Existía allí cerca, en una casa relativamente nueva, un piso por alquilar. Incluso lo había visitado la tarde anterior,

causándole buena impresión. Habló con los dueños, que vivían al lado, y satisfizo el alquiler de un mes. Era el último dinero que le quedaba. Rogó que le cedieran una silla y la puso en el centro de una habitación, junto a la ventana más grande. Todo estaba oscuro. No había bombillas en el piso. Paulina sentada allí, inmóvil, pasó una noche amarga y llena de incertidumbres.

A la mañana siguiente, temprano, fue a la casa donde había vivido con Miguel. Ya estaba enterada de que los milicianos eran sus dueños actuales, y por eso hasta este momento había tenido la sensación de que resultaría inútil acercarse allí. Ahora, sin embargo decidió probar fortuna. Entró en la casa, cuyos muebles se encontraban en orden, y dijo a un miliciano que estaba escribiendo ante una mesa:

—Yo antes vivía aquí.

—¡Caramba!

—Sí. Era la doncella. Tengo algunas cosas que son mías. ¿Puedo llevármelas?

—Claro. Llévate lo que te dé la gana. Ahora ya no vendrán los ricachones a pedirte cuentas.

Contempló con admiración las formas de Paulina, y, tras murmurar algo acerca de las doncellas guapas, siguió escribiendo. La joven fue a su cuarto, donde aún quedaban algunas prendas de ropa y utensilios personales de aseo. Lo introdujo todo en un maletín, con varias fotografías que pudo encontrar en un cajón. Fue a entrar en el cuarto de baño, pero allí un hombre se estaba duchando, y al verla dijo una grosería, mostrándole descaradamente sus genitales. Paulina, sobresaltada, cerró la puerta, alejándose. Rogó a otro miliciano que la ayudara, y entre ambos sacaron dos butacas, un diván, cinco sillas y una mesa pequeña. El miliciano era un hombre delgado, de maneras muy pulcras, que parecía anacrónico dentro del mono azul, con las dos pistolas y el brazalete rojo, más la hoz y el martillo de los comunistas. Fue a buscar un carro y dijo a Paulina que llevaría todo aquello a su domicilio actual. Ella quedó algo sobresaltada, pues temía que, viviendo sola, la molestasen más tarde con pretensiones y quizá con violencias.

—No quisiera que nadie se enterase de mi domicilio —insinuó.

—¿Por qué?

—No quisiera que empezasen a hacerme el amor en mi propia

casa —dijo claramente.

—¡Ah! ¿Vives sola? Descuida, que por mí no lo sabrán. Estoy en Barcelona de paso.

Se marchó con el carro, mientras Paulina observaba desde fuera aquella casa donde tantas emociones había sentido. Una angustia indefinible, algo que la asfixiaba, que la impelía a llorar, ascendió por su garganta. Sola en medio de la calzada, bajo el sol de la mañana, sintió como si una parte fundamental de su alma hubiese muerto allí. Como si hubiese muerto lo luminoso, lo transparente, lo rítmico y lo tranquilo de su existencia última. Y con ello se realzase más lo oscuro, lo opaco, lo desacorde y lo angustioso de su vida actual. Ella no había sido feliz en aquella casa. Sólo lo había sido en la de Ismael, antes del 6 de octubre. Pero aquí había sentido esperanzas, anhelos y deseos que había confesado a la forma de esas paredes como a las ropas de su lecho. Sintió que iba a llorar. Irremediablemente otra vez, como una niña. Y poco a poco, igual que si estuviese agotada, fue caminando por la avenida en dirección al centro de la urbe.

No resultó difícil encontrar trabajo. Precisamente durante esos días en que nadie quería trabajar, lo que sobraba eran empleos. Le convino un restaurante bastante grande, como cocinera, y acordaron que empezaría la próxima jornada. Comió allí mismo, y hasta las ocho de la tarde no quiso volver a su domicilio. El miliciano estaba todavía allí, con paciencia oriental, aguardándola.

Había traído más muebles y hasta algunas pinturas, arreglando dos habitaciones con un gusto exquisito. Sobre un brazo del diván que iba a servir de cama, estaban plegadas dos sábanas y una manta. En la cocina aguardaban tres platos, vasos y otros utensilios. Paulina contempló todo aquello, asombrada.

—Pero ¿cómo ha traído tantas cosas? —dijo al fin.

—No tenía nada en que ocuparme. Y aquí harán buen servicio. Creo que dos habitaciones para ti sola te bastarán.

—Sí, desde luego. Y están ordenadas con muy buen gusto.

—Es que yo era operario de decorador, ¿sabes? Y me gusta arreglar cosas. Ahora, como no habrá ricos, no habrá tampoco decoradores, ni sombrereros, ni joyeros. Pero ya me buscaré otro oficio. Bueno… ¡Adiós!, o mejor, ¡salud!

Antes de que Paulina pudiera darle las gracias, ya se había

marchado.

Estaba rendida. Se extendió en el diván, mirando al techo. Aquel diván donde Miguel la había besado algunas veces cuando ella se encontraba distraída, reclinada como en este momento. Sintió un deseo angustioso de llorar. Y quiso esforzarse en tener el cerebro vacío de pensamientos, en no recordar a nadie, a los seres que había amado y a los que no había podido amar. Cerró los ojos, como si le doliese aquella media luz de la habitación. Y el cansancio no tardó en conseguir dormirla.

XLVI

Por los ojos de Moriel entró con caracteres brutales el principio de esta guerra que no iba a durar cinco semanas. Ni un par de meses, que, como máximo, había llegado a conceder. Entraron por sus ojos las filas de cadáveres apretujados, los heridos a quienes no se hacía caso, que debían atenderse por sí mismos o morir, los prisioneros arrinconados en las cunetas, sin clasificación y sin orden, llevados a cualquier parte, dependiendo únicamente del buen o mal genio de su aprehensor, a quien nadie pedía cuentas. Entró por sus oídos el lamento infinito de los campos martirizados, de los puebluchos hundidos, de esas casas marrones de adobes que descubrían en seguida sus entrañas viejas. Toda la brutalidad viril de la raza española —el odio eterno y el desprecio suicida— se juntó a la irreflexión, la furia acumulada y la rabia del momento. Aquellos campesinos desheredados que se echaban al campo con su escopeta de caza, no deteniéndose a pensar que iban a morir, luchaban contra los soldados mal vestidos, que aguantaban siete días con una lata de sardinas y al terminarse ésta iban a buscar el rancho del enemigo. Aquella guerra sin intendencia, sin sanitarios, de hombre contra hombre y de pecho contra pecho, guerra furiosa donde participaban hasta las piedras de los montes. Al principio fue cobarde; tuvo realmente miedo. Miedo de sus propios compañeros, aquellos anarquistas que avanzaban erguidos, echándose encima de las ametralladoras, rugiendo siempre, escupiendo la furia por sus bocas y amenazando hasta el cielo con sus puños. Miedo de aquellos soldados hoy enemigos, que despreciaban la relativa protección de las trincheras e iban siempre al arma blanca, buscando arrojar un salivazo a la propia cara del adversario. Este heroísmo salvaje, esta rabia feroz de los hombres que ya desde lejos parecían morderse, este despreciar el riesgo, la seguridad y hasta la lógica militar parecieron aturdirle. Sintió martillear en su cerebro la angustia del

suicidio nacional, definitivo, del último holocausto que iba a poner término a los errores pretéritos, a cerrar para siempre todos los capítulos de la historia española. Moriel no llegó a ver la guerra organizada. Ni el Ejército Popular más o menos disciplinado de 1938 ni las divisiones de tanques que cerraban contra el frente y apisonaban los cadáveres. Aun así, sintió un verdadero terror ante lo que iba a suceder. Su mentalidad, ya formada, no podía concebir esta destrucción en la que estaba participando. Pero siguió allí. Ese sentimiento español, militarmente tan ilógico, y sin embargo, a veces tan profundo, de que un muerto no es un caído porque en la guerra tiene que ser así, sino que es un compañero al que los bandidos de enfrente han matado y al que es necesario vengar, se apoderó también de él. Entró en su cerebro el calor de la lucha y la oscuridad de la demencia. A este enardecimiento de su ardor combativo respondía al enardecimiento de los soldados adversarios, que habían visto sus cadáveres e iban también a buscar a los bandidos de enfrente. Pudo haber regresado a Barcelona, puesto que no había disciplina ni nada semejante, y muchísimos milicianos iban y venían con sus amigas, de las que en un santiamén era fácil ser marido, divorciado, pretendiente y marido otra vez. Todas esas muchachas que hallaron el ambiente ideal en las ciudades rojas iban allí, a la pesca de más aventuras, de emociones y de toda clase de vidas nuevas. Apenas el frente se calmaba un poco, ya casi nadie quería acordarse de que los enemigos estaban muy cerca. A la furia sucedía el decaimiento libertino con una regularidad que asombraba. En octubre quiso por fin volver a Barcelona, temiendo que Paulina sufriese con un abandono tan prolongado. Sin embargo, tuvo la mala suerte de que el día anterior al que tenía señalado para el regreso, una bala le arrancase la casi totalidad del dedo índice de su mano derecha. Sintió vergüenza de presentarse con esta mutilación, no supo por qué. Y le costó mucho acostumbrarse a escribir sin ese dedo. A fin de año aún tenía la impresión de que la tara afeaba todo su cuerpo. Era algo que no podía remediar, que le hacía esconder involuntariamente la mano ante todas las mujeres. En febrero de 1937, cuando ya la lucha era más dura, más tenaz y se había organizado, tuvo que ir a las cercanías de Huesca, con una sección de zapadores. En aquel frente le quedaba mucho tiempo Ubre, y él iba empleándolo en emborronar cuartillas, como si

estuviese aprendiendo ahora a escribir. Parece imposible que una mano experta pueda tardar tanto en acostumbrarse a su mutilación. Hasta abril no tuvo la satisfacción de ver que escribía con la letra de antes. Dirigió una carta a Paulina, la misma que ella iba a recibir ya en el invierno de aquel mismo año, cuando él estaba sufriendo en un país extranjero. La causa de esto se debió a un copo de las líneas, quedando el correo detenido hasta que la situación pudo normalizarse.

Fue en noviembre cuando Moriel sufrió una herida realmente seria. Desde unos días atrás le era imposible dominar sus nervios, que parecían vibrar rabiosamente ante aquel estancamiento. No lograba dormir, como si le atormentase una obsesión. Y, en efecto, la obsesión de esta tragedia nacional, de esta matanza cada vez mayor, cuya contemplación le ocasionaba náuseas, la obsesión de su estupidez voluntaria al enterrarse aquí, al permanecer entre esta nieve y estas filas largas y oscuras de las zanjas, esta autoconciencia de su desgracia íntima y la desgracia total era lo que le impedía bajar los párpados. Cada vez más, día por día, hora por hora, el anhelo de vivir, de estrechar a Paulina y mirarse en sus ojos iba inundando su sensibilidad y su voluntad. Aquel extraño deseo de huir, de no estar en ninguna parte, de mezclarse a las inquietudes cósmicas, había desaparecido casi por completo. Y sólo iba manteniéndose un recuerdo vago, una tristeza muy íntima y muy secreta que a nadie quería confesar. Pero allí vivía realmente Nora.

A últimos de este mes, por la tarde, sobrevino una carga a la bayoneta contra la trinchera que defendía. Muchachos muy jóvenes, que recibían quizá su bautismo de fuego, se arrojaron suicidas sobre las posiciones avanzadas. Corrían como locos, sin cubrirse, con una intrepidez temeraria, acercándose a las bocas de los fusiles que iban acribillándolos. Pero detrás de uno venía otro, y se echaban materialmente encima con las bombas de mano preparadas. Moriel, que utilizaba la única ametralladora, sintió angustia al ver desplomarse a aquellos muchachos más jóvenes que él, quizá ayer estudiantes que le hubieran dado la mano, que le hubiesen preguntado riendo por las manías de tal o de cual examinador y que hoy se arrojaban a la muerte, seguían esta ley fatídica que parecía llenarlo todo, encauzar las existencias de los hombres, arrastrarlos y perderlos. Disparaba sin mirar, temblándole las manos con el

retroceso de la máquina, hasta que pudo ver a un alférez que se lanzaba sobre él. Fue a desviar hacia el nuevo objetivo el cañón de su arma y en aquel momento una bomba de mano vino a caer a menos de cinco pasos. Se arrojó al suelo inmediatamente, curvándose, al tiempo que con la izquierda intentaba separar la ametralladora. Entonces sintió un ruido muy confuso, un golpe sordo que le hizo estremecer. Sintió como si mucha tierra se pegara a sus dientes y penetrara por sus ojos. Después, nada: la oscuridad de un silencio total.

XLVII

Cuando despertó era completamente de noche, y arriba brillaban los puntos plateados de muchas estrellas. La calma era absoluta, una calma extraña, como de paz. Sintió frío y un dolor muy intenso en la mano izquierda. Antes de examinarla, se fijó en que estaba sobre el suelo, con una pequeña manta cubriéndole medio cuerpo, y que a su lado relucía una bayoneta. El centinela, precisamente, montaba guardia allí. Era un joven de facciones rudas, pero nobles, que le miraba con cierta lástima. Moriel notó que tenía una horrible sed, y quiso incorporarse.

—Dame agua, por favor.

El centinela hizo un signo negativo.

—No puede ser. El médico ha dicho que no te convenía beber ni una gota.

—¿Por qué?

—Si supieras la sangre que has perdido y los cortes que han tenido que hacerte, no hablarías tanto.

Moriel levantó con dificultad su brazo izquierdo, que estaba lleno de vendajes hasta el codo. Y ese brazo terminaba en la muñeca, donde había una mancha roja. Esto era inexplicable; se miró dos veces. Luego pareció recibir un golpe terrible en el cráneo.

—Que… Que… —balbució.

—No te pongas tan amarillo, hombre —dijo el centinela—; peor hubiera sido la derecha.

—¿No tengo mano?

—No creas que me alegra decírtelo, pero no tienes.

Moriel dejó caer la cabeza hacia atrás, anonadado. Quedó rígido y frío, como si hubiese muerto. Luego sintió un deseo terrible de morir en efecto, de no sentir aquellos pinchazos de su sangre y no padecer más. Intentó furiosamente arrancarse las vendas, y el centinela tuvo que sujetarle el brazo derecho. Entonces ese deseo de

morir se vio sustituido por una rabia impotente, por un odio casi animal hacia todo, hacia lo más lejano, ese odio instintivo de las desdichas inaguantables. Lentamente, sin embargo, logró calmarse. Después de todo, aún vivía. Y seguramente la guerra había terminado para él. Se encontrase donde se encontrase, no sería imposible retornar a Barcelona. En este momento el nombre de su ciudad latió en su corazón con una fuerza tal que le hizo incorporarse.

—¿Estoy prisionero?

—Sí. Pero, mira, tú ya has terminado la guerra.

—¿Dónde estoy?

—Eso ya no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Está prohibido. No puedo decírtelo.

Moriel contempló con atención al soldado. Era uno de esos muchachos recios, noblotes, llenos de ingenuidad. Afirmaba que estaba prohibido con una convicción tan grande que inmediatamente pensó tendría esa orden alguna importancia. Y no por el frente, que debía de estar bastante lejos. Moriel aspiró el frío silencio de la noche, llena de tranquilidad. Tuvo la extraña e infundamentada impresión de que estaban muy al norte. Tal vez a pocos kilómetros de la frontera, la meta soñada para todas las evasiones. Aparentando indiferencia, preguntó al centinela:

—¿Y dónde me llevarán luego?

—Eso sí puedo decírtelo. A Pamplona, que no es mal sitio.

Él hizo un signo afirmativo.

—No, no es mal sitio.

Si le llevaban a Pamplona, no habría ya escapatoria posible. Y la obsesión de escapar era en este momento lo más fuerte de su vida. La obsesión de verse libre, solo y caminando en busca de la felicidad. En busca de Paulina, a la que amaba ahora como nunca. De esos ojos que parecían flotar en la oscuridad, estar muy cerca y calentarle con su brillo. Miró el firmamento y aquellos remotísimos parpadeos de luz. En estos minutos sentía hacia su perdida mano izquierda una extraña indiferencia; sólo le importaba la tiranía que el destino había venido ejerciendo sobre él. Pensó que era muy raro, pero que durante algún tiempo había vivido sin voluntad. Desde el día en que Nora dejó de existir. Esto le trajo el recuerdo de Ismael,

el hombre que había luchado ferozmente para unirse con Dios y que fue arrastrado al fin por una potencia que iba señalando su destino. Evidentemente, este perderse de la voluntad en lo más terrible de una vida; y Moriel pensó ahora que era necesario recobrar el dominio sobre esa potencia superior de su espíritu. Recobrarlo o no ser. O vivir únicamente entre la locura de los meses anteriores, cuando tenía conciencia de sus actos después de que estaban ejecutados y eran irremediables. Se preguntó en este momento si él amaba a Paulina realmente, con todas las energías de su ser. Sí. La amaba aun sin haber querido enfadarse por esta causa con Esteban y con Ismael. La había amado siempre, aun en los momentos que parecía olvidarla para acudir a las reuniones políticas con sus amigos. Ahora advirtió una intensa sensación de pena; el recuerdo de los hoy quizá perdidos como él, simples mutilados bajo las estrellas, le hizo sentir agobio. Aquellos jóvenes que antes del 6 de octubre habían maldecido a la Lliga, a los de derechas, a los del centro y a todos, aun conociendo la existencia de personas sinceramente buenas en esos partidos adversarios; aquellos jóvenes solicitados por unos y otros, que se dejaban arrastrar, que se habían acostumbrado a vivir sólo para inquietudes más grandes que ellos mismos, se encontraban ahora tal como él, o quizá peor. Quiso seguir la lógica de su cansancio: no padecer más. Hacer el último esfuerzo y huir de allí, costase lo que costase. No quería sentir más este agobio de la impotencia ante las fuerzas que le arrastraban. Pensó otra vez lo mismo: ser o no ser. Tener voluntad o no tenerla, precisamente esta noche. Incorporándose más, dijo al soldado:

—Lo de Pamplona no me disgusta, pero lo malo es el camino hasta llegar allí.

—En eso tienes razón. Yo lo he hecho dos veces y no es nada bueno con tanta montaña. Menos estando herido, con tanto como se tarda.

—Claro.

Ya había averiguado algo más. No estaban ni siquiera en Navarra y además entre terreno montañoso, con malos caminos. Siguió interrogando:

—¿Tienes alguno de esos pitillos tan buenos que vienen de Francia?

—Sí, por casualidad. Ayer unos compañeros se los compraron a

un gendarme.

Moriel tuvo que reprimir un silbido, mientras cerraba nervioso el puño de su mano derecha. Esto era mejor de cuanto podía esperar. Sin duda la frontera estaba a un par de horas, entre aquellas montañas borrosas. Y éste debía de ser un centro de agrupamiento de heridos, con poca vigilancia. El soldado extrajo dos cigarrillos y fue hasta una hoguera lejana a encenderlos. Moriel, que no esperaba otra cosa, se levantó rápidamente y pudo llegar a unos arbustos próximos. La cabeza le daba vueltas, pero en estos momentos se creía capaz de todos los esfuerzos. A oscuras, sin mirar, se dejó caer por una pendiente. En este momento el centinela, que regresaba, pudo advertir con asombro su teatral desaparición. Corriendo hacia los arbustos, con el fusil preparado, gritó cuanto le fue posible:

—¡No seas imbécil! ¡Vuelve! ¡Tú no sabes como estás! ¡Te morirás en el camino!

Moriel no hizo caso. Corría como un loco, tropezando, extendiendo su brazo útil, queriendo ver en aquella terrible oscuridad de las montañas. Arriba, el centinela hizo dos disparos al aire. Moriel, habituado ya a la crueldad de esta guerra, pensó que nunca había visto un soldado tan noble como aquél. De repente, una bengala vino a extender su mágica luz por todos los alrededores. Frente a él, aparecieron los contornos de un hombre agachado, que disparó su fusil. La bala penetró en la tetilla derecha del fugitivo, haciéndole caer. Pero él siguió como si le guiara una fuerza sobrehumana. Volvió a incorporarse. Ciego, doblado, con el brazo aún extendido, se sintió desplomar entre unas peñas. Allí la sangre comenzó a salir a borbotones en un chorro extenuante, impregnando las ropas y la piel de su cuerpo. Quiso andar. Tenía que llegar a Francia, cerrarse allí esta herida que le mataba y luego ir a Barcelona. No estar ni cinco minutos más de los necesarios en un país extranjero, lejos del aliento de las cosas que amaba. Gimió. Pudo ver que estaba subiendo por una montaña, que en las cumbres de las rocas se dibujaba un tímido rayo de sol. Entonces se doblaron sus piernas Volvió a caer, a incorporarse y otra vez a andar. Nadie hizo fuego ya contra él. Después de esta montaña vino otra, y otra. No sabía ya dónde iba ni casi lo que pensaba. Sólo que era necesario andar, no detenerse, no pararse por nada del mundo,

proseguir. Más montañas. El sol destacando entre su niebla, rojizo y enorme. Luego un poste con letras que fue incapaz de leer. Un hombre vestido con un uniforme extraño que corría gritando. Quiso caminar, caminar más. Súbitamente, vio cómo las montañas giraban, cómo el sol parecía hacerse más rojizo y más enorme. Otra vez la sensación abismal de la nada: la oscuridad impenetrable del silencio.

XLVIII

Vino a desplomarse sobre las calles el frío del invierno. La penumbra de las tardes breves y la oscuridad de las noches eternas. Las casonas parecían más muertas, más entregadas a su cansancio. Las sombras, más encogidas tras las ventanas de los pisos. Después, el nuevo año, lleno de trágicas incertidumbres. Y otra primavera dulce, otra resurrección del cielo limpio sobre los árboles rientes. Los bombardeos, con cierta regularidad. Aquel aullido largo y penetrante de la sirena que parecía estremecerse y gesticular en el interior de los cráneos. El verano triste, sacando al sol la miseria primeriza de la urbe. Y otro otoño: otro gemir de las eternas hojas sobre el mismo gris de las calles inmutables. Más cielo plomizo, más silencio en las casonas prietas. Las sombras encogiéndose otra vez, quedando inmóviles en los rincones, en los ángulos de las paredes y en el umbral de las puertas.

Todas las mañanas, a las siete y media, Paulina salía de su casa e iba al trabajo, dando un largo rodeo. El aire fresco y limpio del día nuevo calmaba sus pensamientos después de los insomnios nocturnos. Subía por las Ramblas hasta la calle de Aragón, a pasos cortos; bajaba por la calle de Balmes, que tenía a esas horas una atmósfera gris, pero ciudadana y activa. Después, por la calle de las Cortes, iba a su trabajo, que estaba cerca de Marina. Llegaba al restaurante a las nueve menos cuarto, no saliendo ya de la cocina hasta las ocho de la tarde. Aunque aquello no era cocinar, puesto que apenas tenían nada. Paulina, tan esmerada siempre en esta afición suya, acabó efectuando el trabajo maquinalmente, con los mismos gestos de todos los días, sin interés y sin gusto. Aun así, arreglaba las cosas lo mejor posible, dentro de las circunstancias. Al salir del restaurante iba a ver dos veces por semana a monseñor Delille, que seguía en el piso. Ese hombre más aviejado cada día, más amarillo y encogido, le ocasionaba una profunda lástima. Aún

después de tanto tiempo parecía no haberse acostumbrado al traje seglar, y casi le daba vergüenza salir a la calle con él. En realidad, no salía casi nunca. Sólo una vez a la semana, los sábados por la tarde, iba a un almacén de juguetes a entregar su trabajo. Durante trece horas casi ininterrumpidas, sentado en una silla junto a la ventana, hacía juguetes finos. Sin utensilios, utilizando principalmente una navajita, labraba con paciencia oriental los trozos diminutos de madera que luego iban a servir para las patas de una cunita o el respaldo de una silla de muñeco. Le pagaban mal y muchas veces, a las tres de la mañana, aún estaba trabajando frente a la mesa de Moriel. Sus ojos, al habituarse a estas minucias, adquirieron una expresión miope. Antes de irse a dormir quitaba siempre el polvo a los muebles y a los libros, como concediéndose con ello una distracción. Todo a su alrededor respiraba paz, recogimiento y quietud. También cansancio, el cansancio repetido de sus manos y sus ojos.

Los sábados, después de cobrar y traerse material, iba a comprar cualquier cosa, cualquier insignificancia entre lo que aún quedaba, y con esto se mantenía toda la semana. Parecía no tener vitalidad, ni deseos, ni sentir el más mínimo dolor. Su único descanso era rezar el rosario después de las siete, sin levantarse de la silla. Muchas veces, al cerrar los ojos, quedaba adormilado, musitando las avemarías; después, seguía con su trabajo horas y más horas inclinado ante la luz. Paulina solía encontrarle así o medio adormilado después de rezar el rosario. A veces, traía del restaurante algún alimento porque el enflaquecimiento progresivo de aquel hombre le causaba una pena infinita. Hablaban de cosas pasadas, de los días tranquilos y serenos de antes. Paulina, apoyada en la mesa de trabajo de Moriel, aquella mesa a la que tocaba como a un ser vivo, como a un ser amado, con la vista fija en el rectángulo de la ventana, quieta y extática, oía hablar a ese hombre que siempre recordaba detalles nuevos, que hacía esfuerzos para consolarla y distraerla. Paulina, en esos instantes de inmovilidad, se sentía transportada muy lejos, a espacios ignorados y remotos, flotando entre jirones de tiempo, entre sensaciones extrañas de felicidad y de abismo, de vacío, de plenitud y de desdicha. Toda su vida pasada y toda su vida presente se entremezclaban en esos momentos de abstraída meditación. Momentos que ella buscaba

hacer largos y frecuentes, puesto que era su único consuelo. Se sentía más fuerte en aquella habitación, entre los objetos conocidos y la luz rojiza de la pantalla que siempre, al llegar, encendía ella misma. Monseñor Delille, ahora tan pacífico, hablaba de sus anteriores reconvenciones excitadas a Moriel, de cómo siempre iba tras él, cazando sus pensamientos y dirigiéndole gruñidos. Paulina reía a veces, pero con una melancólica expresión. Cierto día, inesperadamente, llegó carta de Esteban Ortiz, dirigida a Moriel. Paulina la abrió, leyéndola. Pudo enterarse de que Esteban se encontraba «en algún lugar de Asturias», que antes de la Revolución, el 16 de julio, había marchado a Oviedo, contando con un buen empleo que le permitiría terminar la carrera allí. Pero que lo que realmente hizo fue dedicarse a dinamitar edificios de fascistas durante el sitio. Que ahora combatía en el frente, y, de momento, sin sufrir un solo rasguño. Deseaba que Moriel le contestase en seguida y que le dijera algo sobre la actual situación de Paulina. Ella pasó sus ojos por aquellas letras amigas con la intensa emoción de tomar ahora otra vez contacto con la vida de antes. Se preguntó si debía contestarle (Esteban señalaba para la correspondencia el número de una División solamente), pero no hubiera sabido qué decir. No hubiera sabido expresar de ningún modo las angustias y los sufrimientos de esta inacabable espera. Guardó la carta en su intimidad, junto al calor de sus senos. Aquella noche volvió a leerla cuatro o cinco veces. Y una semana después recibió la primera carta de Moriel que estaba fechada «en las cercanías de Huesca». Era una carta breve, escrita seguramente en algún descanso. Moriel sólo decía que no la olvidaba, que iría muy pronto a verla y que tuviese esperanzas. Si necesitaba dinero o alguna cosa, no tenía más que pedirlo y se lo enviaría inmediatamente. En el sobre iban cinco billetes de cien pesetas, que Moriel aseguraba eran de las últimas pagas. No tenía en qué gastar. Terminaba diciendo que quizá dentro de un mes podrían verse. Paulina sintió deseos de llorar, y aquella noche tuvo que salir muy pronto para no denotar su emoción a monseñor Delille. Dio un largo paseo por las calles, respirando el aire frío del invierno. Algo como una campanilla de felicidad tintineaba en su pecho, dando a sus pasos una mayor alegría, una como sonoridad más vital, más agradable, más joven. Paulina besó la carta y a partir de entonces la

leía todas las noches. Todas, sin dejarse una, tendida en el diván y con la mano derecha acariciándose lentamente sus cabellos, más rubios este inacabable invierno.

Con las quinientas pesetas —que en ese tiempo no eran ninguna fortuna, desde luego—, compró a un extranjero dos pares de medias, unos zapatos y algunos pequeños utensilios de aseo. Por las mañanas salía más tarde, ya que dedicaba a arreglarse un tiempo mayor. Iba al trabajo directamente, siempre con una alegría que no intentaba ocultar. A principios de 1938, cuando imperaba ya un hambre general en todas partes, ella tuvo la suerte de no encontrarse nunca en necesidad. El restaurante, transformado en comedor popular, facilitaba en este aspecto todo lo indispensable. Algunas de sus compañeras de trabajo incluso reunieron pequeñas fortunas sustrayendo géneros que luego vendían a precios fabulosos. Paulina comía solamente allí, y ya no se preocupaba de más. Toda su vida estaba resumida en el acto de esperar, en el anhelo de que algún día terminase este abandono insoportable.

Examinaba atentamente los partes oficiales de guerra, cada vez con un desaliento mayor. Esa lucha terrible de todas las jornadas parecía que no iba a tener fin. Que no iban a terminar jamás aquellos bombardeos constantes, aquel aullido de la sirena que la hacía revolverse por las noches, despertándola con brusquedad. Ni aquellas nubecillas de los antiaéreos salpicando el cielo, reventando por docenas con un estampido sordo. No descendió jamás a un refugio, pues era incapaz de encerrarse entre aquellas paredes de tierra, respirando humedad, aguardando hora tras hora. Y además porque en los refugios se traba confianza con mucha gente, sobre todo con hombres, a los que no le interesaba conocer. Paulina intentó poner en esto un cuidado especial, sabiendo que sus debilidades no eran pequeñas. Y que tal vez algún día se cansaría de esperar, si otro hombre estaba a su lado mirándola.

No trabó amistades de ninguna clase, procurando ser esquiva. Unicamente la visitaba el miliciano que había arreglado tiempo atrás aquellas dos habitaciones, el cual servía actualmente una pieza antiaérea en Montjuïc. Paulina desconfió de él al principio, pero no tardó en comprender que ese hombre no pretendía de ella más que una sincera y hasta un poco extraña amistad. Casi sin conocerla, la ayudaba en todo lo posible, y aun a veces le hacía

pequeños obsequios. Era uno de esos hombres que han vivido mucho, que han visto sufrir a más de cuatro mujeres y que comprenden su mentalidad. Parecía mirar las cosas con una serena quietud, casi con esa serenidad de los viejos. A veces hablaban largo rato, cuando tenía tiempo libre. El miliciano era viudo y padre de un muchacho de veintiún años. Había muerto en enero, en el frente de Teruel. Le recordaba con angustia, pero como a un ser muy lejano, casi como si no fuera hijo suyo. Paulina pensó que, en efecto, ahora a todos los seres se les recordaba como lejanos y remotos. Como ocultos en un pasado muy distinto, muy brumoso, lleno de siluetas irreales. Un día, aquel hombre vino con un fusil y distintivo de sargento. Traía un saquito, que puso sobre el fogón de la cocina.

—Es arroz. Ahora van las cosas muy mal, y quizá te haga falta. No nos veremos en mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Me voy al frente. Te aseguro que estoy triste, porque ya te había tomado mucha confianza. Pero supongo que nos veremos otras veces; no te preocupes… Y sobre todo no vayas a la casa donde viviste un tiempo, la de Ismael Leonardo. Mejor que no se te haya ocurrido. Lo fusilaron como a otros, sin saber lo que hacían.

Le dio familiarmente un beso en cada mejilla, y, antes de que Paulina pudiera decirle nada, se fue. Cerró la puerta con mucho cuidado, bajando a tientas las escaleras; luego se esfumó entre la oscuridad de la calle.

Paulina no ha vuelto a ver nunca más a ese hombre.

Ahora le era imposible dormir. Fue al panteón de Nora, depositando unas flores. Ella e Ismael, sobre todo, se le aparecían como seres que hubiesen vivido muchos siglos atrás, que hubiese conocido en sueños entre sensaciones ya perdidas, ya muy lejanas, producto de una mentalidad distinta y más alegre que se había perdido también. Una vez, pese a todo, pasó frente a la antigua casa de los Leonardo, cerciorándose de que había sido convertida en oficina administrativa del Ejército Popular. Dios sabría dónde estaban aquellos muebles tan queridos para ella, aquellas pinturas de Esteban y las estatuas tan recordadas. Transcurrió insomne gran parte de aquella noche, con los ojos perdidos en la oscuridad de la habitación. Pensó que jamás vería tampoco ya a su padrastro, aquel

pobre loco surgido de la noche y envuelto otra vez en ella. Era ésta una seguridad extraña, pero inconmovible: no le vería más. Y contempló en la oscuridad las sombras perdidas de todos los seres recordados, escuchó palabras moduladas tiempo atrás, frases que habían martilleado en su cerebro, que habían dejado un residuo bello o maligno en su corazón, que parecían vivir con ella y caminar con sus pasos. Encendió la luz, incorporándose bruscamente. No podía seguir así. Entre este silencio, este abandono, este estrangularla de su propia intimidad. No podía seguir aguardando meses y meses, mirándose todas las mañanas en la frialdad del espejo, vigilando esa luz cada vez más marchita de sus ojos, andando sola y pensando en las tinieblas de la noche. Pero hizo un gesto resignado, intentando volver a extenderse en el diván. Quizá faltaba ya poco; no iba a desesperarse ahora, después de tanto sufrir.

Una tarde, al salir del trabajo, fue a ver a monseñor Delille, pero había un soldado en la puerta. La rechazó gritando:

—¡No se puede entrar aquí! ¡Fuera!

Paulina, sobresaltada y aturdida, aparentó ir a otro piso. Luego descendió por las escaleras. La puerta estaba entornada y le fue fácil ver a monseñor Delille, sentado como siempre, con el rosario en las manos y dormitando. Ante la mesa de trabajo de Moriel se hallaba sentado un hombre, que tenía los ojos inmóviles sobre la figura del anciano.

Paulina, al llegar a la calle, sintió como si algo la aplastase. Como si pesara un martillazo sobre su cabeza, un golpe brutal, administrado de repente. Quedó inmóvil, apretada al muro, conteniendo la respiración. No circulaba un solo transeúnte. Se puso a llorar, tapándose el rostro con las manos, pareciendo que al ahogar sus gemidos se ahogaba ella misma.

Estuvo casi dos horas andando. Cuando volvió allí eran las once de la noche. En las habitaciones reinaba una oscuridad trágica, un espantoso silencio de muerte. Todos los objetos continuaban en orden, pero monseñor Delille no estaba ya junto a la ventana, labrando trocitos de madera. En la silla se marcaba un reguero de sangre. Sin duda le habían propinado algún culatazo antes de llevárselo. Debían de creerlo un espía. Paulina sintió un estremecimiento de horror. Aquella sangre parecía llenar sus ojos,

invadir sus pensamientos, dejar físicamente en su garganta un sabor amargo y pegadizo, lleno de viscosidades. Se tapó el rostro con las manos. No supo qué hacer ni qué pensar. Sólo que no podía continuar viendo esa silla ni la mancha oscura del respaldo. Se oyeron fuertes detonaciones y al instante las luces quedaron apagadas. Esta vez las sirenas ya ni siquiera habían dado la alarma. Paulina encendió un fósforo de una caja que había sobre la mesa. Arrastrando la silla con cuidado, la depositó bajo el lecho de Moriel. Así ya no la vería más. Y contempló a la luz mortecina del fósforo aquel lecho donde ella había esperado quedar un día desvelada, cegada por una luz repentina, sintiendo en su espalda la presión de unos brazos. Unos brazos que la levantarían, arrancándola de allí, estrechándola y comprimiéndola. Paulina sintió por segunda vez lo que ya había advertido al contemplar desde la calle la antigua casa de Miguel: que algo moría en su intimidad. Que expiraba un aliento vital en el fondo de sus pensamientos, en el fondo de su ser. Comprendió que ya nunca más podría acercarse a aquellas habitaciones donde reinaba el silencio. Nunca más. Ni mirar al lecho, sabiendo que bajo él existía una silla manchada de sangre. Sintió que se le cerraba la puerta de estas habitaciones y con ella otra de las puertas que aún dejaban ver caminos en su vida. Se sintió expulsada por el destino de todos los lugares, arrastrada a una innombrable soledad, hundida entre el viejo susurro de las sombras viejas. Su cabeza recortándose en el suelo, sobre el brazo del diván, y los movimientos nerviosos de sus dedos. Sintió que ya nunca podría hacer otra cosa más que captar el silencio de las casonas prietas. Ver el cielo plomizo, abatirse con el tiempo, color de plomo también. Y otra vez lo mismo: estar entre las sombras. Verlas encogerse, quedar inmóviles en los rincones, en los ángulos de las paredes y en el umbral de las puertas.

Fue a su domicilio poco a poco, con pasos muy lentos, deteniéndose a respirar angustiosamente junto a las fachadas de las casas.

Y ella ya no tenía esperanzas. Moriel había pasado otra vez al reino de lo inconcreto, al imperio gris de los espíritus y de las sombras. A esa zona oscura y lejana de un ayer muy distinto. Otra vez creyó que en cualquier momento, al volver la cabeza, al desvelarse por la noche, le encontraría junto a sí, pero se llamaba loca. Quiso

terminar no volviendo la cabeza en las horas de soledad. Ni abrir los ojos por la noche, al notar que estaba despierta y escuchando el silencio. Hubo un momento en que creyó que en su corazón había anidado una horrenda sequedad. Que ya no sentía como antes, y que había mecanizado todos sus pensamientos y todas sus ideas. Fue hasta el espejo y se miró con atención. Existía en sus ojos una profundidad intensa, un brillo inmutable y pasional. Eran ojos serenos de mujer; no lucía en ellos ya la alegre llamita de su juventud tan pretérita. Se dijo eso con lástima: sí, su juventud era una cosa pretérita. Había muerto junto a los cristales de aquella ventana, contemplando con ella las casas iguales y el cielo inmutable. Su juventud había sido vencida; ella no. Ella aún continuaba mirando con estos ojos distintos. Con una madurez extraña y anormal, impuesta por las circunstancias. Pensó que muy pronto iba a cumplir veintitrés años; esa cifra pareció aturdiría. No, no era ya una muchacha. Era una mujer que debe tener ya a esa edad seguridades y esperanzas. No el agobiante vacío de aquellas dos habitaciones pequeñas ni el mortal silencio de aquellas noches eternas. Se dijo repentinamente que quería vivir, actuar, no cerrarse en la hosquedad de sus sensaciones dormidas.

Pero no debía pensar de este modo. Era muy bella, y estos ojos tan profundos prestaban dulzura a sus facciones armónicas. Amaba, después de todo. Un día no muy lejano oiría llamar a la puerta, y al abrir se encontraría ante la silueta de un hombre conocido. Un hombre con unos ojos también muy profundos en otras facciones armónicas. Ella retrocedería cinco pasos, como asustada. Él los avanzaría. Entonces, mirándole fijamente, dejándose caer en el diván, iría levantando poco a poco sus brazos. Se besarían en los labios muchas veces, comprimiéndose, apretándose, buscando entrar uno en la intimidad recóndita del otro. Luego hablarían calmosamente, sin dejar de mirarse. Ella suplicaría que no la sacase jamás de Barcelona pues esta ciudad, donde tanto había sufrido y esperado, formaba ya como parte de sí misma. Saldrían una mañana a las siete y media, subiendo por las Ramblas hasta la calle de Aragón. Luego bajando por la calle de Balmes, siempre tan gris, ciudadana y activa a esa hora. Yendo por la calle de las Cortes hasta cerca de Marina, donde ella había trabajado. Y besándose en la calzada, ante todo el mundo, frente al envejecido restaurante ya sin

niños junto a las puertas. Mirarían ambos por la ventana, aspirando ese aire compacto de la capital. Y luego esta madurez ilógica en las ideas de Paulina iría desapareciendo. Iría brillando otra vez la llamita adolescente de su satisfacción pretérita. Paulina fue hasta la puerta, en efecto, y la abrió. El descansillo estaba vacío, igual que siempre. Retrocedió cinco pasos, dejándose caer en el diván. Extendió los brazos, mirando el vacío.

Sintió cómo unas lágrimas se deslizaban por su rostro.

Aquella triste Navidad la pasó sola en las habitaciones, leyendo a ratos. Tuvo que ir al turno de noche del comedor y después del trabajo dio un largo paseo, no regresando hasta la una de la madrugada. El día 29 era su cumpleaños, y algunas amigas la invitaron. Fue a un piso de la Riera Alta, donde había pan, licores y naranjas traídas por un soldado. Paulina apenas bebió, pues no quería marearse. Contaron chistes. Al salir era ya muy tarde y ella estaba algo aturdida. Uno de los soldados que habían acudido a la reunión la acompañó, tomándola del brazo. Caminaban solos por las calles sin luz, negras como túneles. En el portal, antes de subir, sintió como aquel hombre la abrazaba, buscando sus labios y sus contornos femeninos. Paulina, revolviéndose, logró desasirse y corrió hacia las escaleras. El otro, que no las conocía, tropezó lo menos catorce veces en el primer tramo, de modo que se vio obligado a desistir. Ya en el piso, con la puerta cerrada, Paulina respiró jadeante. Una angustia indecible la pinchaba en todos sus miembros. Fue a encender la lamparilla, pero estaba sin petróleo. Se desnudó a oscuras, estremeciéndose. Era ésta la primera vez, desde que vivía sola, que la codicia de un hombre se desataba ante su cuerpo. Precisamente hoy, el día inicial de sus veintitrés años.

Sintió la terrible angustia de una incertidumbre más fuerte que todos sus recuerdos y todas sus ideas. La incertidumbre de ser o no ser, de estar entre la vida o estar entre las sombras. Su sangre estaba helada actualmente, y su erotismo había casi desaparecido; por este lado no temía caer. Violencias como la de hoy le causaban una inmensa repugnancia. Pero ella necesitaba enternecerse y amar. Sentirse en el latido de otros corazones y verse en el fondo de otros ojos. No estar siempre rodeada de esta penumbra constante, de este silencio cruel, flotando en este vacío aniquilador de su sensibilidad y de su alma. Le era imposible dormir. Se dijo que necesitaba

buscarse alguna distracción, alguna amistad con personas correctas. Cualquier cosa que le hiciera evadirse de estas sombras y participar más en el dinamismo de la vida. Pero pensó que, después de todo, la vida se concreta en las cuatro sombras de cuatro mesas.

Terminó aquel año macabro de 1938 y vino otro nuevo con iguales características. Con la misma palidez en los rostros, idéntica miseria en los pisos y semejantes detritus en las calles. Con el silbido taladrante de las bombas al caer, los refugiados amontonándose y las fachadas en ruinas. Ahora los bombardeos eran tres o cuatro diarios. Las nubecillas blancas de los cañones se hicieron menos frecuentes en el cielo azul. El frente estaba muy cerca y, a veces, durante la noche, llegaban rumores sordos de preparaciones artilleras. Un día, dijeron a Paulina que iba a cerrar el comedor y que no volviera más al trabajo. Le pagaron, pero el dinero no valía nada. Se trajo unas latas de conservas y dos kilos de panecillos. Con esto, bien administrado, subsistió una semana. Al fin de ella, pudo ver con asombro que todo el mundo parecía tener ganas de marcharse. En camiones, en automóviles, en carros, todos cuantos sentían algún temor huían hacia Badalona y la carretera general a Francia. En la capital no quedaba guarnición apta para la más mínima defensa. El 26 de enero los aviones volaban ya sin ser molestados, rozando los tejados de las casas. Por la tarde se enteró de que Barcelona ya no era republicana. Y como había llegado a independizarse de toda inquietud nacional, esto no le causó ninguna sensación profunda.

Sobrevino una existencia nueva para las calles, pero en sus habitaciones nada cambió. El mismo silencio, la misma quietud de las tardes y de las noches. Halló trabajo en otro restaurante, donde comenzaron pagándole muy bien. Entraba a las once por la mañana y salía a las nueve. Una noche se atrevió a pasar frente a la antigua casa de Moriel, y pudo ver que por la ventana asomaba la cabeza de una matrona gruesa, de facciones vulgares. Sin duda, el dueño había alquilado aquel piso nuevamente. Paulina sintió con horrible angustia cómo algo la asfixiaba. Fue a tenderse en su diván, jadeando enferma, tapándose los ojos. Con la sensación de que todo lo pasado había muerto por dos veces, de que no quedaba ya ni ese residuo triste de las sombras.

Pero no; quiso convencerse de que no todo estaba muerto. Aún

podía esperar que un día se abriese la puerta, que apareciese una figura conocida en el umbral y ella diera asombrada cinco pasos hacia atrás. Aún podía esperar que una existencia comenzase feliz en el punto roto. Que esta ventana tomara una distinta significación y este silencio el murmullo íntimo y constante con que las cosas pequeñas se unen a la dicha.

Compró una gramola de segunda mano y discos. Todas las horas libres las pasaba en el diván, reclinada, mirando al techo y oyendo las mismas piezas de música. La soledad de su vida cuajó en esos acordes de las notas, se identificó con el ritmo de esas vibraciones lánguidas, con el fluctuar de los sonidos y el irse de sus ecos. Penetró su alma en las profundidades ignoradas de sí misma, en la estrechez misteriosa de sus deseos inconfesados y sus anhelos sin formular. Paulina conoció una por una todas las fibras sensibles de su espíritu. Y quieta, con los ojos clavados en un punto, se sintió llevada por las horas y fundida con el tiempo.

Un atardecer frío, ya en enero de 1940, oyó cómo llamaban dos veces a su puerta. Extrañada, puesto que nadie tenía la costumbre de hacerle visitas, fue a abrir. Y vio recortarse en el umbral una silueta conocida. Asombrada, dio cinco pasos hacia atrás. Aquella silueta los avanzó. Paulina se dejó caer en el diván, con un brazo extendido. Esteban Ortiz recogió su mano, llevándosela a los labios.

XLIX

En estos ojos, ahora tan profundos, de Paulina brilló una chispa repentina de sorpresa. En seguida otra de alegría incontenible, que la hizo estremecer. Miró a Esteban, que aún tenía su mano en los labios, y le pareció que no había cambiado mucho. Aunque sus ojos no tenían aquella viva expresión de antes, y en su frente se marcaba ya una delgadísima arruga. Pero, aún cambiando mucho, hubiera sido lo mismo. Para Paulina representaba una de esas siluetas del pasado que volvía a renacer. Ahora, en este momento, después de morir tantas cosas en el fondo de su intimidad, volvía a la existencia real uno de los seres que se habían adormecido en ese fondo. Esteban soltó su mano y la miró también. Esta dulce expresión de Paulina, expresión de mujer que ha sufrido y ha esperado, le hizo estremecer a él asimismo. Dirigió una mirada circular a la habitación ordenada y pulcra. Luego volvió a besar la mano de Paulina, acariciándole el brazo.

No fueron capaces de hablar hasta transcurridos unos momentos. Hablaron sin exclamaciones de sorpresa, sin exaltarse: únicamente como dos seres que buscan comprenderse hace ya mucho tiempo. Y que han vivido tres años con el insistente recuerdo de sus imágenes. Paulina advirtió que Esteban ya no se expresaba con aquella alegre fluidez de antes. Sus palabras eran más reposadas, casi más graves, como si también hubieran envejecido. Todo él, en efecto, había envejecido mucho; Paulina lo notó ahora, al oírle hablar. No era una madurez como la suya, que la había hecho más dulce y más mujer. No; en Esteban el tiempo se había marcado con perfiles adustos, con esas pequeñas arrugas de su frente. Se había marcado en su voz, menos jovial y menos sugestiva. Paulina, mirándole, apenas entendió de qué hablaban. Esteban dijo haber terminado su carrera aquel mismo año, después de estar prisionero ocho meses. No sufría heridas de ninguna clase a

consecuencia de la guerra; por el contrario, dijo que se encontraba más sano y con más deseos de trabajar. Iban a establecer una oficina jurídica entre varios amigos; sin duda, no sería imposible ganar lo suficiente. Paulina le hizo la pregunta de si aún pintaba algo. Él dijo que no, con indiferencia. Esto denotaba una ruptura con su modo de ser de unos años antes que la joven no advirtió sin cierta lástima. Pero tal cosa no era lo más importante. Él mismo dijo que empezaba una vida nueva; una vida sin pasado, sin ayer. Todo lo contrario de lo que Paulina había estado soñando, que era un retorno a las sensaciones juveniles de antes. Pero quiso sonreír con una expresión feliz. Después, él volvió a besar su mano.

Preguntó si sabía algo de Moriel. Esteban dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyado en el diván, mientras contemplaba el techo. Ese techo que Paulina había mirado tantas veces en la penumbra de su soledad. No, no sabía nada. Esteban mintió sin que la más mínima alteración se advirtiera en su rostro. Realmente, en el bolsillo izquierdo de su americana, llevaba una carta de Moriel; una de esas cartas que recorren medio mundo antes de llegar a su destino. Había sido dirigida desde Rusia a un comerciante español de Boston, amigo de ambos. Y ese hombre la había remitido a Barcelona, donde pudo recogerla. Moriel le explicaba detalladamente todas sus inquietudes de Francia, donde había transcurrido año y medio entre la vida y la muerte. Desde un hospital cerca de Toulouse, escribió dos veces a Paulina, pero sin recibir respuesta. Quizá se había cambiado de domicilio. Después, explicaba cómo había ido a la Unión Soviética, con otro grupo de españoles. Los primeros tiempos malos, de un lado a otro del enorme país. Entre la nieve, sin dormir apenas, siempre siendo trasladados y conducidos de ciudad en ciudad. Luego, al fin, un sitio estable, cerca de Vitebsk; le era imposible determinar más. Mejor que no le escribiese, porque las cartas, con tanto rodeo, estaban expuestas a perderse. De momento se instruía en una escuela de traductores, y estaba contento. Le dejaban tranquilo y tenía espacio ante sus ojos; un espacio inmenso que iba, por fin, ensanchando sus ideas. A la carta acompañaba incluso una fotografía: eran cinco hombres sentados en unas escaleras y una muchacha muy linda que se apretaba contra uno de ellos. Esteban sólo conoció a dos de esos cinco hombres; a un antiguo estudiante de Medicina llamado Grau y

a Moriel, que estaban algo separados del grupo. Moriel tenía la mirada perdida en el vacío, una mirada de abstracción total. La muchacha, junto a un guapo comisario ruso, mostraba a la cámara la alegría de una carcajada. Grau, detrás, la miraba con cierta avidez. Ese antiguo compañero suyo era enamoradizo. Además había sido precisamente esta carta la que le determinó a buscar a Paulina por toda la capital. Sus sentimientos hacia ella no habían cambiado lo más mínimo durante tan prolongada separación. Sin embargo, repitió, alzando la cabeza, que no sabía nada de Moriel. Sin duda, era uno más entre los miles de desaparecidos.

Paulina tuvo una sonrisa triste. Habló de ella poco, como si en este momento la inquietara recordar. Sólo dijo que había tenido suerte, haciéndosele la guerra bastante llevadera. Vivía sola. Esteban dijo que él también. Habían muerto sus padres durante el segundo año de su ausencia. Su tío estaba en un hospital, y su hermana Alicia había contraído matrimonio con un hombre medio idiota. Dijo esto con cierta conmiseración. Paulina adivinó que serían dos de esos cuñados que no se miran jamás a la cara. Luego encendieron la luz, porque era muy tarde y apenas podían divisar sus contornos. Paulina estaba más bonita así, ya que brillaban con mayor intensidad sus ojos. Esteban, acercándose, la besó repentinamente en los labios y ella no opuso resistencia. Fue hasta la gramola, colocando un disco. La música conocida expandió sus acordes por la habitación. Paulina, cerrando los ojos, se sintió transportada otra vez hasta las ignotas profundidades de sí misma. Hasta los puntos recónditos y oscuros de su sensibilidad, de su alma estremecida por esta melodía. Esteban puso la cabeza en su regazo y ella le acarició la frente. Apagó la luz, que estaba al alcance de su mano. El disco terminó, pero no se movieron. Esperaron a que la gramola no tuviese cuerda. Inmóviles, respirando el silencio, aquella noche eterna se los hizo insensible. No durmieron, estáticos entre sus pensamientos. Apenas amaneció, ella levantó de su regazo la cabeza de Esteban y le hizo salir de su ensimismamiento. Bajaron por las escaleras a las siete y media. Ella tenía deseos de sentirse alegre, de sentirse llena con el cumplimiento de sus anhelos perennes. Subieron por las Ramblas hasta la calle de Aragón. Luego abajo otra vez, por la calle de Balmes, muy neblinosa esta mañana. Por la antigua calle de las Cortes hasta cerca de Marina. Ella

deseaba imaginarse que ésta era la plenitud de su felicidad, la satisfacción de lo que alentaba en el fondo de todos sus pensamientos. Quiso imaginarse que este hombre le hacía revivir una dicha anhelada y sentida, que la transportaba lejos en el tiempo, hasta días que no murieron jamás, que lograron imprimirse en el fondo de su mentalidad y en la púdica reconditez de las capas ignoradas de su espíritu. Creyó sentir cómo la penetraba aquella voz de Moriel, aquel fluir de ideas profundas que la hacían permanecer estática, inmóvil, con la sensación de que esas ideas eran como aspectos de su carácter que no había sabido descubrir hasta ese minuto, pero actuantes desde siempre en su ser y en su pensar. O creyó estar escuchando aquellas palabras de Miguel, no tan profundas pero mucho más sugestivas, repitiendo otra vez aquellas conversaciones de sus paseos, cuando todo era tan diferente y las tristezas aún no influían en el brillo de sus ojos ni en la intimidad de su carácter.

Pero no. Éste era un esfuerzo consciente para anular la realidad de su decepción. Este camino tantas veces recorrido a solas era la mascarada de un anhelo vital. Ella comprendió que jamás había deseado verdaderamente ir junto a este hombre cambiado, que no lograba identificarla con su felicidad anterior. Que sólo sabía matar con sus palabras todo lo bello del ayer, echar tierra sobre las sensaciones pretéritas, sobre esas cosas que fueron la clave del pasado y determinan el futuro. Esteban parecía no comprender eso. Hablaba únicamente de lo que harían, de lo que iba a ganar, de cómo instalarían un piso, amándose, asegurando con ello la felicidad. Hablaba como si ya Paulina fuese suya, como si hubieran de unirse perennemente y nada ni nadie lo hubiese de impedir. Este pensamiento hizo que ella se sintiese muy incómoda. Llegaron al restaurante, ante cuyas puertas, en efecto, ya no había niños. Era ahora un local ruinoso, destartalado, lleno de escombros y objetos inservibles. Paulina, mirando a Esteban, sintió que no tenía deseos de besarle allí, en la calzada, ante todo el mundo. Que no le habría besado aunque fuera de noche y estuviesen solos. Sintió que este hombre no tenía la más mínima relación con sus anhelos anteriores, que era indiferente a ellos, que miraba las paredes de aquel edificio como quien mira sin comprender y sin sentir, no explicándose por qué le han llevado precisamente hasta allí. Durante unos momentos

incluso le pareció repulsivo. Muy diferente, muy alejado de aquel otro, a quien no le era difícil sentir y comprender. En seguida, sin embargo, Paulina creyó ver el cansancio en aquellas facciones, el agotamiento acumulado de muchos años de espera y muchos sinsabores repetidos. Después de todo, era injusta al dejarse llevar por estas sensaciones momentáneas. Nunca puede saberse lo que hay en el fondo de las desdichas. Lo único ocurrido era que Esteban había matado cosas que ella no podría matar jamás. Que serían siempre el nervio de su sensibilidad, de sus pensamientos y de su vida. Pero no debía ser cruel ni reprocharle un cambio del que no había tenido la culpa.

Caminaron por el parque, siempre risueño e igual. El zoológico estaba hecho trizas, pero no se acercaron a él. Paulina, lentamente, iba serenándose y mirando las cosas con una distinta satisfacción. Comieron en el restaurante donde ella trabajaba y suplicó le concedieran permiso por aquel día. Cuando regresaron a sus habitaciones, el breve sol penetraba acariciador por las ventanas anchas. Esteban la besó en los labios, otra vez sin que ella opusiera resistencia. Luego cayeron sobre el diván. Una especie de desmayo lánguido, un repentino deseo de no ser, de no tener fuerzas, de no pensar, se erigió sobre ella en ese momento. Un terrible aniquilarse de toda su energía, de toda su capacidad de reacción.

Muy pronto, sin embargo, notó cómo Esteban dejaba de abrazarla, y así pudo incorporarse. Se apoyó en el brazo del diván, con lágrimas en los ojos. Los rayos de sol iban a recortarse ante sus pies, haciendo rutilar los colores limpios de las baldosas. Sintió en este minuto como un agobiante, como un definitivo anhelo de morir. Como si esto que acababa de perder hubiera sostenido todos sus recuerdos, todas sus ideas, todas las rítmicas sensaciones que ahora parecían desmoronarse. Sintió que ya jamás podría abrir aquella ventana y esperar. Que, en efecto, todo su pasado había muerto, que empezaba una vida sin ayer, sin el fondo de las subconsciencias vivas ni el elevarse de su intimidad despierta. Recordó aquella extraña sensación de su viaje de bodas, cuando Miguel le confesó que no era apto, de momento, para poseerla. Aquella alegría salvaje de su liberación, aquel encontrarse repentino con el más vital de sus anhelos. El deseo informulado de no pertenecer a quien no amaba realmente, de guardar toda su femineidad para la única pasión de

su existencia, la pasión de ser comprendida, de sentirse en otro, hallarse apretada, mezclada a una distinta intimidad, latiendo con otro corazón, estremeciéndose con los nervios de otro cuerpo. Esto de hoy era muy distinto. Ahora estaba ya tiranizada por los abrazos animales de esta tarde. Esclava de su integridad perdida y de sus secretos abiertos. Llamada al abrazo estúpido de dos seres que se unen porque sí, porque su visión les enardece, sin hallarse juntos en la esencia superior de sus caracteres y de sus destinos. Pensó que Esteban, realmente, no había cambiado en lo fundamental: en su anhelo de materializar aun lo más sagrado del amor. Aquellas lágrimas contenidas se deslizaban poco a poco por su rostro. Hubiera sido mejor mil veces no abrir, no verle jamás, seguir esperando. Seguir viviendo entre los acordes de las notas, identificándose con el ritmo de las vibraciones lánguidas, con el fluctuar de los sonidos y el irse de sus ecos. Penetrando cada día en las profundidades ignoradas de sí misma, en la estrechez recóndita de su subconsciencia viva y entre la plenitud misteriosa de su espíritu. Mejor infinitamente encontrarse sola, pudiendo al menos esperar. Esteban le dijo que no se pusiera triste, que con esto, después de todo, no había querido ocasionarle ningún mal. Sus intenciones eran correctas, y se casarían en cuanto ella lo desease, con sólo decirlo. Se levantó y quiso poner en la gramola uno de los discos. Paulina hizo un gesto negativo.

—No, por favor. No podría escuchar ahora esa música.

Aquella noche fue muy larga. Paulina, en los días siguientes, apenas era capaz de hablar. Se casaron tres semanas más tarde, en Santa María del Mar, sin ceremonia ninguna y a las siete de la mañana, como los viudos viejos.

Paulina dijo que estaba más contenta, casándose así.

L

Vino otra primavera, que sonrió y murió completamente inadvertida para ellos. Otro verano con su aire azul, con la amplitud de su cielo infinito y el declinar de sus atardeceres lentos. El otoño con su resplandor agónico, con el oro de sus rizos en los campos y en las calles, con el murmullo de su estertor en las noches y en las ráfagas de viento.

Hacia mediados de noviembre, Paulina fue madre. Se encontró un día junto a una linda cabecita rubia, la cabecita de una niña de ojos muy brillantes, que se agarraba a ella con sus manecitas nerviosas. Besó aquella frente tierna y dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Dos lágrimas que humedecieron esa cabecita rubia, que grabaron un pequeño surco en su piel fina del nuevo ser. La niña, inquieta y curiosa, exploraba aquella otra piel suave y rosada de la madre, aquellos senos que debían de parecerle tan grandes, tan extraños, aquellos labios rojos que se entreabrieron para besarla. Paulina sintió un irresistible deseo de comprimir aquel cuerpecito nervioso, de hacerlo suyo, únicamente suyo, como antes, de tenerlo en la intimidad y sentir sus movimientos como reacciones de sí misma. Volvió a poner los labios en la frente de la niña, que le sujetó débilmente un mechón de sus cabellos. El sol, un tibio y agradable sol de noviembre, entraba por la ventana e iba a morir sobre el lecho. El antiguo diván estaba en otra habitación, junto a otros muebles apenas usados. El médico ya se había ido, y sólo una vecina se encontraba ahora en la habitación. Esteban, en el Palacio de Justicia, tenía que defender, precisamente aquella mañana, uno de sus escasos pleitos. Aseguró que vendría lo antes posible, aunque a Paulina esto no la inquietaba. Había entre ella y Esteban una absoluta separación de fondo, una radical desunión de sus intimidades y de sus anhelos. Algo que no se manifestaba, que no había dado jamás lugar a la más mínima disputa, pero que obraba

como autoconsciencia de disparidad en los momentos decisivos de su vida común. Esteban, infatigable luchador, sólo buscaba en Paulina una repetida satisfacción después de su trabajo. Y ella se veía enterrada cada vez más en ese flotar sin saber por qué en el vacío de la existencia, en ese estar en la vida, pasar por ella, ir desdibujando la propia silueta y difuminando los íntimos contornos de las cosas que se amaron. Cada día, al anochecer, las mismas sombras recortadas por la luz de la ventana. Y los mismos sonidos en la calle, los mismos pensamientos en el fondo de su alma. Ahora, ante la cabecita rubia de esta niña, tuvo la extraña certidumbre de que, en vez de nacer, algo había muerto. Había muerto otra de sus conexiones con la vida anterior, con la juventud valiente de sus pasados años. Sintió el temor de que ella, algún día, yo no podría vivir sino para besar esta cabecita, para acariciar estas manos, para sentir esta exploración curiosa de sus senos y el imperceptible tirar de un mechón de sus cabellos. Pero eso ya no existiría; sólo una niña con vida y satisfacciones propias. Quizá entonces ella sintiera debilitarse sus nervios, apagarse la luz inmutable de su alrededor, avanzar para estrangularle las manos invisibles de las sombras. Y el tiempo. El tiempo color de plomo, color de cielo azul, color de tarde lenta. Los días iguales tras las noches idénticas. No sentir ya más el encanto de la soledad, la fruición de encontrarse a sí misma en el silencio de las cosas. Pero esto, después de todo, era la vida. Este entregarse, este perder la idealidad, este ser y desdoblarse en fenómenos que se ahogan, en palabras que escapan y productos de la sangre que por sí mismos se apartan. Examinó en este momento los vericuetos de su destino. Aquella mañana en la playa de Santa Cristina, donde Moriel, su única obsesión, debió haberla poseído. Aquellos atardeceres en sus habitaciones, solos, mirándose fijamente. Miguel, que no debió haber sido un héroe. Nora, a la que tal vez debió haber acompañado en su vida de renuncia, y a la que sólo Moriel comprendía, Ismael, atraído fatalmente hacia ella por un extraño destino. Y su espera, su espera de tres años, su angustia contenida ante aquellos mismos cristales y a la sombra de aquel mismo techo. Todo lo que pudo dar otro rumbo a su vida, hacerla muy distinta, quizá más feliz, pero que había sido tragado por el tiempo. Se preguntó si en estos tres años de incertidumbre supo guardar fidelidad a las cosas pasadas. Sí; y aún la guardaba ahora.

Si quería un poco a Esteban era recordando sus ideales anteriores, su incansable luchar desde la adolescencia, no sus fracasos y sus vulgaridades de hoy. Sí, ella había sido fiel a las cosas pasadas, a las figuras remotas ya hundidas entre los pliegues de su alma, operantes en los misterios de su sensibilidad y en el fondo vivo de las sensaciones muertas. Besó otra vez la cabecita rubia, las manitas inquietas que aún sostenían el mechón de sus cabellos.

Después, vino Esteban. Miró orgullosamente a la pequeña, tan igual a Paulina, y dio a ésta un beso en la frente.

Eso le hizo tener la sensación de que era horriblemente vieja.

—No me beses como a tu abuela, tonto. Bésame en los labios.

La existencia quedó resumida en este anhelo de vivir, de no ahogarse entre las sombras, de no fenecer como fenecen las cosas y como agonizan las tardes. Quedó resumida en el brillo de los ojos y en el inmóvil estatismo de las facciones del rostro. Paulina nunca vio la carta de Moriel ni el retrato. No pudo encontrarse ante aquella mirada de abstracción total que Esteban no comprendió y que ella hubiese reconocido al momento. También ese anhelo de no entregarse sencillamente y pasar. Muy distinto, más masculino, inspirado en otros móviles, pero idénticos al fin. Ese vacío en los ojos que antes la extrañaba y que ahora hubiese comprendido tan bien, al desvelarse por las noches y contemplar la habitación oscura, oyendo la respiración monótona de los dos seres que estaban junto a ella. Paulina se encontró más de una vez incorporada en el lecho, mirando al vacío con los ojos muy abiertos, muy quietos, contemplando alguna cosa que sólo ella era capaz de ver. Se preguntaba qué era esa excitación de sus nervios, este penetrar del tiempo en todas sus células, este morir de su sensibilidad, este irse de ella misma, este innombrable esperar y pasar. Qué era este latido anormal de su pecho, este vacío en el fondo de su alma, vacío donde se enterraban los deseos todavía inconclusos, los ecos de los sonidos y las imágenes de las cosas.

Lentamente, sin embargo, iba serenándose. Entraba la nueva luz por la ventana, y el sol dirigía el saludo de sus guiños. Abría, mirando el cielo limpio, la fachada de la casa frontera, la calle de donde iba elevándose esa monótona animación de todas las jornadas.